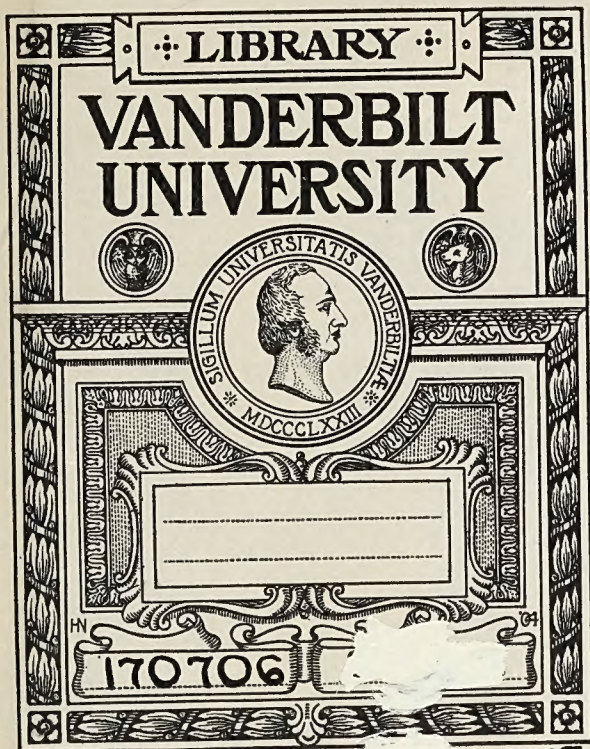
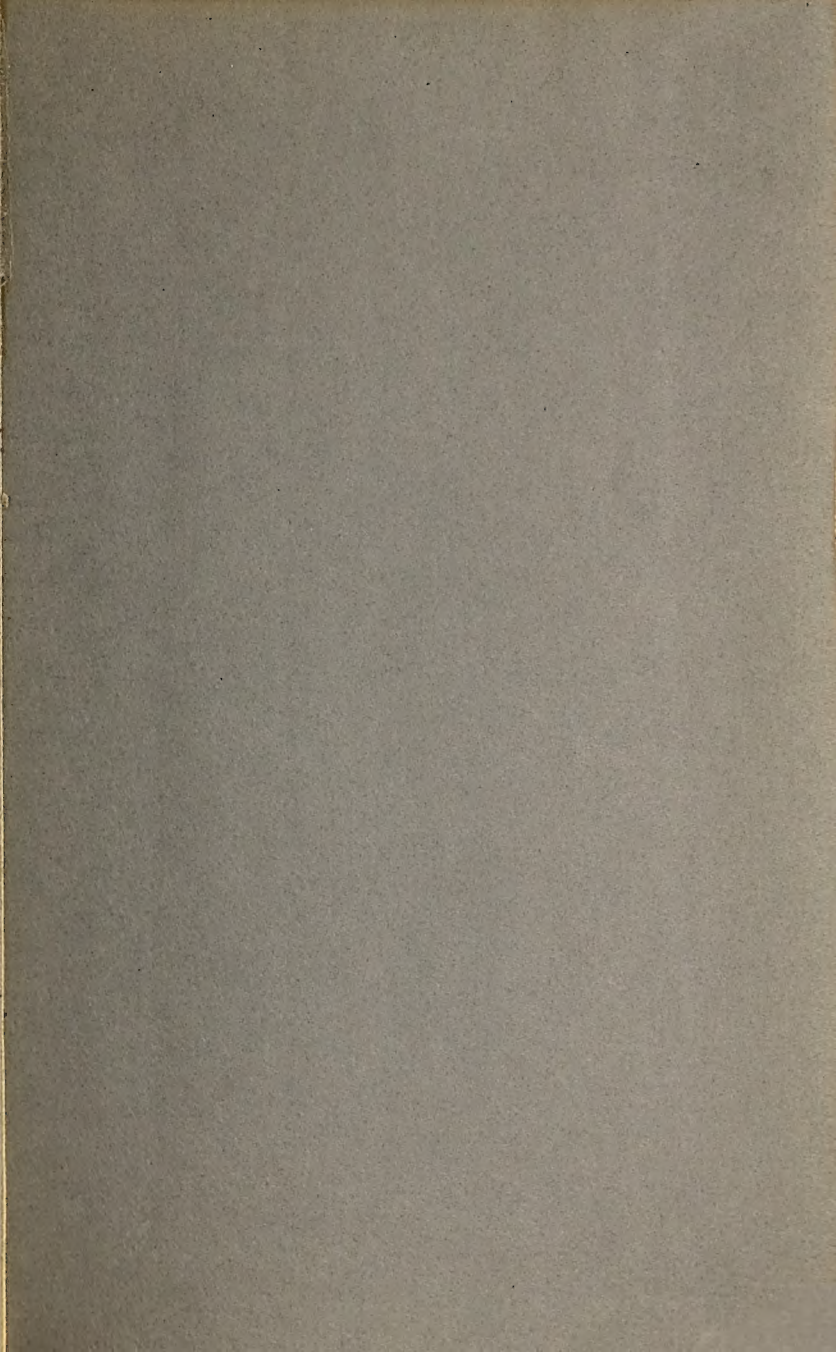




3 0081 007 948 692



V. 17



TEATRO COMPLETO

TOMO XVII

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
" "
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TEATRO COMPLETO

TOMO XVII

COMEDIAS Y DRAMAS

MUNDO, MUNDILLO...—FORTUNATO.—NENA TERUEL



MADRID
1926

"PRINTED IN SPAIN"

Es propiedad de los autores
Copyright, 1926, by S. y F. Alvarez Quintero

MADRID.-IMPRESA CLÁSICA ESPAÑOLA
GLORIETA DE LA IGLESIA DE CHAMBERÍ

Fern. Lang.

170706

MUNDO, MUNDILLO...

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 5 de octubre
de 1912.





*A GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA,
en brenda de cordial afecto,*

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

RAFAELA.....	MERCEDES PÉREZ DE VARGAS.
QUINTICA.....	MARÍA PALOU.
LA ABUELA NITA.....	IRENE ALBA.
EMMA.....	ADELA CARBONE.
JUANA.....	CARMEN VILLA.
GREGORIA.....	MARÍA PÉREZ FE.
DON PABLO.....	PEDRO ZORRILLA.
DANIEL.....	MANUEL GONZÁLEZ.
TOPETE.....	ALBERTO ROMEA.
DON DIONISIO.....	JUAN BONAFÉ.
ISIDORO.....	MANUEL ACEVEDO.
CHIROLA.....	MANUEL INSÚA.
EL CIEGO PALOTES....	JOSÉ G. DEL PORTILLO.
UN COMPRADOR AMBU- LANTE.....	X.

Chiquillos del pueblo.

MUNDO, MUNDILLO...

ACTO PRIMERO

Estamos en Peña Real, vetusto pueblo de Andalucía, y en la casa de don Pablo Merced, grande amigo nuestro y viejo escritor, curado ya de vanidades literarias, si alguna vez las tuvo. En una sala del piso bajo, contigua a la que ocupa su biblioteca, escogida y varia, ocurren los verídicos lances de esta comedia. La puerta que a aquélla conduce está a la izquierda del actor y es de cristales. A la derecha hay otra de madera tallada, que da al patio. Al foro, dos grandes ventanas con altas y caladas celosías, pintadas de verde, como el herraje. Las paredes enteramente blancas del techo al enladrillado suelo, que reluce de puro limpio. Pocos muebles, de antigua casta, ordenados y bien dispuestos. Algún estante cerrado de cristales que no cupo en la biblioteca. Mesa escritorio de caoba. Una mesita auxiliar cerca de una de las ventanas, llena de periódicos y revistas, y junto a ella el sillón del amo de la casa. En uno y otro alféizar, algunas macetas en flor: pocas. Una lámpara pende del techo.

El cuidadoso esmero que reina en la estancia y el grato aroma que en ella se respira dejan adivinar que en la casa vive una mujer, primorosa sin duda y sin duda bella.

Es por la mañana y empieza mayo.

Don Pablo, sentado cómodamente en su sillón,

le dicta unas cuartillas a Topete, su amanuense, su secretario, su bibliotecario y cuanto haya que ser, que escribe en la mesa.

Es don Pablo hombre de unos sesenta y tantos años, modesto, distraído, torpe para la vida práctica, pero de buen discurso y noble condición. Habla el castellano pronunciándolo suavemente, con un poco de aire andaluz.

Topete, de menos edad que él, pues no pasa de los cincuenta, tiene un cerebro de canario y un pulso envidiable. Sus singulares dotes de calígrafo son famosas en muchas leguas a la redonda. Aunque es andaluz, por el habla no se le nota apenas.

DON PABLO. *Dictando. «... De las malandanzas de la política española...»*

TOPETE. *«... Española...»*

DON PABLO. *«... De las que siempre sale este nuestro inocente país...»*

TOPETE. *«... País...»*

DON PABLO. *«... Como de la mayor parte de sus aventuras salía Don Quijote: dolorido y maltrecho.»*

TOPETE. *«... Maltrecho.»*

DON PABLO. *Punto y aparte. «Pero, en fin, y basta por hoy; consolémonos de estas tristezas volviendo los ojos al espectáculo con que la naturaleza nos brinda, vestida y adornada con todas las galas del nuevo mayo...»*

TOPETE. *«... Del nuevo mayo...»*

DON PABLO. *«... Y veamos en esas flores un*

augurio de mejores auroras.» Punto final. *Se levanta.* La fecha. Peña Real, a 7 de mayo...

TOPETE. *Suspirando.* ¡Ay! El escribiente es un ser inferior. Es un ser inferior.

DON PABLO. ¿Por qué?

TOPETE. Porque trasmite ideas que a lo mejor pugnan con las tuyas, y las tiene que transmitir con buena letra. Yo no vislumbro esas bellas auroras que tú; yo hoy lo veo todo como la tinta del calamar: ¡negro de humo!

DON PABLO. ¡Vaya por Dios! Déjame la pluma y firmaré. *Se sienta a hacerlo, ayudándose con la mano izquierda, y antes de firmar exclama entre suspiros:* ¡Ay! ¡Quién conoce a esta mano torpe, que un tiempo volaba sobre las cuartillas!...

TOPETE. Ya, ya.

DON PABLO. Yo pienso que es castigo de Dios, por haber escrito en esta vida tantas simplezas.

TOPETE. *Adulando un poco.* Hombre, Pablo, buena está la modestia; pero...

DON PABLO. Esto no es modestia; es conocimiento de la realidad de las cosas y de mí mismo. Si en mi mocedad escribí novelas y no las leyó nadie, y escribí luego dramas y comedias en tres actos y en verso, que a nadie interesaron, ¿a qué me voy a declarar genio no comprendido, de los que dicen que se adelantan a su época y que por eso aburren? No. Yo no soy más que un buen hombre que gustó de escribir,

y que sin duda no le dió al arte toda la pasión que el arte pide.

TOPETE. Modestia, modestia...

DON PABLO. Tuve la serenidad suficiente para conformarme con mi *aurca mediocritas*, y para dedicarme a leer lo bueno que otros escribieron. Mis fracasos no me dejaron en el alma ni una gota de hiel; tú lo sabes.

TOPETE. ¡Cualquiera que te oyese hablar de fracasos!...

DON PABLO. Pues ¿qué otro nombre tienen? Yo, en mi vida, no he hecho sino fracasar. No he puesto mano en cosa que no me fallara. He sido inhábil... desacertado... Mi único acierto fué mi boda, y ése no fué mío.

TOPETE. ¡Hombre!

DON PABLO. Fué cosa de mis padres. Me dijeron: «Vas a venir una noche, allá en Madrid, a conocer a una muchacha andaluza que va a casa del primo Gabriel.» Y fuí. Y me pareció una rosa, y se lo dije. Y eso es todo. Mis padres, mis padres acertaron... ¡Qué tiempos, mi querido Topete! En fin, vamos a firmar esta crónica... Mi fe de vida de escritor. ¡Parece mentiral Veinticinco años mandando mensualmente una crónica a una revista que no tiene un solo lector.

TOPETE. ¡Y que no te pagal

DON PABLO. Yo algunas veces me divierto entremezclando algún disparate gordo, a ver si hay alguien que me lo rectifique de alguna ma-

nera. Jamás se ha dado el caso. Vamos, ni el corrector de pruebas. El arte por el arte. Firmaremos.

Mientras firma, pasa el Ciego Palotes por la calle, pregonando.

PALOTES. ¡Niñas! ¡niñas! ¡Er mundo se acaba er mes que vienel! ¿Quién me compra er romance de *La fin der mundo*? ¡*La fin der mundo*! ¡Er mundo se acaba er mes que vienel!

Por la puerta del patio sale precipitadamente Quintica, con ánimo de llamar a Palotes desde una ventana y comprarle un romance. La presencia de don Pablo y de Topete, con que no contaba, la desconcierta un tanto.

Quintica es una muchachuela de El Toronjil, pueblecillo inmediato a Peña Real, que produce las más intrépidas mozas de servicio.

QUINTICA. ¡Huy!

TOPETE. ¿Eh?

DON PABLO. ¿Qué? ¿Qué quería usted?

QUINTICA. No... na... Usté me dispenze... Es que me penzé que estaba aquí Juana.

DON PABLO. ¡Juana?

TOPETE. Juana está ahí dentro aljofifando la biblioteca.

QUINTICA. Pos con zu permizo: tengo que darle una razón.

Se entra en la biblioteca, sobresaltada, como ratón sorprendido en la alacena.

DON PABLO. ¿Es nueva esta criada, verdad?

TOPETE. Sí, hombre. La tomó Rafaelita la semana pasada, cuando anunciaron su llegada los huéspedes don Dionisio y su hija.

DON PABLO. Ya.

TOPETE. Y venía aquí, no en busca de Juana, como ha dicho, sino al olor del Ciego Palotes, que pasó pregonando un romance.

DON PABLO. ¡Ah, vamos!

TOPETE. El romance de *La fin del mundo*. ¿No lo has oído pregonar?

DON PABLO. No.

TOPETE. *Súbitamente*. Escucha.

PALOTES. *Repitiendo el pregón más lejos*. ¡Niñas! ¡niñas! ¡Er mundo se acaba er mes que vienel! ¡Quién me compra er romanse de *La fin der mundo*? ¡*La fin der mundo*! ¡Er mundo se acaba er mes que vienel!

DON PABLO. *Riendo*. La musa popular no podía permanecer ociosa ante la amenaza del cometa.

TOPETE. Y ¿sabes tú que se pone grave lo del cometa?

DON PABLO. ¿Sí, eh? Apenas he leído...

TOPETE. ¡Ah! Pues es cosa de irlo tomando en serio. Uno de los periódicos... Ya verás... *Rebuscando en la mesita auxiliar*. Le dedica la primera plana al asunto... Bastante alarmista. Aquí está.

DON PABLO. Déjalo: luego lo leeré yo.

TOPETE. Un parrafito solamente. *Lee*. «El cometa, la estrella de rabo, como lo llama el vul-

go, que muy pronto se podrá contemplar en el cielo a la simple vista, según todas las notas facilitadas por los observatorios astronómicos del mundo entero, conformes en reconocerlo así, chocará fatalmente con la Tierra en la noche del 13 de junio próximo.» Una broma de carnaval. Y sigue.

DON PABLO. Yo lo leeré, hombre.

TOPETE. «El día en que se escribe este artículo hállase el cometa a ciento sesenta y cuatro millones de kilómetros de la Tierra, y avanza hacia nosotros a la velocidad de cinco millones de kilómetros por día.» ¡En diligencia viene, como ves, el celeste viajero! «Su cabeza sola ofrece un diámetro treinta veces más grande que el de nuestro globo, o sea de trescientos ochenta mil kilómetros: poco más o menos la distancia de aquí a la luna.» ¡Cualquiera le compra una gorrita de viaje!

DON PABLO. No sigas, que prefiero enterarme por mí.

TOPETE. Además, asegura que, o moriremos triturados, porque se hará añicos el planeta, o, lo que es más probable, por envenenamiento horrible de la atmósfera. ¿Qué te parece?

DON PABLO. Que Dios dirá. Después de todo, este titirimundi de la tierra tampoco había de ser eterno.

TOPETE. ¡Sí que lo tomas con filosofía! *Deja el periódico.*

DON PABLO. Y ¿qué le voy a hacer? En la su-

posición de que esa amenaza sea irremediablemente cierta, y se realice, pocas veces sería el miedo cosa más pueril.

TOPETE. ¡Bueno val

DON PABLO. Anda, déjate de comentarios, y pon el sobre y lleva la crónica al correo, que por sí o por no yo debo enviarla puntualmente.

TOPETE. En seguida. Pero ya que esta conversación nos ha elevado unos kilómetros sobre la pequeñez de este mundo mortal, te voy a pedir un favor.

DON PABLO. Tú dirás qué me quieres.

TOPETE. Ya sabes cómo yo me defino.

DON PABLO. No recuerdo ahora.

TOPETE. Pues es así: «Yo soy un perfecto caballero que se juega hasta la camisa.»

DON PABLO. No convengo más que en la segunda parte.

TOPETE. Ni yo, como me apures mucho. Estoy empecatado, Pablo; estoy avergonzado de mi conducta. Ayer, cuando me diste la decena...

DON PABLO. Nada tengo que ver con eso. Yo te pagué religiosamente, según costumbre, y no hay más que hablar.

TOPETE. ¡Es que me quedé sin una peseta a la media horal! ¡Es que mi mujer y mis hijos no van a comer pasado mañana!

DON PABLO. Llévalos el tapete verde, o las barajas del Casino, o las bolas de la ruleta, o los

caballitos, o lo que sea; que ni lo sé ni quiero enterarme.

TOPETE. Me permitirás un poco de historia. Mira. Yo defino así el juego: «El juego es una mujer coqueta.» Coqueta, por no decir un grado más. *Intelligenti pauca*. Pues bien: siempre que pasa por esta calle o por la mía el hombre de los «Sombreros, muebles, libros y paraguas viejos que vender», como juegue, indefectiblemente pierdo.

DON PABLO. ¡Qué botaratada!

TOPETE. No lo creas; porque el reverso de la medalla es éste: como pase por aquí o por mi calle el tío que compra huesos de jamones—ese que viene todas las semanas de Alminares—, y eche su pregón, ya puedo jugar lo que quiera, que gano.

DON PABLO. ¡Bah!

TOPETE. ¡El Evangelio de la misal! Y cádate que ayer... iba yo con mi dinerito fresco en el bolsillo...

DON PABLO. Sí; y pasó el de los huesos de jamones...

TOPETE. ¡No! ¡Pues ahí está! ¡El que pasó fué el otro!

DON PABLO. Y ¿para qué jugaste?

TOPETE. ¡Para ver si *quebraba* una vez siquiera! Porque yo pensé: ¡ya van muchas de perder con éste! Pero, ¡ca, hijo, ca! *Coqueta*, como te he dicho antes.

DON PABLO. Pues bien: yo te socorro en tus apuros siempre que me es posible, de buena voluntad; pero con tu vicio no tengo la menor indulgencia. Conque déjame en paz, que voy a enterarme bien de eso del fin del mundo.

TOPETE. *Yéndose a la mesa a poner el sobre para la crónica, poseído del más negro de los pesimismo.* ¡Buen fandango está el mundo del principio al fin! *Se sienta a escribir.* ¡Y haga usted ahora mayusculitas, durmiéndose en los rabos!... ¡Ay, señor, señor!... ¡Y tan inferior como es el escribientel

DON PABLO. No gruñas más.

Sale Quintica de la biblioteca, en dirección a la puerta que da al patio, no queriendo ser vista ni sentida. La detiene, sobrecogiéndola, por supuesto, la voz imperiosa de Topete.

TOPETE. Hombre, a propósito. ¡Tú, Quintica; la de El Toronjill

QUINTICA. Mándeme usted.

TOPETE. Ven acá. ¿Eres tú ahora la encargada de limpiar el polvo en estas habitaciones?

QUINTICA. Zí, zeñó; yo zoy. Desde antiyé. Lo limpiaba Manuela antes de yo vení; pero como yo entiendo de libros — *Don Pablo la mira curiosamente* —, me encargó la zeñorita Rafaela que lo limpiara yo. Y lo limpio desde antiyé.

TOPETE. Enterado. Y respetando por lo demás las órdenes de la señorita Rafaela, a esta mesa no tienes para qué tocarle.

QUINTICA. ¿Ni pa quitarle er porvo?

TOPETE. Tengo yo aquí mi plumerito. *Le muestra uno monísimo, que saca de un cajón de la mesa.*

QUINTICA. Pero, ¿es que he hecho argo malo?

TOPETE. Malo, no; pero desde *antiyé* precisamente me pones el cuadradillo donde quiero la plegadera, y la plegadera en el lugar del cuadradillo.

DON PABLO. Sí que es grave eso.

TOPETE. Cada uno tiene su manera de matar pulgas.

DON PABLO. *A Quintica.* ¿Cómo te llamas tú, muchacha?

QUINTICA. ¿Usté no lo zabe toavía? Me yaman Quintica; pero me yamo Francisca Jiménez Utrera, para zervir a Dios y a usté.

Nacida de madre honrada,
de padre honrado también,
fier cristiana y cumplidora
por ziempre de mi debé.

Mira al uno y al otro muy satisfecha.

DON PABLO. ¡Bravo! Y ¿cómo dices que te nombran todos?

QUINTICA. Quintica,

DON PABLO. Y ¿eres... de dónde?

TOPETE. De donde son las más bachilleras:
de El Toronjil.

QUINTICA.

De Er Toronjí zoy, señora,
que tiene reló con hora;
de Er Toronjí zoy, zeñó,
que tiene igezia mayó.

DON PABLO. Muy bien.

TOPETE. Si a cada pregunta que le hagas va
a salirnos con una monserga...

DON PABLO. Calla tú. Y ¿has dicho antes que
entiendes de libros?

QUINTICA. Zí, zeñó; y entiendo.

DON PABLO. ¿De qué libros?

QUINTICA. De todos.

DON PABLO. ¡Cáspital! ¿De todos?

QUINTICA. ¿No ve usté que yo me he criado en
la escuela?

DON PABLO. Ya. ¿En qué escuela?

QUINTICA. En la de Er Toronjí. Entré a hacé
los mandaos a los nueve años, y hasta el año pa-
zao no he zalío de ayí. Carcule usté zi zabré de
libros. Como que argunas veces er maestro me
dejaba tomarles la lerción a los niños mayores.

DON PABLO. ¡Holal

QUINTICA. De manera que zé la Religión, zé la
Historia, zé la Geografía, zé leé, zé escribí, zé

zumá, zé restá, zé murtiplicá, zé yevá un rozario y zé los mapas.

DON PABLO. ¡Pues no creo que se pueda saber más!

QUINTICA. ¡Ah! ¡Y los reyes godos!

DON PABLO. ¡Digol ¿eh?

QUINTICA. ¿Usté ze pienza que es mentira?

DON PABLO. ¡Me guardaría mucho!

QUINTICA. Pregúnteme usté.

DON PABLO. De bonísima gana. Vamos a ver, vamos a ver... ¿Quién hizo el mundo?

QUINTICA. Dicen que Dios.

DON PABLO. Sí; es verdad, eso dicen... Y es lo más probable. ¿Quién fué el primer hombre?

QUINTICA. Adán y Eva.

DON PABLO. No, no; Adán nada más. Eva fué la primera mujer.

QUINTICA. Zí, zeñó; que la hizo Dios de una costiya del hombre. ¡Zi lo zél!

DON PABLO. Justo. Por eso a la esposa se le suele llamar costilla.

TOPETE. Que a veces no es costilla por cierto, sino espinazo.

QUINTICA. Pregúnteme usté argo más difici. Pregúnteme usté de la Historia.

DON PABLO. De la Historia, ¿eh? Dime, ¿quién descubrió el Nuevo Mundo?

QUINTICA. ¿Er Nuevo Mundo? Le apeyidan unoz er Crué y otroz er Justiciero.

DON PABLO. No, no por Dios; te confundes con el rey don Pedro el Cruel.

QUINTICA. ¡Da lo mismo!

DON PABLO. El Nuevo Mundo lo descubrió Colón.

QUINTICA. Er genovés Cristóbar Colón, que descubrió la América. ¡Zi lo zél!

DON PABLO. Ya, ya lo veo.

TOPETE. ¡Lo sabe todol

QUINTICA. *Señalando de pronto al Diccionario de la Academia, que está en el estante.* ¿Me quíe usté decí qué libro ez eze gordo, zeñorito?

DON PABLO. ¿No lo sabes tú?

QUINTICA. Zí lo zé; pero no lo zé.

DON PABLO. Ese es el Diccionario de la Lengua.

QUINTICA. ¡Ezo ya lo zél!

DON PABLO. Entonces, ¿qué es lo que me preguntas?

QUINTICA. ¿Qué cozas trae? ¿Es gracioso?

DON PABLO. No; gracioso precisamente, no. Es un libro en el cual están por orden alfabético todas las palabras del idioma.

QUINTICA. ¡Al istantel!

DON PABLO. ¿Lo dudas?

QUINTICA. No, zeñó, no lo dudo; pero me rezisto a creerlo.

DON PABLO. ¿Qué palabras quieres que busquemos para que te convenzas? *Se levanta y coge el Diccionario.*

QUINTICA. Ezo zí que me gusta.

TOPETE. ¡Pero mira que te entretienes tú con unas chiquilladas!

DON PABLO. Tú a tus mayúsculas floridas. Esto no 'va contigo. *A Quintica*. Dime tú una palabra.

QUINTICA. Una palabra... una palabra... *Pensándola*. Busque usté... Busque usté *Pilili*.

DON PABLO. ¿*Pilili*?

QUINTICA. *Pilili* ez un tonto de mi pueblo que hace griyeras.

DON PABLO. No; aquí no está *Pilili*. Nombres de tontos no vienen aquí.

QUINTICA. ¿Usté lo ve? Ya farta una palabra.

DON PABLO. Dime otra que te ocurra.

QUINTICA. Ea, pos busque usté *pachocha*.

DON PABLO. Y ¿qué es *pachocha*?

QUINTICA. *Pachocha* ez una coza mu güena que ze hace en mi pueblo con un boyo de pan tostao, un poquito e zeboya, aceite, vinagre, zá en grano...

DON PABLO. ¡Ah! Pues no trae *pachocha* tampoco.

QUINTICA. ¿Tampoco?

DON PABLO. A la cuenta no hay ningún académico de El Toronjil.

QUINTICA. Ya sabía yo que ezo era mu difici. ¡Hay muchas palabras!

DON PABLO. Mira, mujer; mira en esta página, y verás cómo no te engaño. *Lee*. «Cantar, cántara, cantarero, cantárida...»

QUINTICA. ¡Pos zí que es verdál!

DON PABLO. «Cantarillo, cántaro, cantera...»

QUINTICA. *Leyendo a su vez.* ¡Huy, miste aquí! «Cañamazo, cañamo, cañamón...»

DON PABLO. ¿Lo ves, mujer, lo ves?

QUINTICA. ¡Qué paciencia de hombre! ¿Usted ze lo zabe de memoria?

DON PABLO. ¡Yo, no! Y lo que advierto es que lees de corrido.

QUINTICA. Zí, zeñó: de carreriyá leo. Me andaba en er *Juanito* ya.

DON PABLO. ¿En el *Juanito*?

QUINTICA. Y er maestro me iba a poné en los trozos escogidos der *Don Quijote de la Mancha*, que escribió er *Cojo de Lepanto*.

DON PABLO. ¡El manco, criatura!

QUINTICA. ¡Er mancol! ¡Zi lo zé!

DON PABLO. Sí lo sabes; pero acabas de confundir un brazo con una pierna. Vete, vete ya a tus tareas, no vuelva de la calle la señorita, y te riña por culpa mía.

QUINTICA. Zí, zeñó.

Dejo er leé
para barré;
dejo el hablá
para limpiá.

Cuando me voy de una arcoba,
voy por la escoba;
cuando me voy de un granero,
voy por er plumero.

Se retira por la puerta del patio, ufana, como si hubiera ganado unas oposiciones.

DON PABLO. No sé a mi hija; pero a mí me satisface enteramente. ¡Donoso revoltijo tiene en la cabeza Quintical *Se entra en la biblioteca.*

TOPETE. Bien está. Vamos nosotros al correo. ¡Lástima y no me tragara el león al meterle la carta por la bocal

Va a marcharse por la puerta del patio, y se detiene un punto para dejar pasar a Rafaela y a Emma, que llegan de la calle.

Las dos son jóvenes y bonitas, y las dos madrileñas. Rafaela, hija de don Pablo, viuda dos años hace, es mujer de temple sereno, agraciada y sencilla. Aún viste de luto, como único tributo externo a su dolor, que oculta a las ajenas miradas, pero que vive en su corazón como un perfume delicado. Viene de velito.

Emma, su amiga, casada y temporalmente separada de su marido, por aburrimiento y hastío, es mujer ardiente y expresiva, imaginativa y locuaz. Viste un traje vistoso de mañana y trae chal y sombrilla.

RAFAELA. Estarán aquí o en la biblioteca.

TOPETE. ¡Oh! Las amigas. ¿De vuelta ya?

EMMA. Ya de vuelta.

TOPETE. ¿Cansadas?

EMMA. ¡Nuncal

RAFAELA. ¿Cansarse Emma? Jamás. Usted la ofende.

TOPETE. ¿Le va gustando a usted mi pueblo?

EMMA. Pero ¿usted es de Peña Real?

TOPETE. Sí, señora; aquí rodó mi cuna. No rodó todo lo que hubiera sido necesario.

EMMA. Pues no se le conoce a usted. Apenas tiene acento andaluz.

TOPETE. Salí de aquí tan joven y volví tan viejo... ¿Verdad, Rafaelita?

RAFAELA. Tan viejo, no, Topete.

TOPETE. Gracias por el halago.

EMMA. Pues el pueblo me encanta, me seduce, me inquieta. Asoleado, tranquilo, silencioso, como en siesta continua. Cuando se abre una puerta de una casa, parece que la casa va a bostezar. Histórico, legendario, evocador... Se oye en el aire la voz de otros siglos. Creyente, supersticioso, paradójico, absurdo... ¡Todo lo contrario que mi marido! Me enamora Peña Real.

Rafaela suelta la risa.

RAFAELA. Lo creo.

TOPETE. Yo también.

RAFAELA. ¿Y mi padre?

TOPETE. Ahí, en la biblioteca.

EMMA. ¿Y el mío?

TOPETE. Arriba lo dejé hace una hora, desayunándose.

EMMA. Ya habrá concluído.

TOPETE. ¡Qué sé yo! Porque tenía delante dos huevos pasados por agua y un trozo de carne tamaño. Y me dijo que estaba matando el gusanillo. De manera que el gusanillo de su papá de usted no se debe de matar tan fácilmente.

EMMA. *Riendo.* ¡Ahl sí; se cuida, se cuida. Le tiene mucho apego a la piel. Voy a verlo. Digo, ¡y estos patios!... ¡Qué parajes para soñar locuras!... *Se va por la puerta del patio.*

Durante este diálogo, Rafaela se ha quitado el velo y lo ha doblado cuidadosamente.

TOPETE. Tú, Rafaelita, ¿me necesitas para algo?

RAFAELA. Muchas gracias, Topete.

TOPETE. Voy al correo a echar la crónica de este mes. Luego hemos de hablar en confianza.

RAFAELA. ¿Usted y yo?

TOPETE. Sí.

RAFAELA. ¿De qué?

TOPETE. De... de mis cosas. Sin que se entere el papaíto. ¿Estamos?

RAFAELA. Absolutamente.

TOPETE. Pues hasta luego.

RAFAELA. Adiós.

TOPETE. Hasta luegoito. *Vase.*

Rafaela pasea por la sala una mirada investigadora de mujer de su casa, y tal vez toca para colocarlo mejor algún mueble o algún objeto.

Sale de la biblioteca don Pablo.

DON PABLO. ¿Qué es eso? ¿Visita de inspección?

RAFAELA. Siempre.

DON PABLO. Buscando los delitos de las criadas.

RAFAELA. Y deseando no encontrar ninguno. Tú crees que me gusta reñirles, y no me gusta; es que no tengo más remedio.

DON PABLO. Hágase tu voluntad. ¿Y tu amiga?

RAFAELA. Acaba de irse arriba a ver a su padre.

DON PABLO. ¿Vamos a murmurar un poco? ¡Deliciosa pareja son nuestros huéspedes, Rafaelita!

RAFAELA. Don Dionisio sí es cómico. De Emma me da lástima.

DON PABLO. Y presumo que van a pasar con nosotros más días de los que pensaban en un principio.

RAFAELA. Seguramente. Emma está contenta, distraída; y yo procuro que lo esté. Haré que se venga conmigo al campo. ¡Pobrecilla! También tiene su vida rota.

DON PABLO. Es verdad.

RAFAELA. De ahí el recrudecimiento de su exaltación natural y sus extravagancias. Y el padre, sin comprenderlo, empeñado...

DON PABLO. ¡Oh! El padre es chistosísimo. No parece su padre. Vamos, yo a veces pienso cosas terribles.

RAFAELA. ¡Jesús!

DON PABLO. Sin que mi presunción ofenda el

buen nombre de mi señora doña Eduarda. Esta mañana me reía a mis solas de él. Vas a ver una cosa de gracia. *Toma un periódico de la mesita, busca una noticia y la lee.*

RAFAELA. ¿Qué es ello?

DON PABLO. Escucha: «Ha salido para Peña Real, acompañado de su bellísima hija Emma, nuestro particular amigo el ilustrísimo señor don Dionisio Gómez y Martínez. Se hospedarán en casa del ilustre escritor don Pablo Merced.» *Riéndose.* ¿Qué tal?

RAFAELA. ¿Ha mandado él mismo la noticia al periódico?

DON PABLO. ¡Naturalmentel

RAFAELA. Y puede que la pague.

DON PABLO. ¡Seguro! ¿Quién se va a ocupar, si no, de si sale o si entra? Toda la vida ha sido así. No da un paso que no lo publique. Es más: como vaya a un sitio y no lo diga algún periódico, él se cree que no ha ido. ¡Jel *Vanitas vanitatum...*

RAFAELA. Óyeme una cosa.

DON PABLO. ¿Qué hay?

RAFAELA. Racha de huéspedes.

DON PABLO. ¿Cómo?

RAFAELA. Sólo que éste no es nuevo: lo disfrutamos de tiempo en tiempo todos los parientes cercanos.

DON PABLO. ¡Ah! sí: ¡la abuela Nita?

RAFAELA. Cabal. He visto a Feliciano. Venía

para acá a prevenirnos. La abuela Nita se ha levantado esta mañana con aire de mudanza, ha empezado a recoger sus santos y sus chirimbolos y ha dicho que se va de aquella casa adonde la quieren mejor. Y aquí la tendremos dentro de media hora.

DON PABLO. Y aquí vivirá hasta otra ventolera por el estilo. ¡Pobre vieja! ¡Es una contribución de toda la familia!

RAFAELA. ¿Daniel no ha venido?

DON PABLO. Todavía no. Pero es temprano. ¿Con quién lo mandaste venir?

RAFAELA. Con Pepe el yegüerizo, que estuvo aquí anoche.

DON PABLO. ¿Cuándo te piensas ir al campo?

RAFAELA. En cuanto Daniel me diga que está lista la casa.

DON PABLO. Malas condiciones tiene aquello.

RAFAELA. Ya se arreglará. Tampoco para veinte o veinticinco días voy a pedir primores. Todo, antes que pasar aquí otro aniversario. No quiero que sientan tanto como yo o más que yo a mi marido, gentes que apenas lo conocieron.

DON PABLO. En ese particular, te alabo el gusto.

RAFAELA. No me hables; me angustia recordar aquellos días. Los que vinieron la víspera, para escapar antes del compromiso; los que vinieron el mismo día, por seguir la rutina; y los

que vinieron al día siguiente, para hacerse notar, me hicieron bien pronto concebir esta fuga para otro año. Cuando un dolor es tan dolor como este mío, el corazón lo esconde; quiere estar solo, y se recata de la gente para que no lo tome en boca quien no sabe de él.

DON PABLO. Así es, en efecto. Nos iremos todos al cortijo unos cuantos días. Porque si me quedo yo aquí solito, no me salva ni mi fama de hombre independiente, ni la bula de Meco; la toman con el padre político. Y la segunda edición del pésame la soporto yo.

RAFAELA. ¡Qué obligaciones se crea la gente! Sobre todo en los pueblos. ¿Tiene nadie más que dejar a cada cual con su alma en su almarío? Que no se acuerden de que vivo. ¡Si yo me he venido de Madrid a este pueblo, tomándolo por una sepultura, a echarle tierra a mi corazón, que no quiere vivir!

DON PABLO. Calla, inocente, calla.

RAFAELA. De sobra lo sabes.

DON PABLO. Sí; pero también sé que la vida del corazón no la limita la voluntad.

RAFAELA. La del mío acabó con la suya. No me combatas esta idea, papá. Déjame al menos el consuelo de acariciarla. Me parece que lo acaricio a él.

DON PABLO. Doblemos la hoja. La experiencia siempre habla en el desierto.

RAFAELA. Y ¿qué podría enseñarme aquí tu

experiencia? ¿No hiciste tú acaso lo mismo que he hecho yo?

DON PABLO. Pero, ¿cuándo lo hice, hija mía?

RAFAELA. Cuando te faltó tu sombra, como a mí.

DON PABLO. Cierto. Pero mi vida ya había cumplido su objeto. Tenía cincuenta y tantos años a las espaldas y casados mis hijos. ¿Qué extraño es que entonces dejara aquel vértigo de Madrid y me encerrara en la tranquila Peña Real, y en esta casa donde nació tu madre? Pero tú, con poco más de veinte años, comenzando la vida, de frente a ella, ¿cómo quieres que no vaya a vencerte? Esto es lo que mi experiencia te dice. Mi experiencia, que más que de esperanzas sabe de desengaños. Ahora dejemos que corran los días...

RAFAELA. Sí; dejémoslo. Está visto que esto es tan mío, que ni contigo puedo hablar.

DON PABLO. No te apures, tonta. Mira, aquí tienes a Emma.

RAFAELA. ¿Viene Emma? *Se enjuga los ojos, humedecidos por tímidas lágrimas.*

Vuelve, en efecto, Emma por donde se fué, y un tanto excitada.

EMMA. ¡Ay, señor don Pablo de mis culpas!

DON PABLO. ¿Qué te ocurre, muchacha?

EMMA. ¡Ay, qué padre tengo!

DON PABLO. ¿Pues?

EMMA. Le digo a usted que me cuesta la vida este padre.

DON PABLO. Te cuesta entonces lo que te ha dado él.

EMMA. *Rápidamente.* ¡A medias! A medias nada más. Su derecho a amargarme la vida a medias puede que no sea discutible; pero a amargármela por entero, sí.

RAFAELA. Sepamos qué hay de nuevo que tan alborotada te trae.

EMMA. ¡De nuevo, nada! Otra vez le ha puesto el paño al púlpito, y ¡vaya un sermón!

RAFAELA. Espera un instante.

Asoma Juana en traje de faena a la puerta de la biblioteca.

JUANA. Zeñorita.

RAFAELA. Pero, ¿qué es eso? ¿Todavía estás ahí? ¿Qué facha es esa? ¿Qué manera de presentarse?

JUANA. Zi está una argofifando, ¿cómo quíe usted que zarga una?

RAFAELA. Es que no debieras estar aljofifando ya.

JUANA. Zeñorita, usted no ha contao las lozas que tiene la zala grande. Tiene muchas lozas. Y a usted le gustan las faenas mu bien hechas. Y pa hacé las faenas bien hechas hay que hacerlas despacio. Y de toas maneras ze tarda lo mesmo.

RAFAELA. Bueno, sí; ¿qué quieres ahora?

JUANA. Zabé zi argofifo también la zala chica.

RAFAELA. ¡Pues ya lo creol! Y prontito. Y bien. Y sin salpicar de agua los libros. De todo esto

tiene la culpa el mono del novio. Y eso se va a acabar.

JUANA. Ziempre tenía que zalí er novio, que en na ze mete. *Retírase un tanto mohina.*

RAFAELA. Está en relaciones con el criado, con Isidoro. Y la entretiene con el palique, y todo anda así. Y voy a plantar en la calle a Isidoro o a ésta. O a los dos. No quiero noviazgos en casa.

DON PABLO. El amor tiene sus derechos, hija.

RAFAELA. Sí los tiene, pero después de aljofifar. Sigue tú con tu cuento, Emma.

EMMA. El amor... el amor... ¡Qué mal empleo se le da casi siempre a esa palabra! Y usted perdone que se lo diga, don Pablo. ¿Pues no se empeña mi padre en que mi marido me tiene amor, en que mi marido me quiere?

DON PABLO. Y te quiere. ¿No suspira por volver a unirse contigo?

EMMA. ¡Porque me echa de menos! ¡Porque es un hombre muy ordenado! ¡muy ordenado!— ¡qué desesperación de orden!— ¡y le faltó ya en la casilla del estante en que me había puesto! *Rien el padre y la hija.* Pero antes me doy un tiro que volver con él. Mi marido, don Pablo, es un hombre rítmico; es un hombre máquina; yo creo que tiene ruedas por dentro. Todo lo ha de pesar y medir; todos los días ha de hacerse lo mismo y a las mismas horas. No tiene una oscilación, no

tiene un arranque, no tiene un rasgo extraordinario, ¡no tiene un defecto!

DON PABLO. ¿Que no tiene un defecto?

EMMA. ¡Ni uno! ¡Si le digo a usted que no hay manera de aguantarlo! ¡Siempre en el mismo tono; siempre acompasado y puntual! ¡Me he casado con una péndola de reloj!

RAFAELA. ¡Qué cosas se le ocurren! Y hay algo de verdad, no creas.

EMMA. Aconséjele usted a mi padre que no vuelva a hablarme de reconciliación con ese hombre. No lo quiero ver. Me crispa los nervios recordarlo. ¡Qué chalecos, qué raya de los pantalones, qué hombreras!... No lo quiero ver. ¡Qué bigotes! ¡Con los mismos pelos justos a un lado que a otro! No lo quiero ver. ¡Si lo viera usted con la bigotera!...

DON PABLO. No lo quiero ver.

EMMA. ¡Suplíquele usted, por Dios, a mi padre que me deje en paz! Si tuviéramos hijos, bien estaba mi sacrificio por ellos; pero si nos ha tocado en suerte no tenerlos, sin duda porque Dios no quiere que el tipo de ese hombre se perpetúe...

Sale don Dionisio por la puerta de la biblioteca, a tiempo de oír esta última frase de su hija, que a él le suena a chabacana burla. Es hombre serio, eminentemente serio, atildado y metódico. Se comprende que simpatice con su yerno. Viste un traje de mañana elegante, pero propio para persona de algunos años menos que él.

DON DIONISIO. Hija mía, por el amor de Dios, seriedad. Seriedad, Emma, seriedad, que ya no juegas a las muñecas. Seriedad.

EMMA. ¡Si hablaba completamente en serio, papáíto!

DON DIONISIO. Peor que peor, en tal caso. Pablo; Rafaela; mi ilustre y sabio amigo...

DON PABLO. ¡Hombre!

DON DIONISIO. Su amiga más leal...

RAFAELA. Sí, por cierto.

DON DIONISIO. Encargaos de poner un poco de orden en esta cabecita de pájaro.

EMMA. *Molestísima.* Papá, por lo que más quieras, no seas cursi, y dispénsame que te lo diga.

DON DIONISIO. ¿Oyes esto, Pablo? ¿Lo oyes tú, Rafaela? Los desentonos de esta hija de mi alma van a acabar conmigo.

Llega Topete por la puerta del patio, deja el sombrero, se sienta a su mesa y se pone a escribir sin decir ni pío. Se conoce que el mal humor se le ha exacerbado en la calle.

DON DIONISIO. Tú, Pablo; tú que tienes esas privilegiadas dotes de observador y ese singular golpe de vista psicológico...

DON PABLO. ¡Ave María Purísima!

DON DIONISIO. Dime, en ley de Dios, o hablando a lo filósofo, en el terreno de la razón pura...

EMMA. Mira, papá, no sigas adelante. No he-

mos venido aquí a discutir desavenencias de familia, sino a pasar una agradable temporada con tan buenos amigos; y hablar de mi marido no puede ser cosa más desagradable.

DON DIONISIO. Seriedad, Emma, seriedad.

EMMA. ¡Así que lo digo poco en serio! ¿Sabes lo que estoy deseando?

DON DIONISIO. ¡Algún delirio tuyo!

EMMA. Que esta vez sea verdad el anuncio de los astrónomos; que esa dichosa estrella de rabo que nos amenaza choque de veras con la Tierra y nos lleve a todos el diablo.

DON DIONISIO. ¡En el nombre del Padre!

TOPETE. Pues no está usted sola en ese deseo, amiga Emma. Hay aquí quien lo comparte con usted. Y le prevengo que, según todos los informes, vamos a quedar complacidos.

DON DIONISIO. *Con alarma ridícula, que pretende disimular en vano.* ¿Cómo dice usted?

TOPETE. ¿No ha leído usted la noticia en la Prensa de hoy?

DON DIONISIO. No he tenido ese gusto... Es decir, tanto como gusto...

TOPETE. Pues tome, tome; aquí hay un periódico que trata la cuestión por extenso.

DON DIONISIO. A ver, a ver... Poco se puede fiar en tales pronósticos, pero... Siempre hay alarmas más o menos justificadas con estos fenómenos celestes... El vulgo es imaginativo. A ver, a ver... *Toma con mano temblorosa el periódico, y*

ante el simple epigrafe de la noticia le baja el color. Se entrega ávidamente a su lectura y ya no le importa nada de lo que le rodea. El miedo más cómico ha hecho presa en él.

EMMA. ¡Bah! Voy un rato a la biblioteca.

DON PABLO. ¿Qué lees?

EMMA. Las comedias de Tirso de Molina.

DON PABLO. ¡Peregrino ingenio! Conocía a las mujeres el frailecito, ¿no?

EMMA. Un poco.

DON PABLO.

*Porque a la sombra imitáis;
al que os desprecia seguís,
del que os adora os burláis...*

Sale por la puerta del patio Isidoro, el novio de Juana, con tres cartas.

ISIDORO. Don Donisio. Don Dionisio no oye. Está más pálido que hace un momento. Don Donisio.

EMMA. ¡Papá!

RAFAELA. ¡Don Dionisio!

DON DIONISIO. ¿Eh?

ISIDORO. Dos cartas.

Don Dionisio las coge maquinalmente, y las mira y se las guarda lo mismo. El periódico lo ha agarrado como mosca en tela de araña.

EMMA. Esa otra es para mí, ¿verdad?

ISIDORO. Sí, señorita. Tome usted.

Emma coge la carta y la contempla burlonamente. Isidoro va a irse a la biblioteca en busca de la novia y se lo impide Rafaela.

RAFAELA. ¿Adónde vas tú?

ISIDORO. Iba a dá la güerta por ese lao.

RAFAELA. Pues la das por el otro.

ISIDORO. Es iguá.

RAFAELA. Por eso.

ISIDORO. Me piyó la polisía. *Se va por donde salió.*

Emma rompe la carta que ha recibido, sin abrirla.

RAFAELA. ¿Qué haces, mujer?

EMMA. Romper esta carta.

RAFAELA. ¿Sin leerla?

EMMA. ¡Si es de mi marido!

RAFAELA. ¡Jesús!

Miran todos a don Dionisio.

EMMA. No hay cuidado: ahora le preocupa el cometa más que yo. Hasta luego. *Se entra en la biblioteca.*

DON DIONISIO. *Entre dientes, y yéndose, metido en su lectura, hacia el patio. ¡Cáscaras, cáscaras! ¡Pues no es esto grano de anís! Suda copiosamente por el cogote y se aplica el pañuelo, pero sin separar la vista del diario. ¡Cáscaras, cáscaras, cáscaras!...*

TOPETE. A este señor le sienta hoy mal el desayuno.

DON PABLO. ¿Pues?

TOPETE. ¿No ves cómo va leyendo lo del cometa?

DON PABLO. ¡Ah! ¿es eso lo que lee? ¡Delicioso!

RAFAELA. Sí que se ha puesto pálido; no es broma.

DON PABLO. Siempre ha sido muy medroso...
Se ríen él y Topete.

RAFAELA. Vaya, vaya; un poco de piedad, que todos tenemos debilidades.

TOPETE. Yo voy a observarlo.

RAFAELA. ¿Y mi libro de cocina, Topete?

TOPETE. Mañana lo concluyo. Un monumento caligráfico: ¡doce tipos de lettral! Las salsas en inglesa, las frituras en gótica, los dulces en redondilla... Una preciosidad.

EMMA. *Dentro.* ¡Topete!

TOPETE. ¿Me llama usted, Emma?

EMMA. ¿Quiere hacerme el favor?

TOPETE. ¡Con mil amores! *Se entra en la biblioteca.*

RAFAELA. Dime, papá.

DON PABLO. ¿Qué?

RAFAELA. Éste ¿ha vuelto a jugar?

DON PABLO. Sí; ¿por qué? ¿Te ha pedido dinero?

RAFAELA. Va a pedírmelo.

DON PABLO. Pues no se lo des.

RAFAELA. Antes me cortaría la mano.

DON PABLO. Te jurará que es para su mujer y

para sus hijos; pero como acierte a pasar el tío de los huesos de jamones, se va al Casino y se lo juega inmediatamente.

RAFAELA. ¿Y eso, por qué? ¿Es algún talismán?

DON PABLO. Así dice; que gana siempre que le oye el pregón.

RAFAELA. ¡Qué badulaque! Hay para matarlo; te aseguro.

Llega por la puerta del patio Quintica, a quien siguen Daniel y Chirola, campesinos.

Daniel es un mozo de aire simpático y varonil, de mirada serena y habla reposada y tranquila. Su cuerpo y su corazón están curtidos en la vida del campo. Viste a la usanza de la tierra, limpia y sencillamente, chaquetilla de dril, marsellés de paño fino al hombro, sombrero de ala ancha y zahones.

Chirola es un zagalón del cortijo, que lo acompaña.

QUINTICA. Pazen ustedes, que aquí están.

RAFAELA. ¿Quién es? ¡Ah, Daniel! Ya te esperaba.

DON PABLO. ¡Danielillo!

DANIEL. Buenos días, don Pablo. Buenos días, zeñorita.

CHIROLA. Güenos días.

Quintica, sugestionada por la atractiva presencia de Daniel, lo mira sin quitarle ojo, con ingenuo embeleso.

DANIEL. ¿Por aquí zin novedá de particulá?

RAFAELA. Gracias a Dios, ninguna.

DON PABLO. No hay más novedad que esta para la que te llama mi hija.

DANIEL. Pa zervirla estamos.

DON PABLO. Pues quiere meterse en tus dominios.

DANIEL. En los zuyos será; yo no tengo dominios. ¡Ojalá y los tuviera!

DON PABLO. Bien; pues poneos de acuerdo, que yo, como el loro del portugués, voy donde me lleven. Y ahora, por lo pronto, a dar una vuelta por ahí.

DANIEL. A la dispozición de usté, don Pablo.

DON PABLO. Quizás te vea antes de que te marches. *Éntrase por la puerta de la biblioteca.*

DANIEL. Tú, Chirola, aguárdame en er patiniyo.

CHIROLA. Con lizencia de la zeñora. *Vase por la puerta del patio.*

RAFAELA. Anda con Dios, hombre. Siéntate tú, Daniel.

DANIEL. *Obedeciéndola.* Gracias.

RAFAELA. ¿Tienes prisa?

DANIEL. La que usté me dé. Yo pa mí no zé lo que es ezo.

RAFAELA. *De pronto a Quintica.* ¿Tú qué haces?

QUINTICA. *Sobresaltada.* ¿Eh?

RAFAELA. Que tú ¿qué haces?

QUINTICA. Aquí.

RAFAELA. Pues aquí es donde no tienes que estar.

QUINTICA. No me había dao cuenta.

RAFAELA. Vete.

QUINTICA. Zí, zeñora.

RAFAELA. Oye.

QUINTICA. Mándeme usté.

RAFAELA. Llévate a mi alcoba este velo.

QUINTICA. ¿Dónde lo guardo?

RAFAELA. Déjalo sobre la cómoda, que yo lo guardaré.

QUINTICA. Zí, zeñora. *A Daniel.* Güenos días.

DANIEL. *Sonriéndole.* Vaya usté con Dios.

QUINTICA. Güenos días. *De pronto se vuelve a Daniel y dice:*

— Galán cabayero
der campo yegó.

— ¿De dónde ha venido
tan fino pastó?

— Tomiyo y romero,
zeñora, es mi oló.

Y se va por la puerta del patio, dominada por un extraño sentimiento de admiración hacia Daniel. Tanto él como Rafaela sueltan la risa.

DANIEL. ¡Qué retahíla! Pero no ha tenío mala zombra. Esta es nueva, ¿no?

RAFAELA. Sí, nueva. De El Toronjil.

DANIEL. Pos no es desgraciá la chiquiya.

RAFAELA. Parece lista y limpia; allá veremos.

DANIEL. Bueno; ca vez que vengo lo repito: la caza ez otra, principiando por los clavos doraos de la puerta y acabando por los palomares, que ciegan de blancos.

RAFAELA. ¿Cómo que es otra?

DANIEL. Me refiero a los tiempos en que don Pablo vivía zolo.

RAFAELA. ¡Claro! Los hombres no saben dirigir una casa. Y mi padre menos que ninguno. Dice que le estoy quitando a su biblioteca el polvo de los años, y que el polvo preserva a los papeles de la polilla. Mis ideas son muy diferentes.

DANIEL. Ze nota. Zi la poliya trabaja en lo limpio, no zé yo cómo vive usté, zeñorita. *Rafaela calla.* Ze ve, ze ve que vuelan por toa la caza zus dos manos de usté, como dos maripozas. Ze-guramente que no hay rincón en que eyas no ze paren.

RAFAELA. Vamos a nuestro asunto.

DANIEL. Usté me dirá.

RAFAELA. Yo quiero, dentro de una semana, irme a pasar unos días en el cortijo.

DANIEL. Toa la langosta que cayera por ayá fueze tan dañina. ¿Ze aficiona usté ar fin ar campo?

RAFAELA. No; no es eso. Casi voy por necesidad.

DANIEL. ¿De zalú?

RAFAELA. Tampoco es de salud.

DANIEL. Ya. Barrunto por dónde zopla el aire. Hasta ayí ha yegao que el hijo de don Gumerzindo paza más por esta caye que por otra ninguna.

RAFAELA. *Seramente.* Vamos, no digas tonterías, Daniel. Tú no eres hombre que deba hacer caso de hablillas.

DANIEL. Y no lo he hecho. Y usté perdone, zeñorita. Pero lo que ze escucha, en er penzamien-to ze quea.

RAFAELA. Bien. Iré al cortijo con mi padre y con otro señor y una hija suya, que son nuestros huéspedes ahora. ¿Nos podremos acomodar?

DANIEL. De mi cuenta corre.

RAFAELA. Dice mi padre—yo no lo recuerdo—que no tiene condiciones la casa habitación.

DANIEL. Ya haremos que las tenga.

RAFAELA. ¿Habrá mucho trastorno?

DANIEL. Lo que haya por usté no tiene eze nombre.

RAFAELA. Eres impagable, Daniel.

DANIEL. Zegún quien me vaya a comprá. Menesté zería que aprendiera usté de una vez pa ziempre er camino, y de cuando en cuando tuviera una ocurrencia como esta.

RAFAELA. ¿Quién sabe? Ahora, figúrate: vi-

viendo ya como vivo en el pueblo y deseando entera soledad... Todavía me voy a hacer una gran campesina.

DANIEL. Azí zea. Ar campo, zeñorita, hasta que no ze le quiere, no ze le zaca er gusto; pero cuando ze le yega a queré, to lo demás estorba.

RAFAELA. Es posible.

DANIEL. Mírelo usté en mí. Cinco años va a hacé por Zan Pedro que murió mi padre, y yo decía entonces que «er campo, pa los lobos.» Por zerví a zu mamá de usté, que esté en gloria, me quedé regentando aqueyo, que por mi inclinación no fué er quedarme; esta es la verdá. Pos bueno: día por día me ha ido ganando er campo de tar manera, que ya usté lo ve: ahora, como no ze me yame, no zargo de ayí pa na der mundo. Como las estreyas der patio der cortijo no hay otras en er cielo.

RAFAELA. *Riendo.* ¿Cómo que no? Esa no la paso, Daniel. Las de mi patio son más blancas.

DANIEL. Cuando usté las mire, zerá. Ya verá usté las mías. ¿Desde niña no va usté por aqueyos trigos?

RAFAELA. Desde niña, casi.

DANIEL. Pos ahora yega usté en un tiempo bonito. Ya zabe usté la copla:

*Todas las flores der campo
las cautiva er mes de enero,*

*y en yegando abril y mayo
zalen de zu cautiverio.*

RAFAELA. Pero ¡cómo ha acabado por enamorartel ¡Cuánto me alegro yol Mi padre, como es así, tan dejado y tan torpe, que hay que decirlo, mil veces me lo ha confesado: «Si no tuviéramos a Daniel, arrendaba el cortijo.»

DANIEL. No lo permita Dios.

RAFAELA. Así es que me encanta oírte tan satisfecho. Porque, además, como fué mi madre la responsable de este rumbo que tomó tu vida... Yo no olvido que el señor Juan, tu padre, quería darte carrera.

DANIEL. Pos viva usté tranquila, que ar fin de cuentas cogí la vereíta más de mi gusto. Por argo habrá zío. Yo creo que ninguna perzona en er mundo va más que adonde zu viento la empuja. Y er que ze pone de cara a zu viento, se estreya. ¡Bien haya er campo, zeñorita! ¡Zi la tierra paga como nadiel Nos lo da to: desde las flores hasta er pan bendito.

RAFAELA. Dices bien. Y, además, nos da lo que yo necesito ahora: apartamiento, soledad, silencio... *Daniel la mira. Después va a hablar y calla, respetando los sentimientos de la viudita.* De manera que tú quedas en arreglarlo todo.

DANIEL. ¡Cabale!

RAFAELA. Y tú avisarás.

DANIEL. Descuide ustedé, que yo vendré a decí cuándo está aqueyo bien aviao.

RAFAELA. Cuanto antes, mejor.

DANIEL. Ya lo zé.

RAFAELA. Pues adiós, hasta pronto.

DANIEL. Quéeze ustedé con Dios, zeñorita.

RAFAELA. Qué sé yo... Me has comunicado tu entusiasmo. Ya estoy deseando verme allá.

Se va por la puerta de la biblioteca. Daniel la mira irse. Luego echa un cigarrillo y lo enciende. Entretanto, baraja en su frente nuevos pensamientos, cuyos gérmenes acaso estaban en su corazón.

Cuando va a marcharse por la puerta del patio, llegan la Abuela Nita y Gregoria.

La Abuela Nita es una vieja chocha, pero que no se quiere morir. Viste con prendas de sus tiempos. Gregoria es una criada de la casa que temporalmente deja. Entre las dos traen, en sendos canastos, una porción de cachivaches que constituyen el máspreciado tesoro de la Abuela: cajas antiguas, cuadritos con imágenes, estampas, «santirulicos» de bronce y de marfil, etc., etc.

ABUELA. ¡Rafaela! ¡Rafaela! Pero ¿dónde se ha metido esa niña?

DANIEL. *Con sorpresa.* ¡Hola, zeñora! ¿Qué racha la trae por aquí?

ABUELA. Hola, hijito mío. Dios te guarde. ¿Y Rafaela? ¿Y Pablo? ¿Sabes tú?

DANIEL. Ayá dentro andan.

ABUELA. Pos yo, mentira parese, a mis años, de casa en casa, como si no tuviera ninguna. Pero no me gusta estorbá. Y Felisiano está cargao de chiquiyos, y una boca más siempre pesa. Y no quiero vé caras largas. Ya tú conoses er refrán: parientes y trastos viejos, pocos y lejos.

DANIEL. Ezó es una zentencia, zeñora.

ABUELA. Y me vengo acá, buscando un rincosito. Acá será otra cosa. Pablito y su hija están de non en la parentela; sin agraviar a nadie.

DANIEL. Zí, zeñora; zí que lo están.

ABUELA. Yo no les he de dá ruido ninguno. A mí no se me siente: mis santos, mis resos, mis devosiones, mi carseta. No se me siente.

DANIEL. Zí, zeñora. Ha hecho usté bien en mudarze acá. Y quéeze usté con Dios, que yo ya me iba.

ABUELA. Vé con Dios, vé con Dios. Tú también me has demostraó siempre mucha ley, buen moso. Vé con Dios.

DANIEL. Con Dios, zeñora.

Se va por la puerta del patio.

ABUELA. Gregoria: dame acá er canastito ése.

GREGORIA. Tome usté er canastito.

ABUELA. A vé si viene todo.

GREGORIA. Zí; no me haya yo guardao argu-
na alhaja.

ABUELA. No seas respondona. *Sobre la mesa auxiliar pone su canasto y el de Gregoria, y busca en uno y otro lo que más le interesa. Gregoria le ayuda.* El espejo... ¿Dónde está el espejo?

GREGORIA. Aquí está el espejo, zeñora.

ABUELA. Mirate la cara de pánfila que tienes.

GREGORIA. ¡Mejól! Con gustarle a mi novio...

ABUELA. ¡Tu novio! Hasta los gatos quién sapatos. ¿Y Santa Rita?

GREGORIA. En er cielo digo yo que estará. ¿Ez ésta, por ventura?

ABUELA. Ésta es. *La besa.* San Antonio... San Antonio... ¿Nos hemos orvidao de San Antonio?

GREGORIA. Vaya Zan Antonio.

ABUELA. Éste es San Luis Gonsaga, poyina. *Lo besa también.* ¿Dónde está San Antonio? Aquí está. *Lo besa.* Los dos caracoles.

GREGORIA. Místelos. *Se aplica uno a una oreja.*

ABUELA. ¿Qué hases?

GREGORIA. Que me gusta escuchá er mormuyo.

ABUELA. Trae acá. Er cuadrito con la trensa de pelo... La cruz de conchitas.

GREGORIA. Tómela usté.

ABUELA. Dale un beso, mostrenca. *La besa ella y se la presenta a Gregoria para que la bese.* ¿Y er Patriarca?

GREGORIA. ¿Ez éste?

ABUELA. ¡Éste es San Fransisco!

GREGORIA. ¡Zeñora, zi yo no los tratol! ¡Como

zon forasteros tos!... A mí me basta con rezarle a la Virgen, que es de aquí de Peña Reá.

ABUELA. De bastante te va a serví. Aquí está er Patriarca. *Le da su beso correspondiente.* ¿Y er rosario de arjofa?

GREGORIA. Liao viene en este papé. Digo, viene er jilo, porque der rosario quean zeis cuentas.

ABUELA. Tú te vas a ganá muchos mojicones en esta vida. Por insolente.

De la biblioteca sale don Pablo, dispuesto para irse a la calle. Con él sale Topete.

DON PABLO. Anda, secretario, acompáñame en mi paseo.

TOPETE. Que me place.

DON PABLO. ¡Abuela Nital!

ABUELA. ¡Pablito de mi corasón! *Lo abraza.*

DON PABLO. ¿Cuándo ha venido usted?

ABUELA. Ahora mismo. ¿Cómo te va, Topete?

TOPETE. Muy bien; para servirla, señora mía.

ABUELA. *A Don Pablo.* ¿Habló Felisiano contigo?

DON PABLO. Habló con Rafaela. No tiene usted nada que añadir. Ésta es su casa de usted siempre. Aquí viene cuando se le antoje; no lo olvide.

ABUELA. *Conmovida.* Lo tengo dicho; son ustedes la honra de la casta: tú y tu hija. *A Gregoria.* Lárgate tú ya cuando quieras.

GREGORIA. Pos que usté ziga bien,

ABUELA. ¡Adiós!

GREGORIA. Y la compañía.

DON PABLO. Vete con Dios, muchachá.

ABUELA. ¡Ah! mira: que no dejen en seguida de mandarme er baú.

GREGORIA. Yo lo diré.

ABUELA. Y registra tú la dama de noche, no se me hayan orvidao ayí mis *carsapoyos*.

GREGORIA. ¿Argo más?

ABUELA. La parma der barcón, que también la quiero.

GREGORIA. Descuide usted, que to vendrá. Güenos días. *Se va por la puerta del patio.*

ABUELA. Y ahora que se ha ido esa, que es muy métome en todo, tú dirás: «Pero este demonio de vieja, ¿pa qué danza tanto?»

DON PABLO. Yo no digo tal cosa, abuela Nita.

ABUELA. Pos mira, hijito, mira: Felisiano y su gente no me han tratao mal; mentiría si otra cosa dijera; pero tienen la manía de que me he de morí porque he cumplido ochenta años. ¡Esta es una idea que ha echao raíces en toas las cabezas de aqueya casal Y a mí me hase muy malas tripas, como comprenderás.

DON PABLO. ¡Es claro!

TOPETE. ¡Pero si se conserva usted al pelol

ABUELA. Como que estoy mejó que en mis treinta. Yo la cabeza la tengo firme: no sé ni lo que es un mareo. Los dientes, mira: ninguno me

farta; el estómago lo echo a peleá con er tuyo...

DON PABLO. ¿Para qué?

ABUELA. ¡No me quiero morí! ¡No me da la gana de morirmel! ¡Hay vieja pa un ratol!

DON PABLO. Así será.

ABUELA. Pos ahora, con este toletole de la estreya de rabo, que disen que va a sé er fin der mundo, no hay ayí otra conversasión que la de la muerte. ¡Mire usted qué plato de postrel! Y tos me miran de reajo, como si me quisieran desí: «Abuela, lo que es de ésta no nos escapamos.» No me lo disen, ¿oyes? pero lo piensan. ¡Es mucho cuentol!

DON PABLO. Pues viva usted tranquila, y no haga caso de romances, que ni usted ni el mundo se acaban así como así. Vamos con Rafaela.

ABUELA. No; cumplidos, no. Yo me sé la casa de memoria. Tú te vas con Topete a tu paseo, y me dejas a mí, que ya sabré dá con tu hija.

DON PABLO. Perfectamente. No me opongo.

TOPETE. ¡Viva la libertad individual!

ABUELA. Este Topete... ¿Cuándo te casas tú?

TOPETE. ¿Que cuándo me caso, abuela Nita? ¡Si tengo siete hijos!

ABUELA. Es verdá: es que a lo mejó te confundo con tu primo Isaías. Ea, ea, a pasearse por ahí, que está la mañana muy fresca y muy hermosa.

DON PABLO. Hasta después, abuela Nita. Y bien venida sea.

ABUELA. Ir con Dios, ir con Dios...

TOPETE. Hasta luego. *Se marcha con don'tablo.*

ABUELA. *Conmoviéndose de nuevo.* Lo mejó, lo mejó de la casta... Pablito... ¿Dónde andará la nena? *Llamándola.* ¡Rafaelal! ¡Nena! ¡Rafaelita! *Éntrase por la biblioteca.*

Hay un momento de silencio, y luego se oye otra vez en la calle el pregón del Ciego Palotes.

PALOTES. ¡Niñas! ¡niñas! ¡Er mundo se acaba er mes que viene! ¿Quién me compra er romanse de *La fin der mundo*? ¡*La fin der mundo*! ¡Er mundo se acaba er mes que viene!

Como gato seguro de su presa sale Quintica por la puerta del patio al conjuro de la voz de Palotes.

QUINTICA. Ahora no hay nadie. ¡Ahora zí que lo compro! *Se sube al alféizar de una de las ventanas y por cima de la celosía llama al ciego.* ¡Tío! ¡Tío! ¡Sssss! ¡Sssss! ¡Tío!

PALOTES. *Dentro.* ¿Quién me yama?

QUINTICA. ¡Aquí!

PALOTES. ¡Voy!

QUINTICA. Deme usté uno.

PALOTES. Vaya.

QUINTICA. ¿Cuánto es?

PALOTES. Una perriya.

QUINTICA. Tómela usté. *Se la oye botar en las losas de la acera.* ¡Ze cayó! Junto ar pie le ha caío.

PALOTES. Ya, ya la veo.

QUINTICA. Pero ¿no ez usté ciego, hermano?

PALOTES. Las moneas las distingo un poco: como son manchas negras...

QUINTICA. Vaya usté con Dios.

PALOTES. ¡Hasta el otro mundo, mosital *Se aleja pregonando.*

Quintica baja de la ventana, pegados los ojos al romance, que empieza a leer encantada del fondo y de la forma y ávida de noticias sobre el fin del mundo.

QUINTICA.

«Er día trece de junio
er mundo ze va a acabá:
loz ateos y creyentes
deben todos de rezá.

Habrá primero en er cielo
una aurora boriá...»

Sale Isidoro también por la puerta del patio.

ISIDORO. ¿Lo compraste?

QUINTICA. Zí.

ISIDORO. Y ¿qué dise?

QUINTICA. Leyéndolo estaba. Escucha:

«Er día trece de junio
er mundo ze va a acabá:
loz ateos y creyentes
deben todos de rezá...»

ISIDORO. Espérate, que yame a ésta.

QUINTICA. ¿A quién?

ISIDORO. A Juana.

QUINTICA. Yámala, zí.

ISIDORO. ¡Juana! ¡Ven acá!

QUINTICA. *Sin apartar los ojos del romance.*
¡Huy, cuántas cozas dice!

ISIDORO. Porque ésta no cree que se acaba er mundo. Y yo quieo encargarme de convenserla.

QUINTICA. ¿Pa qué?

ISIDORO. ¡Mujé, porque si de veras se acaba, es una tontería no aprovecharse bien de los días que nos quean!

De la biblioteca sale Juana, secándose las manos en el delantal.

JUANA. Vamos a vé: ¿qué quieres?

ISÍDORO. Oye er romanze de la fin der mundo.

JUANA. ¿Lo has compraó?

QUINTICA. Zí.

ISIDORO. Oye. ¡Pa que lo niegues!

QUINTICA. *Anhelante.*

«Er día trece de junio
er mundo ze va a acabá:
loz ateos y creyentes
deben todos de rezá...»

Aparece Chirola por la puerta del patio.

CHIROLA. Pero ¿y Danié? ¿Ze ha díó?

ISIDORO. ¡Danié se fué hase ya diez minutos

por er postigo hablando solo! ¡Escucha esto!
Anda, sigue, Quintica.

QUINTICA.

«Er día trece de junio
er mundo ze va a acabá:
loz ateos y creyentes
deben todos de rezá.

Habrá primero en er cielo
una aurora boriá,
que con yamas infernales
la tierra iluminará...»

Sale la Abuela Nita por donde se marchó, a recoger sus bártulos. Al ver el curioso grupo de los criados, se detiene sin ser notada, y escucha con espanto la lectura que le trae a la memoria su pesadilla. Los criados atienden llenos de candorosa superstición. Quintica lee con toda el alma que el asunto merece, haciendo honor a la escuela de El Toronjil.

«Rodeará nuestro globo
una armórfera fatá,
y laz aves afirziadas,
de gorpe ar zuelo cairán.

Ze dezatará más tarde
un furiozo vendavá,
que derribará las torres
y hará que se vuerque er má.

Luego, una yuvia de estreyas,
con tanta velocidá,
que paraje donde caiga
zepurtado quedará.

Después...

Baja el telón, cortando en este punto la lectura.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma sala del acto primero. Es por la mañana también, pero estamos en junio.

Topete, sentado a su mesa, escribe algo que le hace reír.

TOPETE. La vanidad humana es infinita. El miedo le ha vuelto el juicio a este pobre señor.

Sale de la biblioteca don Dionisio. En su frente, que surca una profunda arruga, hay una idea fija. Sus ojos están apagados.

DON DIONISIO. ¿Decía usted?

TOPETE. No... nada... Aquí tiene usted el borrador y el limpio del documento.

DON DIONISIO. Primoroso trabajo. Es usted la misma amabilidad.

TOPETE. A sus órdenes siempre.

DON DIONISIO. Obligado yo. Así me quedo más tranquilo. *Guarda los papeles en la cartera, y pasea mirando a Topete. Luego se asoma a una de las ventanas.* Ya parece que vuelve gente de la iglesia. Usted tampoco ha querido ir.

TOPETE. No, señor. No habla mal el padre Manolito, pero no estoy de humor de sermones. Bastante tengo con mi casa, para que venga el

cura a cortarme el resuello. ¡Si suena la trompeta final, que suene!

DON DIONISIO. ¿Tan desesperado está usted?

TOPETE. ¿No he de estarlo, si vivo? Vivir es llorar. Yo me defino de este modo: «Soy un infusorio nadando en una lágrima.»

DON DIONISIO. Yo también llevo algunos días dominado por ideas bien tristes. Y en mí son raras, esta es la verdad. Naturalmente amo la vida y sus encantos. Pero ese dichoso cometa que nos amenaza, me trae a mal traer. Los nervios disparados, la cabeza llena como de humo... No soy yo, no soy yo. Mi hija dice que esto no es más que miedo... Burlas de mi hija, como usted comprende... ¡Miedo! ¡miedo! Es claro que algún miedo tengo; como usted, como Pablo... como todos... Lo sobrenatural, amigo, lo de tejas arriba... impresiona y encoge el ánimo... ¿no?

TOPETE. Atribuya usted ese estado suyo a los trastornos atmosféricos. ¡Mire usted que el solano de ayer tardel ¡Cosa más fatigosa!

DON DIONISIO. Yo creí morir. Pues ¿y la tormenta del domingo? ¡Santo Dios! ¡Qué truenos! ¡Qué piedras! Parecía que el fin del mundo se anticipaba a todos los pronósticos.

TOPETE. Total: mucho ruido y pocas nueces. Porque este retablillo terrestre seguirá funcionando; no tema usted cosa mayor.

DON DIONISIO. *Queriendo sonreír.* Mañana saldremos de dudas.

TOPETE. Usted ha de verlo.

DON DIONISIO. Por lo que valga, yo quiero dejar mis cuentas corrientes. ¿Tiene usted siete hijos, verdad, me ha dicho Rafaelita?

TOPETE. Siete... y la pelota en el tejado.

DON DIONISIO. ¡Qué buen humor!

TOPETE. Como la risa del conejo, no se figure usted. *Suspirando.* ¡Ay! ¡Siete desgraciados, a quienes les he hecho el flaco servicio de traerlos a esta vida mísera!

DON DIONISIO. *Sacando su cartera.* Y ¿usted sería tan condescendiente que aceptase de mí...?

TOPETE. En modo alguno.

DON DIONISIO. No es retribución de la merced que acaba de hacerme, ni de otras que le debo; es gusto mío en que les compre usted unos juguetes a sus chiquitines.

TOPETE. *Enternecido.* Se ha ido usted al corazón derecho. Acepto, amigo mío. Muchas gracias. *Toma el billete que le da don Dionisio.*

DON DIONISIO. Ahora bien: yo sé que usted tiene un vicio que lo domina. *Topete suspira amargamente.* Lo sé. Pues yo me atrevo a exigirle a usted palabra de honor de que ese dinero ha de emplearlo íntegramente en juguetes para sus hijos.

TOPETE. *Balbuceando conmovido.* Y yo... yo le doy a usted mi palabra...

Lejos, en la calle, un Comprador ambulante pregon, dulce y graciosamente, cortándole a Topete el

hilo de la frase, y poniéndolo de un pálido marmóreo

COMPRADOR. ¡Huesos de jamones!... ¡huesos. de jamones!... ¡Se compran baratos huesos de jamones!...

DON DIONISIO. ¿Qué le sucede a usted?

TOPETE. *Reponiéndose, y en un supremo esfuerzo de dignidad.* Nada, señor... nada... que el rasgo de usted me ha llegado a lo hondo... Palabra de honor de que este generoso regalo es para mis hijos de mi alma.

DON DIONISIO. Fío en ello completamente.

TOPETE. Y ahora, voy a apuntarlo.

DON DIONISIO. ¿A apuntarlo, dice?

TOPETE. Sí, señor. Yo soy una paradoja viviente: soy el desorden ordenado. ¡Todo lo apunto! En estos cuadernitos: vea usted. *Saca varios de un cajón de la mesa.* «Préstamos.» «Ganancias.» El de las ganancias es verde: esperanza. «Donativos.» «Pérdidas.» El de las pérdidas es colorado: rubor. Fíjese usted qué tamaño tiene. Es el mayor de todos. *En el cuaderno correspondiente apunta el donativo recibido.*

DON DIONISIO. Curiosa persona es usted.
Llega don Pablo por la puerta del patio.

DON PABLO. A la paz de Dios, caballeros.

DON DIONISIO. Buenos días, Pablo.

TOPETE. Buenos días.

DON DIONISIO. ¿Terminó ya el sermón?

DON PABLO. A Dios gracias, porque hasta desmayos ha habido.

DON DIONISIO. ¿Sí, eh?

DON PABLO. Pregúntales a tu hija y a Rafaela, cuando bajen ahora. Por supuesto, yo desde que vivo en Peña Real no he conocido obsesión semejante a esta del cometa. Y como además hemos pasado casi un mes allá en el cortijo, y no hemos visto formarse la bola, la excitación en que están los ánimos poco menos que nos coge de nuevas. ¡Cristo Padre, qué cosas se dicen!

DON DIONISIO. *Tanteando el terreno.* ¡Claro! La imaginación andaluza... la ignorancia del vulgo...

DON PABLO. No, no, no; no todo es ignorancia en este caso. Ni menos, fantasía. Ahora como nunca se funda la amenaza del choque sobre base real; en cálculos científicos y no en disparates de profetas de tres al cuarto.

TOPETE. Sí; eso sí.

DON DIONISIO. Sin embargo, algunos no le dan más valor que el de un curioso fenómeno celeste, muy repetido ya en el transcurso de los siglos. Para mí son esos los que están en lo firme... ¿no?

DON PABLO. *Sonriendo.* Por lo menos, a esos son a quienes nos conviene creer.

DON DIONISIO. ¿Cuál ha sido la opinión del cura en el púlpito?

DON PABLO. El cura ha aterrorizado a los fieles. Casi no les ha dejado más esperanza de que el mundo siga que la infinita bondad de Dios. A

última hora ha recordado con voz estentórea palabras del Apocalipsis de San Juan... «¡El libro de la vida será abierto!... ¡La mar devolverá sus cadáveres!... ¡Cada uno será juzgado según sus obras!... ¡Dios hará un nuevo cielo y una tierra nueval...» Te digo que les ha dado el rato. Que nos ha dado el rato.

DON DIONISIO. *En la mitad de las carnes.*
Ya, ya.

DON PABLO. Eso sí: de cuando en cuando volvía al tema de la esperanza; abría la puerta salvadora en el hecho de que sepamos hacernos merecedores de la suma piedad del Altísimo.

TOPETE. ¡Te veo, Mendoza! En el cepillo de las Ánimas darán razón. Aquí el que no corre, vuela.

DON DIONISIO. Amigo Topete, esa irreverencia en estas circunstancias tan críticas...

TOPETE. Usted perdone.

DON DIONISIO. ¿Y dices, Pablo, que ha habido desmayos en el templo?

DON PABLO. Varios ha habido, sí. La chiquilla mayor de Jacinto Rey se puso algo malucha; casi perdió el sentido. Y a Pepa Galiana la tuvieron que meter a puñados en la sacristía con una pataleta.

TOPETE. Bien; hay que ponerse en la situación de Pepa Galiana. Es de lo más tragicómico que se puede idear.

DON DIONISIO. Pues ¿qué le acontece a esa señora?

TOPETE. ¡Frioleral! Que se ha casado por poderes con un cubano, el cual debe llegar pasado mañana a la Coruña. Y si mañana se acaba esto... ¡vaya una bodita sandunguera!

DON PABLO. ¡Bah!

TOPETE. Es cosa que se ha asegurado en el Casino.

DON DIONISIO. Amigo mío, es que en el Casino se miente y se disparata sin fronteras. *A don Pablo.* ¡De la estrella de rabo hay allí quien te da pelos y señales, como si tuviese en ella una casita de recreo! Y bien están los cálculos científicos, pero ¡por el amor de Dios!...

TOPETE. Pablo, ¿no conoces el lance de don Aniceto?

DON PABLO. No.

TOPETE. Es magnífico: de comedia. Y esto me consta que es verdad. Él, como sabes, es un recalitrante vegetariano; apenas come más que legumbres.

DON PABLO. Así está: de color de acelga.

TOPETE. Pues ayer llamó al médico con voces de socorro porque se moría por la posta.

DON PABLO. ¿Y eso?

TOPETE. En vista de que el mundo estaba en las últimas y de que ya todo era igual, creo que se metió cuchillo en mano en la despensa, y emprendió un duelo a muerte con un jamón serrano.

Don Pablo suelta la carcajada. Don Dionisio no puede.

DON PABLO. ¡Qué suicidio más original!

TOPETE. Y luego decía, echando fuego por la boca: «¡Ya sabía yo que esto del jamón era un veneno!»

DON DIONISIO. A mí me han contado también de un borracho popular en Peña...

TOPETE. ¡Ahl sí: Pitracó.

DON DIONISIO. Ése. Parece ser que lleva seis días tendido a lo largo en la cama, sopla que sopla.

TOPETE. Ni más ni menos. Cada vez que se despierta llama a su mujer y le pregunta: —«Agustina, ¿se acabó ya er mundo? —No, hombre, no. —¡Pos tráeme otra copal» Y así piensa esperar los acontecimientos.

DON PABLO. Gran filósofo. Ello es, en resolución, que la historia vuelve; la historia se repite. No nos trae un capítulo nuevo.

DON DIONISIO. ¿Por qué lo dices, Pablo?

DON PABLO. Porque desde Zaratustra acá vive y resurge en la humanidad perpetuamente el miedo de que el mundo se acabe. ¡Ay, mundo, mundillo!...

DON DIONISIO. Es interesante el libro que me has dado a leer.

DON PABLO. En él hallarás comprobado esto que estoy diciendo. En todos los siglos ha habido manifestaciones de ese temor y de ese espanto. Los cometas, las estrellas fugaces, los eclipses de sol, las noches súbitas, las erupciones vol-

cánicas, los temblores de tierra, los estragos de la peste o del hambre, todo ha sido cien veces tomado como señal del fin del mundo en la historia del hombre.

DON DIONISIO. Cabal, cabal... Y, a pesar de ello, el mundo sigue.

TOPETE. Hasta que una vez vaya de veras.

DON DIONISIO. Este autor pinta las escenas horribles de los años de mil con los más lúgubres colores. Se pone la carne de gallina.

DON PABLO. ¡Oh! ¡Ya lo creo! Como que en el milenario, sin duda, recorrió la tierra, estremeciéndola, una siniestra ráfaga de muerte. *Termino mundi appropinquante*. Así se encabezaban muchos documentos de la época.

DON DIONISIO. Y, no obstante, como decía, el mundo rueda y vive...

DON PABLO. Vive y rueda, es cierto. Y no será tan mala cosa cuando tanto tememos su fin. Ayer pasé mal rato.

DON DIONISIO. ¿Por qué?

DON PABLO. Estuve en casa de los de Saavedra...

TOPETE. ¡Ah! sí.

DON PABLO. Tienen una hija de quince años, enferma tiempo hace, que es una compasión. Se les muere sin remedio alguno. Y me preguntaba la pobre si yo creía que era verdad que el mundo se acababa. Y había una luz de esperanza en sus ojos, que me conmovió. Notó ella el efecto

de la pregunta, y dijo sonriendo: «No se apure usted, don Pablo; usted ya ha vivido bastante.» Creyó que me afligía por mi vida, inútil ya, y no por la esperanza imposible de la suya, que se extingue en flor.

Silencio. Los tres reflexionan.

DON DIONISIO. Mi hija no baja. Voy a verla.

DON PABLO. Estarán de palique las dos.

DON DIONISIO. Voy a verla. Para seguir en seguida leyendo ese libro, que me ha echado la garra bien. *Se entra en la biblioteca.*

TOPETE. *A don Pablo, que permanece abstraído, así que don Dionisio se va.* Prepárate a morirte de risa.

DON PABLO. ¿De risa? Puesto que hay que morir, buena muerte es esa, Topete.

TOPETE. Ahí donde lo ves, me ha dictado su papeleta de defunción.

DON PABLO. ¿Es posible?

TOPETE. ¡Por si mañana es el fin del mundo!

DON PABLO. ¡Ja, ja, ja!

TOPETE. ¿No te dije que te ibas a reír?

DON PABLO. Pero si mañana es el fin del mundo, ¿qué lectores va a tener eso? ¡Menos que mi revistal

TOPETE. Pues ya la lleva sacada en limpio en la cartera. Como si se fuera a publicar en un periódico. No ha omitido ni el detalle de «se publica el coche».

DON PABLO. ¡Que huelga en absoluto!

TOPETE. ¡Calcula tú! Si mañana se acaba el mundo, ¿qué cochero va a ir?

DON PABLO. ¡Ja, ja, ja! La realidad siempre sorprendiéndonos con su inventiva inagotable.

Los dos se han sentado: Topete a su mesa y don Pablo junto a la mesita auxiliar. El Comprador ambulante canta de nuevo un poco más cerca.

COMPRADOR. ¡Huesos de jamones!... ¡huesos de jamones!... ¡Se compren baratos huesos de jamones!...

Topete se pone muy nervioso. Don Pablo lo mira maliciosamente.

DON PABLO. ¡Bonita voz tiene ese tío! ¿Verdad, secretario?

TOPETE. *Sin querer aceptar la broma.* ¡Pre... preciosa; sí!

DON PABLO. ¿Por qué no sales y le adviertes que en casa de don Aniceto ha quedado un jamón en los huesos, por obra y gracia de un furioso vegetariano?

TOPETE. *Materialmente saltando en el sillón.* ¡Que... que lo huela él, si quiere!

DON PABLO. *Implacable.* ¡Lástima que nos coja sin dinero este cataclismo universal! ¿No, Topete amigo?

Mefistófeles mismo no hubiera sonreído con mayor malicia que el desasosegado secretario, al oír tales palabras.

Sale por la puerta del patio la Abuela Nita con

una lamparilla de aceite encendida, y un santo. Viene afligidísima.

ABUELA. Er Señor tenga piedá de nosotros... ¡Ay, Pablito! He estao escuchando la conversación de Emma y de Rafaela, sin que eyas se enteraran... ¡Dios de Israé, qué cosas ha dicho er padre en er púrbito! Y las picaronas se reían.

DON PABLO. No se apure usted, Abuela; no tenga cuidado ninguno. El cura cree que su deber es atemorizar a los pecadores, pero no será tanto como él dice.

TOPETE. ¡Qué ha de ser! ¡Ni que por primera vez en la vida apareciera en el cielo una estrella de rabol!

ABUELA. ¡Es que esta *indina* cada noche se ve más sercal! ¡Ayer de madrugada me ha dicho Quintica que paresía que se iba a caél!

DON PABLO. No es fácil; no es fácil que se caiga. Está bien sujeta.

ABUELA. Bueno, pero me vas a dejá que ponga aquí ar Patriarca bendito.

TOPETE. ¡No; eso no: en mi mesa no tolero santo ni lamparilla!

ABUELA. Hereje, masón, ateo; Dios te va a castigá.

DON PABLO. La verdad es, abuela, que buena está ya de santos la casa.

ABUELA. ¿Tú tampoco lo quieres? ¡Si en esta sala no hay ninguno!

DON PABLO. Por mí, déjelo usted ahí, pero...

ABUELA. Sí, hijito, sí; aquí voy a dejártelo. No es más que por dos días. Hasta que pase el peligro, ¿sabes? *Le da un beso al santo y lo coloca con la lamparilla sobre un mueble.* ¡Ajajá! Tú tendrás cuidado de que no se derrame la mariposa, ¿verdad, Pablito? Voy a ver si hay que echarle más aceite a la Santa Mónica de aquí. *Se entra en la biblioteca.*

DON PABLO. ¡Pobre abuela Nita, con sus santos!...

TOPETE. ¡Lo aferrada que está ella a la vida, con medio siglo en cada piernal

*Allá arriba, en el piso principal de la casa, sue-
na lento y suave el dulce tecleo de un piano pulsa-
do por manos de mujer.*

DON PABLO. Con grata sorpresa. ¡Oh! ¿No oyes, Topete?

TOPETE. ¿El piano? ¿Es Rafaelita?

DON PABLO. Ella es. Tiempo hacía que no lo escuchaba. ¡Buena señal es esta!

TOPETE. La mejor de todas.

DON PABLO. ¡Prodigios del campo! Me parece mentira. Me voy a oírla más cerca. Algún día tenía que ser el primero.

Se va embelesado con la música por la puerta del patio.

Topete escucha también encantado la tierna melodía y aun la acompaña con tarareo suave. En tan ideales momentos vuelve a oírse en la calle, cerca de las ventanas, el tentador pregón.

COMPRADOR. ¡Huesos de jamones!... ¡huesos de jamones!... ¡Se compran baratos huesos de jamones!

Topete se estremece como si lo sacudiera un calambre.

TOPETE. ¡Callal ¡Calla, sirenal ¡que esto es provocar a un hombre honrado! *Se pasea nerviosísimo.* ¡Por vida del... *Parándose de pronto.* En rigor, yo lo que he prometido ha sido comprarles a mis hijos unos juguetes invirtiendo en ellos esta cantidad... ¡Y como tengo la seguridad de triplicarlal... *Vuelve a los paseos. Luego se detiene otra vez.* Y en último caso, ante la catástrofe terrestre que nos amenaza, ¿qué vale la palabra de honor de un infusorio? Lo dijo Hamlet: «Palabras, palabras, palabras»...

Coge resueltamente su sombrero, se lo encasqueta, y se va como perseguido por la puerta del patio.

El piano sigue oyéndose allá arriba.

Cruzándose casi con Topete llega Daniel.

DANIEL. ¿Adónde irá eze hombre tan apriza? ¡Vaya un empujón que me ha dao! *Pausa. Presta complacido atención a la música.* La que toca ez eya... Eya es... Yo debía mandá razones y no pizá esta caza.

Sale Quintica de la biblioteca.

QUINTICA. Ahora viene don Pablo.

DANIEL. Bueno.

QUINTICA. Ayí está embobao oyendo tocá a la zeñorita. Dice que desde er luto de eya, hasta hoy, no había güerto a tocá.

Daniel se emboba a su vez, aunque de otro modo que don Pablo; y Quintica, a quien como ya sabemos cautiva el campesino, lo mira encantada siguiéndole los movimientos. Poco después cesa la música. Daniel pasea, sin hacer caso de la mozuela. Ésta, por fin, exclama:

Zolo estaba zu zeñoría:
yo le ofrecí mi compañía.

Niño Dios:

zon las dos.

Zan Andrés:

zon las tres.

Tarde es.

Mientras quiera zu zeñoría
yo le ofrezco mi compañía.

Daniel la mira y le sonríe con bondad.

¿De qué ze ríe usté?

DANIEL. De ti.

QUINTICA. ¿Le hago yo a usté gracia?

DANIEL. Mucha.

QUINTICA. A vé zi me pongo colorá. *Silencio.*
¿Usté zabe zi el año que viene iremos ar campo como este año?

DANIEL. Más bien lo zabrás tú que yo

QUINTICA. ¿Por qué?

DANIEL. Porque más bien que yo zabrás zi la zeñorita está contenta.

QUINTICA. Y ayí, ¿quién no va a estarlo?

DANIEL. ¿Tú lo estabas?

QUINTICA. Más que en parte ninguna. A mí er campo me gusta mucho. Y a la zeñorita no le gustaba antes, pero ahora le ha gustao también mucho.

DANIEL. Ezo me alegra a mí. Y ziendo azí, como tú dices, no zería malo vorvé pa el otoño.

QUINTICA. ¡Ajolá! Digo, zi no ze acaba er mundo mañana.

DANIEL. ¡No ze acaba er mundo!

QUINTICA. ¿Que no? Poz en er pueblo toa la gente lo cree. Cera bendita hay en munchas cazas pa cuando er zó ze apague. ¡Miste que zi er zó ze apaga de pronto!

DANIEL. Noz alumbraremos con la luna.

QUINTICA. ¡Pero zi la luna no tiene más luz que la que er zó le dal Yo lo he estudiao en la Geografía.

DANIEL. Bien dices.

QUINTICA. ¿Quié usté la mitá de un cabito e cera que tengo yo pa mí?

DANIEL. Ya me lo darás luego. ¿Dónde has estudiao tú la Geografía?

QUINTICA. En la escuela de Er Toronjí, que es mi pueblo. Yo zé munchas cozas. Por ezo estoy tan azustá con esto de la fin der mundo. Zé

que hay zatélites, y que hay cometas, y vorcanes de fuego y auroras *boriales*; y zé que la tierra ze mueve arrededó de zu *ojo*; y que cuando hay terremotos es cuando ze para, que paece ar revés, pa la que no lo haya estudiao; y zé que no ez esta la primera vez que ze ha acabao er mundo; que ze acabó cuando er diluvio univerzá, que estuvo yoviendo tos los días cuarenta y ocho horas, y que no ze zarvaron más animales que Noé y zu familia. To ezo zé.

DANIEL. Bueno, mujé; y yo te felicito. Y zi ze acaba er mundo de esta hecha...

QUINTICA. Es que yo también zé otra coza, Danié...

DANIEL. ¿Otra coza más? ¿Qué más sabes?

QUINTICA. Pos zé... una oración pa zarvarze de la fin der mundo.

DANIEL. Ezo zí que es zabé.

QUINTICA. Y es mu preciozísima.

DANIEL. Zí que lo zerá.

QUINTICA. Y en ca pueblo no puén zaberla más que dos perzonas. En cuanto la zaben tres, ya no zirve; pierde toa zu virtú.

DANIEL. ¡Vamos! Y tú ¿a quién ze la has dicho?

QUINTICA. A nadie toavía.

DANIEL. ¿Pa cuándo lo dejas?

QUINTICA. Es que no he tenío oportunidá. Una no es libre de hacé lo que quiere.

DANIEL. ¿Penzarás decírzela a tu novio?

QUINTICA. Farta que lo tenga.

DANIEL. ¿A quién, entonces?

QUINTICA. No está lejos de aquí.

DANIEL. *En voz más baja.* ¿A la zeñorita Rafaela, tar vez?

QUINTICA. No, zeñó, que tienen que zé una mujé y un hombre.

DANIEL. ¡Yal

Quintica lo mira ruborosa. Él la mira a ella sin comprenderla.

QUINTICA. ¿Quié usté que ze la diga a usté?

DANIEL. *Un poco sorprendiáo.* ¿A mí?

QUINTICA. ¿No quié usté zaberla?

DANIEL. Yo, zí; pero como dices que no han de zaberla más que dos pa que zirva...

QUINTICA. *Bajando los ojos.* Por ezo mismo...

DANIEL. *Después de un significativo silencio.* Te agradezco que la rezerves pa mí. Dímela, mujé, dímela.

QUINTICA. ¿De verdá quié usté que ze la diga?

DANIEL. De verdá.

QUINTICA. Toa con *repelucos* estoy... Dice, dice...

Zeñora:

gentir golondrina,

campana zonora,

estreya de náca,

divina pastora

que estáz en los cielos

con trono de aurora:

a tus pies postrados
doz enamorados..

Deteniéndose con rubor. Es mu larga... Yo le daré a usté luego un papé donde la tengo escrita. . Porque también dice cozas que yo no quieco decí.

DANIEL. Ezo, a tu voluntá.

QUINTICA. Zí, zí; luego ze la daré.

DANIEL. Cuenta con que yo ya zin eya no me voy.

QUINTICA. Y yo me alegro de ezo muncho.

DANIEL. Y dime, Quintica: ¿pué zaberze...?

QUINTICA. ¿Qué?

DANIEL. Lo que te ha yevao a decírmela a mí.

QUINTICA. No me haga usté a mí eza pregunta. El aqué de la zimpatía, zeñó, que no hay quien lo explique...

DANIEL. El aqué de la zimpatía...

Salen por la puerta del patio Rafaela y Emma. A una y a otra las ha embellecido más aún el aire del campo. La viudita combina ya dichosamente en su vestido el blanco y el negro. Entre Daniel y Rafaela se produce extraña turbación. Quintica, por su parte, no da pie con bola.

RAFAELA. Hola, Daniel.

EMMA. Buenos días.

DANIEL. Dios las guarde a ustedes.

RAFAELA. A Quintica, por decir algo. Quintica, óyeme.

QUINTICA. Mándeme usté.

RAFAELA. Llégate a casa de Saavedra... y pregunta cómo está hoy la señorita Ángela.

QUINTICA. Ahora mismo.

RAFAELA. Y nada de entretenerte a la vuelta a charlar en la fuente.

QUINTICA. Pierda usted cuidao, zeñorita. *Se queda quieta, mirando a Daniel.*

RAFAELA. ¿Qué aguardas?

QUINTICA. No... na... *A Daniel.* ¿Usté ze va o ze quea?

RAFAELA. ¿Eh?

QUINTICA. Güeno, yo gorveré en zeguía... Luego le daré aqueyo que usted zabe. *Se retira desconcertada.*

EMMA. ¿Qué es aquello que usted sabe, Daniel?

DANIEL. ¡Qué zé yol... Cozas de Quintica... Una oración que me ha ofreció pa librarme de la fin der mundo. Como es tan romancera...

Se rien los tres.

EMMA. Tiene gracia la tal Quintica.

DANIEL. Rafaelita... ¿y don Pablo?

RAFAELA. En mis habitaciones está.

DANIEL. Zubiré a verlo, ya que ér no baja.

RAFAELA. Se ha puesto a arreglar muy afanoso los papeles de música. *Suspirando.* ¡Ay, Dios mío!... ¡Cómo vuelve todo!...

DANIEL. Voy en busca de é. Hasta luego.

RAFAELA. Hasta luego.

EMMA. Adiós.

Daniel se aleja por la puerta del patio.

Las dos amigas callan. Pausa. Emma mira a Rafaela maliciosamente.

RAFAELA. Estoy pensando en la oración esa de Quintica.

EMMA. ¿Sí, verdad?

RAFAELA. ¡Mira que sabe chilindrinas!

EMMA. ¿Y tú, no sabes ninguna otra oración que ofrecerle a Daniel?

RAFAELA. ¡Qué tonta eres!

EMMA. Muy tonta, sí; pero te digo que esto va por la posta.

RAFAELA. Calla, calla.

EMMA. ¡Cómo te envidio la aventural!

RAFAELA. No disparates, Emma.

EMMA. Pero, ¿vas a negarme todavía...? ¡Si lo mismo ha sido verlo que no saber qué hablar! Trae acá las manos. ¡Como el hiel! ¡Naturalmente!

RAFAELA. Tendré que reírme. ¡Pobre muchachol! ¡La verdad es que pone una cara cada vez que se tropieza conmigo!...

EMMA. Pues se parece mucho a la que pones tú.

RAFAELA. ¡Bahl! ¡Qué simpleza!

EMMA. Sí, sí.

RAFAELA. ¡Diablo de Daniel, y qué enamora-

miento le ha entrado! No te rías. Claro, tú, en la gloria; encuentras el lance de perlas. Una viudita, un campesino, sentimientos selváticos, amores primitivos, el idilio, la égloga... Te conozco, sí. Pero una cosa pinta la fantasía y otra es la realidad.

EMMA. ¿Por qué? No hay mayor encanto que cuando convienen los dos. Yo protesto de que a la realidad se le niegue la fantasía. Soy una víctima del equilibrio. ¡Vivan los disparates!

RAFAELA. ¡Jesús, Jesús!... Por mí, que vivan. Con tal de que no me cojan en medio...

EMMA. Pues si a esta aventura le llamas disparate, en medio te han cogido. Pero no lo es.

RAFAELA. ¿Que no lo es?

EMMA. ¿Dónde está el disparate? Daniel es un hombre sano y fuerte.

RAFAELA. Sí.

EMMA. Tú eres una mujer bonita.

RAFAELA. Pase, para no discutir.

EMMA. Daniel, que te ha tratado de cerca en el campo, se ha prendado de tu persona.

RAFAELA. No digo que no...

EMMA. Hasta ahora el disparate no parece. ¿Dónde está?

RAFAELA. En que sea Daniel ese hombre y yo esa mujer.

EMMA. En eso precisamente está el incentivo.

RAFAELA. Para ti, que eres loca.

EMMA. Y para ti... porque te gusta Daniel.

RAFAELA. ¡Vamos!

EMMA. ¿Que no?

RAFAELA. Que no, te digo sinceramente.

EMMA. Pues ni contigo ni conmigo eres sincera.

RAFAELA. Pero aun suponiendo que me gustase...

EMMA. ¿Qué?

RAFAELA. ¿Adónde iríamos a parar? ¿Qué lógica, qué sentido podría tener esto?

EMMA. ¡Sentido común! ¿Te parece poco? Él es libre.

RAFAELA. ¡Sí!

EMMA. Tú también lo eres.

RAFAELA. Yo, no; no lo quiero ser. Estoy atada a mis recuerdos. No hablemos de esto, Emma.

EMMA. No hablemos, si te mortifica...

RAFAELA. El primer día que vi yo el amor en los ojos de ese muchacho, sentí el mayor desconcierto de toda mi vida.

EMMA. Porque el amor de él se encontró con el tuyo; si no, no te habrías inmutado.

RAFAELA. ¿Cómo que no?

EMMA. Porque no. Sabemos no oír y desdeñar, y no nos morimos de angustia aunque se peguen un tiro por nosotras.

RAFAELA. Pero, ¿tú crees posible que yo pueda querer a otro hombre?

EMMA. ¡Claro que sí! Esa sepultura que le buscas a tu corazón a los veinte años es un absurdo

como una casa. La vida es transformación perenne; constante inquietud. Cada siete años hay en las personas una total renovación de la sangre. *Se estrena* individuo, como quien dice.

RAFAELA. ¡Jesús!

EMMA. De ahí que le oigamos a mucha gente: «Si a mí me hubieran dicho hace siete años que iba a hacer esto y esto, no lo hubiera creído.» ¡Pero, señor, si no es usted el que lo hace; si es *otro!*

RAFAELA. Pues otra tendría yo que ser.

EMMA. ¡Pues serás otra!

Silencio. Rafaela juega con fuego en el pensamiento.

RAFAELA. Si yo te contara...

EMMA. ¿Algo de Daniel?

RAFAELA. Sí...

EMMA. Cuéntamelo.

RAFAELA. ¿Quién está en la biblioteca?

EMMA. Mi padre. Pero como si estuviera sola; no se entera más que de lo que lee. Lo ha absorbido el rabo de la estrella. Habla.

RAFAELA. No vayas a creer que es ningún capítulo de *Las mil y una noches*... Es una niñería... Sino que la recuerdo porque vino a pintarme sin palabras el demonio del amor de ese hombre.

EMMA. ¿Sin palabras?

RAFAELA. Sin palabraas... y con un suspiro.

EMMA. Esto es interesante.

RAFAELA. Fué una tarde, en el campo, en que

tú te quedaste emperezada en el caserío, leyendo, y yo me fuí sola al pinar.

EMMA. ¿Estás segura de que ibas sola?

RAFAELA. Sola, sí.

EMMA. ¡Va una tan acompañada muchas veces que al parecer no lleva a nadie junto!

RAFAELA. Como quieras. Entré en el pinar, me fuí un poco adentro, gozando de aquel olor y de aquella sombra, y al rato me tumbé en el suelo con abandono. ¡Qué bien se estaba allí! Entorné los ojos llamando al sueño, con idea de soñar... El sueño no venía, sin embargo. De pronto, sin abrir los ojos, vi que alguien me estaba mirando allí cerca. Mejor lo sentí que lo vi. Fingí que dormía, entonces... Se acercó la persona calladamente. Sus ojos me abrasaban la cara. Yo no tuve valor para simular que despertaba en aquel instante... Temblaba mi cuerpo, se encendía mi rostro... pero mis ojos seguían cerrados, como si durmieran. En esto, escuché un suspiro. No un suspiro, un sollozo más bien... Me incorporé fingiendo sobresalto, volví la vista en torno mío... y vi a Daniel que se alejaba pinar adentro, de espaldas a mí ya, la cabeza hundida en el pecho, los brazos caídos, el aire sombrío y taciturno... como una imagen de la desesperanza... Lo miré alejarse un buen rato. Él, de improviso, volvió la cara y me vió observándolo. Entonces apresuró el paso y desapareció. Yo me puse como la grana. Desde aquel momento, cuando nos encontra-

mos, él no manda en sus ojos... ni yo en los colores de mi cara. Y esta es la aventura.

EMMA. ¿Ves cómo tengo yo razón? ¿Por qué no lo llamaste?

RAFAELA. ¡Quita, mujer!

EMMA. ¡Valiente tontal! Con las cosas que te hubiera dicho, si llegas a llamarlo!

RAFAELA. ¿Quién canta?

EMMA. ¿No es Topete?

RAFAELA. Sí; Topete es. ¿Qué le pasa a este hombre?

Llega Topete por la puerta del patio, cantando el brindis de «Marina». No es el mismo hombre que se fué. Todo en él resplandece: en sus mejillas hay carmín, y en sus ojos, fuego. Habla con gran vehemencia, locuacidad y alegría. Cuando sus manos dan en los bolsillos del chaleco, aquello suena bien.

TOPETE.

*¡A beber, a beber y a apurar
las copas del licor,
que el vino hará olvidar
las penas del amor!*

EMMA. ¿Qué es eso, Topete?

RAFAELA. ¡Contento viene usted!

TOPETE. ¡Hola, Emma! ¡Hola, Rafaelita! ¡Caramba, caramba! ¡Qué reguapísimas estáis!

RAFAELA. ¡Topete!

EMMA. Siempre galante, don Ramiro.

TOPETE. Galante, no; justo. Yo no soy de esos viejos que, porque los años los corcovan, se vuelven miopes ante las gracias juveniles. Sin contar con que mi corazón no tiene canas. ¡Ni las tendrá nunca! *Torna a cantar su brindis, y se sienta a la mesa, y hace una apuntación en el cuaderno verde, sin dejar de cantar. Mientras, comentan el caso Emma y Rafaela.*

*¡A beber, a beber y a apurar
las copas del licor...!*

EMMA. Pero ¿le ha tocado la lotería?

RAFAELA. Para mí que cerca le anda. ¡Ah, pícaro! El cuadernito verde me da la clave. ¿Puse el dedo en la llaga, no?

TOPETE. ¡Ja, ja, ja! ¡Ésta me conoce, ésta me conocel

RAFAELA. ¡Y tanto!

TOPETE. ¡Qué aceitunal! ¡Ya que dicen que mañana se acaba el mundo, quiero despedirlo con alegrías! ¿Cuándo me voy a ver en otra? *Se suena la plata en el chaleco.*

RAFAELA. Canta el grillo, ¿eh?

TOPETE. ¡No es el grillo, Julieta; es el ruiseñor el que canta!

Sale de la biblioteca la abuela Nita, con otro «santirulico» en la mano.

EMMA. Y ¿se saldrá con la suya la estrella de rabo?

TOPETE. ¿Quién piensa en tamaña paparrucha?

ABUELA. ¿Verdá que no, Topete?

TOPETE. ¡Calle usted, señora, calle usted! ¡Esto tiene cuerda para rato! ¡Yo asistiré a su centenario de usted y usted al mío!

ABUELA. *Rebosando de júbilo.* ¡Ay, qué buena sombra! ¡A su sentenario quiere que asista yol... Él ar mío, no digo. . ¡Qué gracia de hombre!

TOPETE. ¡Pues no faltaría más sino que el propio creador del Universo fuera a destruir una bella parte de su obra por darle gusto a un cometita *pirandón*! ¡Vamos, hombre!

ABUELA. Tiene razón éste: si Dios lo ha hecho, ¿cómo lo va a destruí Dios mismo? ¿No, niñas? Pero bueno es que Dios esté contento con nosotros. A este San Roque lo voy a poné en er postiguiyo de la cansela. *Le da un beso.* ¡Je, jel ¡Me ha hecho reí er demonio e Topete! Oye: luego te voy a dá un char de mis tiempos pa que se lo regales a tu mujé de parte mía. Tengo yo gusto en que lo luzca eya.

TOPETE. ¡Muchas gracias!

ABUELA. Sin gracias, tonto. Es gusto que yo tengo. Y una gargantiya de corales, presiosa, vas a yevársela a tu hija la mayó. Como está poyeando... Yo me acuerdo... yo también he sido mu-

chacha... Me ha hecho reír, me ha hecho reír... ¡Mi sentenario, dise... mi sentenariol ¡Ay, ay, ay! *Se va radiante de alegría por la puerta del patio.*

TOPETE. Ahí la tenéis: la vida, la vida. ¡Esa es la vida! La vida, que aun encerrada en la vieja cárcel de ese cuerpecillo, no quiere morirse. La vida no se quiere morir.

RAFAELA. Ni usted tampoco, me figuro.

TOPETE. ¡Tampoco! Es más, yo, sobre no querer morirme, quiero vivir. ¡Amo la vida, señor, amo la vida!... Y he cumplido con ella y con Dios. Creced... etcétera. Yo he crecido... y etcétera, etcétera. *Las muchachas sueltan la risa.* Le he dado a mi patria siete ciudadanos—cuatro ciudadanos y tres ciudadanas—que se casarán con otros tantos ciudadanos y ciudadanas, y que serán... y que seguirán... y que continuarán... y que vendrán a ser...

RAFAELA. Basta, Topete, basta ya; que tanta luz ofusca. Este hombre ha debido subir al púlpito hoy en lugar del padre Manolito, y la gente habría salido más pacífica de la iglesia.

TOPETE. Para las almas de cántaro, amiguitas, el mundo no vale un real. Pero los que sabemos sentir hondo, vamos siempre por las rutas del mundo dando gritos de admiración y de alegría. Vemos el mar: ¡ahl! Vemos los montes: ¡ahl! Vemos el cielo: ¡ahl! Las flores: ¡ahl! Las mujeres: ¡ahl! Hace veinte años que hice yo «¡ahl!» ante una morena con lunares... y me estoy rascando toda-

vía. *Nueva risa de las muchachas.* ¡Pero me rasco con muchísimo gusto! Creced... etcétera. *Cantando.*

*¡A beber, a beber y a apurar
las copas del licor...!*

¡Adelante, Quintica, flor y nata de El Toronjil! ¡Adelante!

Quintica viene por la puerta del patio, atribulada y casi sin aliento. Apenas puede hablar.

RAFAELA. ¿Qué es eso, Quintica? ¿Está la señorita peor?

QUINTICA. No, zeñora... la zeñorita... ha pazao bien la noche pazá...

RAFAELA. Pues ¿qué traes tú que así vienes?

QUINTICA. ¡Que está to regüerto... con esto de la fin der mundol

TOPETE. ¡Y dale de moler, aceitunal

QUINTICA. ¿No ze han enterao ustés de lo de la botica?

RAFAELA. No.

EMMA. ¿Qué es lo de la botica?

QUINTICA. Pos que er mancebo estuvo en la iglesia oyendo ar padre predicadó... y le ha entrao tanto miedo de que er mundo ze acabe mañana... que ze ha pegao un tiro.

RAFAELA. ¿Un tiro?

TOPETE. ¡Qué barbaridad!

EMMA. Y ¿se ha matado?

QUINTICA. Dicen que no ze ha matao der to... pero que es probable que ze mate... digo, que ze muera.

A don Pablo, que llega por donde Quintica.

RAFAELA. Papá, ¿tú has oído? ¡Mayor insensatez!

DON PABLO. ¿Qué es ello?

TOPETE. ¡Lo absurdo; lo increíble!

EMMA. Un fenómeno del miedo; una locura.

RAFAELA. Cuenta, Quintica...

Sale don Dionisio de la biblioteca, con un libro.

DON DIONISIO. Escúchame, Pablo: sostiene este autor que el cometa de 1811...

EMMA. Deja eso ahora, que parece que hay bastante con el de este año.

DON DIONISIO. ¿Cómo?

DON PABLO. Cuenta, Quintica, cuenta.

QUINTICA. Zeñorito, que de rezurtas der zermón zobre la fin der mundo, ar mancebo de la botica le ha entrao tanto miedo... que ha agarrao una pistola... y ze ha tirao un tiro en la cabeza.

DON DIONISIO. ¿Eh?

DON PABLO. Pero ¿es posible?

A don Dionisio, que se pone como la cera, se le pega el estómago al espinazo.

RAFAELA. Por fortuna, creo que no se ha matado.

TOPETE. ¡Bah! ¡Se habrá chamuscado una oreja!

QUINTICA. No, no, zeñó; que dicen que está mu malito.

DON DIONISIO. ¡Demonches!... No gana uno para sustos en estos días... Pero lo asombroso es que haya almas tan crédulas... almas tan inocentes...

TOPETE. El suicidio... En general, el suicida... Yo defino al suicida así: «El suicida es la cobardía hecha hombre.»

DON DIONISIO. ¡Ah! por supuesto... El suicida es un ser... es un ser... Yo al suicida le impondría una pena... un castigo... ¡qué se yol... una multa... ¿Quién le manda a usted matarse, señor mío?

DON PABLO. Pero, ¿qué dices, hombre? ¿Estás delirando? ¡Ay! Yo opino muy al contrario que Topete y que tú. Creo que el hombre que voluntariamente deja esta vida por dolor o por desesperanza, no es cobarde, es héroe; y merece la piedad más profunda. Ahora, lo que no me cabe en la cabeza es que haya desgraciado que se pegue un tiro por miedo de que se acabe el mundo.

DON DIONISIO. Demencia, demencia; no puede ser sino demencia. Porque... matarse por miedo no es lo mismo que morir de miedo... Esto no depende de la voluntad. Demencia, demencia, y nada más que demencia...

DON PABLO. ¿Qué ibas a consultarme tú?

DON DIONISIO. ¿Eh? Ya se me ha ido...

QUINTICA. ¡Pero, además, pazan munchas más cozas!

TOPETE. ¡Pues si son desagradables, yo no las quiero oír! ¡Me vuelvo al Casino a alborotar un pocol ¡Viva la vida! *Se marcha gozoso, entonando nuevamente el mismo brindis.*

*¡A beber, a beber y a apurar
las copas del licor...!*

DON PABLO. ¿Qué es eso? ¿Está berracho mi secretario?

DON DIONISIO. ¿Qué más cosas pasan, Quintica?

QUINTICA. Pos que esta tarde zale de Zantiago una procezi3n de rogativa, y que Ramón, er de la tienda e zogas, que es judío, va a í descarzo delante de eya con los brazos en cruz; y que los niños de la escuela van a cantá una oraci3n que ha zacao er maestro; y que doña Gertrudi ha ofreció pagá toa la cera que ze conzuma; y que Quiroga er droguero, que vive con una mujé mala zin está cazao, ha yamao ar cura pa que los caze; ¡ahl y que Miguel3n el avariento ze ha güerto loco, queriendo ocurtá zu dinero bajo tierra; y ze ha echao a gritá pidiendo zocorro por las cayes y diciendo munchas picardías, y tos los chiquiyos lo perziguen tirándole piedras y cantándole co-

zas; ¡ah!—ze me orvidaba lo mejó—y que la hija de eze a quien le yaman *Perejé*, eza morena tan bonita, ze ha escapao con er novio por zi acazo ze acaba er mundo; y dicen que dice *Perejé* que zi er mundo ze acaba, que güeno, que la deja; pero que como no ze acabe er mundo, la mata a palos. To esto me lo han contao en la fuente. Y ezo que no me quize entretené.

RAFAELA. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué pueblo este más novelero!

EMMA. ¡Más extraordinario, diría yo! Esa relación de Quintica me ha dado a mí un escalofrío por palabra.

DON PABLO. Y a mí por sílaba.

EMMA. Ríase, ríase usted. ¿Sabe usted lo que yo siento, don Pablo?

DON PABLO. ¿Qué sientes tú?

EMMA. ¡Que después de tantos y tantos temores no va a pasar nada!

DON DIONISIO. ¡Dios nos asista! ¡Que no pase nada es lo que sientes! ¿Está en su razón esta desventurada hija mía?

EMMA. ¿No he de estarlo, papá?

DON DIONISIO. ¿Serás capaz de preferir un cataclismo?

EMMA. ¡Claro!

DON DIONISIO. Dice que ¡claro! ¿Has oído, Rafaela? Pablo, ¿tú has oído? Dice que ¡claro!

DON PABLO. ¡Claro! ha dicho bien claro.

EMMA. Pero, ven acá, papaíto: más tarde o

más temprano, ¿no tenemos que morirnos todos?

RAFAELA. ¡Claro! también.

EMMA. Pues yo, en lugar de una muerte vulgar, en una alcoba estrecha, con dos sinapismos en las pantorrillas y rodeada de parientes que fingen duelo, prefiero mil y mil veces una muerte insólita, grande, apocalíptica.

DON DIONISIO. ¡El diablo que te escuche!

EMMA. ¡La veo; la veo!

DON DIONISIO. Calla; hazme el señalado favor de callar.

EMMA. ¡La veo! Primero, un formidable estampido universal que nos deje sordos a todos; luego, un trágico resplandor infernal que nos deje ciegos; después, una tremenda conmoción que nos vuelva locos; ¡pobre razón humana! Y en seguida, la atmósfera que se envenena, los pulmones que estallan, los cráneos que crujen pulverizados y el espíritu que vuela libre en busca de un mundo mejor y se queda pendiente en el fleco de luz de una estrella.

QUINTICA. ¡Qué bonito está eso!

DON DIONISIO. ¡Muy bonito! ¡Precioso está! ¿Quieres, hija mía, obedecerme una vez siquiera y no decir más enormidades?

RAFAELA. No se ponga usted así, don Dionisio.

DON DIONISIO. Pero, ¿hay paciencia que la oiga? Tú te ríes y ese también se ríe; pero yo no me puedo reír,

DON PABLO. ¿Por qué, hombre, por qué?

DON DIONISIO. Porque en serio, completamente en serio, temo por la razón de mi hija.

EMMA. ¿Qué le parece a usted, don Pablo?

DON PABLO. Que tu padre no ve claro en este negocio; y que yo, aunque el cataclismo no viniera, ya lo doy por visto con la descripción que tú has hecho.

DON DIONISIO. ¿*Tu quoque*, Pablo? Te confieso que extraño altamente que un hombre de peso como tú dé pábulo a semejantes chirigotas. Porque, vamos a ver: me vas a contestar noblemente: ¿crees tú, con la mano puesta en el corazón, que hay motivo juicioso, científico, para temer que mañana ocurra algo grave?

DON PABLO. *Con no disimulado humorismo.* ¿Cómo que si lo creo? Mi pobre opinión no vale nada. Sólo te diré que algunos de los hombres consagrados a los bellos estudios astronómicos nos hablan, apoyándose en cálculos precisos, de un peligro menos que remoto. Yo, a ellos me atengo. Venga lo que viniere. *Poniéndose serio.* Dios dirá. Hablo del Dios que creó los mundos infinitos. Siempre he creído que a los pobres hombres nos falta entendimiento para comprender tanta grandeza, como nos falta vista para medir nuestra pequeñez. Dios dirá. Por mí, tiempo hace ya que camino en la vida con el espíritu dispuesto para el gran viaje.

A don Dionisio, al oír esta confesión, no le da

un desmayo por milagro divino. Los demás callan momentáneamente, impresionados por tales palabras.

QUINTICA. *Con el alma en la boca.* Zeñorita.

RAFAELA. ¿Qué quieres?

QUINTICA. ¿Me manda usté argo a mí?

RAFAELA. Nada, ahora.

QUINTICA. Pos con zu licencia. *Márchase por la puerta del patio, en busca de la oración que le ofreció a Daniel.*

EMMA. Perfectamente. Yo, después de escuchar a don Pablo, me voy por esas calles a corretear, a coger impresiones, a escuchar donaires y desatinos. ¿Vienes conmigo, Rafaela?

RAFAELA. No, no tengo humor.

DON DIONISIO. ¿Ni quién lo tiene para acompañarla?

EMMA. Hasta luego, entonces.

DON PABLO. Anda con Dios.

DON DIONISIO. *Siguiendo a Emma, que se marcha por la puerta de la biblioteca.* Emma, Emma, hija mía, hija de mi alma, no te vayas a poner en ridículo.

DON PABLO. *A Rafaela, con ingenuidad.* ¡Pero ese hombre tiene un miedo horrible! Se nos va a quedar entre las manos, Rafaelita.

RAFAELA. Y tú también le dices unas cosas...

DON PABLO. Comencé en broma y acabé en serio. Esto me ocurre mucho. Pero de veras que lo noto más flaco hace unos cuantos días.

RAFAELA. Anda, anda con él y trata de animarlo y de quitarle que lea más libros de estrellas y luceros.

DON PABLO. Sí, sí; es una obra de caridad. Allá voy. ¡Ja, ja, ja! ¡Cáspita con el bueno de Dionisio, y qué asustado está! En cambio, la hija... la hija .. Cuando digo yo que mi señora doña Eduarda... *Se entra en la biblioteca.*

Allá lejos, muy lejos, en la calle, oyese como un eco el canto de unos cuantos chiquillos persiguiendo al avaro de que ha hablado Quintica. Entre copla y copla gritan que se las pelan.

CHIQUELLOS.

¡Miguelón,
cara de ratón,
vende la levita:
de poco te ha valío
guardá la guita!

RAFAELA. ¿Qué gritería es esa? *Se acerca a una de las ventanas y presta oído.* ¡Ah! sí. Los chiquillos detrás del avaro. ¡Son el demonio mismol

CHIQUELLOS.

¡Miguelón,
cara de ratón,

vende tu sombrero:
de poco te ha valío
guardá dinerol

Por la puerta del patio aparece en esto Daniel.

RAFAELA. Hola, Daniel. ¿Aquí todavía? Yo te hacía ya camino del campo.

DANIEL. Pa ayá me voy.

RAFAELA. ¿Dónde estabas?

DANIEL. Con la abuela Nita. Riéndome un rato con zus cozas.

RAFAELA. ¿Te ha dado algún santo y alguna lamparilla para el cortijo?

DANIEL. Encargo yevo de encendé unas pocas. Pero ahora me reía de los conzejos que le daba a Juana.

RAFAELA. ¿A Juana?

DANIEL. Parece zé que er piyo de Izidoro trata de convenzerla en zu provecho de que mañana es la fin der mundo. Juana, por las zeñas, no está muy convencía, pero tampoco le hace ascos a Izidoro; y con las mismas le ha pedío conzejo a la abuela, y ha zío un pazo de gracia.

RAFAELA. Ese tunante de Isidoro...

Inopinadamente llega Quintica por donde se marchó, en busca de Daniel. Al hallarlo con Rafaela da un respingo.

QUINTICA. ¡Huy!

RAFAELA. ¿Qué quieres tú?

QUINTICA. *Disimulando.* Pos... pos venía a pedirle a usté la yave e la despenza.

RAFAELA. ¿Para qué?

QUINTICA. ¿Pa qué va a zé? Pa zacá aceite.

RAFAELA. ¿Más aceite?

QUINTICA. ¡Zeñorita, zi no paramos de aviá lampariyas! ¡Zi la zeñora paece que está poniendo luminarias! Yo no ziento más zino que principien a acudí lechuzas.

RAFAELA. Bueno, pues ahora iré yo a darlo. Vete.

QUINTICA. Está bien. *A Daniel, en voz baja, rápidamente, en un descuido de Rafaela.* Tome usté la oración que le dije. *Le entrega un papel muy doblado, y vuelve a irse por donde llegó, temerosa, pero satisfecha completamente.*

DANIEL. ¡Ahl... Dios te lo pague.

RAFAELA. ¿Qué ha sido eso?

DANIEL. Que no ha parao hasta darme la oración pa librarme de la fin der mundo.

RAFAELA. ¡Ocurrencia es!

DANIEL. Y dice que no zirve zino pa dos perzonas en ca pueblo.

RAFAELA. Y ¿te ha elegido a ti?

DANIEL. Pa que vea usté zi tengo zuerte.

RAFAELA. Se conoce que le has gustado.

DANIEL. Ayá eya. Después de to, razonable zería que ze fijara en argún hombre como yo: los pobres, pa los pobres.

RAFAELA. El hombre que sabe lo que tú y

que trabaja como tú trabajas, no puede decirse que es pobre. No te echés por tierra, ni pongas tan baja la vista.

DANIEL. ¿La vista baja yo? Ziempre la pongo arta, quizás de la costumbre de mirá pa laz estreayas ayá en er campo. Pero ezo no quita que zea pobre.

RAFAELA. ¡El campol... Aquél sí que es tu amor.

DANIEL. Apego le tengo, es la verdá: tar vez por lo bien que me paga. Nunca ziembro en é que no recoja. *Silencio. Rafaela, turbada, no acierta a responderle.* Don Pablo, ¿está ahí?

RAFAELA. Sí; ahí en la biblioteca está.

DANIEL. Vi a decirle con Dios. *Desde la puerta de la biblioteca.* Don Pablo, hasta mañana. ¡Zi Dios quierel! ¿Ze le ofrece a usté alguna coza, zeñorita?

RAFAELA. ¡Señorital! ¿No te he dicho que no me llames así?

DANIEL. Gusto yo de yamarlo to por zu nombre propio.

RAFAELA. No quiero contestarte. Anda con Dios.

DANIEL. Quééze usté con É.

RAFAELA. Dame la mano, por si mañana se acaba el mundo.

DANIEL. No ze acaba.

Se estrechan la mano con emoción.

RAFAELA. ¿Creés tú que no se acaba?

DANIEL. Seguro estoy.

RAFAELA. ¿Seguirá dando vueltas?

DANIEL. No tan grandes como argunas veces fuera menesté, pero zeguirá dando vuertas. A nadie ze le cortará zu zino: ca uno con er zuyo zobre loz hombros yegarà hasta er fin.

RAFAELA. Es cierto: cada uno con su cruz...

DANIEL. Usté, quizás, zentiría menos que na die que esto ze terminara...

RAFAELA. ¿Por qué?

DANIEL. Porque no ze le cae de la boca aqueyo de que ya no tiene pa quién viví.

RAFAELA. Y así es la verdad; no lo dudes.

DANIEL. ¿Lo está usté viendo?

RAFAELA. Pero... ¿y los demás, Daniel? Yo no soy egoísta. Que vivan los demás contentos... que siga el mundo dando vueltas.

DANIEL. Que ziga.

RAFAELA. ¿Hasta mañana?

DANIEL. Hasta mañana. Mande Dios lo que mande, yo quiero que me coja aquí.

RAFAELA. Y ¿cómo no prefieres el campo, tu campo?

DANIEL. ¡Zi viera usté lo zolo que ze ha quedado er campo hace unos días!...

RAFAELA. ¿Solo? Como siempre, ¿no?

DANIEL. Como nunca.

RAFAELA. Adiós.

DANIEL. Con Dios.

RAFAELA. *Ensimismada.* Imposible... imposi-

ble... *Él se va por la puerta del patio y ella por la de la biblioteca. Antes de desaparecer, instintivamente los dos vuelven la cara, y se encuentran sus ojos. Imposible...*

Llega por la puerta del patio Topete, en quien el azar ha obrado una radicalísima y grave transformación. Viene lacio, triste y marchito. Tira el sombrero con rabia sobre un mueble, y suelta un par de suspiros desconsoladores.

TOPETE. ¡Ay, ay!

En la calle, lejos, óyese en esto la voz del Ciego Palotes, que pregona.

PALOTES. ¡Niñas! ¡Niñas! ¡El último romanse que me queal! ¿Quién lo quiere? ¡Er mundo se acaba mañana! ¡Mañana se acaba!

TOPETE. *Sentándose a su mesa y poniendo vinagre en su acento. ¡No será verdad que se acabe esta porquería! Con mal modo tira del cajón donde tiene sus cuadernos de apuntes, saca el colorado, y se dispone a escribir en él una larga partida.*

ACTO TERCERO

La misma sala. Es por la noche. La lámpara encendida ilumina discretamente la estancia. De la calle viene un poco de luz de la luna. Estamos a 14 de Junio; no se ha acabado, pues, el mundo el día 13.

Sale por la puerta del patio Juana, huyendo de Isidoro, que la sigue con insistencia.

JUANA. ¡Que me dejes te digo, Izidorol

ISIDORO. ¡Pero si es que quieo convenserte de que te han engañaol

JUANA. ¡Te digo que me dejes; que no me persigas! ¡Que no quieo hablá contigo! ¡Vayal

ISIDORO. ¿Que tú no quiés hablá conmigo? ¡Mardito sea er mundo! ¡Asín picaran con un hacha las lenguas dañinas! ¿Quién te ha engañaol

JUANA. Nadie; no me ha engañaol nadie; he visto yo lo que tenía que vé. Corre en busca e la *Rubia* y déjame.

ISIDORO. ¡Y dale con la *Rubial* Mañana cuando vayamos a la romería...

JUANA. ¿Quién, yo? ¿Que yo vi a dí contigo a la romería? ¡Ezo te lo pintas tú en un papel

ISIDORO. Pero ¿es que va a festejá to er pue-

blo que no se ha acabao er mundo, menos tú y yo?

JUANA. ¡Busca a la *Rubia* pa festejarlo! ¡Como la buscaste pa festejá que ze acababa!

ISIDORO. ¡Mar fin tengan las comadres e barriol! Pero ¿quién te habrá contaó a ti el infundio ese? Por supuesto, que ya te pasará.

JUANA. ¡Zí, zí; como no me pazel...

Llega por la biblioteca Quintica.

QUINTICA. Toa la caza estoy corriendo en busca tuya. Anda ya, que don Pablo te yama.

ISIDORO. ¿A mí?

QUINTICA. A ti. Anda ya. En er comedó está er zeñorito.

ISIDORO. *A Juana.* ¡No creas tú que te dejol! No me conformo yo a viví en entredicho por una mala lengua. ¡Mardito sea er mundo! *Se va por la puerta de la biblioteca.*

QUINTICA. *Al ver gimotear a Juana.* ¿Qué tienes tú? ¿Qué les paza a ustedes?

JUANA. Que habemos peleao.

QUINTICA. Ezo lo estaba viendo yo vení.

JUANA. Es mu granuja, ¿oyes? Ar mismo tiempo que quería convencerme a mí de que ayé era la fin der mundo, estaba queriendo convencé a la *Rubia*. Mía qué fechuría.

QUINTICA. Mujé, zi creía que er mundo ze iba acabá, quizás der mismo zusto... Una mala hora. Porque ér te quiere; me lo ha dicho a mí. Y yeva tu retrato en la badana der zombrero.

JUANA. ¡Toma! ¿Y a mí te pienza tú que no

me lo ha dicho? Por to pazo yo, menos por un engaño azina.

QUINTICA. No yores, mujé, que me da pena verte.

JUANA. Y ¿qué vi a jacé, zi no pueo remediarlo? ¿Zi lo peó de to, es que ér me cae en gracial

QUINTICA. A las mujeres ziempre tiene que tocarnos yorá. Lo mismo que zeas moza de cuerpo e caza, como que zeas emperadora. Porque yo zé la historia de Doña Juana la Loca, que fué reina de España, y ze cazó con Don Felipe er Guapo; y a Don Felipe er Guapo no le gustaban más que las moras; que ahí empezó la guerra de África. Y Doña Juana se gorvió loca la pobrecita, y ér ze murió, y eya ze pazaba las noches ar zereño, y munchas cozas más. Y ya ves tú, fué reina.

JUANA. ¡Ayl Er mar de muchos no es conzue-lo, aunque zea mar de reyes. Yo lo que quizea zería orvidarlo.

QUINTICA. ¿Orvidarlo?

JUANA. Orvidarlo por otro.

QUINTICA. Pos mira, yo te vi a enzeñá el enzarmo de los tres zuspiros, que cuentan que ez el único pa orvidá. Principia azí:

Tres zuspiros guarda mi pecho:
zargan al aire en mi provecho...

Y luego zigue como una oración. Yo te lo enzeñaré. Lo dices toas las noches al acostarte; po-

nes en el espejo er nombre de é, con er bajío; le haces una cruz por debajo y lo repites hasta tres veces. Y ar mes, no te quea ni el enzueño.

JUANA. ¿De veras, chiquiya? Y tú, ¿de quién lo haz aprendío?

QUINTICA. De una gitana de mi pueblo. Y cazi ze me había ido de la memoria; pero he tenío que recordarlo, porque, por mi desgracia, lo nececito ahora también.

JUANA. ¿Tú, Quintica?

QUINTICA. ¡Y esta zí que es pena, Juaniyal! ¡Esta zí que es penal! No me ha engañao nadie; pero es peó mir veces; porque ni ziquiera para la vista en mí el hombre que me ha enhechizao.

JUANA. ¿Quién ez é?

QUINTICA. Ezo ze quea pa mí zola.

JUANA. ¿Lo conozco yo?

QUINTICA. Na me preguntes, porque na te diré.

JUANA. ¿Quiere a otra?

QUINTICA. Anoche, que iba a zé la fin der mundo, lo vi más claro que a la luz der zó. Tanta pena me dió convencerme de eyo, que zentí que er mundo no ze acabara en aquel instante. ¡Ajolá ze hubiera acabao!

JUANA. Pos júntate conmigo.

QUINTICA. Yo ya tengo tomá mi resolución.

Aparece por la puerta de la biblioteca don Dionisio, como el sol en un amanecer de primavera. Aquellos ojos muertos han recobrado vida y fulgor, y aquella profunda arruga de la frente ha desaparecido con el cometa.

DON DIONISIO. No se asusten las tiernas palomas, que no soy cazador furtivo.

JUANA. ¿Qué?

QUINTICA. Zeñó.

DON DIONISIO. Siempre fuí de la Protectora de Animales.

QUINTICA. ¿Cómo dice?

DON DIONISIO. *Enmendando el yerro.* De Animales y Plantas. Y vosotras sois dos tiernos brotes campesinos.

QUINTICA. ¿Es verdá lo que trae er *Diario*, zeñó?

DON DIONISIO. ¿Qué trae?

QUINTICA. Que usté y la zeñorita ze marchan mañana a Madrí.

DON DIONISIO. ¡Oiga! ¿Quién habrá llevado la noticia? Pues sí, es rigurosamente exacto. Mañana por la noche partiremos mi hija y yo, después de asistir con todos por la mañana a la romería. ¡Hay que darle gracias a Dios porque este mundo pícaro continúa dando vueltas! ¡Je, jel! ¿Qué miedo ha pasado alguna gentel

QUINTICA. ¡Zí, zeñó; zí que lo han pazaol

DON DIONISIO. ¡Cómo me he reído yol

QUINTICA. Y nozotras.

DON DIONISIO. Y ahora que estamos solos, a hurtadillas de los vigilantes ojos del ama de la casa... Juana, toma tú. *Le ofrece un billete.*

JUANA. No, zeñorito.

DON DIONISIO. Sin chistar. Toma.

JUANA. Muchízimas gracias.

DON DIONISIO. Y tú, Quintica, toma también. *Le ofrece otro.*

QUINTICA. Ezo zí que no. Yo no, yo no.

DON DIONISIO. A mí se me obedece.

QUINTICA. Pero ¡zi nozotras no le habemos zervío por interés ningunol

DON DIONISIO. ¡Chist! Toma y calla.

QUINTICA. Ea, pos munchas gracias, zeñó.

DON DIONISIO. Compraos unas faldas o unos pendientes de corales para aturrullar a los peñarraleños. ¡Je, jel Y quedaos con Dios, clave-llinas.

QUINTICA. Usté lo paze bien, zeñó.

JUANA. Usté lo paze bien.

Se va don Dionisio hacia el patio.

QUINTICA. ¿Diez duros te ha dao?

JUANA. Zí; diez duros zon. ¿Le dará otros diez a Izidoro?

QUINTICA. Pues apostá a que zí. Este zeñó, desde que ha visto que no ze acaba er mundo, está como loco. Ze ríe de to y con to. Y no hace más que repartí cozas.

Viene del patio la Abuela Nita, con el semblante alegre, y pega la hebra con las muchachas.

ABUELA. ¿De qué charlan ustedes, buenas píasas?

QUINTICA. De que don Dionizio noz ha dao diez duros a ca una.

ABUELA. ¿Diez duros?

JUANA. Místelos.

QUINTICA. Místelos.

ABUELA. Como que er señorío no sabe está ocurto, y don Dionisio es un cabayero muy prinsipá. A mí me ha ofresido mandarme fruta de su huerta de Mursia... ¡Dátiles! ¡dátiles! ¡Qué ricos! Muy ardientes, pero muy ricos. Como gracias a Dios tengo un estómago de lata... Bueno, yo necesito a una de ustedes. A ti, Quintica.

QUINTICA. Mándeme usted.

ABUELA. No, no; prefiero a Juana, porque a ti se te va er santo ar sielo con tanta paparrucha como enjaretas... Tampoco se atan dos cuartos de comino contigo, no te figures tú. Er dichoso noviajo...

JUANA. Ezo ya pazó.

ABUELA. Sí, sí... Cuando tú vas yo estoy de vuelta, simple. Sígueme a mi cuarto.

JUANA. Adonde usted me mande, zeñora.

ABUELA. A mi cuarto: a recogé mis cosas.

QUINTICA. ¿A recogé zus cozas dice usted?

ABUELA. Sí, hija mía; sí. Con ustedes se pué tené una confiansa, porque son buenas. Yo me voy a mudá de esta casa.

QUINTICA. ¿Que va usted a mudarzer?

ABUELA. No levantes la voz. Que me voy a mudá. Mañana mismito.

JUANA. ¿A caza de don Feliciano otra vez?

ABUELA. Dios me libre. Voy a casa de mi prima Luisa, que es persona de asiento. No es que aquí tenga queja, ¿tú oyes? Pablito me quiere; Rafaelita me quiere también... Pero, hija, sin acordarse de mis ochenta años me han puesto en la arcoba más húmeda de la casa. ¡Hasta goteras tienel Y ahora, bueno va, que empiesan los calores; pero yega el invierno y cojo un reuma que me barda. ¡Y no me da la gana de cogerlo! Porque luego, si se me hinchán las piernas, ya sé yo por dónde van a salí: «¡Clarol ¡con los años que tiene ensimal!...» ¡Pos con los años que tengo ensima echo a reñí mis piernas con las tuyas! ¡Y con las tuyas! Las muchachas de hoy en día no valen dos cuartos.

JUANA. La zeñorita viene.

ABUELA. Vámonos nosotras.

QUINTICA. Yo la espero.

ABUELA. ¿Sí, eh? Cuidaíto con lo que se habla.

QUINTICA. Vaya usted descuidá.

ABUELA. Un punto a la boca. Anda, Juana, anda tú.

La Abuela Nita se marcha por la puerta de la biblioteca. Juana la sigue. Quintica, al quedarse sola, se santigua.

Rafaela sale por la puerta del patio.

RAFAELA. ¿Qué hacía aquí Juana?

QUINTICA. Que vino a darme una razón.

RAFAELA. ¿Y tú, qué hacías?

QUINTICA. Escuchá la razón de Juana.

RAFAELA. ¿Y ahora?

QUINTICA. *Turbada.* Ahora... aguardarla a usted.

RAFAELA. ¿Para qué?

QUINTICA. Porque tengo que decirle una coza.

RAFAELA. ¿Ah, sí? Dímelas. *Quintica se turba más que estaba.* Dímelas.

QUINTICA. Espere usted que puea.

RAFAELA. Pero ¿qué te sucede?

QUINTICA. Que tengo que hablá con usted.

RAFAELA. ¡Eso ya lo he oído! ¡Eres tonta! ¿Qué hay? ¿Qué es ello? ¿Qué pasa?

QUINTICA. No ze zofoque usted, zeñorita. Lo que hay... lo que paza es que...

RAFAELA. ¿Si acabarás, criatura?

QUINTICA. Verá usted, zeñorita. Yo zé que yo he venío a zu caza de usted pa zuplí los días que estuviera aquí don Donizio.

RAFAELA. Don Dionisio.

QUINTICA. Zí, don Donizio: ¡zi lo zél!

RAFAELA. No lo sabes, porque lo dices mal.

QUINTICA. Pero zé que lo digo má.

RAFAELA. ¡Jesús! ¡La cuestión es saberlo todo!

QUINTICA. Zí, zeñora, zí... Y argo zé que zabé no quiziera...

RAFAELA. ¿Qué dices?

QUINTICA. Digo que como vine aquí a suplir unos días, y eze cabayero y zu hija ze van ya a Madrí...

RAFAELA. ¡Ah! vamos; ya caigo. Temes que se me ocurra despedirte. Pues nada, no te apures; aunque *tan sabia*, te quiero bien y estoy contenta de tu servicio. Y también mi padre. De manera que te quedarás en la casa.

QUINTICA. No, zeñora; zi ahí está er conque.

RAFAELA. ¿El conque?

QUINTICA. Er conque está en que no me queo.

RAFAELA. *Sorprendida*. ¿Que no te quedas?

QUINTICA. No, zeñora. Y zé apreciá lo que usté me ha dicho; pero no me queo.

RAFAELA. ¿Por qué? ¿Estás tú a disgusto?

QUINTICA. No, zeñora.

RAFAELA. ¿Por qué te quieres ir, entonces?

QUINTICA. Porque no quieo quearme.

RAFAELA. ¡Vaya un descaro, hijal

QUINTICA. No, no es descaro; yo no zoy capaz de un descaro. Es que no es más que azí. No me queo... porque no quieo quearme. O zi le gusta más a usté, porque no pueo quearme.

RAFAELA. No lo entiendo. ¿Te ha salido otra casa mejór en Peña Real?

QUINTICA. Ezo, ni penzarlo. Yo me voy de aquí pa mi pueblo.

RAFAELA. ¿Para El Toronjil otra vez?

QUINTICA. Zí, zeñora; me ha escrito mi madre que no ze acostumbra a no tenerme.

RAFAELA. No mientas. A quien le ha escrito tu madre ha sido a mí, muy satisfecha de que sigas en esta casa. ¿No contabas con esto, verdad?

QUINTICA. Pos miste, zeñorita: aunque ze dijuste mi madre, me voy. Ya ve usté zi estaré rezuerta.

RAFAELA. Sí, sí; ya lo veo. Y ya voy comprendiendo, además.

QUINTICA. ¿Va comprendiendo usté?

RAFAELA. Sí. El caso huele a novio en El Toronjil desde una legua.

QUINTICA. Yo no tengo novio en Er Toronjí.

RAFAELA. ¡Y yo voy a creerte! Ya te habrá cantado cuatro coplas algún gañán de aquellos, y tú te habrás enamorado perdidamente.

QUINTICA. No me enamoro yo de los gañanes.

RAFAELA. Dispensa. Es verdad; que como eres tan sabia y tan leída... *Por el pensamiento de Rafaela cruza una idea que la subleva súbitamente. Mira con indignación a Quintica, y Quintica la mira a ella como si comprendiera lo que le ha pasado por el pensamiento.* ¡Bah!

QUINTICA. ¿Qué?

RAFAELA. Nada. Vete. Vete, sí, vete. Ya hemos hablado lo bastante. Vete ahora donde quieras, y luego a tu pueblo o adonde más rabia te dé.

QUINTICA. Yo ziento que usté ze incomode.

RAFAELA. No me incomodo, no. ¡No faltaría más! Es que ya estoy harta de tus novelorías. Vete, vete cuando te dé la gana. ¿Lo oyes? Cuando te dé la gana.

QUINTICA. Yo na he dicho pa que usté ze ponga de eza manera. ¿Quería usté que me quitara de en medio zin decirle con Dios? No he hablao más que lo que debía... Y he cayao lo que debía también. Güenas noches.

Se va por la puerta de la biblioteca, conteniendo las lágrimas.

RAFAELA. *Frenética.* ¿Pues no me ha desconcertado esa muñeca? ¡Nunca me he visto más ridículal *Se sienta desasosegada y se abanica vivamente.*

De la biblioteca sale don Pablo.

DON PABLO. Oye, niña: ¿qué lleva Quintica, que va tan cariacontecida y como llorando?

RAFAELA. ¡Qué sé yo! Allá ella. Es decir, sí lo sé: es que se quiere marchar al pueblo.

DON PABLO. ¡Cáspital Y ¿por qué razón?

RAFAELA. Eso es lo que no se averigua. Algún noviazgo. ¡Cualquier cosa!... O simplemente, que le gusta más andar libre en El Toronjil que aquí un poco sujeta. Vaya con Dios.

DON PABLO. ¡Qué lástimal Una muchacha tan

pintoresca y tan curiosa... Habrá que arreglar eso.

RAFAELA. No. Déjala ir. Que coja la aceituna en los olivares de su pueblo. Y quede esto aquí, porque me ha puesto de muy mal humor.

DON PABLO. ¡Ahl bueno; si a ti te contraría...

RAFAELA. Sí.

DON PABLO. Pues no se hable más. ¡Yo que creía que la chiquilla estaba aquí encantada!... ¡Válgame Dios, y qué en Babia vivo! *Mirando hacia la puerta del patio, por donde llega presuroso Topete, en actitud llena de misterio.* ¡Topete!

RAFAELA. ¿Topete?

TOPETE. Buenas noches.

DON PABLO. ¿Qué milagro es este? ¿Tú por aquí a estas horas?

TOPETE. Me alegro de hallaros solo a ti y sola a Rafaelita.

DON PABLO. ¡Vaya! Te alegras de hallarnos acompañados.

TOPETE. Acompañados y sin compañía; eso es. Permitidme que cierre las puertas.

DON PABLO. ¡Adiós mi dinero!

TOPETE. *Mientras cierra.* No. Diste en hueso esta vez. *A Rafaela.* Y tú, anima la cara y no prejuzgues.

RAFAELA. *Pagando con Topete su contrariedad y su enojo.* No prejuizo; pero si viene usted a pedir dinero para jugarlo, cónstele que no se lo lleva. No, no se lo lleva; ni que ponga usted la cara alegre ni que la ponga triste. La bondad

tiene un límite y la paciencia lo tiene también. ¡El demonio del hombre! ¡Acabará usted pidiendo limosna por las calles con un organillo y un mono! ¡Y entonces vendrá usted a nuestras ventanas y le echaremos cuartos! Por lástima del mono, no de usted.

TOPETE. ¡Aceituna! ¿Qué mosca le ha picado a tu hija?

RAFAELA. Una mosca que me ha contado la última hazaña del señor Topete: la de anteayer. ¡Mentira parece que sea usted tan casquivano y tan galopín! ¡Que ni siquiera sepa usted respetar lo que se le da para sus hijos!

DON PABLO. ¡Anda con esa!

TOPETE. También la mosquita ha podido callarse. Al fin, mosca. Pero aquello pasó: pasó, como pasó el cometa; como pasaron, para no volver, algunas vergüenzas de mi vida. Borrón y cuenta nueva. A lo que vengo, vengo.

DON PABLO. Tú dirás.

TOPETE. Sabed, ante todo, que desde esta tarde tenéis un nuevo servidor.

DON PABLO. ¿Hola?

RAFAELA. ¿Ah, sí?

DON PABLO. ¡Bien venido!

RAFAELA. Y ¿cómo está la madre?

TOPETE. Al pelo; al pelo está. Y muy satisfecha de haberme dado una prueba más de que no se acaba el mundo así como así.

DON PABLO. Tal parece; y que sea enhorabuena.

TOPETE. Gracias. Y ahora vamos a lo que importa.

RAFAELA. Ya está aquí el tren.

TOPETE. No está aquí el tren; te repito que no prejuzgues. Oídme. Quiero enteraros yo, primero que nadie os lo diga, de una gran merced que he recibido, precisamente esta misma tarde, de un amigo vuestro.

DON PABLO. ¿Una gran merced?

RAFAELA. ¿De qué amigo?

TOPETE. De don Dionisio, vuestro huésped.

DON PABLO. ¡Ah! Pues has hecho bien en venir a decírnosla, porque si no, es fácil que la hubiéramos leído mañana en el periódico.

TOPETE. Esta me figuro que no; la verdad.

DON PABLO. No te fíes.

TOPETE. Bueno: es el caso que yo, por impetuosas necesidades de la vida...

RAFAELA. Y para suplir despojos del tapete verde...

TOPETE. No me amargues esta alegría, Rafaela. Digo que yo me había echado un dogal al cuello.

DON PABLO. ¿Cómo?

TOPETE. Le había firmado a don Genaro, el chupa sangre, un pagaré que vence mañana.

DON PABLO. ¿Serás capaz?

TOPETE. En condiciones onerosas, horribles.

RAFAELA. No tiene usted compostura ni solución.

TOPETE. La verdad, y sírvame de disculpa esto: como se aseguraba fatídicamente que anoche se acababa el mundo, y el pagaré no vencía hasta mañana, yo le veía un cierto negro humorismo, mefistofélico y voluptuoso, a firmar un pagaré que había de vencer en la eternidad.

RAFAELA. ¡Qué tarambanal

TOPETE. Me regocijaba con la idea de encontrarme al prestamista allá en el caos... y hacerle un par de señas. Ya tú me entiendes, Pablo.

DON PABLO. ¡Ja, ja, ja!

TOPETE. Ello es, en suma, que esta tarde, como os decía, al mismo tiempo que vuestro nuevo servidor venía al mundo, llamaba a mi puerta Isidoro con una carta de don Dionisio portadora de cincuenta duros en billetes.

DON PABLO. ¿Cincuenta duros?

TOPETE. ¡Como cincuenta soles! ¡La salvación del año, que iba de cabezal

RAFAELA. Pero, bueno, y ¿a qué se debe...?

TOPETE. A generosidad nativa. No puede obedecer a otra causa. Yo no he hecho por él más que ponerle en limpio la papeleta de defunción... ¡Y con lo que me ha mandado hay para un entierro!

DON PABLO. No le deis vueltas. Es otra la clave. Dionisio creía firmemente que anoche terminaba sus días, y al ver que esto sigue adelante, le falta poco para echarse a bailar. En el Cásino ha llamado la atención repartiendo propinas.

RAFAELA. Sí; pero si no fuera generoso...

TOPETE. ¡Claro es!

RAFAELA. ¡Porque después de lo que me ha contado la mosquita, darle cincuenta duros!...

TOPETE. ¡Cincuenta duros, hija mía! Le pago a don Genaro, le llamo Judas, le llamo ladrón, que eso siempre refresca, y todavía me sobran más de quince.

RAFAELA. A ver lo que hace usted con ellos.

TOPETE. *Conmovido.* ¡Emplear hasta la última peseta en mi casal

DON PABLO. Lo creo; sí. Porque es verdad que la dicha no viene nunca sola.

TOPETE. ¿Qué dices?

DON PABLO. Me han asegurado que el tío de los huesos de jamones está afónico.

TOPETE. ¡Cállate, Pablol! ¡Déjame gozar sin acíbar de mis cincuenta duros!

RAFAELA. Todo es poco.

TOPETE. ¡Rafaelita! ¡No seas perversal!

DON PABLO. Tiene razón mi hija: todo es poco.

Abrese de improviso la puerta del patio, y tras ella surge don Dionisio, como llamado por el júbilo de Topete.

DON DIONISIO. ¿Qué reunión es esta? ¿Se conspira?

TOPETE. *Lanzándose a él y abrazándolo con efusión.* ¡Ah, mi señor don Dionisiol! ¡Amigo liberal y magnánimol

DON DIONISIO. ¿Qué habla el bonísimo de Topete?

DON PABLO. A Topete ya lo estás oyendo. Yo te voy a reñir.

DON DIONISIO. ¿Tú? ¿Por qué, Pablo?

DON PABLO. El por qué, lo conoces tú sin que yo te lo diga.

RAFAELA. Sí por cierto, señor don Dionisio: una cosa es que no se haya acabado el mundo... y otra cosa que usted se arruine.

DON DIONISIO. ¡Ánimas benditas del purgatorio! Pero ¿usted ha contado... querido Topete...?

TOPETE. ¿Cómo no, señor don Dionisio? La gratitud... la gratitud no puede ser silenciosa.

DON DIONISIO. No hay que hablar aquí de ella. Y tú, Rafaelita, no te aflijas: no es tan exiguo mi capital que vaya a arruinarme por obsequiar a un buen amigo con sesenta duros.

RAFAELA. ¿Sesenta? *Mira a don Pablo, don Pablo a ella y los dos a Topete, quien pálido y desconcertado, algo daría porque en tal instante acertase el cometa a chocar con el globo.*

TOPETE. *Buscando la salida.* Bueno... mi generoso bienhechor... yo me hago cargo de que a su delicadeza ofende... Estoy viendo que esta conversación le es muy violenta en presencia mía...

RAFAELA. ¿Y a usted no?

TOPETE. A mí también... naturalmente... pero a mí me es muy difícil evitar mi presencia... No

sé lo que digo... Me marchó... Usted es de los nobilísimos corazones que dan la limosna con las dos manos... para que no se enteren las otras dos...

DON PABLO. ¿Qué dices, hombre?

TOPETE. Repito que no sé... Disparato... La gratitud conmueve y desconcierta...

RAFAELA. ¿La gratitud?

TOPETE. Ni más ni menos. Adiós, don Dionisio.

DON DIONISIO. Adiós, Topete, adiós.

TOPETE. Adiós, Pablo; adiós, Rafaelita.

RAFAELA. Vaya usted con Dios.

DON PABLO. ¡Y que descanses!

TOPETE. No estoy cansado... La gratitud no cansa... Buenos días... ¡Buenas noches!... A mí me parece de día... ¡Buenas noches! *Encuentra la puerta por fin, y se va.*

DON DIONISIO. ¡Qué simpático es este secretario tuyo!

DON PABLO. Sí lo es.

RAFAELA. Y un carácter muy sostenido.

DON PABLO. ¡Ahl Genio y figura...

DON DIONISIO. Rafaelita, yo venía por ti.

RAFAELA. ¿Por mí?

DON DIONISIO. Sí.

RAFAELA. Y ¿adónde iremos?

DON DIONISIO. A hablar con Emma. Se halla en una crisis sentimental, que debe aprovecharse. Pásmate: ha recibido una carta de Roque, y la ha leído tres veces.

DON PABLO. ¿Quién es Roque?

RAFAELA. ¡Su marido, papá!

DON PABLO. ¡Ah! ¿Se llama Roque? Se me había metido en la cabeza que se llamaba Casimiro.

RAFAELA. Pues vamos, don Dionisio, vamos allá. Mal pleito se me antoja... y mala abogada soy yo; pero, ¡qué diablo! el tiempo está de cambios y mudanzas. El dichoso cometa ha dejado un rastro de azufre o de qué sé yo qué... un aire que envenena el ambiente... y, sobre todo, que no quiere dejar cosa en su sitio. ¡Jesús, qué torbellino de cometa! ¿Emma está en su cuarto?

DON DIONISIO. En su cuarto la tenemos, sí.

RAFAELA. Venga usted conmigo.

DON DIONISIO. ¡Quiera Dios que consigamos algo!

Se entra por la puerta de la biblioteca siguiendo a Rafaela.

DON PABLO. *Reflexivo.* ¡Qué cosas ha dicho mi hija!... Está perturbada... desazonada... Nunca la he visto así.

Viene Quintica por la puerta del patio.

QUINTICA. Don Pablo.

DON PABLO. Quintica. ¿Qué hay?

QUINTICA. Er chiquiyo der puesto e los libros, que tiene que enzeñarle a usté una coza.

DON PABLO. Dile de mi parte que pase aquí.

QUINTICA. Dice que no entra por zi hay vizita.

DON PABLO. Dile que no la hay.

QUINTICA. Dice que pué vení mientraz él está.

DON PABLO. Basta. Respeto ese temor a las visitas. ¿Quién no lo ha sentido alguna vez? Veamos lo que me quiere este camueso. *Se encamina hacia el patio y Quintica hacia la biblioteca. De pronto se vuelve, llamándola.* ¡Ah! Quintica.

QUINTICA. Zeñó.

DON PABLO. Ven acá y escucha una cosa.

QUINTICA. Mándeme usté.

DON PABLO. Ya sabes que te quiero bien; que me eres muy simpática.

QUINTICA. Zí, zeñó; y lo agradezco mucho.

DON PABLO. Pues me vas a contestar a una pregunta. Pero has de hacerlo sin remilgos de empanada. ¿Por qué te quieres ir a tu pueblo? *Quintica calla.* Vamos, responde. ¿No se puede saber?

QUINTICA. Ez un zecreto mío.

DON PABLO. Pues compártelo conmigo, que de mí no saldrá.

QUINTICA. No... No, zeñó...

DON PABLO. ¿No te fías?

QUINTICA. Me acuerdo de aqueyo que ze dice:

Zecreto de dos,
ve con Dios;
zecreto de tres,
no lo es;
zecreto de cuatro,
va ar teatro;

zcreto de cinco,
zuerta un brinco;
zcreto de zeis,
lo zabréis;
zcreto de ziete,
compromete;
zcreto de ocho...

DON PABLO. Y ¿así hasta el centenar, Quintica?

QUINTICA. No, zeñó; que cuando ze yega a diez, ze pregunta: «¿Quieres que te lo diga otra vez?» Y ze güerve a empezá.

DON PABLO. Pues excusa la repetición. Ya veo que no me aceptas por confidente. Y tenía yo muy vivo interés en conocer el motivo de tu imprevista salida de mi casa.

QUINTICA. Mejó zará que usté lo adivine.

DON PABLO. Si vieras que no tengo ese don... Anda, dímelo tú. Siquiera por lo que yo te aprecio, Quintica.

QUINTICA. No pueo. Usté lo barruntará de aquí a mu pocos días. No es na de usté.

DON PABLO. ¿Es tal vez de mi hija?

QUINTICA. Usté ha de barruntarlo... No me pregunte usté más de esto.

DON PABLO. Bien, bien está... Misterioso anda el tiempo de veras... Sí que el cometita se ha dejado sentir... *Se va por la puerta del patio. Ya dentro, se le oye decir lo siguiente: ¡Ven con Dios, Daniel! Pasa a la biblioteca y agúardame.*

QUINTICA. *Emocionadísima y aturrullada al oír a don Pablo.* ¡Huy, Daniel! Es Danié... Danié... *Va de aquí para allá, sin saber si irse o si quedarse.* ¿Me voy? ¿Me queo?... Danié... Es Danié... *Viendo aparecer a Daniel.* Hola, Danié...

DANIEL. Hola, Quintica. ¿Está por aquí don Dionizio?

QUINTICA. No; que está arriba con su hija Erma.

DANIEL. ¡Ah! vamos; está arriba.

QUINTICA. Y... con la señorita Rafaela también.

DANIEL. Voy a verlo.

QUINTICA. ¿A don Donizio?

DANIEL. Sí. Me ha mandao dos cajas de puros diciéndome que me está muy agradecido—yo no sé por qué—, y quieo darle las gracias. ¿Qué miras?

QUINTICA. Na... ¿Usted... usted se güerve ar campo esta misma noche?

DANIEL. Esta misma noche. ¿Por qué?

QUINTICA. Por na... Y ¿viene usted mañana otra vez?

DANIEL. Quizás no venga.

QUINTICA. ¿No?... Sí, sí vendrá...

DANIEL. No sé.

QUINTICA. Sí vendrá, sí...

DANIEL. Cuando tú lo dices... Voy pa arriba.
Éntrase por la puerta de la biblioteca.

QUINTICA.

¡Vaya con Dios er rey pastó:
er corazón se me yevól...

¡Vaya con Dios er rey doncé:
mi penzamiento va con él...

Vuelve don Pablo por la puerta del patio. Quintica, abstraída en alas de su ingenuo y candoroso amor, ni lo ve ni lo oye, y sigue diciendo la relación del «Rey pastor», con gran perplejidad de don Pablo.

DON PABLO. Quintica.

QUINTICA.

¡Vaya con Dios er rey galán
en zu cabayo el alazán!...

DON PABLO. ¡Quintical

QUINTICA.

¡Vaya con Dios er rey gentí
con mis zuspíros más de míl...

DON PABLO. ¡Pero, muchacha!

QUINTICA.

¡Vaya con Dios er rey marciá,
que yeva er zó por donde val

Se aleja por la puerta del patio, continuando su inconsciente monólogo.

DON PABLO. ¡Vaya con Dios! ¡Esta chiquilla es siempre inesperada!

Allá lejos, en la calle, tan lejos que llegue a la escena como un rumor, suena un animado rasgueo de bandurrias y guitarras, que se amortigua poco después de cantada esta copla.

En habiendo luna y só
no haya tristeza ninguna,
que mientras er só se apaga,
se va ensendiendo la luna.

¡Holal Tal vez el rey galán de Quintica sea algún trovador de estos de la ronda. Presumo que el amor anda suelto esta noche por la revuelta Peña Real. Esa estrella de rabo... *A Rafaela, que sale por la puerta de la biblioteca.* ¿Oyes, Rafaela, cómo canta la gente moza?

RAFAELA. Ya oigo, ya. Y pasarán la noche en claro, esperando la romería de mañana.

DON PABLO. Será preciso que nosotros nos recojamos pronto; que es cosa que no quiero perderme, y habrá que madrugar.

RAFAELA. ¿No sabes? Corren vientos de cambio para mi amiga.

DON PABLO. ¿Pues?

RAFAELA. ¡Y creía el padre que era terquedad y ligereza lo que la separaba del marido... y ha bastado un poco de sentimiento para calmar su rebeldía!

DON PABLO. ¿Qué me cuentas? ¿Vuelve por ventura a Madrid?

RAFAELA. A Madrid vuelve, y a su casa.

DON PABLO. Cuando digo yo que la estrella de rabo... Explica, explícame el milagro ese.

RAFAELA. Milagro de la lógica de las cosas, papá; milagro de la vida, que no se está quieta; de este afán de encontrar la dicha que a todos nos empuja desde muy adentro... ¡Qué inútil es oponerse a su fuerzal

DON PABLO. ¡Oh! Se lo dices a un convencido. Alguna vez te he hablado yo de eso; recuérdalo.

RAFAELA. Sí. La pobre Emma...

DON PABLO. Habla, habla de Emma.

RAFAELA. Me ha hecho reír y llorar. El desdichado Roque parece ser que se ha visto muy solo, demasiado solo, porque no tiene como Emma un espíritu libre y curioso que lo distraiga. Las primeras cartas que le escribió cuando se separaron, eran ridículas; todo se volvía en ellas frases rebuscadas y pensamientos cursis, que exasperaban a la infeliz mujer. La última que le ha dirigido, escrita con entero abandono, con tachas y con mala letra, dejando hablar al corazón, es vulgar, pero es noble: comprendo que la haya conmovido. Emma gritaba al enseñármela: «¡Mira, Rafaela, miral! ¡Mi marido me escribe ya con tachas! ¡Este hombre está cambiando! ¡Este hombre es otro!»

DON PABLO. Razón tiene. Tachas hay que valen por cuatro carillas. ¡Ay del que no sabe tachar!

RAFAELA. Al final de esta carta, le dice: «Si tú no quieres tener un hijo que se parezca a mí, yo quiero tener una hija que se parezca a ti.»

DON PABLO. ¡Anda, morenal ¡Por dónde se apea Casimirol

RAFAELA. Roque, papá.

DON PABLO. ¡Me he empeñado yo en confirmarlo!

RAFAELA. Y Emma, que aun de esta frase hizo los más picantes epigramas...

DON PABLO. A ver, a ver... vengan los epigramas esos.

RAFAELA. No; son cosas enteramente nuestras. Emma ahora piensa—lo adivino como si viviera en su corazón...—piensa... aunque no lo declara sino entre chirigotas y burlas, que un hijo es quizás la única solución que su vida tiene. Dios se lo dé.

DON PABLO. Así sea. Y que se parezca tanto a Roque como ella a su padre.

RAFAELA. ¡Dale, machacal

DON PABLO. No pienses mal, hija: yo sólo quiero, por gusto de Emma, que el hijo que tenga no se parezca a su marido: es su más fervoroso deseo.

RAFAELA. Aquí están el padre y la hija.

Salen, en efecto, Emma y don Dionisio por la puerta de la biblioteca.

DON DIONISIO. ¡Abrázame, Pablol ¡Abrázame!

DON PABLO. De muy buena gana.

DON DIONISIO. ¡Soy en este momento el hombre más dichoso de la creación!

DON PABLO. Lo sé.

DON DIONISIO. Mi hija Emma me ha dado una gran alegría.

EMMA. Papá, sería yo demasiado mala si te nublara la que tienes porque no se ha acabado el mundo.

DON PABLO. Y que, según mis nuevas, en la alegría que tú le has dado, hay, en primer lugar, ciertos propósitos de que el mundo siga.

Don Dionisio ríe, de felicidad, y no da otra propina porque no ve a quién dársela; pero se echa mano al bolsillo.

RAFAELA. No seas hablador, papaíto... ¡Qué ligero de lengua! ¡Y critican luego a las mujeres!...

EMMA. Señor don Pablo, usted, como hombre de experiencia, no desconoce que, aun sin querer, a veces los mejores propósitos...

DON DIONISIO. ¡Emmal ¡Emmal

DON PABLO. ¡Déjala que se explaye!

EMMA. ¡Un hijo! ¡Un hijo! Siempre lo he deseado; siempre. Y ahora más que nunca lo echo de menos.

DON DIONISIO. ¿Ahora más que nunca?

EMMA. ¡Pues no que no! Por eso me ha hecho algunas cosquillas en el sentimiento que ahora también lo quiera mi marido.

RAFAELA. ¿No lo quería antes? Entonces, ¿para qué se casó?

EMMA. ¡Para reglamentar su vida! ¡Sólo para eso! ¡Si recuerdo que, cuando yo le hablaba de un hijo, me ponía una cara y me decía unas cosas!...

DON DIONISIO. ¡Emma!

EMMA. Y es que un hijo no significaba para él una vida que iba a encarnar nuestro cariño, que iba a seguir las nuestras... Un hijo era el sobresalto constante, las noches en vela, la dentición, los empachos, la tos ferina, las amas... ¡Oh! Si Dios me da uno, le pido con toda mi alma que salga llorón, rabioso, impertinente; de estos que en la escena más interesante de los dramas lloran en el teatro.

DON PABLO. Emma, que tú no sabes lo que estás pidiendo; que ésta era así.

RAFAELA. ¿Yo? ¿Cuándo he sido yo así?

DON PABLO. Tú no te puedes acordar. Al estreno de uno de mis dramas en Madrid te llevó tu madre, y tu *llantina* animó a los espectadores a meterse conmigo; ¡y hubo que ver cómo acabó aquello!

EMMA. Déjese usted de cuchufletas.

DON DIONISIO. Sí; que ella habla con toda gravedad.

EMMA. ¡Y tanto! Sueño con ver a mi marido en bata a las tres de la noche, con el niño en brazos, llora que llora, y sin conseguir que se calle.

DON DIONISIO. Pero ¿para qué sueñas con ese tormento?

EMMA. ¡Para que duerma mal! ¡Para que se

despierte a horas distintas! ¡Para que no siga cuadrículado! ¡Oh! Lo que es la píldora de quinina todas las mañanas a las ocho en punto... ¡ésa se concluyó! ¡Que se despidal

DON DIONISIO. ¡Bah, bah! Quien se despide ahora mismo soy yo, porque en manera alguna quiero que se me enturbie mi contento.

EMMA. Ni mucho menos lo quiero yo, papá. Ni el tuyo ni el mío. ¡Pues si estoy como el enfermo que llega a dar con una postura en la que se le calma el dolor!

DON DIONISIO. ¡Hija de mi vida!

EMMA. Y no hagas caso de mis rarezas ni de mis desplantes. Ya sabes que tengo más horas de loca que de cuerda. Te prometo hasta lo que más odio: ¡un grupo de familia! *Todos se ríen.* El abuelo, la abuela, el padre, la madre, Roquito, si llega a venir—porque le pondremos Roquito—; tu perro, un caballito de cartón, un aro, una pelota... Ya verás, ya verás. Y que el fotógrafo lo retoque bien y nos quite todas las arrugas... ¡Un encantol

Nuevas risas de todos.

DON DIONISIO. Así sea. Y con tan agradable perspectiva, me voy a la cama.

EMMA. Y yo te sigo.

DON PABLO. Y todos, si hemos de madrugar.

DON DIONISIO. ¿Cómo no? ¡No se puede faltar a esa romería tan alegre... y tan justificadal ¡Je, je! Vamos, Emma, vamos. Hasta mañana, Pablo y Rafaela.

RAFAELA. Si Dios quiere.

DON PABLO. Hasta mañana. Anda con Dios.

Vase don Dionisio por la puerta del patio, soñando ya con el grupito de familia.

EMMA. *Deteniéndose un momento.* No he querido que se acueste esta noche con mal sabor de boca. Pero que no se haga ilusiones. Ni él ni mi marido. Vuelvo de tirana: ¡a imponer la ley! Y mi bandera es anarquista: ¡abajo todo lo existente! Buenas noches.

DON PABLO. *Riendo.* Descansa. Emma, descansa.

RAFAELA. Adiós, mujer.

Se va Emma detrás de su padre.

DON PABLO. ¿Qué? ¿Tú te sientas?

RAFAELA. Sí; no tengo sueño todavía.

DON PABLO. Pues yo voy ya también en busca de las ociosas plumas.

RAFAELA. Y yo muy pronto. Así que dé el último vistazo a la casa. A lo mejor me dejan luces encendidas...

DON PABLO. Ya. Pues Dios te dé un buen sueño.

RAFAELA. Hasta mañana. ¿De qué te ríes?

DON PABLO. De nada, mujer. Es que estoy contento con todos de que el mundo siga dando sus vueltas infinitas... Escucha, escucha otra vez la música de los muchachos. ¡Ay, mundo, mundillo!... Te rigen la juventud y el amor.

Se marcha por la puerta del patio.

Las guitarras y bandurrias callejeras vuelven a

oírse, siempre lejos. Tiembla en el aire otro cantar.

Pasó la estreya de rabo,
y er mundo no se acabó,
pero si tú no me quieres,
er que se acaba soy yo.

RAFAELA. *Entregándose al fin a los sentimientos que la dominan.* ¡Qué angustia de espera! ¿Para qué me querrá hablar ese hombre? Digo... ¿para qué ha de ser sino para lo que yo temo más? ¿Son sus pasos?... ¿Daniel?

Sale Daniel por la biblioteca.

DANIEL. Aquí estoy.

RAFAELA. *Con fingida serenidad.* Y yo. Dándole vueltas en mi imaginación a esta misteriosa entrevista que me has pedido.

DANIEL. ¿Misterioza, por qué? ¿Por la manera? ¿Por la ocasión?

RAFAELA. Por todo.

DANIEL. Por la ocasión y por la manera, quizás; por lo que en eya ze haya de tratá no creo que haya misterio alguno ni pa usté ni pa mí.

RAFAELA. Para mí, sí; puedo asegurártelo.

DANIEL. Es naturá que usté me conteste de eza forma. Pero usté pué que zepa que cuando un hombre le pide a una mujé hablarle a zus zolas, nunca es más que pa vestí con palabras lo que ya zin eyas ze ha dicho entre los dos.

RAFAELA. ¿Qué dices, Daniel? ¿Qué he podido yo decirte sin palabras?

DANIEL. Zerá mi dezero, que lo oyó. Pero quiero quitarme de dudas esta noche. No espero más. Hora es ya de que zarga al aire la yama.

RAFAELA. ¿La llama al aire?

DANIEL. Zí; pa que usté la apague o la alimente; pa que yo muera o viva.

RAFAELA. ¡Daniell Ese lenguaje...

DANIEL. ¡Este lenguajel... De más zé yo que usté está en er monte y yo le canto desde la yanura. No me importa: er viento le yeva á mi voz, y usté, como es buena, ha de escucharla. ¿Por qué no ha de decirle a usté Danié, el hijo der pobre zeñó Juan, lo que no habría tenío reparo en decirle ziendo er mismo, quizás valiendo menos, zi la vida lo hubiera encaminao pa la ciudá en vez de pa los campos? Yo la quiero a usté, Rafaelita: esto es to.

RAFAELA. ¿Que tú me quieres?

DANIEL. No me pregunte usté lo que zabe. Dígame usté que... por lo que zea, que yo respeto, usté ha cerrao loz ojos a lo que ha visto; pero no me niegue usté la verdá de las cozas, ya que estamos mirándonos tan frente a frente.

RAFAELA. No, Daniel, no; te equivocas: te hablo con toda sinceridad. Sí he advertido en tí que te inspiraba una gran simpatía, un cariñoso afecto, cuyas raíces encontraba yo en nuestros recuerdos de niños, en haber corrido juntos por

esta casa, en la adoración que siempre le tuviste a mi madre, en todo ello a la vez; pero créeme que jamás presumí lo que ahora me declaras.

DANIEL. ¿No, verdad? ¿Ni hace veinte días, en er campo, aqueya mañana en que bebió usté el agua en la misma paña, y yo bebí luego, no por bebé, zino por poné mis labios donde lo zuyos, y usté ze encendió como una amapola? ¿No le dijeron na vez ojos? ¿Ni tampoco aqueya noche en que ze contaron hazañes de malh chores y bandidos, y usté ze acostó con mucho zusto, y no podía dormí, y yo me estuve por las cercanías cantando hasta el arba pa ahuyentarle a usté er miedo? ¿Tampoco le anunció na mi canto? ¿Y la tarde en que reposaba en los pinares y yo me acerqué, y usté no ze atrevió a abrí loz ojos, y yo le quemé la cara con los míos, y ar cabo la dejé a usté zola y me alejé zofocando mi zentimiento? ¿Tampoco aqueyo le descubrió a usté coza ninguna?

RAFAELA. Sí, sí; calla; no sigas...

DANIEL. *Suspirando.* ¡Ayl!

RAFAELA. No te atormentes más, Daniel; lo sé, lo adiviné, lo vi claro; tan claro como ahora que me lo dices. Pero no quería enterarme, no quería oírlo, no quería saberlo. No, no quería saberlo, por ver si se te quitaba de la cabeza esa locura.

DANIEL. No es locura de la cabeza, Rafaelita; es der corazón.

RAFAELA. Locura, al fin. Yo te rugo, Daniel, que hagas por ahogarla, por convertirla en un sentimiento templado, por volverla a lo que era nuestra amistad: cariño sereno y tranquilo, sin sobresaltos ni rubores.

DANIEL. Ez un imposible ezo que usté me pide; es como zi me mandara usté que sacé las aguas de la má en er cauce de un río. Cuando e te cariño ba zaído de labios afuera, ya no hay polé que lo refrene. Confiézeme usté que no me quiere ni le importo; pero no ze empeñe en darme un limosna de pan cuando estoy zediento.

RAFAELA. Esa sed tuya no puedo yo calmarla, Daniel.

DANIEL. ¿Tan poco zoy? ¿Tan poco vargo?

RAFAELA. Fueras quien fueras, yo no podría calmarla. Ni querría. ¿No me has oído muchas veces que le niego a mi corazón todo otro amor que el que ya ha sentido?

DANIEL. Y er corazón ¿qué responde a ezo?

RAFAELA. Lo que responda yo no lo quiero oír.

DANIEL. No andará muy conforme con lo que usté le niega cuando rehuye el escucharlo.

RAFAELA. Eso es cuenta mía.

DANIEL. Ziendo azí, mi cuenta es también: ligao estoy a usté como la zombra al cuerpo; por usté y por usté vivo; de usté me interesan hasta las zeñales que en la tierra dejan zus pazos; e viento que empuja mi vida, hacia usté me yeva derechamente.

RAFAELA. El que empuja la mía, Daniel, lleva rumbo contrario.

DANIEL. ¡Azí fuera verdá! Que yendo er de usté pa mí y er mío pa usté, ya nos encontraríamos en mis brazos.

RAFAELA. ¡Callal

DANIEL. Menos cayá, to lo que usté me pida.

RAFAELA. Vete.

DANIEL. ¿Quiere usté que me vaya?

RAFAELA. Sí.

DANIEL. ¿Zin una esperanza ziquiera?

RAFAELA. ¡Jesús, qué tormento! ¡Qué obstinación más local! No me obligues a ser cruel contigo, que me duele. Yo no quiero que me hables de esto. Vete, Daniel, vete. Déjame. ¿Por qué has dado este paso?

DANIEL. Porque entreví lo que ahora ze me niega.

RAFAELA. ¿Cuando lo entrevister?

DANIEL. Un día y otro desde que usté fué ar campo. Y anoche mismo, mientras los dos mirá bamos ar cielo, zegura usté y zeguro yo de que er mundo no ze acababa, usté me dijo... con una voz distinta de la de ziempre, que a mí me zonó a repique de gloria: «No ze acaba er mundo, Danié: zigue, zigue... y cada amanecé trae penzamientos nuevos...» Y dándoz de eyo cuenta o zin dárzela... buscó usté mi mano. ¿Es verdá?

RAFAELA. Lo será cuando tú lo dices; yo no hago memoria... Estaba muy nerviosa anoche...

un poco febril... No era dueña de mis acciones ni de mis ideas... ¡Batallaban en mi cabeza los recuerdos de tantas horas!... ¿Ves? Ya se me han saltado las lágrimas. Vete, Daniel, vete. No estoy buena. Quiero descansar.

DANIEL. Ya me voy. Ezas lágrimas me mandan obedecerla.

RAFAELA. ¿Y mis palabras, no?

DANIEL. Pa mí ezas lágrimas zon las primeras palabras de zu corazón que oigo aquí esta noche.

RAFAELA. Te engañas otra vez.

DANIEL. Es poziple; pero más bien quiero yevarme este engaño que una verdá más dura.

RAFAELA. No lo interpretes nunca como una esperanza.

DANIEL. Las lágrimas zon transparentes como cristales, y ze ve lo que hay detrás de eyas.

RAFAELA. Acaso no. Déjame.

DANIEL. Yo zuplicaré, rogaré...

RAFAELA. Será inútil.

DANIEL. ¿Inúti? Como yo me convenciera de ezo, no vería trasponé er zó los campos de Peña Reá más que aquer día. Ya la dejo a usté, Rafaela. Hasta mañana.

RAFAELA. Adiós.

DANIEL. Buenas noches.

Se aleja por la puerta del patio, mirándola.

Rafaela resiste aún unos momentos el llanto que se agolpa a sus ojos. Al cabo llora y se recrimina a la vez.

RAFAELA. ¡Hipócrita! ¡Cobardel! ¡Lo quiero... y lo alejo y lo desengaño! ¡Hipócrita! ¿Por qué lo quiero? ¿Por qué si lo quiero lo maltrato y lo aparto de mí? ¡Cobardel! ¡Cobardel!

De improviso mira a una de las ventanas, como si algo ha ido ella la atrajese. Alguien se ha detenido en la calle tras de la celosía. Sugestionada, se acerca a ella con temblor.

Las puertas y las uerías de los muchachos tocan e chocan los unos, y lentamente se aproximan.

Quintica, que viene por la puerta de la biblioteca, acaso a curiosarse, le abre una ventana el paso de los mozos, a cierta la presencia de Rafaela y se detiene, dando oídos al curioso diálogo que se entabla a través de la celosía.

DANIEL. *Desa la calle, con voz trémula y apasionada.* ¿Rafaela?

RAFAELA. *Apenas sin voz* Daniel... ¿Qué quieres?

DANIEL. Escucharla de nuevo.

RAFAELA. ¿Vas a volver mañana, verdad?

DANIEL. Mañana... y siempre que usted me llame.

RAFAELA. Pues ven mañana; yo te llamo.

DANIEL. ¡Arma mía!

RAFAELA. Y ahora vete, que llega la ronda... y no quiero que te vean aquí.

DANIEL. ¡Vida de mi vida! Hasta mañana.

RAFAELA. *Hasta mañana. Se va Daniel. Ella se encamina hacia la puerta del patio, por donde se retira, las mejillas ardientes, abrillantados los ojos*

por las lágrimas y por el amor. ¡Dios mío!... ¡Otro amor... otro mundo... otra vida!

Quintica, que está de una pieza, la ve marcharse con miedo de ser sorprendida, y cuando desaparece Rafaela exclama tristemente:

QUINTICA. ¡To zea por Dios!... ¡No estaba pa Quintica er rey doncél... Me voy; me voy... ¡Quiera er Zeñó que el enzarro de los tres zuspiros me yeve a orvidarlo!

Pone las manos en cruz, y dice entre pucheros y lágrimas:

Tres zuspiros guarda mi pecho:
zargan al aire en mi provecho.

Uno, por zu vía;
otro, por la mía;
otro, por la Virgen María.
Tres zuspiros guarda mi pecho...

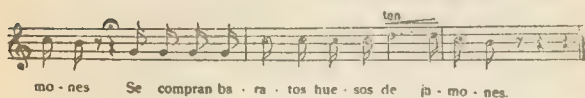
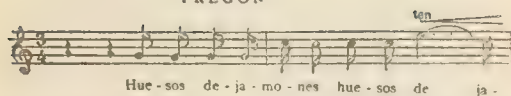
Las bandurrias y guitarras se oyen a este punto tan cerca como si los mozos avanzaran calle arriba por la de la casa de don Pablo.

Cae el telón.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, agosto, 1912.

PREGÓN



SEGUIDILLAS

The musical score is written on five systems. The first system consists of two staves: a piano accompaniment on the left and a vocal line on the right. The second system continues the piano accompaniment. The third system continues the vocal line. The fourth system contains the lyrics in Spanish, with the piano accompaniment and vocal line continuing. The fifth system continues the piano accompaniment.

En ha bien do lu nay só no ha ya tris te sa nin
 só laastre ya der a bo yer mun do no sea ca

gu - na noha ya tris - te - sa nin -
bó - yermun - do no sea - ca -

gu - na en ha - biendo lu - nay só noha ya tris te - sa nin -
bó pa só laes tre ya de ra bo yer mundo no sea - ca -

gu - na que mien - tras er só sea - pa - ga se
bó pe ro si tú no me que - res er

vaen sendiendo la lu - na lu na
que sea - ca - ba soy yo yo

F O R T U N A T O

HISTORIA TRAGICÓMICA
EN TRES CUADROS

Estrenada en el TEATRO DE CERVANTES el 30 de noviembre
de 1912.

*A LOS INFINITOS
HÉROES ANÓNIMOS*

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMARANTA.....	ROSARIO TOSCANO.
CONSTANZA.....	JULIA DELGADO CARO.
MÓNICA	TEODORA MORENO.
INÉS.....	IRENE LÓPEZ HEREDIA.
CONCHITA.....	PEPITA JIMÉNEZ.
UNA MODISTILLA.....	CONCHA TORRES.
UNA BEATA.....	AMALIA SIMÓ.
FORTUNATO.....	RICARDO SIMÓ-RASO.
DON VICTORIO.....	RAMÓN GATUELLAS.
ALBERTO.....	GUILLERMO DE MANCHA.
UN CIEGO.....	FRANCISCO MOLINERO.
UN SEÑOR VIEJECITO....	ÁNGEL SALA.
GORGUERA.....	CÁSTOR SAPELA.
UN MENDIGO COJO.....	JUAN RAMÓN GINESTAL.

F O R T U N A T O

CUADRO PRIMERO

Despacho elegante y sencillo en la casa de Alberto Hidalgo, joven arquitecto, en Madrid. Una puerta a la derecha y otra a la izquierda. Hacia la derecha del actor, la mesa-escritorio. Cerca, en la pared, un almanaque. En un rincón, una estufilla eléctrica. Al foro, un balcón, a través de cuyos cristales se ve el cielo pálido y limpio de un día de diciembre. Es por la mañana.

Sale por la puerta de la derecha Mónica, doncella de la casa, que presume de todo, y más que de nada, de lista. La sigue don Victorio, sablista arrancado de la realidad. Viene con sombrero de jipijapa y un trajecillo de verano en el peor uso posible, y dando diente con diente de frío. Ahora es andaluz; pero ha sido inglés, cubano y marroquí.

MÓNICA. Pase usted.

DON VICTORIO. Gra... gracias, joven. ¡Qué... qué calorsito más agradable se siente aquí!

MÓNICA. ¡Ahl Pues esto es la *Iberia* si se compara con el gabinete.

DON VICTORIO. ¿Sí, eh? Pos yévame de la *Iberia*, por tu salud.

MÓNICA. Vamos.

DON VICTORIO. ¿En el gabinete está la señorita?

MÓNICA. Sí, señor.

DON VICTORIO. *Pasándose al género dramático.* ¡El ánge de esta casa... el ánge que ha estendido sobre la mía sus alas protectoras... el ánge... el ánge...! *Un sollozo a tiempo le evita el compromiso de concluir el párrafo.*

MÓNICA. No llore así, señor, y venga conmigo.

DON VICTORIO. Espera, hijita... espera un momento. *Se acerca a la estufilla.* Es que casi no me salen las palabras de frío... Tú carcula: en un Madrid... en diciembre... a cuatro grados... y vestío de papé de fumá... ¡Brrr! *Tirita convulsivamente.*

MÓNICA. ¡Vaya por los catorce apóstoles! Ande usted, no llegue el señorito. Iré yo delante para guiar.

DON VICTORIO. Vamos, sí; vamos. No porque yo le tema al señorito... sino porque aquel ánge... ¡aquel ánge!... ¡aquel ánge!...

Se va con Mónica por la puerta de la izquierda entre ángeles y sollozos patéticos.

A poco sale por la de la derecha Alberto, en traje de casa. Trae unos papeles en la mano, que deja en la mesa. Luego se sienta a ella, y escribe.

ALBERTO. Me pareció que hablaban aquí... Juraría que llamaron y que alguien entró.

Pausa. Llega Mónica por donde se fué, y se coloca junto a Alberto, en actitud de esperar órdenes. Alberto levanta la cabeza y la mira.

MÓNICA. Aquí me tiene usted, señorito.

ALBERTO. ¿Qué hay?

MÓNICA. Que aquí me tiene usted.

ALBERTO. Ya, ya la veo.

MÓNICA. ¿Qué desea el señorito?

ALBERTO. Ahora, nada.

MÓNICA. ¿Nada? Pues ¿no ha llamado usted?

ALBERTO. No.

MÓNICA. ¿Cómo que no?

ALBERTO. Como que no.

MÓNICA. *Santiguándose.* ¡Ánimas benditas y el santo de mi nombre! ¡Todavía no conozco los timbres de la casa! Usted dispense, señorito.

ALBERTO. No hay de qué.

MÓNICA. Servidora.

Va a marcharse, y Alberto la detiene, llamándola.

ALBERTO. Escuche usted.

MÓNICA. Vamos, no he perdido el tiempo.

ALBERTO. ¿Quién ha venido ahora?

MÓNICA. Distingamos, para no *trompezar*; ¿cuándo es ahora?

ALBERTO. *Un poco nervioso.* Ahora, mujer, hace un instante; hace cinco minutos.

MÓNICA. ¡Ah, sí! Pues era... era un caballero.

ALBERTO. ¿Un caballero?

MÓNICA. Quiero decir que no era una señora.

ALBERTO. ¿De qué señas?

MÓNICA. Ni alto ni bajo, ni viejo ni joven, ni flaco ni grueso; en una *bicoca*: del montón.

ALBERTO. En *una bicoca*... del montón.

MÓNICA. La señora mayor, al recibirlo, le llamó... ¿Cómo le llamó, Mónica? Yo lo diré. Le llamó... le llamó... Yo lo diré. Le llamó... Una cosa así como don Julián... don Juan... don Beltrán...

ALBERTO. ¿Acaso... don Victorio?

MÓNICA. ¡El mismol

ALBERTO. ¡Pues sí que se parecen los nombres!

MÓNICA. He dicho que una cosa así. Ya sé yo que un nombre es agudo y otro *circunflejo*.

ALBERTO. ¡Está usted aviada! Pero, efectivamente, no es una señora... ¡es un caballero! ¿Y por lo que se entiende, pasó?

MÓNICA. En el gabinete lo tiene usted con las dos señoras.

ALBERTO. ¡La ha hecho usted buena!

MÓNICA. Lo que se me ha mandado, y nada más.

ALBERTO. ¿Está usted segura?

MÓNICA. *Segurísima.*

ALBERTO. Bueno, pues vaya usted con Dios. Y ojo avizor cuando se retire ese... caballero.

MÓNICA. ¡Faltaría más! Duérmase usted sobre sus laureles.

Retírase por la puerta de la derecha, siempre presumiendo. Alberto la mira entre sonriente e indignado.

ALBERTO. ¡Yo no he visto una mujer más tonta! *Por la otra puerta aparece en esto Constanza, su dulce y tierna esposa, con aire graciosamente compasivo.* ¿Sabes, Constancita, que esta doncella recomendada de tu madre es más tonta que una mata de habas?

CONSTANZA. ¡La pobrel

ALBERTO. Y lo peor es que se las echa de lista y ya me ha puesto en más de un compromiso gordo.

CONSTANZA. Discúlpala. No ha servido nunca, y se desvive por adivinar los pensamientos. Luego, tiene los humos de su tía...

ALBERTO. Que es todavía más tonta que ella, gracias a Dios.

CONSTANZA. ¿Te has enterado de lo que ha hecho?

ALBERTO. ¿La tía?

CONSTANZA. No, la sobrina.

ALBERTO. ¡Sí! ¡Meterte en el gabinete a don Victoriol! Me ha dicho que tú se lo mandaste.

CONSTANZA. Yo le mandé todo lo contrario, como comprenderás.

ALBERTO. ¡Naturalmentel ¿Y qué? ¿Viene muy pintoresco?

CONSTANZA. ¡Pschl... Con mamá lo he dejado. ¿Te estorbo?

ALBERTO. En absoluto.

CONSTANZA. ¿No trabajabas?

ALBERTO. Trabajo material: copio una memoria... ¿Quieres algo?

CONSTANZA. Sí; quería que habláramos un momento.

ALBERTO. ¡Malol

CONSTANZA. *Sonriéndole.* ¿Te figuras de qué?

ALBERTO. ¿No me lo he de figurar, hija mía? Y eso que no soy tan listo como Mónica. Pero te conozco a ti, conozco a tu madre, que sois dos corazones de azúcar, y conozco bien a ese trapisondista que está en el gabinete.

CONSTANZA. ¡Trapisondista! ¡El pobrel Cuando pide, ¿será por gana de pedir, Alberto?

ALBERTO. ¿Qué cuento trae hoy?

CONSTANZA. ¡Qué sé yo! Un infierno andando. Ya tú sabes su estilo.

ALBERTO. Sí.

CONSTANZA. Apenas entró y nos vió se hincó de rodillas.

ALBERTO. ¡Clarol Y os besaría los pies, y empezaría con las frases sacramentales: «¡Yo no vengo a pedir dinero! ¡Tíreme usted por las escaleras si lo pidol»

CONSTANZA. Parece que lo has estado oyendo.

ALBERTO. ¡Nunca viene a pedir dinero, y siempre se lo llevall

CONSTANZA. Hay que compadecerlo. Óyeme. ¡Si lo hubieras visto temblar muerto de frío junto a la chimeneal

ALBERTO. ¡Oh! Es un gran actor.

CONSTANZA. No te burles. Nos ha metido el alma en un puño. Dice que tiene a dos hijos con

sarampión; que ha habido un incendio en la casa; que una criada les ha robado no sé qué; que un gato rabioso ha arañado a su hermana; que su padre está con el mal de San Vito; que un cuñado suyo se ha querido tirar por un balcón y se ha saltado un ojo...

ALBERTO. ¡Basta, basta, que por algo no estoy suscrito a *Los Sucesos*! Sí que la historia encogería el ánimo, si fuera verdad.

CONSTANZA. ¿Dudas de que lo sea?

ALBERTO. Apuesto a que todo ello es pura farsa.

CONSTANZA. No... Yo no digo que no exagere, pero tiene disculpa. La necesidad aprieta tanto... ¡Ay, qué difícil es imaginarse la realidad de tanta miseria cuando se tiene un techo que ampara, y una casa tranquila, y una mesa puestal...

ALBERTO. No supongo que me vayas a llamar monstruo de egoísmo.

CONSTANZA. *Acercándosele cariñosa.* No, tonto. Pues ¿dónde lo hay más generoso que tú? Demasiado das para lo que tenemos.

ALBERTO. Eso es: demasiado doy; demasiado damos, Constanza. Y si cayera siempre en buena mano y aliviara una verdadera necesidad... ¡Pero si este Madrid es un foco de petardistas! Yo ya me resisto a entregarle un céntimo a quien no conozca de cerca, te soy franco. *Mostrándole dos o tres cartas.* Mira: todo esto ha venido esta mañana en menos de una hora.

CONSTANZA. ¡Qué horror!

ALBERTO. Uno que me envía un billete a mitad de precio, y solicita el dinero para la otra mitad, porque quiere marcharse a su tierra, donde asegura que le van a dar un destino.

CONSTANZA. ¡El pobrel

ALBERTO. Una mujer que pide para comprarle una medicina a una hija suya, que se le muere si no la toma.

CONSTANZA. ¡La pobrel

ALBERTO. Otro que viene con una suscripción abierta en favor suyo para costearle una máquina de escribir.

CONSTANZA. ¡El pobrel

ALBERTO. La encabezan Maura, Echegaray, la Imperio... ¿Tú crees que esto puede ser verdad?

CONSTANZA. No sé, no sé...

ALBERTO. Y luego, acechándome a la puerta de casa, una castañera que me suplica dinero para un puesto; un cesante que quiere a lo menos unas botas y ropa interior; y unas beatas implorando para unos locos, y unos frailes suplicando para unos cuerdos... Imposible, imposible. No hay dinero que baste, Constanza. Y yo no soy más que un mediano arquitecto que empieza su carrera con fortuna; ¡pero, hasta ahora, las casas que edifico no son mías! Sin contar con que—tú lo sabes tan bien como yo—la verdadera desgracia es pudorosa generalmente, y no se aviene con ciertas comiquerías en que tan diestro es

ese don Victorio que ahora mismo está ahí.

CONSTANZA. Bueno, sí; conformes. Te sobra la razón, Alberto. Y convengo contigo en que debemos ponerle algún remedio a este abuso. Tú eres muy generoso y nosotras demasiado crédulas; pero hoy... ahora... yo quisiera que tú... Porque, verdad o mentira, ese infeliz está llorando, y ¡si vieras lo que me cuesta a mí creer en la mentira de las lágrimas!...

ALBERTO. ¡Inocente!

CONSTANZA. Es que no te he contado lo más grave de lo que le ocurre.

ALBERTO. De lo que dice que le ocurre.

CONSTANZA. Yo creo que dice la verdad.

ALBERTO. ¡Es que aunque la diga, Constanza, no tenemos dinero para todos los que llaman a nuestra puerta!

CONSTANZA. Sosiégate.

ALBERTO. Vamos a ver: ¿qué más le sucede a ese hombre?

CONSTANZA. Que el casero los echa a la calle mañana mismo si no le pagan un sin fin de atrasos.

ALBERTO. ¡Todo sea por Dios!

CONSTANZA. Y va de casa en casa, recogiendo limosnas... ¡El pobre!

ALBERTO. Bien, bien; pues anda tú y dale también algo.

CONSTANZA. ¡Qué bueno eres!

ALBERTO. Pero con una condición.

CONSTANZA. La que tú pongas.

ALBERTO. Que es la última vez que socorremos a don Victorio.

CONSTANZA. La última.

ALBERTO. ¡Y que, en lo que queda de mes, venga a pedir quien venga, se va con las manos vacías!

CONSTANZA. ¡Te lo juro!

ALBERTO. Y yo a ti.

CONSTANZA. Pero ¡qué bueno eres!

ALBERTO. *Bromeando.* ¡También es fuerte cosa que dependa un poco tu cariño de los sablazos de don Victorio!

CONSTANZA. ¡No; simple!

ALBERTO. Bueno; punto y aparte. Déjame seguir mi trabajo.

Va a irse Constanza, a tiempo que por la puerta de la derecha llega Mónica.

MÓNICA. Señorito.

CONSTANZA. ¿Eh?

MÓNICA. He dicho señorito: con o; por lo tanto, no es a la señora a quien busco, sino al señorito.

CONSTANZA. Ya. *Se marcha riéndose.*

ALBERTO. Y ¿qué desea usted del señorito?

MÓNICA. Señorito: yo estoy en todo. Han llamado a la puerta. Si es el señor de ayer, ¿qué recado le doy?

ALBERTO. ¿El señor de ayer?

MÓNICA. ¿No recuerda? Aquel que dejó una carta que olía a boquerones.

ALBERTO. ¡Ah, sí! Pues si es el señor de ayer, dígame que siento en el alma no poder atenderle por el momento; que ya le escribiré.

MÓNICA. Entendido. ¿Y si es el señor de antes de ayer?

ALBERTO. ¿El de antes de ayer?

MÓNICA. Uno gordito, todo él afeitado, con chaleco blanco y botones negros, que traía una visita de... de... ¿De dónde era, Mónica? Ya lo diré. De León... de Burgos...

ALBERTO. ¿De Córdoba?

MÓNICA. ¡De Córdoba! A mí me iba por la cabeza una catedral.

ALBERTO. ¡Claro! Bien; pues si viene ese señor de Córdoba...

MÓNICA. Ya está entendido.

ALBERTO. No está entendido. ¿Qué ha entendido usted?

MÓNICA. ¡Que no pase tampoco!

ALBERTO. ¿Ve usted? Pues es lo contrario, cabalmente. Ese señor puede pasar.

MÓNICA. Lo suponía.

ALBERTO. *Deteniéndola, cuando va a marcharse.* ¿Se ha enterado usted bien de lo que quiero?

MÓNICA. ¡No creo que sea ningún *arco voltaico*!

ALBERTO. ¡Nol

MÓNICA. Si es el señor de ayer, que usted le escribirá, y que se vaya; y si es el de antes de ayer, que pase.

ALBERTO. ¡Ajajá!

MÓNICA. Pues con su permiso. *Se va muy decidida.*

ALBERTO. *Levantándose.* ¡Vaya con el don Victorio y su familia! Esta mujer mía comulga con ruedas de molino. Y mi suegra no le va en zaga. ¡Qué par de corazones compasivos me han tocado en suerte! *Suspirando.* ¡Ay, ay, ay!

Vuelve Mónica, y exclama muy resueltamente, anunciando a la persona que llega.

MÓNICA. ¡El señor de ayer!

ALBERTO. *Sin poder reprimir un movimiento de contrariedad ante el error de la doncella.* ¿Cómo? ¿No le dije a usted?...

Se presenta Fortunato, cortándole la frase.

FORTUNATO. Buenos días.

ALBERTO. Buenos días.

Fortunato es el llamado «señor de ayer». A tiro de fusil se ve que no viene a regalar nada. Sus miserables ropas y la triste y resignada expresión de su rostro inspiran a la vez risa y lástima.

MÓNICA. ¿Manda usted algo, señorito?

ALBERTO. *Acercándose a ella y en voz reconcentrada.* Pero ¿no se enteró usted, grandísima tonta, de que al de ayer no quería recibirlo?

MÓNICA. *Un tanto conmovida.* Sí, señorito; pero ¡es que me ha dado una penal...

ALBERTO. ¡Bueno val! ¡Otro corazón humanitario en la casa! ¡Estoy lucido! Puede usted retirarse.

FORTUNATO. ¿Yo?

ALBERTO. La doncella.

MÓNICA. Servidora. Al teléfono llaman, señorito. Yo estoy en todo. Si el que llama es por *un casual...*

ALBERTO. ¡Sea quien sea, le contesta usted que me he ido a Aranjuez por espárragos!

MÓNICA. Muy bien. Así me gusta. *Vase.*

ALBERTO. *A Fortunato, después de mirarlo con cierta impaciencia.* Usted me dirá.

FORTUNATO. He podido entender que no pensaba usted recibirme.

ALBERTO. Tenía entre manos un trabajo de alguna urgencia...

FORTUNATO. En ese caso, yo volveré otro día.

ALBERTO. No; ya que está usted aquí...

FORTUNATO. Muchas gracias.

ALBERTO. Siéntese usted.

FORTUNATO. Muchas gracias. *Continúa de pie.* No quiero molestarle...

ALBERTO. Como usted guste.

FORTUNATO. Muchas gracias. Le veo a usted violento. Repito que no quiero molestarle... Volveré otro día... *Va a irse y se detiene.* Por más que otro día molestaré tanto como hoy.

ALBERTO. Lo mejor es que me diga usted ya qué pretende de mí.

FORTUNATO. Muchas gracias. En primer lugar, le pido a usted perdón por presentarme de esta manera.

ALBERTO. No hay de qué.

FORTUNATO. Pero usted comprenderá que si vengo con estos pantalones... es porque no tengo otros que ponerme.

ALBERTO. Sí.

FORTUNATO. Y lo mismo digo de la americana y de las botas...

ALBERTO. Sí, sí; y del sombrero y de la camisa.

FORTUNATO. A la camisa no puedo hacer la menor alusión. Es usted muy amable.

ALBERTO. Y usted, por lo visto, trae gana de broma.

FORTUNATO. ¿De broma yo? No, por cierto. Pero insisto en que si le incomodo...

ALBERTO. ¡Dale, bolal! Acabe usted ya.

FORTUNATO. Perdóneme. Y oiga. Yo fuí compañero de oficina y amigo de su papá de usted.

ALBERTO. Lo sé; me lo dice usted en la carta. Recuerdo el apellido.

FORTUNATO. Me estimaba mucho su papá, que esté en gloria. Es el único título con que puedo dirigirme a usted. Pues bien: hace cuatro años que me dejaron cesante, porque un sobrino segundo del ministro del ramo... ¡y esto clama al cielo!...

ALBERTO. Excuse toda historia, señor, y dígame en qué puedo servirle. ¿Qué es lo que usted quiere?

FORTUNATO. Trabajar.

ALBERTO. Trabajar... ¿Cómo?

FORTUNATO. Como sea. Yo no soy más que un mísero covachuelista, que tiene buena letra y que sabe un poco de francés y de partida doble; pero en estos cuatro años de martirio he hecho de todo: he llegado hasta subir temblando a un andamio, de peón de albañil, y sufrir un mareo y caer al suelo y estar a punto de estrellarme. Confieso que me caí de miedo; pero me caí.

ALBERTO. La falta de costumbre, tal vez.

FORTUNATO. No, no, señor; simplemente el miedo. Soy el hombre de menos ánimo que usted ha visto. En otra ocasión me colocaron de guarda de una finca de los arrabales, dos veces asaltada por malhechores; y Dios y yo sabemos el terror que a mí me invadía en aquellas noches que no acababan nunca. Pero había que llevar pan a casa. Le cuento esto para que sepa que en el trabajo que solicito lo acepto todo, todo.

ALBERTO. Bien, pues yo veré... yo pensaré... Hoy por hoy nada puedo ofrecerle; pero yo le prometo estudiar, buscar la manera...

FORTUNATO. Tómelo con el mayor interés del mundo, y usted disculpe que sea tan ambicioso. ¿Tiene usted hijos?

ALBERTO. No.

FORTUNATO. Entonces no puede usted entenderme del todo.

ALBERTO. ¿Los tiene usted?

FORTUNATO. Cinco pequeños, sí, señor. Cinco bocas que me piden pan. ¡Pan! Ya ve usted qué palabra tan dulce: ¡pan! Y, sin embargo, a mí me golpea en el cerebro como un martillo que me lo destrozara. Pero acaso lo estoy entristeciendo con mis desdichas...

ALBERTO. No...

FORTUNATO. ¡Hijos! ¡hijos!... El amor que les tenemos no cabe en la tierra; pero con doble amor no los compensamos aún del dolor de traerlos a la vida para no poderles dar alguna vez ese pan que nos piden. *Se enjuga los ojos.* Perdóname, señor; perdóneme.

ALBERTO. Nada; no se aflija. Yo quedo en procurarle a usted algún recurso lo más pronto que esté en mi mano.

FORTUNATO. ¡Que por Dios sea muy pronto! Mire que mi mujer ya no sale del sotabanco en que vivimos porque no tiene ropa que ponerse, y que no nos queda ni clavo que vender ni cama en que dormir.

ALBERTO. Me hago cargo de todo; no necesita apurarme más. Yo veré...

FORTUNATO. Muchas gracias. *Pausa. Lo mira.* Y...

ALBERTO. ¿Qué?

FORTUNATO. Y... No me atrevo... no sé pedir limosna...

ALBERTO. Ya le he dicho que vaya confiado.

FORTUNATO. Es que... ¿No comprende mi situación?...

ALBERTO. ¡Ah, vamos! ¿Algún socorro de presente?

FORTUNATO. *Bajando los ojos.* Si usted fuera tan bueno...

ALBERTO. *Con súbita desconfianza.* Eso no me es posible.

FORTUNATO. ¿No?

ALBERTO. No. Lo siento mucho. Tengo mil atenciones... no soy rico... vivo de mi trabajo... Otra vez será. Conténtese usted con mis sinceras promesas de buscarle algún medio de vida.

FORTUNATO. ¿Cómo no?... Muy contento... y muy agradecido... Después de todo... ninguna obligación tiene usted... Si me atreví a insinuar fué porque... ¡Se nos presenta hoy el día tan negro! Pero... no... no... no tema que insista... Gracias... muchas gracias... ¿Me permite que vuelva dentro de unos días por aquí?

ALBERTO. Sí, señor; sí. Vuelva dentro de ocho o diez días.

FORTUNATO. *Entre lágrimas que reprime.* ¿De ocho o diez días?... Gracias... muchas gracias... ¿Cómo llegaremos allá?... Me voy muy contento... muy agradecido... Dios guarde a usted, señor. Buenos días.

Se va por la puerta de la derecha.

Alberto hace un movimiento instintivo como para llamarlo, y se contiene.

ALBERTO. No. No es cosa de quebrantar tan pronto... Primero me informaré de la verdad. ¡Ay, Dios mío! ¡Pero sospecho que esta vez han pagado justos por pecadores! *Pasa Mónica de la puerta de la derecha hacia la de la izquierda.* Oiga usted, Mónica.

MÓNICA. Señorito.

ALBERTO. ¿Quién era, al fin, el que llamó por teléfono?

MÓNICA. El señor de Galíndez.

ALBERTO. ¡Ah! ¿El señor de Galíndez? Y ¿habló usted con él?

MÓNICA. ¡Pues no!

ALBERTO. Y ¿qué quería?

MÓNICA. Nada menos que venir a abonarle al señorito yo no sé qué cuentas.

ALBERTO. Es cierto. Y ¿qué contestó usted?

MÓNICA. Las mismitas palabras que usted me dijo: que se había usted ido a Aranjuez a *por* espárragos.

ALBERTO. ¡Bien! *Acariciando el secante con sus manos.* ¡Bien!

MÓNICA. ¿No era eso?

ALBERTO. Váyase usted y que yo no la vea.

MÓNICA. Servidora. Aquí viene la señorita con ese caballero que antes entró.

ALBERTO. ¡Pues era lo único que me faltaba!

Salen por la puerta de la izquierda, efectivamente, Constanza y don Victorio. Mónica los deja pasar y se retira. Don Victorio viene con las mejillas encendidas y los ojos llenos de lágrimas a darle un remate digno de él a la escena del gabinete.

CONSTANZA. ¿Alberto?

DON VICTORIO. ¡Ya me voy! ¡No pongas mala cara, por tu salud! ¡Tírame un tintero a la cabeza, si quieres; pero yo no me voy de aquí sin besarte las manos!

ALBERTO. *Resistiéndose.* Vamos, deje usted...

DON VICTORIO. ¡Te digo que no me voy sin besártelas! *Dice y hace, y el otro se las limpia asqueado y nervioso.* ¡Hijo de mi arma! ¡Eres mi hijo, y mi padre, y mi madre, y mi Dios!

ALBERTO. Bien, bien; ya que ha sacado usted lo que quería, váyase enhorabuena.

DON VICTORIO. ¡No se enfade usted conmigo, don Albertito! ¡Que no me voy si se enfada usted conmigo! ¡Que no me voy mientras siga usted con esa cara! ¡Sonríase usted o no me voy!

ALBERTO. *Con la sonrisa del conejo.* Vaya usted con Dios, don Victorio; vaya usted con Dios.

DON VICTORIO. ¡Qué mujé tienes, hijo mío!

ALBERTO. ¡Vaya usted con Dios!

DON VICTORIO. ¡Qué suegra! ¡Eso no es una suegra: es San Francisco er Grande!

ALBERTO. ¿Quiere usted dejarme ya en paz?

CONSTANZA. Sí; que está muy ocupado, don Victorio.

DON VICTORIO. Perdóname, hijita. ¡Es que me rebosa el agradecimiento!

Le besa las manos con efusión.

ALBERTO. ¡Vamos, hombre!

DON VICTORIO. *Besándoselas de nuevo a él, quieras que no quieras.* ¡Perdóname, Arbertiyol ¡Ya sé yo que abuso; ya lo sé! ¡Si yo lo sé primero que nadie! ¡Si sé que abusol ¡Si lo sé!

ALBERTO. ¡Sí, señor; y yo también lo sé; y lo sabe mi esposa, y lo sabe San Francisco el Grande! De manera que todo eso está de más.

DON VICTORIO. No se sofoque usted, don Alberto. Ya me voy. ¡Y conste que no vuelvo más a pedir dinero a esta casa!

ALBERTO. ¡Oh!

DON VICTORIO. Sin ¡oh! sin ¡oh! ¡Y si vuelvo, que no me abran la puerta! ¡Que no me la abran!

ALBERTO. ¡Será usted servido!

DON VICTORIO. ¡Y si me la abren y pido dinero, que me tiren por las escaleras abajo! ¡Adiós, hijita! *Nuevos achuchones en las manos de la señora.* ¡Adiós, providencia!

Le coge la cabeza a Alberto y le planta un beso en la coronilla.

ALBERTO. ¡Hombre!

DON VICTORIO. ¡Si abusol ¡Si lo sé! ¡Si yo soy el primero que sabe que abusol ¡Si lo sé!

Vase por la puerta de la derecha completamente seguro de que abusa.

Alberto se asoma para verlo marcharse, y le grita.

ALBERTO. ¡Eh, amigo, no se distraiga usted!
¡Ese paraguas es de casa!

DON VICTORIO. *Dentro.* ¡Es verdá! ¡Como que no sé lo que hago, hijito! ¡Voy loco! ¡Voy siego de agradecimiento!

ALBERTO. ¡Ya, ya! *Volviendo a su mesa.* ¡Bri-bón! ¡Farsante! No lo dudarás después de esta escena que nos ha hecho.

CONSTANZA. ¡Qué sé yo!...

ALBERTO. En cambio, he dejado ir sin socorrerlo a un desventurado, que tengo la seguridad de que es un buen hombre.

CONSTANZA. ¿Sí? ¡Vaya por Dios!

ALBERTO. ¡Cosas de la suerte, hija mía!

Sigue su trabajo.

Constanza lo contempla amorosa, y luego, casi maquinalmente, arranca la hoja del almanaque, y lee en ella.

CONSTANZA. «La sociedad es una liga de bribones contra los hombres honrados.»—*Leopardi.*

«Media humanidad se levanta por la mañana pensando en engañar a la otra media.»—*Anónimo.*

CUADRO SEGUNDO

Calle en un barrio de Madrid, en la que hay más solares que casas. Hacia la izquierda del actor, una taberna.

Se oye dentro el violín de un Ciego, que toca un aire popular, y que lentamente va acercándose.

Por la derecha aparece don Victorio, frotándose las manos muy satisfecho. Entra en la taberna, y un minuto después sale confortado. ¡Cosas del triple anís! Pasea luego una mirada investigadora por la calle, se llega a la esquina de la izquierda y suelta una tos, que es una señal convenida. Después se da a silbar jovialmente el airecillo que toca el ciego.

Llega por la izquierda Gorguera, pies y manos de don Victorio. Es hombre de gabán y gorra. Al brazo trae la capa de su compañero y maestro. quien apenas lo ve, la coge y se la pone.

En este punto cesa la música del Ciego.

DON VICTORIO. Dios te lo pague, hijito.

GORGUERA. ¿Cómo se ha escapao, don Victorio?

DON VICTORIO. *Echándole el aliento.* ¡Copas son triunfos!

GORGUERA. ¡Chócalal Eres el primer vivo.

DON VICTORIO. Soy Moisés: saco agua de las piedras. Sobre que con este frío, este traje y este jipijapa, le encojo yo la barriga ar cabayo de la Plasa Mayó.

GORGUERA. Y... ¿combián?

DON VICTORIO. *Catre franques.*

GORGUERA. ¡Chócalal

DON VICTORIO. Pa no alarmá pedí quinse reales—porque yo siempre pido cantidades nones—; pero en ninguna casa hay a mano tres reales en cuartos, mientras no vuere la cosinera de la compra; y con una mijita que fuere uno er consonante, ya está: se cuelan en las cuatro pesetas.

GORGUERA. ¡Chócala, hombre, chócala!

DON VICTORIO. ¿Y tú, le yevaste la cartita ar pae cura?

GORGUERA. Y se la entregué en propia mano, y la leyó sin quitarme ojo. Con la boca abierta se quedó. Que vuelva mañana me ha dicho.

DON VICTORIO. Como que una carta pa un cura, firmá por otro cura, pidiéndole que socorra a una sobrina enferma... que no tiene cura, y en latín, no la escribe más que este cura. ¡Y eche usté curas! ¡Camina, hijo, camina! Hay que esprimí er cacumen.

GORGUERA. ¡Cómo te azmiro, don Vitorio!

DON VICTORIO. Ea, pos vas a yevá estas otras dos antes que armorsemos. *Saca del bolsillo dos cartas diferentes.* Esta de luto es pa la viuda.

GORGUERA. ¿La de Ribalta?

DON VICTORIO. La misma. La firma un amigo
der difunto: Sinforiano Núñez le he puesto. ¿Tie-
ne aire, no?

GORGUERA. ¡Lo tienel

DON VICTORIO. Argo se sacará. Tú compren-
de que una mujé que ha perdío ar cónyuge hase
tres días, lo haya sentío o no, ¡tiene toavía que
respetá su memoria! ¿O va a sé también una firsa
er sagrao del hogá?

GORGUERA. ¡Te digo que te azmiro, don Vi-
torio!

DON VICTORIO. Y esta otra es pa er *Marche-
nero Chico*.

GORGUERA. ¿El novillero?

DON VICTORIO. ¡*Chipél*!

GORGUERA. ¿Quién la firma?

DON VICTORIO. Er *Guayabita Chico Chico*. Un
peón de lidia. Fíjate en er sobre: «Oté de la Per-
la.» Y dime tú si este hoté sin hache, sin ele y sin
asento no es capaz de hasé un quite ér solo.

GORGUERA. ¡Chócala!

DON VICTORIO. Déjate de más choques, que
me vas a estropeá la mano con que escribo estas
filigranas. Y ca uno a su avío.

GORGUERA. ¿Dónde nos vemos pa armorsá?

DON VICTORIO. ¡En casa e *La Perical* Hoy nos
damos un festín, Gorguera.

GORGUERA. Ya era hora, don Vitorio.

DON VICTORIO. Anda con Dios.

GORGUERA. ¡Orevuar!

DON VICTORIO. ¡Si vu plé!

GORGUERA. ¡Aire!

Se va por la derecha corriendo.

Sale por la izquierda el Ciego que tocaba el violín, guiado por Conchita, una chiquilla que trae al brazo el catrecillo donde él se sienta. Don Victorio los deja pasar por delante de él mirándolos con cierta indignación. Luego exclama:

DON VICTORIO. ¡Mentira parese que un Ayuntamiento, en un Madrí y a las onse e la mañana, tolere esta tropa e sacacuartos por las cayes! Pero, en fin, ¡yo no vi a arreglá er mundo! *Echa hacia la izquierda para marcharse, y al llegar frente a la taberna se detiene y dice en su pintoresco francés:* ¡Bahl! Un *yur* es un *yur*! Tomaremos otra copita. ¡Camina, hijo!

Éntrase en el templo de Baco.

El Ciego se sienta a la derecha en el catrecillo. Conchita se queda a su lado, de pie.

CIEGO. ¿Quién estaba ahí?

CONCHITA. ¡El presidente del Congreso, lo menos!

CIEGO. ¡Ah, vamos! Temí que fuera de la Policía.

CONCHITA. Al revés.

CIEGO. Vas a llegarte al puesto de castañas de la Demetria, a ver si tiene algún recaó pa mí.

CONCHITA. Y a ver si pa mí tiene también algo.

CIEGO. No tardes mucho, ¿eh?

CONCHITA. No pase usted cuidao por eso. ¡Así que el camino es pa entretenerse con los autos!

Se va por la izquierda. El Ciego coloca un platillo de hojalata en el suelo, para recibir en él las limosnas, y se pone a tocar el violín nuevamente.

Llega Fortunato por la derecha. Su actitud contrasta con la de don Victorio. Está perplejo, vacilante; no sabe qué partido tomar.

FORTUNATO. ¡Ay! ¡Otra negativa!... Se me agota la resistencia. Y ¿cómo vuelvo a casa sin nada? ¿A qué puerta llamo, señor? ¿Adónde voy?

Pasea ensimismado.

El Ciego a poco deja de tocar. Luego se duerme.

Sale de la taberna don Victorio sonriente y feliz. Al reparar en Fortunato se va derecho a él.

DON VICTORIO. ¡Caramba!

FORTUNATO. ¿Eh?

DON VICTORIO. ¡Fortunato!

FORTUNATO. ¡Don Victorio!

DON VICTORIO. ¿Cómo lo pasa usted?

FORTUNATO. Malamente. Vamos tirando de la vida a remolque

DON VICTORIO. ¡Está usted mu dergao!

FORTUNATO. Mis motivos tengo.

DON VICTORIO. ¿Sigue el estómago dándole a usted guerra?

FORTUNATO. ¡Ojalá! Mi estómago vive ahora en una paz inverosímil.

DON VICTORIO. Pos a ese amigo hay que obligarlo a trabajá, o parma uno, compadre.

FORTUNATO. Sí, pero... si no es que él se haya declarado en huelga... ¡es que yo no le encuentro trabajo!

DON VICTORIO. ¿Continúa usted en la misma ofisina?

FORTUNATO. ¡Eso quisiera yo!

DON VICTORIO. ¡Camará! ¡Pos humó hase fatta, porque miste que aquéyo era húmedo!

FORTUNATO. ¡Muy húmedo! Pero es mucho más húmedo llevar cuatro años de cesantía. ¡Eso sí que es húmedo!

DON VICTORIO. ¡Tejoleta! ¿Le limpiaron a usted er comedero?

FORTUNATO. Como usted lo oye.

DON VICTORIO. ¡Retejoleta! ¡El único funsionario que ayí arrimaba el hombro y ganaba er suerdol

FORTUNATO. Mi suerte.

DON VICTORIO. ¡Qué retejoleta de suertel! Que este país está perdío. ¡Aquí er que trabaja es er que se fastidial! Yo me he convensío y me he puesto a la nasión por montera. ¿Y usted, qué hase?

FORTUNATO. ¡Qué sé yo, amigo don Victorio! De todo intento: desde vender décimos de la Lotería hasta fabricar juguetitos de a perra grande. Pero ¡todo con una estrellal...

DON VICTORIO. ¿Tiene usted mala pata?

FORTUNATO. De palo. El año anterior, empeñando cuanto ya me quedaba, intenté un negocio que acabó de hacerme pedazos.

DON VICTORIO. ¿Qué negocio fué?

FORTUNATO. La venta al público del gazpacho andaluz. *Don Victoriano contiene y disimula la risa.* Como mi mujer es de Lora del Río y lo adoba tan bien... Alquilé un puestecito en el Prado a costa de no quiero acordarme cuánto ir y venir... Esto era en junio: ya apretaba el calor. Bueno: pues el día de la inauguración del puestecito amaneció Madrid a dos bajo cero.

DON VICTORIO. ¡Compadre! Hay pa desirle a Manolito que baje y tené unas palabras con é.

FORTUNATO. Hasta empezó a nevar, don Victorio. La gente que pasaba por allí y leía: «Aquí se vende gazpacho fresco», me quería llevar al Juzgado. Mi mujer había hecho dos barreños enormes, y porque no se agriara ni se tirara nos los tomamos en familia. Por poco nos morimos dos o tres. Mejor hubiera sido. ¡Ay!

DON VICTORIO. Sí que es de palo la patita de usted, amigo Fortunato. ¡Que también lo bautizaron a usted con guasal Pero ese negocio de gazpacho andaluz, que ar pronto hasta me hizo reír, no es ningún desperdicio de la imaginación. Ese negocio tiene un segundo gorpe.

FORTUNATO. ¿Sí, eh? Pues se lo va a dar el héroe de Cascorro. Luego, con lo que saqué de

traspaso del puesto, establecí, en combinación con un sacristán paisano mío, un humilde comercio.

DON VICTORIO. ¿De qué?

FORTUNATO. De exvotos de cera... piernecitas, bracitos, naricitas... y de velas para las tormentas.

DON VICTORIO. ¡Aramba! ¡Tiene usted una inventiva mu sombría! Y ¿qué sucedió con las velas?

FORTUNATO. ¿Qué había de suceder, dada la estrella mía? Que llovió aquel año menos que cuando sacaron en procesión los restos de San Isidro.

DON VICTORIO. ¡Y lo peó der caso es que ni las velas ni lo otro se lo podía usted comé con los chavales!

FORTUNATO. A punto estuvimos, no crea usted.

DON VICTORIO. Esos negocios complicaos con el clima son mu espuestos. ¿De manera que vive usted de milagro?

FORTUNATO. Efectivamente.

DON VICTORIO. Y hoy, ¿que tar pinta er día?

FORTUNATO. Peor que ninguno: no veo un rayo de luz.

DON VICTORIO. Pero pa las ocasiones son los amigos. Vi a darle a usted una idea.

FORTUNATO. ¿Eh?

DON VICTORIO. Va usted a pegarse aquí a la puerta, con cualquier achaque, a casa de don Alberto Hidargo...

FORTUNATO. ¿El arquitecto?

DON VICTORIO. Justo. La señora es un pan de mié.

FORTUNATO. ¡Ay, amigo don Victorio! De allí vengo ahora mismo.

DON VICTORIO. Y ¿no ha sacao usté na?

FORTUNATO. Palabras... promesas...

DON VICTORIO. Eso es porque ha yegao usté pisándome a mí los tacones.

FORTUNATO. ¿Usted también ha estado?

DON VICTORIO. Sí, señó; no hase un cuarto de hora.

FORTUNATO. Y ¿a usted le dieron...?

DON VICTORIO. ¡Más de lo que pedí!

FORTUNATO. ¿Ve usted mi suerte?

DON VICTORIO. Es negra.

FORTUNATO. Pero, bueno; ¿y usted qué ha hecho, usted qué ha dicho...?

DON VICTORIO. ¡Uhl! Eso no es pa contrío. Rogué... gemí... yoré... enseñé los fondiyos rotos... Besé la estera, besé las paredes... ¡Qué sé yol! ¡He dao besos hasta en er techol

FORTUNATO. ¡Claro! Y después de tal aparato escénico he llegado yo con mi timidez...

DON VICTORIO. Miste, Fortunato: lo que es yo, como logre colá en una casa, nunca sargo con las manos vasías. ¿Usté sabe er resurtao que a mí me da er yanto?

FORTUNATO. Pero ¿usted llora cuando quiere?

DON VICTORIO. ¡Y como quiero! ¡Desde una

lágrima suelta que se me muere en er bigote, hasta una perrera que no hay quien me escuchel. Nunca me farta agua caliente.

FORTUNATO. Pero eso... eso... eso es una farsa.

DON VICTORIO. ¡Chipé!

FORTUNATO. Y usted, por lo visto, es un... un...

DON VICTORIO. ¿Un farsante?

FORTUNATO. Sí, señor.

DON VICTORIO. Y usted un primo.

FORTUNATO. Sí, señor. Es decir, no, señor. Yo soy un hombre incapaz de engañar a nadie.

DON VICTORIO. Un primo, un primo. Como el inglés que quería pescá sin carná en el ansuelo. Un primo. Con esas teorías va usted a *merá* mu pronto. A mí, compadre, cuando no me bastan las lágrimas en una casa, me da hasta er moquiyoy; pero yo no me voy sin luz divina. En úrtimo caso saco er Cristo. Er Cristo es este puro. Tres meses tiene de empesao. ¡No apesta na en cuanto le enseño una seriya! ¡Lo ensiendo en una sala, y se tapan las narises hasta los retratos al óleo! ¡Y me dan lo que quiero pa que me larguel! ¡Camina, hijo!

FORTUNATO. *Anonadado*. Don Victorio... estoy... vamos, es una cosa que... Yo no entiendo... yo no concibo...

DON VICTORIO. Compadre Fortunato: déjese usted de *fladerfias*. A mí mi sistema me da mucho mejó resurtao que a usted er suyo. La prueba es que yo tos los días armuerso y como, y usted

tiene ya jaramagos en la barriga. Mi reflersión es ésta: ¿me pidieron a mí permiso pa traerme ar mundo? No, señó. ¡Pos ya que me han traído sin la atención de consurtarme, que me paguen los gastos! ¿Es verdá o no es verdá? ¡Camina, hijo!

FORTUNATO. Camina...

DON VICTORIO. Conque, Fortunato: yo soy el amigo de otros tiempos. En casa e *La Perica* voy a armorsá con mi banderiyero de confiansa. Donde comen dos, comen tres. Está usted invitao, como er Comendadó.

FORTUNATO. Lo agradezco... pero comer yo y que ayunen mis hijos...

DON VICTORIO. Pos no hay posá pa tanta gente. Salú.

FORTUNATO. Vaya usted con Dios... y buen provechito.

DON VICTORIO. Hasta otra, Fortunato.

FORTUNATO. Hasta otra, don Victorio.

DON VICTORIO. *Yéndose por la izquierda.* ¡Está hecho un siprés este hombre!

FORTUNATO. ¡Dios mío... qué sinvergüenza! Y estos pillos son los que viven... Ése, ése se ha llevado hoy lo que hubiera sido para mí. ¡Qué injusticial... Estoy perdido enteramente... ¡Ay! Esto me resuelve del todo: fuera rubores... fuera miedo... Le pido una limosna al primero que

pase. ¡Al primero que pases! *Mira inquieto a un lado y a otro.* A esta modistilla que aquí viene va a ser... A esta va a ser; a esta va a ser... *Sale por la izquierda una Modistilla. Fortunato la sigue unos instantes sin atreverse a hablarle. Al cabo dice, descubriéndose. Joven... joven...*

MODISTILLA. ¿Es a mí?

FORTUNATO. *Muy turbado.* No... sí... a usted es...

MODISTILLA. ¿Qué se le ofrece?

FORTUNATO. Pues que... que yo...

Gesticula sin poder articular palabra.

MODISTILLA. ¿Que usted qué? *Fortunato sigue lo mismo.* ¿Ha perdido usted el habla o está la mañana de queda? Buenos días.

FORTUNATO. No, no... Oiga, joven...

MODISTILLA. ¡Vamos!

FORTUNATO. Hágame el favor...

MODISTILLA. Usted dirá.

FORTUNATO. *Apeándose por las orejas.* La... la... la calle Juan de Mena, ¿hacia dónde cae?

MODISTILLA. ¿La calle Juan de Mena? Espere usted. Eso está muy lejos de aquí. ¿No es del barrio de Argüelles?

FORTUNATO. No, no... es del de la Bolsa.

MODISTILLA. Del de la Bolsa; tiene usted razón.

FORTUNATO. En el Salón del Prado... Conforme se baja por delante del Museo de Pinturas... la primera es Felipe IV... la segunda Lealtad... y

la tercera es Juan de Venat frente a la de Zorrilla...

MODISTILLA. ¡Ay, el hombre! Pues si resulta usted un callejero, ¿a qué pregunta nada?

FORTUNATO. Es que... que quería cerciorarme.

MODISTILLA. Lo que por lo visto quería usted era palique. Nunca acaba una de aprender. ¡Le parece a usted, el cadetel! ¡Vamos, hombre!

Se retira por la derecha.

Fortunato se queda como si le hubiera llovido encima.

FORTUNATO. No... no sirvo... No me obedece la palabra... Me entra un temblor nervioso que... No sirvo... no sirvo...

Aparece por la derecha un Señor Viejecito, el cual, al pasar por delante del Ciego, le echa un par de monedas en el platillo. Durante su diálogo con Fortunato sale por la izquierda una Beata, de velito y devocionario, le deja otra limosna al Ciego y se retira por la derecha.

VIEJECITO. ¡Ave María Purísima, cómo está Madrid!

FORTUNATO. *Siguiéndolo como un autómató, sombrero en mano.* Caballero... caballero...

VIEJECITO. ¿Eh?

FORTUNATO. Yo... usted... una... una... Caballero... ¡una limosna por el amor de Dios!

VIEJECITO. Pero, hombre, ¿es mucho cuento éstel! ¡Como se le dé a uno, salen ciento alrededor lo mismo que moscas! Perdóneme, hermano.

FORTUNATO. Caballero... que yo... que yo es la primera vez que pido en la calle...

VIEJECITO. Sí sí; la primera vez. Perdone, le digo. Porque este infeliz siquiera es ciego, y aquel otro es cojo, y el otro es manco; pero usted, ¿por qué no trabaja?

FORTUNATO. Porque no encuentro dónde, señor mío.

VIEJECITO. ¡Bah, bah, bahl Eso dicen todos los vagos. Perdone, perdone, que voy de prisa. ¡Diantre de pordioseros!

Vase por la izquierda.

FORTUNATO. ¡Yo sí que voy de prisa al fin! ¡Ya no puedo más! ¡He llegado al límite del sacrificio! ¡No puedo más! ¡Pero sí, sí puedo: lo que es hoy les llevo pan a mis hijos, aunque sea robando! *Echa a andar desatentado hacia la derecha, y al pasar junto al Ciego ve las monedas en el platillo y se queda clavado.* ¡Ahl ¡Virgen, qué tentación!... *Lucha terriblemente con ella.* Y el ciego duerme... y no hay nadie que me pueda ver... Pero ¿y yo... no me veo? No... no... esto no, esto no... Ha sido una idea del diablo... Esto no... *Se aparta del Ciego. En su espíritu se libra tremenda batalla.* Y ¿por qué no?... Si no soy yo... si son todos los hombres los que me empujan... Y mis hijos... mis hijos... Y este será un mendigo falso... Sin duda lo es... Y quien dió la limosna la dió por caridad... Eso es tan mío como de cualquier necesitado... A ello... a ello... ¡Hijos de mi alma!...

A ello... Nadie... no viene nadie... ¡Moral Coge de un zarpazo las monedas del Ciego y huye de él, oprimiéndolas en la mano cerrada, trémulo y anhelante. Ya... Esto es hecho... Ya... Nadie me ha visto... nadie... Se echa las monedas en un bolsillo del pantalón. El bolsillo está roto, y las monedas ruedan por la calle, sobresaltando al infeliz. ¡Animas benditas! ¡Dios me ampare!... Recogiéndolas atribulado. Una... dos... La otra... Aquí está. No me ha visto nadie... nadie... Disimulemos... No me ha visto nadie... Se guarda las monedas dominado por una risa nerviosa. He... he... he... Bien... muy bien... He... he... he... Para ser la primera vez que lo hago... no está mal del todo... He... he... he... Bien... muy bien... No me ha visto nadie... nadie...

CIEGO. *Despertando.* ¿Conchita? Fortunato se estremece de pies a cabeza. ¿Conchita? Se agacha para tantear el platillo, y al advertir que está vacío, vuelve a dejarlo. ¡Ay! ¡Malo va el tiempo! Volviendo a llamar a la chiquilla. ¡Conchital! ¡Muchachal! ¿Dónde te has metido?

FORTUNATO. No... no está por aquí la muchacha, hermano... Está usted solo...

CIEGO. Gracias, caballero.

FORTUNATO. Caballero... ¿Qué, se recoge mucho con la música?

CIEGO. No, señor... ¡ca! Para pasar, a duras penas. Y gracias a Dios...

FORTUNATO. Y gracias a Dios...

CIEGO. Me contento con volver a casa en estas malas noches del invierno, muerto de frío, pero con que con que se parte la boca a la gente menuda.

FORTUNATO. *Súbitamente conmovido.* ¡Ahl ¿tiene usted hijos, hermano?

CIEGO. Tres tengo; sí, señor.

FORTUNATO. ¡Tres! Cinco tengo yo.

CIEGO. A usted le sobraré con qué mantenerlos.

FORTUNATO. Sí... sí... *Buscándose las monedas en el bolsillo.* No puedo... no puedo...

CIEGO. ¿Qué dice?

FORTUNATO. Nada... no digo nada... *Devolviéndole las monedas.* Tome, hermano... Para sus hijos. *Suspira como quien se libra de una enorme carga.*

CIEGO. Dios se lo premie, caballero.

FORTUNATO. Caballero... sí...

Conchita, que ha vuelto entretanto, al observar quién le da limosna a su amo, lo mira atónita.

CIEGO. ¿Conchita?

CONCHITA. Aquí estoy ya. La señora Deme-
tria me ha dicho que pa lo que tiene que decirle
a usted que vaya usted allá, porque yo no debo en-
terarme. ¡Como si ella fuera a saber más que yo
de las cosas del mundo!

CIEGO. *Levantándose.* Pues anda; vamos ahora
mismo.

CONCHITA. Vamos.

CIEGO. Coge el catrecillo.

CONCHITA. Ya está.

CIEGO. Quede con Dios, hermano.

FORTUNATO. *Él vaya con ustedes.*

CIEGO. *A Conchita, encaminándose con ella hacia la izquierda. ¿Quién es, tú?*

CONCHITA. *¡Calle usted, por Dios! ¡Si me he quedao sin hablal ¡Un pelote que tiene más traza de pedir que de dar! ¡Le digo a usted que en estos Madriles hay unas películas!...*

Desaparece con el Ciego, que se aleja tocando el violín.

FORTUNATO. *Con íntima alegría. ¡Ay! ¡Estoy más contento que si llevara las monedas en el bolsillo!*

Quédase mirando al Ciego, mientras se aleja. Después se encamina hacia la derecha, pensativo, y se detiene un punto.

Por la izquierda asoman un Mendigo Cojo y Conchita, cuchicheando. El Mendigo señala a Fortunato y pregunta:

MENDIGO. *¿Aquél?*

CONCHITA. *Aquél.*

Conchita se retira. El Mendigo se acerca por la espalda a Fortunato, y, descubriéndose, le habla.

MENDIGO. *Hermano...*

FORTUNATO. *Volviéndose inconscientemente, quitándose el sombrero también, y en actitud de pedir de nuevo. Hermano...*

Uno y otro se contemplan atónitos sin decir más palabra.

CUADRO TERCERO

Jardín modestísimo y sin pretensiones de tal jardín, en un hotelito de estos de tente mientras cobro, en las afueras de Madrid. Apenas hay en él dos o tres arbustos y escasas flores. Tapia de ladrillo a lo largo del foro, la cual forma hacia la derecha del actor una ochava. Ante ella, en un pie vertical a manera de caballete, un singular y extraño tablero, todo manchado y agujereado. Un par de sillas toscas. Es por la mañana.

Por el primer término de la derecha salen Inés y Fortunato. Inés es una doncellita un poco triste, ya se sabrá por qué.

Nuestro héroe parece bastante fatigado.

INÉS. Pase usted por aquí.

FORTUNATO. Mil gracias, joven. ¡Ay!

INÉS. ¿Viene usted cansado?

FORTUNATO. Casi, casi.

INÉS. Siéntese usted.

FORTUNATO. Este hotelito de Madrid... está más cerca de Guadalajara que de Madrid.

INÉS. ¿No ha tomado el tranvía?

FORTUNATO. No... Iba muy de prisa... y que me gusta andar... He llegado hasta aquí sin dar

me cuenta... buscando no sé qué... y sin encontrarlo.

INÉS. ¿Y ahora quiere ver a la señora Amaranta?

FORTUNATO. No sé a quién quiero ver. He leído en la verja: «Se necesita urgentemente un servidor». Y no he pensado más y he llamado. Aquí está un servidor.

INÉS. Pues ese letrado lo ha mandado poner la señora Amaranta. Y también lo ha publicado en los periódicos.

FORTUNATO. ¿La señora Amaranta es la dueña de este hotelito?

INÉS. No, señor. La señora Amaranta está aquí hospedada. La dueña de este hotelito es mi señora, doña Catalina Antonelli. Es una señora muy italiana, que recibe huéspedes, casi todas las cosas; casi todos extranjeros; muchos americanos. La señora Amaranta, a quien usted pretende ver, es argentina.

FORTUNATO. ¿Argentina?

INÉS. Voy a avisarla que usted la espera.

Se va por la izquierda.

FORTUNATO. Un millón de gracias. ¡Qué triste parece esta ciudad! ¡Ay! Si al fin querrá Dios... Pongo mi esperanza en Dios... que le devolví las llaves al señor. Pero la doncellita vuelve... Y más triste... ¿que he llegado tarde? ¿A que ha encontrado ya servidor la señora Amaranta?

Sale de nuevo Inés.

INÉS. La señora Amaranta, que haga usted el favor de esperar dos minutos, que ahora viene.

FORTUNATO. *Respirando a todo pulmón.* ¡Ay!

INÉS. *Suspirando a su vez, pero de otra manera.* ¡Ay!

FORTUNATO. ¿Qué le ocurre a usted, jovencita? Y no extrañe usted mi curiosidad... y dispénsela... pero la veo tan melancólica...

INÉS. Cosas de la vida, señor.

FORTUNATO. ¿Tiene usted penas?

INÉS. Una sola. ¿Y usted?

FORTUNATO. Muchas, hija mía. ¡Ay!

INÉS. ¡Ay!

FORTUNATO. ¿Usted sabe para qué quiere a ese servidor la señora Amaranta?

INÉS. Ella se lo dirá mejor que yo.

FORTUNATO. Como no me pida un imposible...

INÉS. Pues un imposible no es. Usted será el sustituto del pobre Sabatino.

FORTUNATO. ¿De Sabatino?

INÉS. Sí, señor. ¡Pobre Sabatino!

FORTUNATO. Pues ¿qué le ha ocurrido a Sabatino? ¿Se ha muerto acaso?

INÉS. Se mató.

FORTUNATO. ¡Cáscaras! ¿Y usted dice que yo vengo a sustituirlo?

INÉS. Eso creo.

FORTUNATO. No me parece mal. Y ¿por qué se

mató ese infeliz? Cuidado que yo debo estarle agradecido...

INÉS. Se mató... por enamorado.

FORTUNATO. ¡Anda con esal! ¿De usted?

INÉS. No, señor. En mí hubiera encontrado corazón al menos... No soy como otras fieras... ¡Desgraciado Sabatinol! Era guapo, era bueno, era noble... Se mató... Es decir... cuentan que se mató. No todo el mundo va creyéndolo...

FORTUNATO. *Demudado.* ¡Cáscaras!... ¿Alguna imprudencia, quizás? Las pícaras armas de fuego... A mí un revólver o una escopeta es lo que más nervioso me pone en el mundo. Porque un puñal o una navaja, se están quietecitos; pero un arma de fuego, a lo mejor... El diablo las carga, como usted sabe. Yo tuve un compañero de oficina...

INÉS. Aquí está la señora Amaranta.

FORTUNATO. ¡Oígal! ¡Sí que tiene buena presencia!

Llega por la izquierda la señora Amaranta, en efecto. Es interesante y es bella. Tiene los cabellos cortos y rizados, y viste a la inglesa, con camisa y corbata de hombre y un traje femenino de los llamados de sastre. Calza zapatitos de cuero rojo y botines blancos. Sus ademanes son resueltos, pero femeniles y graciosos; su habla es dulce y vehemente a la vez; su acento, argentino.

AMARANTA. Felises días, señor. ¿Cómo le va?

FORTUNATO. Bien, gracias, señora. ¿Y usted, buena?

AMARANTA. Buena; mil gracias.

FORTUNATO. ¿Y su familia, también buena?

AMARANTA. Toda mi familia soy yo, señor.

FORTUNATO. Pues... celebro ver tan buena a toda la familia...

AMARANTA. Inés, retírese un momento. Esté al cuidado no más por si la necesito, ¿no? Como ha salido William...

INÉS. Sí, señora.

Se aleja por la izquierda.

AMARANTA. *A Fortunato.* ¿No quiere sentarse, señor?

FORTUNATO. Estoy bien, muchas gracias.

AMARANTA. Siéntese, sí. Hemos de hablar un poco, si viene usted llamado por el anuncio.

FORTUNATO. Por el anuncio vengo, sí, señora.

AMARANTA. Pues siéntese no más.

FORTUNATO. Con permiso.

AMARANTA. Necesito con toda urgencia un servidor.

FORTUNATO. Servidor.

AMARANTA. ¡Con toda urgencia! Y he de recompensarlo largamente, por lo crítico de las circunstancias en que me hayo.

FORTUNATO. *Gozoso.* ¡Ay, señora Armantal! Con sus palabras me da usted la vida. Cuanto usted me mande haré yo. He llegado a su casa por

azar, en un camino de desesperación y de desaliento, en busca de pan para mis hijos... Dios, sin duda, me ha guiado aquí, y me ha puesto delante de usted.

AMARANTA. No se aflija usted por esto, señor.

FORTUNATO. No es aflicción, señora; es que la alegría también conmueve. Por llevarles hoy pan a mis hijos, este pan que al cabo he de ganarme al servicio de usted, hubiera yo arrancado piedras con los dientes; figúrese si me da motivo de alegría para llorar y para reír.

AMARANTA. ¿Tiene muchos hijitos?

FORTUNATO. Cinco, señora.

AMARANTA. ¿Y está usted muy necesitado?

FORTUNATO. Imagínelo, por mi pelaje.

AMARANTA. Ya, ya se ve. Materialmente sin *un cobre*.

FORTUNATO. Sin *un cobre*.

AMARANTA. *Fundido*, que desimos ayá.

FORTUNATO. *Fundido* es poco: hecho éter. ¡Jel Primera vez que río esta mañana.

AMARANTA. Todo se remediará muy pronto. ¿Es usted artista?

FORTUNATO. No, no, señora... Es decir, que yo sepa. Pero, si fuera menester... Soy un desventurado cesante hace ya cuatro años.

AMARANTA. ¿Cuatro años yeva sin empleo? ¡Pobretel

FORTUNATO. Sin empleo... y casi sin comer.

No sé, señora, cómo vivimos a estas fechas los míos y yo. ¿Usted sí es artista?

AMARANTA. Pero ¿usted no me conoce?

FORTUNATO. Sí... sí... tengo una idea... sí...

AMARANTA. ¡Amaranta la Triunfadora!

FORTUNATO. *A cien leguas de conocerla.* ¡Ah, sí! ¡Amaranta! Ya decía yo: esa cara... esa voz... esa... ese... ¡Amaranta!...

AMARANTA. Sí, señor, soy artista. Tengo ese grande orguyo. Y artista triunfadora. Por eso se me envidia y se me combate. Y vengo de rasa de artistas. Mi familia entera ha muerto por el arte, señor.

FORTUNATO. ¿Sí, eh?

AMARANTA. Mi papá, crusando el inmenso Niágara sobre un alambre, resbaló y cayó, y en las atronadoras aguas encontró sepultura. Muerte beya, ¿no?

FORTUNATO. *Ligeramente inquieto.* Sí... muerte bella...

AMARANTA. Mi hermanito Aníbal, hermoso ejemplar masculino, lindo de alma y de cuerpo, fué destrosado por sus panteras. *A l'ortunato se le escapa un silbido, de susto, y echa la vista en torno.* Aristides, el Benjamín, peresió en la urna.

FORTUNATO. ¿En qué urna?

AMARANTA. En la de sus pruebas de ayuno. Pasaba quince días sin comer en la urna, y una vez le faltó resistensia y sucumbió.

FORTUNATO. Ese arte no me sorprende tanto.

Salvando la urna, está un poco más en mis costumbres. ¡Jel

AMARANTA. No sea sonso. Mamá tenía la misma profesión que yo.

FORTUNATO. ¿Ah, sí? ¿La misma profesión que usted? *Muy interesado.* Y ¿cómo murió la mamá? ¿También en el ejercicio de su arte?

AMARANTA. No, señor, no. Mamá murió de muerte natural. Y muy *viejita*.

FORTUNATO. *Tranquilizándose un momento.* ¡Vamos! Pues... bien: usted me dirá en qué han de consistir mis servicios, no sea cosa que yo no sepa...

AMARANTA. Cáyese, por Dios: no diga pava-das. ¡Si un *chiquilín* puede servirme!

FORTUNATO. ¡Ah! ¿puede servirla un *chiquilín*? Eso me anima, mire usted.

AMARANTA. Ahora no más haremos algunos ensayos para probar su temple.

FORTUNATO. Yo tengo buena letra, sé partida doble, sé también algo de francés...

AMARANTA. ¡No sea sonso, le digo! No me quiera embromar. Espere. Discúlpeme un instante, ¿no? *Se va por la izquierda.*

FORTUNATO. Me parece que es ella la que me quiere embromar a mí... *Escamadeísimo.* ¿Qué será esta mujer? No me he atrevido a preguntárselo... Pero, para pasar por un alambre, que no cuente conmigo... Digo... ¡qué remediol! Haré lo que haga falta... Si puedo, claro es. Tampoco me ha-

ría mucha gracia que hubiera fierecitas en el ajo... Yo, que soy una liebre... ¡Ay, Dios del cielo, cómo me apuras hasta el último instantel

Vuelve Amaranta seguida de Inés. Amaranta trae una escopeta de salón o un rifle. Fortunato, al ver el arma, no puede reprimir un estremecimiento. Amaranta le sonríe muy afable. Mientras examina el tablero, Fortunato interroga a Inés en voz baja, más muerto que vivo.

FORTUNATO. Pero, esta señora, ¿qué es? ¿Quiere usted decírmelo?

INÉS. ¿Todavía no lo sabe, señor? Tiradora.

FORTUNATO. ¡Tiradora! *Silba de nuevo.*

AMARANTA. ¿Vamos?

FORTUNATO. ¿Eh?

AMARANTA. ¿Vamos?

FORTUNATO. ¿Adónde vamos?

AMARANTA. Al blanco: ahí.

FORTUNATO. *Perplejo.* Al blanco... ahí...

AMARANTA. Venga. *Lo conduce delante del tablero.* No requiere sino mucha serenidad.

FORTUNATO. Mucha serenidad...

Inés lo mira compasivamente.

AMARANTA. ¡Sangre fría!

FORTUNATO. ¿Fría? La mía está helada.

AMARANTA. ¿Qué dise? *Saca de su bolsillo una fosforera y le ofrece una cerilla encendida.* Tome.

FORTUNATO. Gracias, yo no fumo.

AMARANTA. Déjese de bromear. *Se aparta de él.* Extienda el brazo ahora. *Fortunato extiende el*

izquierdo, en cuya mano no tiene la cerilla. El otro, señor.

FORTUNATO. *Obedeciéndola maquinalmente.*
Pero ¿qué va usted a hacer, señora?

AMARANTA. *Disponiéndose a tirar.* Apagar la luz de un balaso.

FORTUNATO. ¡No! *La apaga el de un soplo.* Ya está.

AMARANTA. ¿Cómo? ¿Qué es eso? ¿Le da miedo?

FORTUNATO. No... no... miedo, no... No ha sido miedo, no... Ha sido... ha sido que... Y puede que haya sido miedo.

AMARANTA. *Altiva.* Me ofende ese miedo de usted, señor mío. Le hago todavía la mersed de consederle que usted no conose mi arte.

FORTUNATO. No, señora... La verdad es que no lo conozco... no tengo ese gusto. Usted perdone.

AMARANTA. Pues mire, para que lo conozca; para que con nadie confunda a la tiradora sin rival. ¿Tiene usted buena vista?

FORTUNATO. Excelente.

AMARANTA. *Señalando hacia la derecha a lo lejos.* ¿Ve aquella *florsita* leve en la rama del árbol?

FORTUNATO. Sí, señora.

AMARANTA. Cuatro hojas tiene, ¿no?

FORTUNATO. Cuatro.

AMARANTA. Voy a quitarle una. *Más pronto que lo dice apunta, dispara y hace blanco, con gran*

asombro de Fortunato, que silba otra vez. ¿Qué me cuenta?

FORTUNATO. Nada, señora... Estoy sin habla.

AMARANTA. Habrá perdido todo miedo, ¿no?

FORTUNATO. *Contestándole con un rumor extraño.* He...

AMARANTA. Pues vamos ayá.

FORTUNATO. Pero... bueno... y usted me dispense la observación... A mí se me ocurre que esto del fósforo bien podría usted hacerlo colocándolo en el corchito de una botellita... ¿no?

AMARANTA. Y entonses, ¿qué valor tendría el apagarlo?

FORTUNATO. ¡El mismo, señoral! ¿No?

AMARANTA. Vamos, señor, no diga *sonseras*. ¿Y el riesgo? ¿Y el encanto del peligro? ¿el insentivo del peligro? Quítele usted esa gala al trabajo, y ¿qué queda? Apagar un fósforo puesto en una boteya, es cosa trivial e indiferente. Apagarlo en la mano o en la cabeza de un hombre, que puede morir si la tiradora vasila, ése es el triunfo, ése es el imán para los públicos, ésa es la yamarada.

FORTUNATO. La llamarada...

AMARANTA. ¿Qué hubiera valido mi papá, cuál sería su gloria, si en lugar de cruzar sobre un alambre el Niágara grandioso y ensordecedor, hubiera cruzado sobre un arroyuelo mezquino? ¡Qué diferencial! ¿No?

FORTUNATO. La... diferencia de morirse a ba-

ñarse. ¡Jel *Se ríe, y repentinamente se pone serio.*

AMARANTA. Los antiguos aeronautas, estos mismos valerosos e intrépidos aviadores del día, no serían héroes ni grandes si no se lansaran al al espasio con la tremenda asechansa de la muerte. En el mismo amor, en sus más graves aventuras, es el peligro la fasinación y la beyesa. Usted, señor, seguramente habrá amado en su juventud a una mujer hermosa que tendría otro dueño, ¿no es sierto?

FORTUNATO. Ahora no lo recuerdo bien...

AMARANTA. ¿Y aqueya mujer no le sedusía con mayor atracción que ninguna, por lo mismo que si su dueño la encontraba en brazos de usted podía partirle el corasón?

FORTUNATO. No, no... francamente; no me ha dado nunca por buscarle tres pies al gato... Yo no he salido de... de... Vamos, mi esfera ha sido más tranquila... ¡Jel

AMARANTA. En fin, señor, volvamos a la prueba. Tome otra vez. *Le da otro fósforo encendido, que Fortunato coge temblando.* Al blanco ahora. Estienda el brazo, como antes. *Fortunato tiembla de tal manera que hace imposible el tiro.* ¡Oh! ¡Qué temblor más risible! ¿No comprende que así le pasará la mano?

FORTUNATO. *Huyendo del tablero.* Lo que comprendo, señora Amaranta, es que este empeño es superior a mi voluntad... a mis nervios... a todo yo... No puedo... no puedo... ¡Me declaro vencido!

AMARANTA. *Colérica.* ¡Es inútil que disimule, señor! ¡Ya veo claro lo que le susedel! ¡Usted ha venido hasta mí ignorando que yo era Amaranta la Triunfadora, y al oír mi nombre le ha prinsi-
piado a sumbar en la cabeza la calumnia con que mis enemigos quieren desprestigiarme!

FORTUNATO. No, señora; yo no sé nada de eso... Palabra de honor.

AMARANTA. ¡*Farfola*, señor míol

FORTUNATO. ¿*Farfola*?

AMARANTA. ¡*Farfola*! ¡Usted lo sabe! ¡En Madrid entero se habla de eyol! ¡Se ha inventado que al imbésil de Sabatino, mi ayudante, lo he matado yo al haser un tiro difísil!

FORTUNATO. ¡Ahl... ¿se ha inventndo eso? *Se miran la doncella y él. Inés está muy desasosegada.*

AMARANTA. Y el *cachafaz* de Sabatino, Sabatino el loco, Sabatino el borracho, se enamoró nesiamente de mí, y yo lo rechasé con dignidad, y él se quitó su vida por despecho, o porque le dió el humor de quitársela. ¿A mí, qué? ¡Al cabo se quitó cosa que valía bien poco! Pero eso se dise, eso se miente: que murió de una bala de mi escopeta. Anoche lo noté ya en la hostilidad de mi público. De algunas provinsias me devuelven contratos por igual causa. ¡Esto me hunde, esto me desprestigia, esto me deshonra! ¡Pero, o poco puedo, o recabo mi crédito antes de marchar de Madrid! ¡Oh! ¡Soy Amaranta la Triunfadora! ¿Qué contesta usted?

FORTUNATO. Nada, señora... no contesto nada... no se me ocurre nada... No se me ocurre más que irme, convencido de mi inutilidad.

AMARANTA. ¡Pues váyase en buena hora, señor! ¡Este jardín no es corral de gayinas!

FORTUNATO. ¿Eh?

AMARANTA. Váyase, váyase. Yo, señor mío, no he rosado jamás con una bala ni un cabeyo de mis servidores. Con mi propia madre, ¡oiga esto! con mi propia madre he hecho sien veses la prueba de la cruz, que consiste en poner a la persona en cruz frente al tablero blanco, y dibujarle a balasos la silueta: y cuando se aparta y la ve el público es un clamor. ¡Pues esto he hecho yo con mi madre! ¿Piensa usted que haya otra vida que más me importe? Váyase ahora. Déjeme. Pero no vuelva nunca a invocar el nombre de sus hijos, para venir a esta cobarde fuga. Váyase.

FORTUNATO. ¡Mis hijos!... La calle espantosa otra vez... ¡Mis hijos! *A Amaranta, que hace ademán de abandonarlo.* Señora Amaranta...

AMARANTA. ¿Qué?

FORTUNATO. *Con esfuerzo y angustia.* No se vaya, no... Óigame... Esto para mí es una pesadilla tormentosa... Con decir que hasta de mis hijos me había olvidado... Yo he sido toda mi vida tímido... medroso... muy medroso... lo confieso sin mucho rubor... pero ahora sería el más cobarde de los hombres si me fuese de aquí... Aquí estoy... aquí me tiene a su devoción enteramente.

AMARANTA. ¡Ahl ¡Bravo!

FORTUNATO. Aquí estoy... El esfuerzo que necesito hacer no creía yo que cupiese en mi pecho... ¡pero lo hago! *Se pone en cruz ante el tablero.* Aquí estoy... míreme ya en cruz... Dibuje mi figura con balas...

AMARANTA. *Aprovechando la ocasión.* ¡Bravo!
¡Muy quieto!

FORTUNATO. *Sin voz apenas.* Quieto estoy...
¡Mis hijos tendrán pan!...

AMARANTA. ¡Quietos!

Dispara, y se oye el balazo en el tablero.

Fortunato da un grito y casi cae a tierra, como si las piernas le faltasen. Luego se palpa todo, buscándose la herida que él juraría que tiene. Amaranta y la doncella se llevan un susto regular.

FORTUNATO. ¡Ay!

AMARANTA. ¿Qué?

INÉS. ¿Qué ha sido?

AMARANTA. ¡Por Dios!

FORTUNATO. No... nada... nada... Parece que no es nada...

AMARANTA. ¡Claro, señor!

INÉS. ¡Jesús!

FORTUNATO. Nada... nada... El susto... nada más que el susto... ¡Es que nadie nace sabiéndolo... ¡Pero ahora sí que soy dueño de mi voluntad! *Vuelve a ponerse en cruz con cierta arrogancia.* Dispáre usted, señora Amaranta.

AMARANTA. ¡Bravísimo! ¡Es usted un héroe!

FORTUNATO. No lo sabe usted bien. Humilde... oscuro... sin historia... ¡pero héroe!

AMARANTA. ¡Quieto ya! *Fortunato está inmóvil, en cruz, y mirando al cielo.* ¡A una! *Dispara y se oye otra vez el balazo.*

FORTUNATO. ¡Tienen pan mis hijos!... *Amaranta tira de nuevo.* ¡Mis hijos tienen pan!... *Otro disparo.* ¡Tienen pan mis hijos!... *Cae el telón, mientras Amaranta sigue apuntándole.*

FIN

Madrid, noviembre, 1912.

N E N A T E R U E L

COMEDIA EN DOS ACTOS Y UN EPÍLOGO

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL el 6 de abril de 1913.

A LAS ACTRICES ESPAÑOLAS

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

NENA TERUEL.....	MATILDE MORENO.
MARCELINA.....	LUISA CALDERÓN.
LAURA.....	MAGDALENA ABRINES.
PEPITA.....	ELISA MÉNDEZ.
INÉS.....	SARA ESTEBAN.
GENARA.....	MERCEDES SAMPEDRO.
ASUNCIÓN.....	CONSUELO HORTELANO.
DOÑA GERTRUDIS.....	CONCEPCIÓN BERMEJO.
DON DIEGO ESPINOSA....	JOSÉ TALLAVÍ.
JOSÉ MANUEL.....	JOSÉ CALLE.
TARAZONA.....	PEDRO SEPÚLVEDA.
ROMÁN OLMEDO.....	ALEJANDRO MAXIMINO.
TORRALBA.....	DELFIN PÉREZ.
BELLO.....	GERMÁN DE SYLAS.
MOLINA.....	FERNANDO ESTRELLA.
CHIREL.....	RAFAEL CALVO.
ANTONIO.....	CONSTANTE VIÑAS.
UN CARPINTERO.....	JOSÉ LORIGADOS.
UN TRAMOYISTA.....	ALFREDO PAREDES.
UN GUARDARROPA.....	MANUEL MACÍAS.

Acomodadores, tramoyistas, carpinteros, celadores, etc. etc

N E N A T E R U E L

ACTO PRIMERO

Estamos en el lindo cuarto de Nena Teruel, joven, bella y famosa comedianta, en uno de los principales teatros de Madrid. Al frente hay una puertecilla con cortinas, que da al tocador. A la derecha del actor, la puerta del cuarto. Sobre ella un timbre. Muebles sencillos y elegantes, casi tapados en esta ocasión por una infinidad de cestas y ramos de flores naturales, que convierten el *camerino* en un vergel, como diría Bello, personaje que a su tiempo saldrá. Una mesa con abundancia de regalos. Parece noche de beneficio y es de despedida.

La escena está sola. El primero en aparecer en ella es don Diego Espinosa, viejo actor que arrebató a los públicos de su tiempo y es una lamentable ruina en el presente. Aunque maltrecho y sin energía física, aún asoma a sus ojos el fiero vigor de su espíritu. Tiene un genio del diablo, exacerbado por la amargura de su vida actual, y habla como rezongando casi siempre. Viste pobremente y usa sombrero flexible, capa larga y bastón, que a veces hace de tizona.

DON DIEGO. *Deteniéndose a la puerta del cuar-*

to, después de entrar en él, y murmurando como si oyera lejanos aplausos y respondiése a ellos. ¡Ay, aplausos... aplausos!... ¡Ya os conozco... ya sé lo que valéis! Música, música... Observando la profusión de flores que hay en la escena. Digo, ¿eh? ¡Cómo está esto de regalitos! Palmas allí... flores aquí... Noche de gloria.

*Mezclan salvas diferentes
las cajas y las trompetas,
los pájaros y las fuentes...*

Curioseando y leyendo algunas de las tarjetas que acompañan a las cestas de flores y a otros regalos. «A Nena Teruel, en la noche de su despedida, un admirador.» ¡Te veo, admirador!... Otro admirador. ¡Te veo! Otro admirador. ¡Eres turco y no te creol «Eusebio Tarazona y Ruiz.» ¡Desconocidò primerol «José Gómez Sánchez.» ¡N. N.! ¡Hola! Aquí hay una de sus «compañeros». Sí, sí, ¡compañeros!... ¡compañeritos!... Algo sé yo de estos compañeros...

Del tocador sale Marcelina, servidora fiel de la actriz, más bien señora de compañía que doncella. Es vehemente, apasionada, nerviosa, pintoiresca. Nació en Chipiona hace cuarenta años, ha recorrido medio mundo, y todavía no puede negar que es de Chipiona. Su único amor desde que se separó de su marido, por ocultas razones, es Nena Teruel. Adora en ella; la pondría en un altar.

MARCELINA. ¿Quién resa por aquí? ¡Andal! Pos si es don Diego! Güenas noches.

DON DIEGO. Felices, Marcelina.

MARCELINA. ¿Con quién hablaba usted?

DON DIEGO. Conmigo mismo. Es la única manera de hablar con alguien que no me engañe. Y aun así, no estoy muy seguro.

MARCELINA. To se lo dise usted.

DON DIEGO. ¿Ha empezado ya el tercer acto?

MARCELINA. ¡Ya lo creol! Ya están en la mitá. ¡Si es muy tarde! ¿Cómo no ha venido usted a primera hora?

DON DIEGO. Porque se empeñó Genara, la vieja, en que no había de salir esta noche, y me escondió la capa.

MARCELINA. Y tenía razón: er tiempo está muy malo.

DON DIEGO. Muy malo; pero yo antes que un cómico soy un caballero; y si no me he muerto como un perro a estas horas ha sido porque Nena Teruel me ha tendido su mano. ¿Había de faltar en noche tan solemne para ella? Con nieve en las calles hubiera venido. Y cuenta que no estoy para hazañas... ¡Esta tos!... ¡esta tos va a enterrarmel!

MARCELINA. ¿Quié usted una pastiya de goma?

DON DIEGO. Gracias; no tomo porquerías.

MARCELINA. La que da lo que tiene... Pos yo, don Diego de mi arma, vi a morirme de berrenchín, como los gorriones; no va a sé de catarro. Miste cómo tengo los ojos de yorá. ¡Malhayan los

primeros pantalones que vinieron ar mundo! ¡Los de Adán!

DON DIEGO. Adán no usaba pantalones.

MARCELINA. ¡Argo se pondría! Eynos tienen la culpa de to lo malo. ¡Los pantalones! ¡los pantalones!

DON DIEGO. Sí, señora; porque obedecen a a las naguas.

MARCELINA. Déjese usté de chufas. ¿A usté le paese regulá la locura que hase esta niña?

DON DIEGO. ¿Qué locura? ¿La de casarse? ¿La de dejar la escena? No ha podido tomar una resolución más acertada. Yo la aplaudo.

MARCELINA. ¿Se quíe usté cayá?

DON DIEGO. ¡Yo la aplaudo, Marcelina; yo la aplaudo! Mundo de mentiras; mundo engañoso, donde el dinero es de cartón y los cetros y las coronas de guardarropía.

MARCELINA. Eso sería en los tiempos de usté; cuando a usté le tocaban las parmas. Ahora er teatro es una gloria, y esta niña er lusero de eya. Usté lo sabe. ¿Se ha asomao usté ar público? ¡Hay que vé cómo está er teatro, señó! ¡Es un ascua de orol! ¡To Madríl! ¡Hasta los reyes han venío a despedirla! Y ¡qué ovaciones! ¡qué ovaciones! Pos ¿y la gente que ha desfilao por este cuarto ar finá del arto segundo? ¡Josús! Y tos con la misma canción, entre veras y bromas: que ese hombre que la quita der teatro es un criminá. Y lo es, don Diego.

DON DIEGO. No, sino un hombre que la quiere mucho.

MARCELINA. ¡La última noche que trabaja Nena Teruél! ¡Vamos! ¡Si me paese una berración! ¡Con veintisínco años y solisitá por er mundo enterol!

DON DIEGO. Mire usted, Marcelina: el público es una fiera que acaricia para devorar. Es mejor decirle cuando está más encariñado con la presa: «Ahí te quedas, tirano; lámete las garras; yo me voy a esconder donde tú no me veas», que no esperar a que él le diga a uno: «Vete ya, que me cansas, que no me diviertes. ¡Vete ya o te destrozo!» ¡Esto es más amargo que el acíbar! ¡De esta tela tengo yo un equipajel...

MARCELINA. Usté chochea, señó.

DON DIEGO. ¡Y usted no sabe lo que dicel!

MARCELINA. ¿Qué tiene que vé eso con er paso que va a dá esta niña? Y to, ¿por quién? ¡Por ese hombre, más arisco que un gato! ¡Josús! ¡En cuanto ve dos personas reunías sale huyendol! ¿Querrá usté creé que en los dos años que yevan de novios no ha venío a este cuarto más que una sola noche? Por supuesto, que lo ha hecho con idea: pa obligarla, pa resorverla a dejá esto más pronto. ¡Inquisidól! ¡Pirata! ¡Permita Dios que le pase lo que yo le deseol!

DON DIEGO. ¿Qué le desea usted, Marcelina?

MARCELINA. ¡Eso se quea pa mí! ¡Pero como haya un santo abogao de los caracoles, yo le en-

siendo una lampariya! No me servirá, porque eya es güena y es honrá como la primera.

DON DIEGO. Entendido, entendido... Piadosa intención en vísperas de matrimonio. Y sí que habrá ese santo, y muchísimas devotas de él. Por lo que abunda la cosecha lo digo.

MARCELINA. Pero ¿es que pueo yo mirá con pasiensia que se la yeven de la luz pa enserrarla entre cuatro paredes? ¿No ve usté que yo, don Diego Espinosa, he presensiao las luchas que ha habío en aqueya casa porque a la niña se le puso sé der teatro y sus padres no querían que lo fuera? ¡Si ha sólo una vocasión desde er pecho e su madre! ¡Si pa eya ni juegos, ni amigas, ni na: su teatro y na más que su teatrol! Y entró por el aro don Gabrié, con tos sus galones de coroné de artiyería, y transigió también doña Madalena, después de consurtarlo con tos los curas de Jerez; y luego bien se han alegrao, porque han visto que era pa su contento, pa su gloria, pa su fortuna de eya. ¡Y pa er lustre de toa la casta, ¡qué jinojol que a nadie le amarga verse retratao y nombrao en toas partes por mo de la niña! ¡Pa que venga ahora este tío *sombrón* de ingeniero, que no sabe hablá más que de hierro y de pórvora y de dinamita, a echá por tierra to lo conseguío y a yevar-se ese tesoro pa él ¡Váyase usté en medio'er campo, señó, que ayí no hay nadie que le estorbe, a hasé puentes y túneles pa que pasen los trenes, y déjenos usté tranquilos a nosotros! ¡Me sie-

go, me siego! ¡Pero, anda, que por la lampariya no ha de quedál

DON DIEGO. Y ¿usted se irá a vivir con Nena a su casa?

MARCELINA. ¡Pos no que no! Eso sí que no lo consigue: separarme de eya. Desde que me dejó mi marío, va pa sinco años, con eya estoy. Cuidao que ya me ha puesto er don José Manué chinitas pa que sarte; pero como no sarte é... Delante e sus narises me va a tené de día y de noche.

DON DIEGO. Y rezándole al santo de marras... Muy bien, muy bien... Ese hombre apelará a la dinamita.

MARCELINA. Con tá que yo lo vea volá primero... poco se me importa. Ahí viene ya Nena.

DON DIEGO. ¿Ha concluído la función?

MARCELINA. No, señó, sino que eya tiene ahora libre un güen rato.

DON DIEGO. Y ¿cómo ha elegido para despedirse *El baile de doña Mencía*, una comedia que no vale dos maravedís?

MARCELINA. Porque sale más bonita que en ninguna, digo yo que será.

DON DIEGO. A mí me ha parecido un desatino.

MARCELINA. ¡Entonse se le habrá ocurrió al ingenierol

Llega, en efecto, Nena Teruel del escenario, vestida con un traje caprichoso y rico. Tiene su persona la simpatía de la belleza y la belleza de la simpatía.

DON DIEGO. *Saliéndole al encuentro.* ¡Nena!

NENA. ¡Don Diego! ¿Usted por aquí? ¡Qué locural! ¡Con este frío!...

DON DIEGO. Para hacer lo que se tiene que hacer, no se debe nunca mirar el termómetro. Y yo esta noche debía y quería besar estas manos de reina.

NENA. Usted siempre igual; tan noble conmigo, tan caballeroso... ¡Ay qué noche, don Diego! ¡Me alegro de tenerlo aquí! ¡Qué noche! Ya ve usted que dejo esta vida por mi voluntad, espontáneamente; que me voy del teatro por algo que ha podido más que él... Pues, sin embargo, esta noche estoy sintiendo como un dolor secreto todo lo que me dejo entre bastidores.

MARCELINA. *Gruñendo.* ¡Hem!

DON DIEGO. No te pese, niña.

NENA. Si no me pesa, si nadie me ha mandado que lo haga; si es por mi gusto y por mi bien...

DON DIEGO. Eso no lo dudes.

NENA. Pero, con todo, don Diego, con todo; es que me despido para siempre de lo que ha sido mi vida hasta aquí. Dentro de unos minutos voy a representar la última escena. ¡La última escenal! ¿Quién pudo sospecharlo nunca? Pues así es la vida: ya se acabó Nena Teruel. La secuestró la señora de Ramos.

Marcelina vuelve a gruñir.

DON DIEGO. ¿Has traído la perra?

MARCELINA. No, señó; soy yo.

NENA. Pues cállate y no gruñas.

DON DIEGO. ¿Sabes lo que te digo, Nena Teruel?

NENA. ¿Qué me dice don Diego Espinosa?

DON DIEGO. Te digo que dichoso el artista que hace su última escena cuando quiere. Yo la hice cuando menos esperaba que iba a ser la última.

NENA. Cuestión de suerte. No hay en el teatro dos historias iguales. Ni en el mundo tampoco.

DON DIEGO. Es verdad. Y dime, ya que he venido: ¿en qué rincón podré yo verte y oírte decir esas últimas palabras de artista?

NENA. ¡Donde usted quiera! En el mismo escenario, ¿no?

DON DIEGO. Sí, bien: en el escenario. Pero que venga Marcelina a presentarme a un celadorcito que me ha dicho ya dos veces que no me conoce. ¡A mí! ¡Que no me conoce un celadorcito del escenario! Y la tercera vez que no me conozca, le abro la cabeza, por vía de presentación.

NENA. Pues sí, sí: Marcelina irá con usted.

DON DIEGO. ¡Ese niño tiene la obligación de conocerme a mí, que le quité el hambre a su padre! ¡Y a su abuelo! ¡En esta misma casa! Y no digo más, porque me va entrando la calentura. ¿Vamos, Marcelina?

MARCELINA. A la disposición de usted, don Diego.

DON DIEGO. Hasta ahora, Nenita.

NENA. Hasta ahora.

DON DIEGO. Te aplaudiré con el corazón. *Deteniéndose en la puerta para dejar que pase Laura, que llega, e inclinándose cortésmente.* Pase usted, señorita.

LAURA. Muchas gracias, señor. Buenas noches. *Se van don Diego y Marcelina.*

NENA. ¿No lo has conocido?

LAURA. ¿Quién es? ¿Es don Diego Espinosa?

NENA. El mismo. Ahí lo ves. La gloria de la escena; el coloso; el que conmovía, el que enloquecía al público con un gesto. Ahí lo ves.

LAURA. ¡Pobre señor! Está hecho un cascajo.

NENA. *Sacudiendo su pensamiento después de una pausa.* Pero ¿y esas chicas, no entran? Adelante, niñas.

Las aludidas, Pepita e Inés, que pasan al momento, son, como Laura, lindos pimpollos que nacen a la escena con las almas llenas de ilusiones, y en cuyas gentiles personitas es imposible adivinar a las características del porvenir. Las tres vienen en traje de calle.

PEPITA. Con permiso.

INÉS. Con permiso de usted.

NENA. Venid acá, que ahora que tengo tiempo y no hay nadie, os voy a dar a cada una un recuerdo mío.

LAURA. ¡Ay, qué buena!

NENA. ¿A quién mejor? No sabéis cómo me traen a la memoria vuestros sueños, los míos cuando empecé el teatro.

PEPITA. Y habla usted como si fuera una vieja chocha.

NENA. Para el teatro, como si lo fuera efectivamente, puesto que ya lo dejo.

INÉS. ¡Qué lástima!

LAURA. ¡Eso sí que es lástima!

PEPITA. Siendo para su bien...

LAURA. Aunque lo sea. ¿De quién vamos a aprender nosotras? ¿Quién vendrá que mejor nos enseñe ni que sea tan buena?

NENA. ¡Oh! ¡Vendrán tantas!...

LAURA. Como usted, ninguna.

NENA. Dejaos de flores y sigamos con mi testamento. *Entra en el tocador.*

INÉS. ¿Su testamento?

NENA. *Desde dentro.* Mi testamento, sí; así le llamo yo. *Sale con tres mantillas diferentes.* Aquí tenéis: una cada una.

LAURA. Pero ¿nos va usted a regalar esto?

NENA. Claro que sí: para que me llevéis siempre en la cabeza.

LAURA. Para eso no hace falta regalo ninguno.

NENA. Esta es la tuya, Inés.

INÉS. *Abrumada.* ¡Ay, por Dios! ¡Qué encanto! ¡Muchísimas gracias!

NENA. La de Laura, ésta.

LAURA. ¡Dios se lo pague a usted! ¡Vaya si es linda!

NENA. Y ésta, la tuya.

PEPITA. ¡Qué suertel! ¡La que más me gustaba!

LAURA. Sí; ¡pues mira que la mía!...

INÉS. ¡No, que la mía!...

PEPITA. ¿Cuándo es Semana Santa?

NENA. Todavía tarda mucho. A ver si antes las lucís en escena.

LAURA. ¡En escenal! ¡Qué más quisiéramos nosotras! Pero con los papelitos que nos dan...

NENA. Ya tendréis papeles y victorias. Fijaos en mí. Dejo esta noche de ser quien soy y parece que fué ayer cuando rompí por todo en mi casa y me eché al mundo del teatro a buscar aventuras.

LAURA. ¡Qué carrera más hermosa ha hecho usted!

INÉS. Triunfal.

NENA. Sí; triunfal a la postre. Cuando se tiene la vocación que yo tenía por este mundo, que en mi cabeza y en mi corazón era de oro, no es probable quedarse a mitad de camino. Pero también conozco esas horas por que vosotras estáis pasando, de impaciencia, de anhelo...

PEPITA. ¿Dónde trabajó usted la primera vez? ¿En aficionados?

NENA. ¡Uhl! ¡La primera vez!... Hace ya tanto tiempo...

LAURA. No puede hacer mucho.

NENA. Algunos años hace, no creas. Llevaba yo la trenza a la espalda... Fué en Jerez: en una fiesta de caridad. Representé un monólogo que me escribió un muchacho de allí. *La primera comunión* se llamaba.

«Pues, señor, todo ha salido
a medida de mi anhelo:
¡qué gran corona, qué velo
y qué precioso vestido!

Con ninguno, que recuerde,
me hallé jamás tan vistosa,
excepción hecha del rosa,
del amarillo y del verde...»

¡Pero que yo me acuerde de esto, Dios mío!
Luego el poeta se tomó un veneno por mí.

Ríen las tres muchachas.

PEPITA. ¿Veis? Un detalle así quisiera yo en mi historia. No he tenido más que un novio, y no era capaz de tomarse por mí ni un refresco, si no habían pasado las tres horas de la digestión.

NENA. *Riendo.* ¡Qué ocurrencial

INÉS. Y ¿desde aquella noche del monólogo...?

NENA. ¡Desde aquella noche no hubo ya para mí más canción que la de los aplausos! Y comenzó el tole tole de los periódicos, y el hablar y el ponderar de amigos y parientes, y yo, que no necesitaba nada, me aferré a mi ilusión y no hubo medio de arrancármela del pensamiento.

¡Cuidado que me costó reñir con mis padres! ¡Jesús, qué peleas!

LAURA. ¿Sí, verdad?

NENA. Una vez estuve quince días encerrada en mi habitación sin hablar con nadie.

PEPITA. ¿Sin hablar con nadie? De eso no sería yo capaz.

LAURA. Porque tú no tienes la afición que ella.

NENA. Al cabo mis padres se convencieron de que oponerse a aquel tesón mío era peor que oponerse a unas relaciones amorosas, porque iba a acabar por fugarme, y cedieron. ¡Qué habían de hacer! ¡Y entonces sí que empezó de veras mi lucha! Porque no creáis que han sido todo rosas. Me acuerdo de una temporada por varios pueblos de Andalucía... ¡Oh! ¡Bien me probé a mí misma en aquellas andanzas el temple de la vocación! Mis padres me dejaron ir, sin duda, para ver si lo duro de la vida me fatigaba y me hacía arrepentirme. Pero ¡cal! ¡Bonita era yo! La misma batalla me enamoraba más del teatro, me excitaba, me ofrecía más sabroso el triunfo lejano. ¡Qué días! ¡Qué meses aquellos! Cada noche representábamos una obra distinta. ¡Imaginaos la fiebre del estudio, la angustia, el cansancio!... Yo hice entonces desde *Ofelia* hasta la novia de *Diego Corriente*. ¡Ja, ja! En un pueblo en que no había teatro, a punto estuvimos de representar en la plaza. Nunca he olvidado estas impresiones de aquellos años de mi vida. Ahora se me figuran de una his-

toria que yo he leído. *Suena el timbre.* ¡Ay! ¡Me llaman en lo mejor del cuentol

LAURA. ¡Vaya por Dios!

NENA. No me dejéis el cuarto solo.

INÉS. Descuide usted.

PEPITA. Y un millón de gracias por las mantillas.

LAURA. A ver si alguna vez nos inspiran.

PEPITA. A ver si nos dan la buena sombra.

NENA. Poco a poco he de irme desprendiendo de todo: ya os digo que es mi testamento. ¿Qué papel hacen ya en mi casa estas prendas vivas de algo que se muere esta noche? ¡Ay, niñas! Voy a hablar por última vez desde el escenario.

LAURA. ¡Qué dolor! Y lo dice con la cara alegre.

NENA. Por debajo del colorete puede que esté pálida. Vamos allá. *Se marcha presurosa.*

LAURA. ¡Qué simpática es!

PEPITA. Y ¡qué artista!

INÉS. Esta noche está contenta, y no está contenta.

PEPITA. Del público bien puede estarlo; porque ¡mira que han sido unas ovaciones!

LAURA. Las que se merece. No entiendo la testarudez del novio en quitarla de aquí. Lo que es yo, si me saliera un novio y me quisiera quitar del teatro, lo plantaba.

INÉS. Pues mira: yo, después de la carrera de ella, harta ya de aplausos de todo el mundo, si me

saliese un novio como el suyo, ingeniero, guapo y con fortuna, qué sé yo, qué sé yo...

PEPITA. Pues yo, por de pronto, lo que quiero es que me salga el novio. Y tiempo habrá de pensar lo demás.

Llega oportunamente Román Olmedo, galán de la compañía. También viene en traje de calle. Está muy abstraído.

INÉS. Hombre, Olmedo, a punto llega usted.

OLMEDO. ¿Por qué, Inesita?

PEPITA. Dice bien ésta. En vez de andar por todos los cuartos como un moscón, se va usted a quedar aquí de guarda mientras no llega Marcelina.

OLMEDO. Con muchísimo gusto.

LAURA. Eso es: y así nosotras nos vamos al escenario a escuchar la ovación final. ¡A mí me dan un escalofrío los aplausos... aunque sean a otras!

PEPITA. ¡Ay, los aplausos! Vente, Inés. ¡Tengo unas ganas de convidar con motivo al jefe de la *claque*!

Se marcha con Inés del brazo.

Laura ríe, y al ir a seguir a sus amigas repara en la abstracción de Olmedo y se detiene.

LAURA. Y a usted, ¿qué le pasa?

OLMEDO. A mí nada, Laurita.

LAURA. Creí. Está usted tan serio... Mire usted qué mantilla más linda me ha regalado Nena.

OLMEDO. Preciosa es. Cúdala, que bien lo vale su recuerdo.

LAURA. Por un talismán he de tenerla. *Pausa.*
Vaya, lo dejo a usted con sus cavilaciones.

OLMEDO. Adiós.

LAURA. *De pronto, recordando.* ¡Ah... vamos!
¡Tonta de mí!... *Se va mirándolo maliciosamente.*

OLMEDO. *Paseando ensimismado.*

*... Dadme el laúd;
en trova triste y llorosa,
en endecha lastimosa...*

¡Se me han metido estos versos en la cabeza!

De improviso se presenta Torralba seguido de cuatro acomodadores del Teatro. Torralba es el representante de la Empresa: hombre diligente, aunque atolondrado. Los acomodadores obedecen sus órdenes.

TORRALBA. Con mucho cuidadito os vais a ir llevando al escenario todas estas cestas. Los ramos, no; las cestas nada más. ¿Qué? Andad: una tras de otra. Con cuidado, ¿eh? con cuidado. Ponedlas allí agrupaditas junto a las demás, y en el momento en que baje el telón, ¡todas a la escena! ¿Qué? Cuidado. Cuidado. ¡Cuidado! Allá iré yo ahora a disponer cómo ha de hacerse. ¿Qué? *A Olmedo, mientras los acomodadores van quitando de allí las cestas.* ¡Valiente nochecita llevo, amigo

Román! Bueno, la despedida es para mí. No paro un instante. ¿Qué? Como no ande uno en todo... Usted me ve aquí, ¿no es verdad? Pues no estoy aquí solamente. Estoy ahora mismo en la Contaduría, y en el saloncillo, y en el teléfono, y en el despacho de billetes, y en el palco real, y en el vestíbulo, y en el puesto de agua. ¿Qué? ¿qué? Y usted, ¿qué tiene? Digo, ¿qué ha de tener usted? El disgusto que todos. ¡Vamos, que la jugada de la niña! ¿Qué? ¡Cualquiera le encuentra sustitución! Así está el empresario: con fiebre. ¿Qué? Y yo, su representante en el mundo, también tengo décimas. ¿Qué? *Observando que Olmedo no le hace caso.* Vaya, me vuelvo al escenario a escape, no hagan esos una barrabasada. *A Marcelina, que llega contrariada y llorosa.* Pase usted, Marcelina. Yo, tropezando con todo el mundo esta noche, menos con quien deseo tropezar. ¿Qué? ¿qué?

MARCELINA. No he despegao mis labios, señó.

TORRALBA. Hasta ahora. *Llamando a uno que pasa.* ¡Martínez! *Se va corriendo.*

OLMEDO. Me pone nervioso el *qué, qué, qué* de este hombre.

MARCELINA. Paese una clueca. Yo me he venido de entre bastidores, porque si sigo ayí, estoy viendo que sargo a ersena a desí cuarquier atro-sidá. Y se arma un escándalo. Y usté, ¿cómo no está en la sala?

OLMEDO. Porque no hay sitio para mí.

MARCELINA. ¿Porque no hay sitio?

OLMEDO. Me conformo con decirle adiós en su cuarto a la señorita Teruel.

MARCELINA. Ya.

OLMEDO. Puesto que ella, para su despedida de la escena, ha elegido una comedia en que yo no tengo papel, no quiero que tampoco me vea entre los espectadores.

MARCELINA. Ya. Don Román, usted está picao.

OLMEDO. ¿Por qué? ¿Por esto? No soy tan quisquilloso.

MARCELINA. Digo picao de la tarántula.

OLMEDO. ¿De qué tarántula?

MARCELINA. Hágase usted er tonto. ¿Se piensa usted que yo no sé lo der noviajo de usted es cuando prinsipiaron la carrera?

OLMEDO. ¡Ahl ¿Usted lo sabe?

MARCELINA. Señales estoy dando de eyo.

OLMEDO. Será porque Nena se lo haya dicho.

MARCELINA. O será porque una tiene vista. No había más que repará cómo hasían ustedes las er-senas de amó, pa adivinarlo. Con ningún cómico ha trabajao eya como con usted, ni usted con ninguna como con eya. ¿A que es verdá esto que yo digo?

OLMEDO. Verdad es. Nos entendíamos, sentíamos de la misma manera; nos ayudábamos el uno al otro.

MARCELINA. Er rescordiyo que quedaba.

OLMEDO. Quizás. Ello es—lo confieso sinceramente—que las palabras de amor, las sacudidas

de los celos, las lágrimas de la ternura, hasta los gritos de la pasión más fuerte tenían en Nena Tueruel para mí el calor de lo humano, de lo verdadero. Apenas comenzábamos a hablar desaparecía la ficción, hacíamos nuestras las dos vidas que representábamos en la comedia, y los aplausos eran siempre nuestro premio... Aun a pesar de ella, y aun sin darme cuenta yo mismo, siempre palpitaba secretamente en nuestras escenas de amor un íntimo recuerdo de lo que fué.

MARCELINA. Que es lo que yo he visto.

OLMEDO. Ni más ni menos.

MARCELINA. Y por eso digo que está usted picao.

OLMEDO. Y lo estoy.

MARCELINA. ¡Tengo yo un candí de dos mecheros!...

OLMEDO. No he querido a más mujer que a ésta, Marcelina. Esta noche pierdo yo más que nadie. ¡Qué lástima de actriz!

MARCELINA. ¡Malhayal! No me hable usted de eso, que se me regüerve la sangre. Traspasé de pena y de coraje estoy yo.

OLMEDO. ¿Qué se le ha de hacer? Es tarde para remediarlo.

Pausa.

MARCELINA. ¿Cuánto tiempo hase de lo de ustedes? Porque eso fué antes de que yo estuviera con eya.

OLMEDO. Ocho o diez años ya. En nuestro

primer vuelo. Por cosa de niños empezó... Con todo el ardor y toda la inconsciente vehemencia de los veinte años míos y de los quince de ella.

MARCELINA. Y ¿duraron mucho los amores?

OLMEDO. Poco más de dos años. Nos separó el trabajo, mi viaje a América... ¡la vidal! Quizás el figurarse ella que yo era muy poco galán para tan gran actriz, y el presumir yo, desde luego, que aquella chiquilla no podría nunca codearse con tan gran actor.

MARCELINA. Lo que tienen los pocos años.

OLMEDO. Y pasó el tiempo, y la suerte nos volvió a unir en una compañía; y ella era ya Nena Teruel, la actriz arrolladora, y yo era ya... quien soy. Y juntos hemos corrido estos años triunfales, y por capricho del destino, como ella era la dama y yo el galán, aunque ella tuviera en el mundo un novio y yo una novia, teníamos en la escena que enamorarnos. La verdad de mi corazón latiendo siempre a compás de la mentira de la escena. Le he dicho de *Otelo*, que al ver su cara de ángel el demonio dudaría en llevársela; y de *Romeo*, que era el ruseñor el que cantaba y no la alondra; y de *Don Alvaro*, que el sacerdote nos esperaba en el altar; y de *Don Juan*, que las orillas del Guadalquivir respiraban amor para ella. Le he dicho que la quería en verso y en prosa, y de cota de malla, y de chambergo, y de casaquín, y de frac, y de blusa... El amor siempre entre ella y yo: de niños, con las palabras nuestras; luego,

con las palabras que escribieron otros; pero entre ella y yo siempre.

MARCELINA. Cáyese usté, que me va a dá una arferesía. Cáyese usté, don Román, cáyese usté. Cáyese usté, porque al oírle a usté toas esas cosas que está disiendo... Cáyese usté... y haga usté er favó de desirme a mí que también me caye.

OLMEDO. Sí; es lo más acertado. Cállese usted.

MARCELINA. Es muy difisi que yo me caye.

OLMEDO. Pues haga lo que quiera.

MARCELINA. ¡Ay, Señó, Señól...

Nuevo silencio.

OLMEDO. Dígame, Marcelina: ¿usted cree que esta retirada será absoluta; que nunca más Nena Teruel volverá al teatro?

MARCELINA. ¡En er nombre der Padrel! ¡Como no enviudel! ¡Si se casa con un lingotel! ¡Más dura tiene la cabesal... Y que, aunque lo disimule por haserse er fino, no traga na de ersenarios adentro. Nena Terué, como si se sepurtara en una mina. Usté despídase de eya esta noche pa siempre.

OLMEDO. Después de todo, así debe ser. ¡Ayl...

MARCELINA. Se entierra en vida la criatura.

OLMEDO. *De nuevo ensimismado; lleno el espíritu de los recuerdos de otros tiempos.*

*... Dádme el laúd;
en trova triste y llorosa,
en endecha lastimosa
os cantaré su virtud.*

*Una corona de flores
dadme también: en su frente
será aureola luciente,
será diadema de amores.*

*Dadme, veréisla brillar
en su frente hermosa y pura;
mas llorad su desventura
como a mí me veis llorar.*

MARCELINA. ¿De qué función es eso?

OLMEDO. De *El Trovador*. Fué una de las primeras obras que hicimos juntos, allá en nuestros comienzos, en un teatro de un pueblecillo de Andalucía... ¡Leonor! ¡Manriquel! ¿Qué ha sido de vuestros amores?

MARCELINA. Esta noche se le aprieta a usted un deo y se le sartan las lágrimas.

Vuelve apresuradamente Laura, exaltada y con gran alegría.

LAURA. ¡Pero, Marcelina!

MARCELINA. ¿Eh?

LAURA. ¿En qué piensa usted que no va al escenario? ¡Ha acabado la obra! ¡La ovación! a Nena hace llorar!

MARCELINA. ¡Dios mío!

LAURA. ¡Está todo el público de pie! ¡Las señoras la saludan con los pañuelos! ¡Los ¡bravos!

y los ¡vivas! atruenan! ¡El escenario es un monte de flores! ¡Yo estoy pasando un rato!... Mire usted, mire usted cómo tiemblo... ¡Venga usted conmigo!

MARCELINA. ¡Hija de mi armal *Se va de estampía.*

LAURA. Olmedo, venga usted también.

OLMEDO. *Emocionado.* Vamos... sí... vamos todos. *Se marcha tras Laura y Marcelina.*

Un momento después reaparece como disparado Torralba.

TORRALBA. *En mitad de la escena, aturdido.* ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? *Llegándose a la puerta.* Pase usted, Chirel.

Pasa Chirel, periodista miope que no usa lentes.

CHIREL. Muchas gracias.

TORRALBA. Aquí están los demás regalos. Ya ha tomado usted nota de las cestas y de los que hay en el saloncillo, ¿verdad?

CHIREL. Sí, sí, sí, señor, sí.

TORRALBA. Pues éstos son los que le faltan. ¿Qué?

CHIREL. Estos, sí. Quiero hacer una información muy completa. Sí. No todos los días se da una actualidad tan curiosa.

TORRALBA. ¿Qué?

CHIREL. Sí.

TORRALBA. ¿Qué?

CHIREL. Sí. Con permiso de usted voy a ir apuntando...

TORRALBA. Bueno. Aquí se queda. ¿Qué? Yo voy al escenario. ¿Qué?

CHIREL. Sí, sí, sí.

TORRALBA. A sus órdenes.

CHIREL. Gracias.

TORRALBA. Adiós. *Se va rápidamente.*

Chirel saca pluma y cuartillas y va anotando los regalos, mirando primero el objeto y leyendo luego la tarjeta que está con cada uno. Escribe acercándose tanto el papel a los ojos, que se teme, viéndolo, que se salte uno con la pluma.

A la tercera o cuarta apuntación llegan Molina y Bello, asiduos contertulios de Nena Teruel, militar el uno y paisano el otro. El militar es desenfadado y frescote, y el paisano, correcto y cortés.

BELLO. Lo dicho, querido Molina: yo me pongo luto en el sombrero y en el brazo. Buenas noches, amigo Chirel.

CHIREL. Buenas noches, señores.

MOLINA. Muy buenas. Convéncete, chico: no hay más que una salida satisfactoria.

BELLO. Tú dirás.

MOLINA. ¡Matar al maridol

BELLO. *Riéndose.* ¡Hombre! ¡Matar al maridol! ¿Por qué?

MOLINA. ¡Por ansioso!

BELLO. No; yo no lo quiero mal: yo no hago más que envidiarlo y admirarlo a la vez. ¡Ha sabido llevarse algo que era de todos para él solito!...

MOLINA. ¡Pues por eso mismo hay que pegarle un tiro en la cabeza! Y ¡cómo está Nena esta noche! Yo nunca la he visto más guapa.

BELLO. Ni yo; en eso convengo contigo.

CHIREL. *Confidencialmente.* Hombre, y a mí que Nena Teruel, como mujer—como actriz me quito el sombrero—, como mujer nunca me ha dicho nada.

BELLO. ¿Qué habla este temerario de Chirel?

CHIREL. ¡Nunca! La encuentro vulgar; insignificante. Sí. ¡Nunca me ha dicho nada!

MOLINA. Señor mío, o se calla usted o por usted van a empezar los muertos. ¡No hay derecho! Usted ve muy poco.

CHIREL. Ya, ya sé que ustedes son de los incondicionales de su belleza; pero, ¿qué quiere usted? Sobre gustos no hay nada escrito.

MOLINA. ¡Ni una palabra! Y si se escribe algo, no se lo encargarán a usted.

CHIREL. Sí.

MOLINA. No, no; no se haga usted ilusiones.

CHIREL. ¡Jel! ¡Qué mal le ha caído!

Risas.

Sollozando, y con los ojos encendidos de llorar, pasa Marcelina de la puerta del cuarto a la del tocador, en el cual se encierra a desahogarse.

BELLO. ¡Pobre Marcelina! Lloro a Nena como por muerta esta noche.

CHIREL. ¿Cómo se llama esta señora?

BELLO. Marcelina.

CHIREL. Es interesante la figura para mi información. Entre doncella y señora de compañía... Sí. Me va, me va. Sí. *Toma nota.*

BELLO. Pensaba yo, Molina, en regalarle a Nena un álbum copiosísimo, encuadernado en pergamino, con las firmas de todos sus admiradores.

MOLINA. ¡Eso es una cursilería! Aquí no hay que hacer más que lo que yo propongo; no le des vueltas: ¡matar al marido! ¡Es la única solución razonable! ¡Matar al marido!

Halagada por la feliz idea, sale Marcelina del tocador.

MARCELINA. ¿Quién ha dicho eso?

MOLINA. Servidor, señora.

MARCELINA. ¡Pos cuente usted conmigo pa er primer gorpel!

MOLINA. Y usted conmigo para lo que se ofrezca.

BELLO. Silencio, por Dios, no se vaya a presentar *la viuda*... ¡Ja, ja, ja!

CHIREL. ¿Qué aplausos son esos?

BELLO. Es verdad, que suenan aplausos.

Se asoma a la puerta del cuarto. Los aplausos a que se refieren son nutridos y calurosos, y a cada instante suenan más cerca. Todos los carpinteros, tramoyistas, guardarropas, celadores y demás dependientes del escenario, a cuyo frente viene Antonio, el jefe de la maquinaria, acompañan a Nena Teruel a su cuarto entre palmas y vitores.

MOLINA. ¡La ovación de la sala que llega hasta aquí.

MARCELINA. No, señó, no; es la gente del escenario. Los tramoyistas y los carpinteros, que la quieren mucho.

BELLO. ¡Pues es una verdadera ola!

CHIREL. *Volviendo a tomar nota.* ¡Muy interesante! ¡Muy bonito!

MARCELINA. ¡Pobresita mía!

Llega a su cuarto Nena Teruel conmovidísima, con las lágrimas a flor de los ojos; las mejillas ardientes. El acompañamiento se agolpa a la puerta, sin dejar de aplaudirla. Ella ve a Marcelina e instintivamente se le abraza en silencio. Los aplausos siguen, haciendo más viva la emoción de todos en tal instante. Al cabo, Nena se separa de Marcelina, y habla entre lágrimas, dirigiéndose a los que la aplauden.

NENA. Basta ya, por Dios; basta ya de aplausos, Antonio. ¡Que no puedo más!

ANTONIO. ¡Ea, callarse! ¡Callarse! ¡Callarse todos!

Cesan los aplausos completamente.

NENA. *Tendiendo sus manos a los amigos, sonriente y llorosa a la par.* Señores... *la commedia è finita.* En una noche... en unas horas... de ser a no ser.

ANTONIO. *Tomando la palabra.* Nosotros, señorita Nena, no molestamos más. Nosotros, lo que hemos querido...

CARPINTERO. ¡A ver lo que dices!

TRAMOYISTA. ¡Calla tú, que él sabel

ANTONIO. Hombre, un poco de educación; que no cuesta nada.

CHIREL. *Entusiasmado.* ¡Esto es muy bonito!

ANTONIO. Nosotros, señorita Teruel, no hemos querido más que demostrarle a usted la satisfacción que con usted tenemos por el disgusto que nos causa su despedida.

NENA. Muchas gracias, Antonio.

ANTONIO. Usted ha sido pa nosotros mejor que nadie en este mundo, porque nos ha tratao sin orgullo siempre, valiendo más que otras y pudiendo mandarnos más bien que otras.

GUARDARROPA. ¡Que te cueles!

ANTONIO. ¡Que te calles tú!

CARPINTERO. ¡Hombre, por Dios!

TRAMOYISTA. ¡No estropearla a última hora!

Se produce una ligera disputa en el grupo, que pronto calma Antonio, imponiéndose.

ANTONIO. ¡A ver si va a ser posible! ¡Peece mentira, hombre! ¡Callar!

CARPINTERO. ¡Schssss!

ANTONIO. Uste dispense, señorita Teruel. Es que con el osequio que usted nos ha hecho se ha calentao la gente un poquillo y no hay quien los contenga. De modo y manera que lo más acertao es irnos ya de aquí, y dejarla a usted que descanse, y darle a usted otro aplauso pa que el de los pobres sea el último que se lleve usted en los oídos.

NENA. Id con Dios, id con Dios...

ANTONIO. Hasta mañana si Dios quiere. ¡Otro aplauso!

Rompen a aplaudir todos, secundados ahora por los contertulios presentes, y aplaudiendo se alejan.

CHIREL. ¡Muy bonito; pero muy bonito! ¡Esta nota de la gente humilde es preciosa!

BELLO. A mí me ha tocado en el corazón; lo digo con franqueza.

Llega Tarazona y pregunta, deteniéndose a la puerta del cuarto.

TARAZONA. ¿Se puede pasar?

NENA. Adelante.

Pasa con la venia de la actriz y se acerca a saludarla. Es un hombre de mediana edad, nacido en la Rioja, campechano y francote. Habla con ligero dejillo parecido al aragonés. Viene de «smoking», pero mejor vendría de americana.

TARAZONA. Usted no me conoce, señorita Teruel.

NENA. No, señor; en este momento no caigo.

TARAZONA. No, no; si no me conoce en absoluto; si en su vida me ha visto. Buenas noches, señores.

BELLO. Buenas noches.

MOLINA. Buenas noches.

CHIREL. Buenas noches.

TARAZONA. Al final del segundo acto estuve aquí; pero había tanta gente en el cuarto, que no quise entrar. Era esto un hormiguero.

NENA. Sí, señor; subió todo el mundo.

TARAZONA. Y ahora ya he visto cómo la aplaudía la gente de la casa. Aplausos allá fuera y aquí dentro. Está bien, está bien. Yo me he tomado la libertad de enviarle a usted una cesta de rosas.

NENA. ¡Ah! ¿La cesta toda de rosas es de usted? ¿Es usted el señor... Tarazona?

TARAZONA. Servidor.

NENA. Pues un millón de gracias. La cesta es bellísima. Ha llamado la atención de todos. Empezando por mí.

TARAZONA. Esa es la única opinión que me interesa. Las demás nada valen en el caso presente. Con perdón. Ni la cesta valía nada tampoco antes de estar aquí.

NENA. Muchas gracias.

TARAZONA. La verdad. Si es un atrevimiento o no, discúlpemelo. Y que me lo disculpe su futuro de usted, si por casualidad es alguno de estos señores.

BELLO. ¡Nol ¡nol...

MOLINA. ¡Cal...

TARAZONA. La cuestión es que yo no quería que usted se marchara a su casa sin echarle la despedida, como cantan los mozos de mi pueblo.

NENA. ¿Es usted...?

TARAZONA. De la Rioja. En Logroño vivo, y allí me tiene a su devoción. Usted no sabe lo que yo la admiro, señorita. Este viaje a Madrid no

ha sido más que para asistir a la función de hoy.

NENA. ¿Es de veras?

TARAZONA. ¿Pues no lo ha de ser? Tan de veras como que me cuesta una semana sin cruzar la palabra con mi costilla. ¡Buena se ha quedado!

NENA. ¡Jesús!

TARAZONA. Pero no me importa: ¡tengo todo el año para hablar con ella de lo que se terciel... Yo, señorita Teruel, aunque parezco burdo y zafio por mis maneras y mis expresiones, soy un romántico por dentro. No se rían ustedes. Yo no he visto nunca una actriz que más me enamore y me captive. Ha hecho usted siempre con mi corazón lo que ha querido. Le debo a usted emociones muy hondas, muy puras; noches enteras inolvidables. La he visto a usted y la he aplaudido en casi todas las provincias de España. Y también en América. Así es que cuando supe lo de la retirada, me llevé un gran disgusto. ¿De quién he de esperar yo ahora lo que con usted se me va? Y esto es todo, señorita Teruel. Usted deja el teatro por la casa, y eso es sagrado. Dios la colme de dichas. Por mi parte, dentro del sentimiento de no volver a verla, tengo el gusto de que me acepte usted esas flores y de estrechar su mano.

NENA. Y yo una viva satisfacción en conocerlo a usted y en haber oído cuanto me ha dicho.

TARAZONA. En el temblorcico con que se expresa noto que no es eso una cortesía.

NENA. Puede usted creerlo. Yo no he sabido

fingir nunca más que en escena, y ahora... ya...

Asoman, en plan de despedida, Laura y doña Gertrudis, su madre. Emocionadas besan a la actriz.

LAURA. ¿Usted vuelve mañana?

NENA. Sí; mañana vuelvo.

LAURA. Hasta mañana, entonces.

NENA. Adiós, fea.

DOÑA GERTRUDIS. Hasta mañana, Elena.

NENA. Adiós, doña Gertrudis.

DOÑA GERTRUDIS. Que usted descanse. ¡Loca va ésta con su mantilla!

NENA. Adiós, adiós.

LAURA. Adiós.

NENA. Adiós.

Se marchan madre e hija.

BELLO. Nosotros también los despedimos, que es última hora y usted necesita reposo.

MOLINA. Sí, sí.

Se presenta presuroso Torralba, también de despedida.

TORRALBA. Nenita, ¿quieres algo?

NENA. Muchas gracias, Torralba. ¿Las flores...?

TORRALBA. Repartidas como tú me encargaste. ¿Qué? En el saloncillo queda no más que cuatro cestas. ¿Qué?

NENA. Esas ya las mandaremos mañana.

TORRALBA. Los otros regalos te los enviaré a casita a primera hora.

NENA. Bueno.

TORRALBA. Y a descansar de tantas emociones. ¿Qué?

NENA. ¡Bien lo necesito!

TORRALBA. *Despidiéndose de todos vertiginosamente.* Adiós, Bello. Adiós, Molina. Adiós, Chirel. Señor mío... ¿Qué? ¡Buenas noches! *Volviéndose en la misma puerta.* ¡El trabajo que me ha costado hacer una tablilla sin tu nombre! ¿Qué? ¡Hay que sufrirl! Buenas noches a todos. *Se va.*

TARAZONA. Buenas noches.

BELLO. Elenita, sin palabras, porque la emoción no las tiene. Le deseo a usted en su futuro hogar, en el nido de flores donde va usted a ser la paloma, en ese santuario que forma el amor, le deseo a usted, repito, tan inacabables venturas, tan supremas dichas, mieles tan sabrosas...

MOLINA. ¡Hombre, qué has dicho que te despedías sin palabras!

BELLO. ¡Qué zángano eres! Elenita... *Le estrecha las manos con los ojos en blanco y se aparta de ella con cara de caramelo chupado.*

MOLINA. Yo, sin palabras de veras. Soy siempre su amigo: ¡perdono a su marido de usted! ¡No se puede hacer más!

NENA. Muchas gracias.

CHIREL. Servidor, agradecidísimo a sus deferencias. Sí. Ya le mandaré a usted la revista.

NENA. Lo estimaré mucho.

CHIREL. Miles de enhorabuenas.

NENA. Gracias, gracias. Adiós.

TARAZONA. Pues lo dicho, dicho. A descansar, señorita Teruel, y a mandarme lo que se le ocurra. Si alguna vez puedo servirla en algo, tendré en ello el mismo placer que he tenido aplaudiéndola en todas partes.

NENA. Un millón de gracias.

MOLINA. Buenas noches.

TARAZONA. *A los otros.* Pasen ustedes.

BELLO. *Après vous.*

Se van los cuatro. Nena les sonríe afectuosamente. Pausa. Se miran en silencio Marcelina y ella.

NENA. *Suspirando al cabo.* ¡Ay! Vamos a quitarnos por fin este disfraz. Anda, Marcelina.

MARCELINA. Vamos. *Se entra en el tocador.*

Cuando Nena va a irse, advierte la presencia de don Diego Espinosa, que llega. Durante su breve diálogo con él, vuelve Olmedo, quien aguarda para hablarle a que don Diego se retire.

NENA. ¡Don Diego!

DON DIEGO. Ven aquí, Nena, ven aquí. He estado esperando para despedirme a que se fueran todos los señoritos. No quiero ver a nadie. Ni que nadie me vea. Cuando piso esta casa quisiera ser gas hasta llegar a tu cuarto. ¿Me entiendes?

NENA. De sobra; sí, señor.

DON DIEGO. Con todo el mundo soy áspero y desabrido, y contigo tierno. Mis razones tendré. Te felicito por la última escena: por el arte con que la has hecho, y porque es la última que

haces. Te vas del teatro cuando todavía quedan en él muchos años de flores para ti. Pero no te pese. Creo que tu marido es el hombre que más te quiere en la tierra, por lo mismo que te arranca de aquí.

NENA. ¿Usted no dejará de ir por casa?

DON DIEGO. Cuando tú me llames. Ahora ya no es igual.

NENA. Ahora y siempre será todo igual para usted. ¿Lo oye?

DON DIEGO. Basta, basta; que ya no estamos solos. Y todo se interpreta como quiere el diablo. Adiós, Nena, adiós. Bastante hemos hablado ya.

NENA. Adiós, don Diego.

DON DIEGO. *A Olmedo.* Dios le guarde, caballero.

OLMEDO. Buenas noches, don Diego. Creí que no quería usted nada conmigo.

DON DIEGO.

*¿Si digo que os guarde Dios
bastante agrado no os muestro?*

NENA. ¡Que espero verlo pronto por casa!

DON DIEGO. ¡Cuando tú me llames! *Se aleja murmurando los versos siguientes:*

*Jamás delante de un hombre
mi alta cerviz incliné...*

OLMEDO. La fiera.

NENA. La fiera; así le nombran. ¿Nació fiera, o lo volvieron fiera entre todos?

OLMEDO. Quizás haya algo de las dos cosas.

NENA. ¿Y tú, dónde has estado que no te he visto en toda la noche?

OLMEDO. Lo he hecho adrede.

NENA. ¿Adrede?

OLMEDO. Como no has querido que yo tomara parte en la función, no quise tampoco enojarte con mi presencia.

NENA. *Riéndose.* ¡Jesús, qué cosa más ridícula!

OLMEDO. ¿La encuentras ridícula?

NENA. Y tú también, en cuanto te dé el fresco de la calle. Anda con Dios.

OLMEDO. ¿Me despides?

NENA. Sí hombre; dispensa. Voy a desnudarme; van a apagar la luz. Se ha marchado ya todo el mundo. ¿Qué quieres?

OLMEDO. Nada, nada, mujer.

NENA. Pues hasta mañana.

OLMEDO. Yo no vendré mañana. No tengo ensayo ni función.

NENA. Yo sí vendré. A desalojar esto, a repartir algunas flores, a decirles a todos adiós... ¡Y ahí te quedas, mundo amargo!

OLMEDO. Amargo, sí.

NENA. Para ti no lo ha sido, Román.

OLMEDO. ¿Y tú lo dices?

NENA. Vaya, adiós.

OLMEDO. Adiós. Que seas muy dichosa.

NENA. Espero serlo. Que tú también lo seas.

OLMEDO. Gracias.

NENA. Adiós. *Éntrase en el tocador.*

OLMEDO. *Tras de algunos pasos por la escena, durante los cuales lucha consigo mismo. ¿Para qué he hecho esto? Alzando la voz. Ya me voy, Nena. Buenas noches.*

NENA. *Desde dentro.* Vete con Dios, Román.

OLMEDO. ¿Me dejas que me lleve una flor?

NENA. Coge las que quieras.

OLMEDO. No quiero más que una.

NENA. Es igual. Mañana le enviaré una cesta a tu madre.

OLMEDO. No te molestes.

NENA. No es molestia, tonto. Es gusto que tengo.

OLMEDO. Gracias en su nombre. Adiós.

NENA. Adiós.

Al marcharse Olmedo llega José Manuel. Se reconocen, sorprendidos de hallarse en tal ocasión el uno y el otro, y se hacen una forzada reverencia. Olmedo se retira luego.

José Manuel es hombre de complexión robusta y delicado espíritu. Habla con viveza y calor. Es siempre sincero. Su estado en este instante es crítico; los más extraños celos se han apoderado de su

alma. Viste con sencilla distinción. Træ un gabán al brazo, que tira en seguida sobre un mueble.

JOSÉ MANUEL. ¿Ese hombre, además? ¿Qué hacía aquí ese hombre a estas horas? Y ¿más flores también? ¿Es que han sido pocas las del escenario?

MARCELINA. *Asonándose con curiosidad.* ¿Quién es? *Aterrada al ver a José Manuel.* ¡Josús! ¡quién está aquí! *Se vuelve dentro.*

NENA. ¿Quién?

JOSÉ MANUEL. ¡Yo!

NENA. ¿Tú?

JOSÉ MANUEL. ¡Yo mismo!

NENA. Espera.

José Manuel pasea desasosegado.

JOSÉ MANUEL. He dicho que soy yo, y no es cierto. No soy yo: es otro. Yo no me conozco, a lo menos.

Sale Nena del tocador risueña y anhelante. Se ha desprendido ya de algunas galas, pero aún conserva el traje de la comedia.

NENA. ¿Qué venate es este, criatura? ¿Estás loco? ¿No me dijiste que no vendrías?

JOSÉ MANUEL. Sí; eso te dije: no pensaba venir. No traté de engañarte.

NENA. Ya lo comprendo.

JOSÉ MANUEL. Pero luego no pude hacer mi voluntad. Fueron las circunstancias más fuertes que yo. Y ya ves: he venido.

NENA. Y ¿has estado en el público?

JOSÉ MANUEL. Sí. ¿No te lo ha dicho el corazón? Es verdad que en todo habrás pensado menos en mí.

NENA. ¡Qué cosas se te ocurren! Pero ¿en qué sitio has estado que no te he visto?

JOSÉ MANUEL. Arriba; donde nadie me conocía.

NENA. Eso es: como un hurón. ¡Qué rabia no saber que estabas ahí! No te lo perdono.

JOSÉ MANUEL. Y ¿qué más te daba saberlo o ignorarlo?

NENA. ¿Eso crees?

JOSÉ MANUEL. Entiéndeme: esta noche menos que nunca eras tú mía.

NENA. ¡Esta noche más que nunca lo era!

JOSÉ MANUEL. ¡No!

NENA. ¿Que no?

JOSÉ MANUEL. Eras de tu público, de tu gloria, de tu arte. Lo he visto en los rostros de todos, en las voces que aclamaban tu nombre, en muchos ojos que lloraban, en las manos que te aplaudían frenéticamente.

NENA. ¿Y todo eso lo dejo por ti y era de ellos y no era tuya? ¡Ingrato!

JOSÉ MANUEL. Ingrato, no; celoso.

NENA. ¡Celoso de mi última noche de artista!

JOSÉ MANUEL. Celoso de todo: de los menores movimientos, de los comentarios en voz baja, de los actores que te miraban en la escena...

¡hasta de las flores que te arrojaban a los pies!

NENA. Pero, José Manuel, yo no te he visto nunca de esta manera.

JOSÉ MANUEL. Es posible que no. Me salí a la calle, dispuesto a no presenciar más nada de aquello; me alejé del teatro resueltamente, y a poco me hallé con que lo rondaba. No sabía apartarme de él. Hasta mí llegaba en la calle el vivo estruendo de los aplausos. ¡A cien leguas lo hubiera oído! Y volví adentro.

NENA. ¡Qué puerilidades las tuyas, José Manuel! ¡Qué caro te cuestan y cómo me disgustan a mí! Tú, el hombre de hierro, te vuelves de cera algunas veces.

JOSÉ MANUEL. Sí.

NENA. Lo más insignificante y ligero te deja huella en el corazón.

JOSÉ MANUEL. Sí.

NENA. Justamente la noche de tu gran victoria, la noche en que nuestro amor, en que tu amor triunfa de todo, de mi vocación, de mi gloria, de mi vida, te gozas en atormentarte. ¿Por qué eres de este modo?

JOSÉ MANUEL. ¡Qué sé yo! No parece sino que el aire del teatro está lleno de invisibles espigas para mí. ¡Ojalá no hubiera venido!

NENA. ¿Por qué? ¡Si has debido venir y estar más contento que nadie!

JOSÉ MANUEL. ¡Más contento que nadie...! ¿Y si yo te dijera...?

NENA. ¿Qué?

JOSÉ MANUEL. No, y he de decírtelo; sí, he de decírtelo, porque no sé callarte nada.

NENA. Ni hay razón para ello. ¿Qué te ocurre? Dime ya lo que tienes, hombre. Dímelo.

JOSÉ MANUEL. Por primera vez en mi vida, por única vez desde que nos queremos, he sentido esta noche... no sé cómo expresártelo, Elena... he sentido como la pesadumbre... como el remordimiento...

NENA. ¿De qué, loco?

JOSÉ MANUEL. De esto que hago contigo; de este sacrificio de tu gloria a que mi cariño te ha obligado.

NENA. ¡No sigas!

JOSÉ MANUEL. Ha sido una ráfaga no más; pero he sufrido su influjo y te lo confieso.

NENA. ¡Calla!

JOSÉ MANUEL. Déjame hablar. Por eso estoy aquí a estas horas; por eso he tenido que entrar a verte: para que me repitas, para que me jures otra vez que me quieres a pesar de todo y por cima de todo. Y ha de ser ahora, ahora mismo; cuando aún aturde tu cabeza el eco de los aplausos, que ya perdiste, y cuando aún tiembla tu corazón lisonjeado por las caricias de esta gloria que dejas. ¡Júramelo!

NENA. Yo debiera ofenderme, si no te conociera. ¡Sacrificio mío le llamas a abandonarlo todo por tí! ¿Es que has olvidado cómo te quiero?

¡Ingrato; ingrato otra vez; mil veces ingrato!

JOSÉ MANUEL. ¡No!

NENA. ¡Sí! Dejo esta vida, y si dijese que la dejo sin pena, mentiría.

JOSÉ MANUEL. ¿Ves tú?

NENA. ¿Cómo quieres que no la quiera, hombre, si ha sido mi ser hasta ahora... si en ella y por ella te conocí?

JOSÉ MANUEL. Ciertó. Discúlpame.

NENA. Ya he empezado por disculparte; ya te he dicho que te conozco. Descansa; tranquilízate. Aquí quedaron enterrados esta noche, por la mano más poderosa del amor, laureles y flores de Nena Teruel... Un momento después que hubieras venido, ni siquiera estas galas habrías visto ya. Se acabaron las excitaciones del triunfo, las lágrimas de la injusticia, la pasión de esta vida, que es toda pasión. Cayó a tierra, cuando más firme estaba, mi trono de actriz. Lo ha derribado un soplo de amor. Y ya no deseo más triunfo que el de tu cariño, ni más trono que el de tus brazos. *Conmovida.* ¿Es esto lo que querías oírme?

JOSÉ MANUEL. *Con vehemencia.* ¡Esto es, esto es! Perdóname. Nada me duele más que ser injusto. ¡Y serlo contigo!

NENA. Ya vas volviendo en ti.

JOSÉ MANUEL. Bien dices.

NENA. Pocas palabras han bastado.

JOSÉ MANUEL. Pocas, porque salieron de tu corazón.

NENA. ¡Qué alegríal

JOSÉ MANUEL. ¡Mayor que la tuya es la que a mí me das! ¡Te quiero de tal suerte, que un segundo imaginando que no eres mía, me pesa como un siglol! Dichoso yo que te llevo a mi lado, que acerté a descubrir a través de oropeles y resplandores capaces de cegar u ofuscar a otros, la mina virginal de tu alma. No naciste tú para divertir a los hombres, ni aun de la más noble manera, desde el tablado de la pública escena, sino para alumbrar una casa: mi casa; no nacieron tus ojos para mirar a todos, sino para mirarme a mí; ¿verdad?

NENA. ¡Verdad!

JOSÉ MANUEL. No nació tu corazón para fingir amores, sino para sentir uno solo.

NENA. ¡El tuyo!

JOSÉ MANUEL. ¡Ni nacieron tus mejillas de rosa para teñirse con el colorete de la farsal!

NENA. ¡Si vieras cómo se estremece mi orgullo al oírte decir eso!

JOSÉ MANUEL. ¡Alma mía!

NENA. ¡La casa!... ¡Los hombres pueden comprender—quizás tú solo lo comprendes—qué suerte de ensueño encierra esa palabra para muchas mujeres de las que tienen que salir a divertir a todos al tablado de la pública escena, como tú decías. Sólo tú, nada más que tú, oye esto, entre los muchos que han revoloteado en torno mío, sólo tú me has dicho: «Yo tengo mi casa para ti.»

JOSÉ MANUEL. ¡Para ti, sí, para tí! ¡Mi casa, mi nombre, mi vida!

NENA. ¡Mi vida y mi nombre para tí
De repente se apaga la luz de la escena.

JOSÉ MANUEL. ¿Qué es esto?

NENA. Que nos dejan a oscuras; ya lo ves. Que son las tantas, y el electricista del teatro, o supone que ya nos hemos ido todos o nos quiere indicar que debemos irnos.

JOSÉ MANUEL. ¡Ah!

NENA. ¡Marcelina!

MARCELINA. *Saliendo a tientas del tocador.* Ya, ya voy.

NENA. Llégate y dile a Baltasar que dé luz otra vez y que espere un instante, que en seguida nos marcharemos.

MARCELINA. Vamos ayá. ¡Miste qué gracia, ahora! *Vase.*

La soledad y el misterio de la escena estimulan en este instante el amor de José Manuel.

JOSÉ MANUEL. Ven, nena; ven a mí.

NENA. ¿Qué es eso? ¿Me llamas tú Nena?

JOSÉ MANUEL. ¡Nena por niña, no por tu nombre del teatro! ¡Ven!

NENA. ¿Qué quieres?

JOSÉ MANUEL. Ven. Tenerte cerca.

NENA. No...

JOSÉ MANUEL. Sí... Ahora que no me detiene tu rubor, porque no lo veo, quiero pedirte un beso.

NENA. *Con suave ironía y sentimiento. Deja... Aun tengo en los labios el colorete de la farsa... Espera.*

JOSÉ MANUEL. Esperaré.

Delicadamente le hace apoyar la cabeza en su pecho. Vuelve la luz, y con ella Marcelina del escenario.

MARCELINA. *Contemplando desde la puerta el grupo de los enamorados. ¿Y pa vé esto he ido yo a desí que den luz?*

JOSÉ MANUEL. *Dejando a Nena. ¿Eh?*

MARCELINA. Bartasá me ha dicho que hagas er favó de andá de prisita, que ér tiene que marcharse.

Se entra en el tocador.

NENA. Sí; es cuestión de un minuto. ¿Me aguardas tú, José Manuel?

JOSÉ MANUEL. Te aguardo, sí; te dejaré en tu casa.

NENA. Pues ya salgo. *Éntrase también en el tocador. Antes de entrar le dice, mirándolo con cariñosa coquetería, y en voz muy baja. No te quiero.*

JOSÉ MANUEL. *Paladeando aquella miel. ¡Es mía! ¡Nada más que mía!*

Pasea tranquilo y dichoso.

ACTO SEGUNDO

Alegre y primorosa estancia en casa de José Manuel Ramos. Al foro, amplio mirador de cristales, que da al jardín de un hotel contiguo. Una puerta a la izquierda y otra a la derecha, que respectivamente conducen al interior de la casa y al pasillo que lleva a la calle. Muebles adecuados. Plantas de estufa. Es de día y estamos en otoño.

Aparece Nena sentada junto al mirador leyendo un libro. A poco, cuando más embebida está, llega Marcelina por la puerta del pasillo, con dos tarjetas. Al pronto Nena ni la ve ni la oye.

MARCELINA. *Contemplando a Nena.* ¡Leyendol ¡Claro! ¿Qué va a hasé? ¿Cuándo no es Pascua? Llamándola. Nena. ¡Nenal! ¿Te has caído en un poso? ¡Nenal!

NENA. ¿Eh? ¿Por qué me llamas Nena? ¿No te he dicho que me llames Elena siempre?

MARCELINA. ¡Mujé, si ahora estamos solas tú y yo!

NENA. Aunque estemos solas. Por no acostumbrarte, luego te equivocas delante de José Manuel, y no hay para qué contrariarlo. Además, no quiero, no me gusta este género de reservas;

me duele la boca de repetírtelo. A solas conmigo es lo mismo que delante de él.

MARCELINA. Güeno, hija, güeno; pierde cuidado, que no gorveré a yamarte más que Elena. ¡Has cambiao hasta er genio! Si a mí me hubieran dicho argún día que mentá en tu casa a Nene Terué iba a sé un delito, ¡me hubiera reío pocol

NENA. No es que sea un delito; es que a mi marido le desagrada. Y no hay más que hablar.

MARCELINA. Le desagrada eso y le desagrada que se nombre na der teatro, hija mía. ¡Mía que los ojos que me echó anoche porque me puse a referí una funsión!

NENA. Pues así hay que tomarlo.

MARCELINA. Pasiensia y barajá. Ten estas dos tarjetas que er portero ha subío.

NENA. *Después de mirarlas.* Ponlas ahí en el tarjetero.

MARCELINA. *Obedeciéndola.* Es muy graciosa esta manera de hasé visitas: se yega a la puerta e la caye, se le dobla un pico a la tarjeta, se le entrega ar portero... y ya se ha hablao con toa la familia. ¡Es lo mismo que mandá abrasos y besos por cartal

NENA. Lo mismo.

MARCELINA. ¿Pos no es verdá? Por supuesto, argunas veces más vale vé sólo la tarjeta. ¡Porque mira, *Elena*, que vienen a tu casa unos tipos...!

NENA. Calla.

MARCELINA. Se conose que los ingenieros no tratan más que con avechuchos.

NENA. ¿Quieres callar?

MARCELINA. Ayé dos ingleses como dos fideos amariyos; antié un alemán que era cuadrao: no cabía a salí por el asensó. ¡Y sin peanas! ¡Pisó a la perra y se oyó en mi pueblo el auyío. ¡Y cuarquiea los entiendel ¡Esta casa es la Torre e Babél

NENA. Bueno, déjame, Marcelina, que estoy leyendo. ¿Qué yerba has pisado?

MARCELINA. Ninguna. ¿Quiéres luego er coche?

NENA. No. No salgo esta tarde.

MARCELINA. Ya, ni er paseo.

NENA. Mujer, no tengo ganas hoy.

MARCELINA. Ni hoy, ni ayé, ni antié, ni tras de antié.

NENA. Anda, anda, vete; déjame, te digo.

MARCELINA. Sacaremos a la perra a la caye. ¡Que siquiera el animalito respire por ahí! Hasta luego. ¡Un novio le vi a buscá der teatro!

NENA. *En tono reprensivo.* ¡Marcelinal

MARCELINA. ¡Argunas veses tendría que sé muda pa no mentarlo! ¡Ay, qué tres añitos de hogá tranquilo! ¡Dios me los tome en cuenta!

Se va sofocadísima por donde llegó.

NENA. ¡El pan nuestro de cada día! *Riendo.* Y se cree un prodigio de disimulo.

Queda un instante pensativa, suspira después y sigue su lectura.

Del interior de la casa viene José Manuel.

JOSÉ MANUEL. Hola. ¿leyendo todavía?

NENA. Me ha interesado mucho esta novela.

JOSÉ MANUEL. No la conozco.

NENA. ¡Si tú no lees más que librotos!

JOSÉ MANUEL. Hijja, los que me interesan a mí.

NENA. Estos también te interesarían si los leyeras.

JOSÉ MANUEL. Pero no tengo tiempo.

NENA. ¡Dichoso tiempo! Siempre te falta para todo lo que sea distracción; para todo lo que a mí me gusta.

JOSÉ MANUEL. ¿Para todo?

NENA. Hombre, en general. Ven aquí. Mira cómo tienes los ojos; se te van a poner malos. Trabajas mucho; no descansas.

JOSÉ MANUEL. Cuando estoy metido en una empresa grande, como ahora, no sé dejar nunca los papeles. El único descanso que les permito a mis ojos es el de mirarte.

NENA. *Con aire de cariñosa queja.* Pues descansan muy poco, José Manuel.

JOSÉ MANUEL. Pero como es un descanso que a la vez los recrea, les aprovecha más.

NENA. Déjate de flores. No tienes horas para mí. Vives en tu despacho, en tu mundo, en tu fiebre. Algunas veces me dan celos de tu ayudante.

JOSÉ MANUEL. ¡Qué gracial ¡Celos de Evaristo!

NENA. ¡Claro! ¡Es una adoración la que sientes por él!... ¡Demonio de hombre! ¡Más antipático!...

JOSÉ MANUEL. ¡Ah, no! Evaristo es una verdadera alhaja. Me sirve a maravilla. Tiene muchísimo talento. Y es de bronce; incansable. Se lleva si hace falta dos noches en vela, y lo tienes como si se acabara de levantar.

NENA. ¿Cuándo lo mandas a un viajecito?

JOSÉ MANUEL. Muy pronto.

NENA. ¿A las obras del ferrocarril de Canales?

JOSÉ MANUEL. Cabal.

NENA. Me parece admirable idea.

JOSÉ MANUEL. Lo malo es que yo habré de acompañarlo.

NENA. ¡Espantárame a mí! ¡Te digo que le tengo rabia! Siempre te me roba. Y ¿a qué vas tú a Canales, puede saberse, habiendo estado hace veinte días?

JOSÉ MANUEL. Voy porque ha habido una desgracia entre los obreros.

NENA. Ya.

JOSÉ MANUEL. El capataz le quitó importancia, pero yo no me puedo tranquilizar sin ver lo que es. Además, en estos casos dolorosos, nada agradecen ellos tanto como mi presencia. Significa cariño, atención, interés, no de jefe, sino de prójimo. Por eso quiero ir.

NENA. Siendo así, nada te diré yo que se oponga a ello. Pero, mira, vuélvete luego sin Evaristo; déjalo allí unos días.

JOSÉ MANUEL. *Riendo.* ¡Haré lo posible por complacerte! Qué, ¿esta tarde no sales?

NENA. No. Me he emperezado. Si contara contigo, tal vez sacudiría la pereza.

JOSÉ MANUEL. Mañana; hoy no puedo.

NENA. Mañana ayunará Gálvez.

JOSÉ MANUEL. Mujer, hoy estoy esperando a un amigo.

NENA. ¡Por vida de los amigos!

JOSÉ MANUEL. Este viene a traerme un negocio.

NENA. ¡Por vida de los negocios! Y ¿qué amigo es?

JOSÉ MANUEL. ¡Un aparecido! ¡Hacía un siglo que no lo veía! Nos conocimos en los años en que yo estuve estudiando en el extranjero. En París vivimos juntos dos meses.

NENA. ¡Ah! vamos; algún camarada de estudios.

JOSÉ MANUEL. No; él es hombre de más edad que yo. Estaba en París divirtiéndose. Simpatizamos mucho. Ahora viene a hablarme de un salto de agua que hay cerca de unas posesiones suyas y que él quiere aprovechar como fuerza eléctrica. Allá veremos.

NENA. Y ¿a qué hora lo esperas?

JOSÉ MANUEL. Pronto. No debe de tardar.

NENA. Pues encantada yo. Mientras tú despachas con él me arreglo un poco, y cuando él se vaya nos marchamos los dos por ahí. Hay tarde para todo, ¿no?

JOSÉ MANUEL. No, no. Ya sabes que me inquieta que se me aguarde. A lo mejor nos enredamos a hablar, y me pongo nervioso pensando en que tú estarás impaciente. ¿Por qué no te vas con Marcelina?

NENA. En todo caso me iría un rato sola al Retiro. Pero como a ti no te agrada que vaya al Retiro, y mucho menos sola...

JOSÉ MANUEL. No es que no me agrade que vayas al Retiro, Elena; es que me asombra que te agrade a ti. Yo no he visto cosa más ridícula que ese dar vueltas y más vueltas unos detrás de otros para hacerse un saludo de cuando en cuando. ¿Hay manera de perder el tiempo con menos gracia?

NENA. Hombre, pintado así... Pero al Retiro no se va a eso. Se va, en primer lugar, a gozar del sitio, que es hermoso; a darles un poco de calma a los nervios; a charlar, a comentar, a ver gente... A mí me gusta; te soy franca.

JOSÉ MANUEL. A mí no; te soy franco también.

NENA. Pues por eso no voy. Tengamos aquí la del teatro.

JOSÉ MANUEL. El teatro es otra cosa.

NENA. Para mí es lo mismo que el paseo: ¡no voy nunca!...

JOSÉ MANUEL. Hija, ¡si se acaba tan tarde!... Se acuesta uno rendido... Yo necesito levantarme temprano... No es capricho; es razón. Convéncete.

NENA. ¿Y de día? Ahora hay muchas funciones de tarde.

JOSÉ MANUEL. Y ¿no es un contradiós, si se tiene un día libre, meterse en un local cerrado, con mala atmósfera, a estar incómodo y a ver cualquiera de esos adefesios que ahora se representan, en lugar de escaparse al campo a respirar bien, lejos del trabajo y del mundo?

NENA. Sí, sí; desde tu punto de vista, sí. Pero ¿y yo? Cuenta que sacrificaría de buen grado todo, teatros, paseos, diversiones, si estuviera contigo; ¡pero si tampoco te tengo a til! ¡Si te me ha secuestrado el ayudantel

JOSÉ MANUEL. ¡Ja, ja, ja!

NENA. Te aseguro que no sé qué hacer ni qué inventar para que las horas en que estoy sin ti no sean tan largas... Este ocio constante me cansa, me agota, me descontenta sobre todo. Del piano, al libro, del libro, a los trapos, de los trapos, al libro otra vez... Y así un día y otro... sin que nada importe, sin que nada llene la vida... ¡Ay, José Manuel! ¡Si vieras tú lo que a mí me enoja pensar en esto! Para mí vives y yo para ti, y sin embargo... no es bastante. A ratos la casa está vacía: parece que o no estás tú... o no estoy yo. ¿Verdad?

JOSÉ MANUEL. No me digas eso, que me entristece mucho. Si es verdad, no quiero que lo sea: haré lo posible porque no lo sea. Más te digo: para mí en la casa siempre estás tú; por eso me

duele no estar yo siempre para ti. Hasta en mi cuarto de trabajo, donde paso las horas enteras absorbido por algo que de ti nada tiene, allí estás alentándome, siguiéndome, ayudándome a veces... El jarro con rosas que pones todas las mañanas en mi mesa, delante de mis ojos, es para mí como imagen tuya.

NENA. No puedo hablarte de ciertas cosas porque siempre las llevas al extremo, y te hago daño sin querer... Pero yo... *Con graciosa zalamería.* Mira, para que lo entiendas sin enfadarte: a mí no me satisface del todo estar contigo en forma de rosas en un jarro, sino así... como estamos ahora. ¿Lo entiendes?

JOSÉ MANUEL. *Con vehemencia y pasión.* ¡Lo entiendo y te quiero más cada día!

NENA. *Sintiendo que alguien llega.* Quitale, tonto.

JOSÉ MANUEL. ¿Qué?

NENA. La chica.

La chica se llama Asunción y es de Ávila. No se sabe más de ella. Viene por la puerta del pasillo y trae una tarjeta en una bandejita de plata.

ASUNCIÓN. Señor. Este caballero pregunta por el señor.

JOSÉ MANUEL. Será... *Viendo la tarjeta.* Sí; el mismo. Que pase.

ASUNCIÓN. ¿Al despacho del señor?

JOSÉ MANUEL. No; aquí.

ASUNCIÓN. Está bien. *Se va.*

JOSÉ MANUEL. Lo recibo aquí porque es un

amigo de confianza y quiero presentártelo.

NENA. ¡Hombrel! ¿Quién se quiere morir?

JOSÉ MANUEL. ¿Qué te sorprende?

NENA. Como rara vez se te ocurre presentarme a un amigo...

JOSÉ MANUEL. No... según quien sea... Este es muy simpático y muy dicharachero, y te hará reír.

NENA. Pues hasta ahora.

JOSÉ MANUEL. ¿Adónde vas?

NENA. A retocarme un poco... ¡Se trata de un acontecimiento!

JOSÉ MANUEL. Burloncito está el día.

NENA. Sí; ha cambiado el aire. Mira con qué facilidad. En seguida vuelvo. *Vase al interior de la casa.*

José Manuel la ve marcharse, con semblante risueño. Luego se vuelve hacia la otra puerta y aguarda a que llegue su amigo.

Los aficionados a adivinar los acontecimientos de las comedias imaginarán que el amigo que ahora viene es uno que se va a enamorar de la esposa, y cádate el conflicto. Pues, no, señor: el que viene es aquel señor Tarazona, de la Rioja, a quien conocimos en el cuarto de Nena Teruel, la noche de su despedida.

TARAZONA. Desde la puerta del pasillo. ¿Hay permiso?

JOSÉ MANUEL. ¡Adelante, hombre!

TARAZONA. ¿Cómo te va, mocete? *Lo abraza.*

JOSÉ MANUEL. Bien, ¿y tú?

TARAZONA. ¡Tan campante! ¡Qué bien vives, truhán!

JOSÉ MANUEL. Siéntate.

TARAZONA. ¡Qué casica más majal! Y esta habitación es un fanal. ¡Mira que es alegre!

JOSÉ MANUEL. Sí; tiene mucha luz y unas vistas hermosas.

TARAZONA. ¿El jardín es tuyo?

JOSÉ MANUEL. No; pero lo mismo que si lo fuera. Es del hotel de al lado, y disfruto de él. Y el comedor, y mi despacho, y el gabinete de Elena, y todas las habitaciones en que más estamos, dan también a este mismo jardín.

TARAZONA. ¿Elena es el nombre de tu mujer?

JOSÉ MANUEL. Elena, sí; Elena.

TARAZONA. Bonito nombre. Y la persona andará en consonancia, seguramente.

JOSÉ MANUEL. Ahora la verás. Le he dicho que quiero presentarte.

TARAZONA. ¿Es madrileña?

JOSÉ MANUEL. No; es jerezana. Hija de un coronel de artillería muy nombrado. Acaso lo conozcas tú: Ruiz Tudela.

TARAZONA. No; no lo conozco.

JOSÉ MANUEL. Una familia muy considerada en Andalucía.

TARAZONA. ¿Cuántos hijos tienes?

amigo de confianza y quiero presentártelo.

NENA. ¡Hombrel! ¿Quién se quiere morir?

JOSÉ MANUEL. ¿Qué te sorprende?

NENA. Como rara vez se te ocurre presentarme a un amigo...

JOSÉ MANUEL. No... según quien sea... Este es muy simpático y muy dicharachero, y te hará reír.

NENA. Pues hasta ahora.

JOSÉ MANUEL. ¿Adónde vas?

NENA. A retocarme un poco... ¡Se trata de un acontecimiento!

JOSÉ MANUEL. Burloncito está el día.

NENA. Sí; ha cambiado el aire. Mira con qué facilidad. En seguida vuelvo. *Vase al interior de la casa.*

José Manuel la ve marcharse, con semblante risueño. Luego se vuelve hacia la otra puerta y aguarda a que llegue su amigo.

Los aficionados a adivinar los acontecimientos de las comedias imaginarán que el amigo que ahora viene es uno que se va a enamorar de la esposa, y cádate el conflicto. Pues, no, señor: el que viene es aquel señor Tarazona, de la Rioja, a quien conocimos en el cuarto de Nena Teruel, la noche de su despedida.

TARAZONA. Desde la puerta del pasillo. ¿Hay permiso?

JOSÉ MANUEL. ¡Adelante, hombre!

TARAZONA. ¿Cómo te va, mocete? *Lo abraza.*

JOSÉ MANUEL. Bien, ¿y tú?

TARAZONA. ¡Tan campantel! ¡Qué bien vives, truhán!

JOSÉ MANUEL. Siéntate.

TARAZONA. ¡Qué casica más majal! Y esta habitación es un fanal. ¡Mira que es alegre!

JOSÉ MANUEL. Sí; tiene mucha luz y unas vistas hermosas.

TARAZONA. ¿El jardín es tuyo?

JOSÉ MANUEL. No; pero lo mismo que si lo fuera. Es del hotel de al lado, y disfruto de él. Y el comedor, y mi despacho, y el gabinete de Elena, y todas las habitaciones en que más estamos, dan también a este mismo jardín.

TARAZONA. ¿Elena es el nombre de tu mujer?

JOSÉ MANUEL. Elena, sí; Elena.

TARAZONA. Bonito nombre. Y la persona andará en consonancia, seguramente.

JOSÉ MANUEL. Ahora la verás. Le he dicho que quiero presentarte.

TARAZONA. ¿Es madrileña?

JOSÉ MANUEL. No; es jerezana. Hija de un coronel de artillería muy nombrado. Acaso lo conozcas tú: Ruiz Tudela.

TARAZONA. No; no lo conozco.

JOSÉ MANUEL. Una familia muy considerada en Andalucía.

TARAZONA. ¿Cuántos hijos tienes?

JOSÉ MANUEL. ¡Hombre, si llevo tres años de casado!...

TARAZONA. ¿Tienes tres entonces?

JOSÉ MANUEL. No; no tengo ninguno.

TARAZONA. ¡Pues no sale la cuenta!

JOSÉ MANUEL. Ya vendrán.

TARAZONA. ¿Los deseas?

JOSÉ MANUEL. Ardientemente; más por mi mujer que por mí.

TARAZONA. ¿Quieres que te mande yo un par de ellos? A mí me sobran.

JOSÉ MANUEL. Tú tienes ocho, ¿no?

TARAZONA. Nueve. Y también estuve tres años esperándolos; ¡conque abre el ojo!

JOSÉ MANUEL. ¡Ja, ja, ja!

TARAZONA. Con los hijos pasan cosas muy chuscas. El primero... ¡hay que ver cómo se recibe al primero! Lloran el padre, lloran la madre, lloran los abueletes... ¡todos de alegrías! ¡Qué bien se está en la casa! Que si varón, que si hembra, que si Juan, que si Pedro, que si Roque... ¡Un hogar feliz! El crío, un tirano: todos pendientes de él. Adelante. Se anuncia el segundo, y la preocupación principal es el sexo. Si se tiene una hembra se quiere un varón, y si se tiene un varón, una hembra. Y llega lo que falta, y ya se formó la parejita. ¡Tan contentos! Al tercero no se le encuentran tantos alicientes, porque en ese punto del sexo no cabe novedad: niño o niña tiene que ser; no hay escape. El cuarto... el cuarto, mocete, te

hace rascarte la cabeza, más que por el crío, porque ves que la señora le ha cogido el tranquillo al asunto, y no sabes adonde va a llevarte... Y ya desde el quinto para arriba te entregas a tu sino sin comentarios, y ¡sea lo que Dios quiera! Metes la cabeza debajo del ala, los bautizas con el nombre del santo del día... ¡y a vivir! ¡No vas a matarlos! ¡Ellos son los únicos que no tienen la culpa!...

JOSÉ MANUEL. *Riéndose.* ¡Bien, hombre, bien! No te cambia el humor con el tiempo.

TARAZONA. Ni con el tiempo ni con la descendencia.

JOSÉ MANUEL. Sí; que ya teniendo tantos, deben de ser un cuidado incesante.

TARAZONA. Te diré; te vas haciendo a ello. ¿No ves que no nacen todos de un golpe?

JOSÉ MANUEL. Yo uno sí lo quiero; la verdad. No quiero quedarme sin un hijo.

TARAZONA. Pues, hombre... ¡Vamos!... Comprende que... ¡Esa es una de las pocas cosas que no se le pueden pedir al Gobierno!

JOSÉ MANUEL. No; de veras.

TARAZONA. De veras hablo yo.

JOSÉ MANUEL. Un matrimonio enamorado sin hijos es algo desconsolador, como todo lo que es estéril sin deber serlo .. Calor que se desparrama, que se pierde, que se va... Viene a ser como mucha luz que no halla un foco que la recoja. ¿No es así?

TARAZONA. Sí, así es; eso del foco es muy exacto. Pero un foco o dos, mocete, un foco o dos; ¡porque nueve focos son capaces de dejarte ciego!

JOSÉ MANUEL. *Fingiendo indignación.* ¡Hablaba en serio, señor mío!

TARAZONA. ¿Y de suegra, qué tal andamos?

JOSÉ MANUEL. No la padezco. Vive con su marido allá en Jerez. Pero tengo en casa a una tal Marcelina, andaluza, amiga y servidora antigua de mi mujer, de quien no he podido librarme, y que tiene todos los inconvenientes de las suegras y ninguna de las ventajas.

TARAZONA. ¿Ventajas? ¡Cómo se conoce que la tuya vive en Jerez!

JOSÉ MANUEL. Ahí viene ya Elena.

Tarazona echa la vista hacia la puerta del interior, y al reconocer a Nena casi da un salto, sorprendido.

TARAZONA. ¿Eh?

JOSÉ MANUEL. ¿Qué?

TARAZONA. ¡Pero, hombre! *Acercándose más a la puerta, para cerciorarse, y haciendo luego todo género de aspavientos.* ¡Pero, hombre!

JOSÉ MANUEL. ¿Qué te pasa?

TARAZONA. ¡Esta sí que es buena! ¡Pero, hombre! ¿Es posible?... ¡Vaya si es posible! ¡La misma!

JOSÉ MANUEL. ¡No te entiendo!

Sale Nena.

NENA. Muy buenas tardes.

TARAZONA. ¡Buenas tardes! ¡Dichosos los ojos!
¡Le digo a usted que esto no me pasa más que
a mí!

JOSÉ MANUEL. Pero...

NENA. ¿Cómo?

TARAZONA. ¡Chico, chico, las veces que te he
llamado bruto sin saberlo!

NENA. ¿Qué dice?

TARAZONA. ¿Cómo está usted? ¿Usted no se re-
cuerda?

NENA. No... no...

JOSÉ MANUEL. *Turbado.* ¡Ah! ¿Conocías tú..?

TARAZONA. ¡Naturalmente! ¿Quién no ha de
conocerla, hombre? ¡Hace falta tu santa pachorra
para no decirme con quién te habías casado! ¡Qué
hija de coronel de artillería ni qué enredos! ¿Te-
nías más que haber nombrado a Nena Teruel y
estábamos al cabo de la calle?

JOSÉ MANUEL. Como para mí eso era un ac-
cidente y hace ya tres años que dejó de llamarse
Nena Teruel...

TARAZONA. Es verdad; que tú me has dicho
otro apellido.

NENA. Sí, señor, sí; yo no llevé nunca en la
escena el apellido de mi padre.

JOSÉ MANUEL. *Con jovial ironía.* No sonaba
bien. Y en el teatro... ¿De manera que eran uste-
des amigos...?

Nena no sabe qué contestar.

TARAZONA. No; yo no le he hablado más que una vez: la noche en que se despidió del público.

NENA. ¡Ah... sí!

TARAZONA. Le mandé a usted una cesta de rosas... Eusebio Tarazona, me llamo.

NENA. Sí, sí; ya recuerdo, ya. Entró usted en mi cuarto cuando se había acabado la función.

TARAZONA. ¡Eso es!

NENA. Y me dijo usted que había hecho el viaje ex profeso.

TARAZONA. ¡Ajajál!

NENA. Y hasta añadió que iba o costarle que su esposa no le hablara en una semana.

TARAZONA. ¡Mira cómo se acuerda!

NENA. *Sonriendo.* ¿Fué así lo de su esposa?

TARAZONA. ¡Quiál! ¡Todo lo contrario! ¡Estuvo una semana sin callarse! Y ¡qué cosas me dijo!

NENA. Menos mal. Porque ahora no me lo habría perdonado. ¿No se sienta usted?

TARAZONA. ¡Ya lo creo que me siento! ¡Y no me levanto en una hora! ¡Pues apenas he tenido alegría con esta sorpresa! José Manuel se ha quedado sin habla.

JOSÉ MANUEL. No... es que también a mí me ha sorprendido...

La conversación disgusta y mortifica más a cada instante a José Manuel, que apenas logra fingir cierta cordialidad y atención.

TARAZONA. ¡Que sea enhorabuena, mocete;

que sea enhorabuena! ¡Ya fiaba yo en tu gusto, yal! ¡Esto es casarse, y lo demás es perder el tiempo!

Se ríe Nena.

JOSÉ MANUEL. ¿No te dije que te haría reír?

TARAZONA. Te advierto que admiradores apasionados habrá tenido ella, pero como Eusebio Tarazona no ha tenido ninguno.

JOSÉ MANUEL. Sí: por eso me has llamado bruto tantas veces.

TARAZONA. ¡Por eso! ¡Y no me vuelvo atrás! ¡Quitarnos a todos este regalol...

NENA. *Tratando de cambiar el rumbo de la conversación.* Bien, bien; eso es agua pasada ya; son cosas que se fueron...

JOSÉ MANUEL. Exacto.

NENA. Hablemos de las cosas presentes, ¿no?

TARAZONA. Pero ¿es posible que no goce usted en recordar sus días de gloria? ¡Algunas veces he hablado yo de esto con mi mujer, poniendo a éste como los trapos! ¡Ja, ja, ja! ¡Quién había de decirme que éramos tan amigos! ¡Tenía usted en la escena un imán, una luz!... ¡La que deslumbró a este charrán! Sugestionaba usted a la gente; sin que se ofenda su modestia. ¿Y aquella manera de decir los versos? ¡Qué voz tan llena de secreticos! ¡Cómo sabía meterse en el corazón! Tú estarás en grande: cada lunes y cada martes tendrás representaciones para ti solo. ¿No siente usted de cuando en cuando una comezoncilla de volver...?

JOSÉ MANUEL. *Interrumpiéndolo.* No; no siente comezón ninguna. Se ha olvidado completamente...

TARAZONA. No te pregunto a ti; le pregunto a Nena.

JOSÉ MANUEL. A Elena.

NENA. Recordar, sí recuerdo a ratos... ¿Cómo no? Fué mi vida durante unos años... Vida apasionada, vida inquieta... Pero otra cosa, no. Sentir nunca el deseo... no. Aquello quedó sepultado; pertenece a otro mundo.

JOSÉ MANUEL. Ya lo oyes.

TARAZONA. Pues ¡qué sé yo! Me parecía a mí que era difícil... ¡Yo hice una vez en aficionados *El puñal del godo* y me acuerdo todos los días!... No me diga que no, que a lo menos cuando vaya usted al teatro...

NENA. Voy muy poco al teatro.

TARAZONA. ¿Y eso?

NENA. Éste hace una vida especial... tiene que trabajar mucho por las mañanas...

TARAZONA. ¡Vaya por Dios! Lo sentirá usted.

NENA. Sí lo siento, sí; pero lo primero es lo primero. Ya me lleva siempre que puede.

JOSÉ MANUEL. Muchas veces no vamos, la verdad, Eusebio, porque me fastidia el revuelo del público apenas aparezco con ella. La gente es imprudentísima y muy descarada.

TARAZONA. Eso sí; y te tienen tirria más de cuatro.

NENA. ¡Qué tontería!

TARAZONA. ¡Y más de cinco!

JOSÉ MANUEL. ¿Y envidia, no me tienen?

TARAZONA. ¡Puño, que si te tienen envidia!
¡Todos los que la conocieron! Empezando por mí,
ahora que no me oye la de la tierra de los pi-
mientos.

Se rien los tres.

NENA. Gran humor el de usted, amigo.

JOSÉ MANUEL. Ya te lo anuncié. *Impaciente.*
Oye, y cuando quieras vamos a mi despacho...

TARAZONA. ¡Bah! Tiempo hay de todo. ¿Quién
se ocupa ahora del salto de agua? ¡Estoy viendo
que va a resultar una salivica!... Para salto, el mío,
al ver a tu mujer. ¿Quieres creer que no me acos-
tumbro? ¡Esta noche sueño yo con esta escenar!

NENA. Pero ¿qué afición le tiene al teatro!

TARAZONA. Es mi delirio. Lo ha sido siempre.
¿Ha visto usted la que dan ahora en el Español?

NENA. No... no vamos hace tiempo.

TARAZONA. Pues no dejes de llevarla a ver esa
obra, mocete. Le gustará, le gustará. Tiene mucha
poesía: remueve el corazón.

NENA. ¿Cuál es? *¿Flores de invierno?*

TARAZONA. *Flores de invierno*, sí. ¡Bonita obra!
Y ¡cómo la hacen! Sobre todo, este muchacho Ol-
medo está maravilloso.

NENA. ¿Sí?

TARAZONA. Ha tenido un triunfo. ¡Qué pre-
sencia más agradable, qué voz más persuasiva,

qué emoción dramática en algunos momentos!

NENA. Sí; vale mucho Román.

JOSÉ MANUEL. ¿Quién?

NENA. Román Olmedo; así se llama...

TARAZONA. ¡Que si vale! Hay una escena en esa obra que me puso el vello de punta. Se despide de una mujer con quien tuvo los primeros amores de su vida y a quien se llevan lejos y para siempre, y aquello no es comedia, no es ficción: es la verdad misma; es que te cala en lo más vivo.

JOSÉ MANUEL. ¡Vivir para ver!

TARAZONA. No lo dudes.

JOSÉ MANUEL. ¿Cómo no he de dudarlo, si tengo a ese Olmedo—ya que recuerdo de quién se trata—por uno de los cómicos más cursis que hay bajo la capa del sol?

TARAZONA. Mocete, tú estás confundido por fuerza.

JOSÉ MANUEL. No, no; sé quién es.

TARAZONA. Nena, ¿usted oye esto?

NENA. Sí; a lo mejor cuestión de antipatía personal. Éste en sus antipatías es implacable. Y una de las mayores...

TARAZONA. ¿Es Olmedo?

NENA. No, señor: el teatro.

TARAZONA. ¿El teatro? ¡Puñol! Pero ¿a ti no te gusta el teatro y te has casado con una actriz?

JOSÉ MANUEL. Ahí verás: para quitársela al

teatro, precisamente. Porque no debía estar en él quien tanto vale.

NENA. ¿Le parece a usted que le dé las gracias?

TARAZONA. ¡Lo que me parece es que hay teorías para todo!

NENA. Por eso vamos menos, diga él lo que quiera; porque siempre vuelve con el humor torcido.

JOSÉ MANUEL. Es cierto; en el fondo, es cierto. Me inspira el teatro una repugnancia instintiva; un desdén absoluto.

TARAZONA. ¡Mocete!

JOSÉ MANUEL. ¡Es un arte ridículo!

TARAZONA. ¿Que es ridículo dice? ¿Y usted no lo confunde?

JOSÉ MANUEL. Y si no quieres llamarle ridículo, llámale infantil; de criaturas. Todo en él es contrahecho y falso; artificioso, pueril, mezquino. Muñecos les llaman a sus personajes y están bien bautizados; muñecos son. Convenceos: entre esos árboles y esos montes de papel o de lienzo, y esos muros que tiemblan al abrirse o cerrarse puertas o ventanas, mal puede ocurrir cosa alguna que tenga grandeza.

TARAZONA. ¡Puñol! ¡Por dónde se apea el ingeniero! ¡Quería los montes de verdad y las casas de piedral! ¿Quién iba a mover las decoraciones, mocete? ¡Sólo el Padre Eterno podía ser tramoyista!

NENA. Pues a pesar de sus exageraciones, y a pesar suyo, sepa usted que más de una vez lo he sorprendido yo en el teatro con los ojos llenos de lágrimas.

JOSÉ MANUEL. Sí, no lo niego; a veces llego a emocionarme. Y con lo más sencillo: un soldado que se va; la banda que se oye; algún cantar del campo que suena lejos... Siempre es algo humano, algo que se parezca a la verdad lo que me conmueve; pero jeso se da tan de tarde en tardel

TARAZONA. ¡Hombre, si no vas nuncal ¡Es como el que no juega a la Lotería y quiere que le toque el gordol ¡Pues sí que tendrán ustedes cada gresca a cuenta del teatro, que me río yol

NENA. No, no; se engaña usted: ni una sola.

JOSÉ MANUEL. Ni una sola.

NENA. Él piensa así, y yo lo dejo; y no tengo que jurar que yo pienso de distinto modo enteramente.

TARAZONA. ¡Es naturall

NENA. A mí me encanta de tal manera el teatro, lo encuentro arte tan prodigioso, que se me figura cada representación como una cosa que se sueña.

TARAZONA. Digo, ¿eh?

NENA. El solo milagro de juntar en una tantas voluntades, de unir tantas vidas en un momento, de llevar a todos los corazones un mismo ritmo, ya merece que el teatro sea mirado con simpatía y con amor.

TARAZONA. ¡Bien dicho!

NENA. Se le llama templo, y lo es: une a los hombres; los hace hermanos. Y también, como el templo, sabe crear esa emoción del silencio, que es tan honda y tan pura. ¿Verdad?

TARAZONA. ¡Muchol ¡muchol! Míreme usted los ojos.

NENA. *Exaltándose.* Cuando yo representaba, lo recuerdo bien, más que con el aplauso delirante, que hacía temblar la sala, más que con la risa atronadora, gozaba sintiendo ese silencio. Mentira me parecía lograrlo en ocasiones con un ademán, con una mirada, con una palabra. Todos los ojos hacia mí; todos los pechos contenidos; todas las almas pendientes de la mía... *Dirigiéndose a José Manuel.* ¡No me digas que no es esto bello!

JOSÉ MANUEL. Para ti lo es, sin duda. Bien lo demuestra el ardor que has puesto en tus palabras.

NENA. Y para ti también lo es... sólo que tú no lo confiesas.

TARAZONA. Bueno, bueno; ahora sí que nos vamos tú y yo a hablar del saltico de agua. ¡Acabemos esta conversación con una ducha! ¡No quiero yo que la primera disputa por el teatro se me deba a mí, que tanto lo quiero!

NENA. No; no tema usted...

TARAZONA. Por si acaso. Anda, anda. ¿Por dónde se va? ¿Por aquí?

JOSÉ MANUEL. Sí; por aquí. Vamos. Pero no por lo que tú temes.

TARAZONA. El diablo las carga. ¿Verdad, Nena?

JOSÉ MANUEL. Llámale siempre Elena.

TARAZONA. Hasta ahora, pues. No me despidó. *Va a irse con José Manuel y de pronto se vuelve a Nena y le pregunta:* ¿Se acuerda usted de un beneficio suyo en Zaragoza... en que la obligaron a usted a cantar... y usted soltó un par de joticas?

JOSÉ MANUEL. Anda, hombre.

TARAZONA. ¿Se acuerda usted?

NENA. ¡Vaya si me acuerdó!

TARAZONA. ¡Buena polvareda se armó en la sala! Un baturro le dijo a usted... *Considerando que no está el horno para rosquillas.* ¡Se me olvidó de pronto! Echa ya para el despacho, ingeniero.

JOSÉ MANUEL. ¡Si tú eres el que se detiene!

NENA. Vayan con Dios.

TARAZONA. Hasta ahora.

José Manuel y Tarazona se entran por la puerta de la izquierda.

NENA. Disgustado va. Bien lo conozco... ¿Quién había de decirle que su amigo?... Y ese hombre no se ha dado cuenta de lo que ha hecho; le ha puesto delante de los ojos lo que más podía lastimarle.

Llega Marcelina muy regocijada por la otra puerta.

MARCELINA. ¿Qué haces? ¿Estás representando?

NENA. ¿Eh? ¡No!

MARCELINA. Pos argo tienes tú, porque a ti te briyan mucho los ojos.

NENA. Sí... que me he excitado con la charla. ¿Quién crees que está ahí?

MARCELINA. ¿Quién?

NENA. Te lo voy a contar, porque no deja de tener gracia. Aunque a mi marido no se la ha hecho.

MARCELINA. Entonses tiene gracia.

NENA. Figúrate que José Manuel, ¡cosa rara! ha querido presentarme a un amigo...

MARCELINA. Raro será también.

NENA. No lo creas; lo raro es la casualidad que se ha dado. ¿A que no aciertas qué amigo es?

MARCELINA. ¿Qué sé yo!

NENA. Piensa en la noche de mi despedida.

MARCELINA. No me digas más: ya lo sé. Er de la Rioja: aquer tan simpático.

NENA. ¡Justo!

MARCELINA. Bajaba yo con la *Patti* cuando ér subía por las escaleras, y pensé pa mí: ¿en dónde he visto yo esta cara? ¿Y resurtan amigos?

NENA. ¡Muy amigos! ¡Si se tutean! Al despacho se han ido ahora. Y con la pasión que ese hombre tiene por mí y por el teatro, no ha sabido hablar más que del teatro y de mí.

MARCELINA. ¡Pos güeno estará el ingenierol
¡Huyendo der perejil le dió en la frentel

NENA. Más lo siento yo...

MARCELINA. Déjate er sentimiento en er bor-
siyo... ¡Es ya mucho aguantarsel ¡Arguna vez hay
que sortá er grifo, hija mial Dame un abraso
fuerte. Y preparate pa otra visita, que hoy es día
de gala pa ti.

NENA. ¿Por qué?

MARCELINA. En mi gabinete tengo a don Die-
go Espinosa, que viene a verte.

NENA. ¡Don Diego! ¡Qué alegríal ¡Pásalo en
seguida, mujer!

MARCELINA. Antes he venío a vé si era o no
prudente pasarlo. Porque quiere hablarte en se-
creto.

NENA. ¿En secreto?

MARCELINA. Tanto como en secreto, no; pero
quiere consurtarte a ti sola sobre un particulá.

NENA. Pues dile que venga. Yo voy a ver si
aquellos dos están engolfados en su negocio.

MARCELINA. Sí; es conveniente.

NENA. Por eso.

MARCELINA. Anda.

NENA. Voy.

*Nena desaparece por la puerta del interior y
Marcelina por la del pasillo. Momentos después
vuelve por la misma acompañada de don Diego
Espinosa, quien viene en análoga traza a la del
primer acto.*

MARCELINA. Entre usted, don Diego.

DON DIEGO. Gracias.

MARCELINA. Siéntese usted, que ahora sardrá
eya.

DON DIEGO. Gracias.

MARCELINA. Aquí estará más cómodo.

DON DIEGO. Gracias.

MARCELINA. No sabe usted la alegría que le ha
dao.

DON DIEGO. Es muy buena. Y me quiere por
ser quien fuí, que es de lo que ya se olvidaron
todos. Dios la bendiga. Suponiendo que Dios no
tenga que hacer otras cosas; porque a lo mejor
se le coge muy ocupado y no cumple con su de-
ber. ¡Yo lo digo!

MARCELINA. ¡Y yo lo oigo! ¿Cómo se ha pasao
usted tanto tiempo sin vení por casa?

DON DIEGO. Porque la última vez que vine vi
una mala cara, y yo no aguanto malas caras ni
en el salón del trono.

MARCELINA. ¿También se va usted a meté con
er rey?

DON DIEGO. ¡Me he metido antes con el Padre
Eterno! ¡No se me quejará el monarca!

MARCELINA. ¿Conque una mala cara, eh? ¿Ha-
brá que desí de quién sería?

DON DIEGO. Por eso no lo he dicho. Por eso
quiero hablar sólo a Nena. Yo, a quien no me
quiere ver, le evito muy a satisfacción el enojo
de verme. Sea este señor ingeniero, sea el Papa.

MARCELINA. ¡Ya le tocó ar Papal
DON DIEGO.

*Ni en distinguir me he parado
al clérigo del seglar...*

A mí en el mundo, Marcelina, casi no hay más persona que Nena que me quiera ver.

MARCELINA. Nena y yo; don Diego. Pero yá-mele usté Elena si no quiere usté que el otro se arborote.

DON DIEGO. ¡La llamo como me da la gana!

MARCELINA. ¡Bien hechol

DON DIEGO. Y ¿qué hay por aquí?

MARCELINA. Lo de siempre; ¿qué tiene de habé? ¡Paese que vivimos en un bujerol! A esta casa no viene nadie. ¡Ay, don Diego, qué dos añitos de fastidio!

DON DIEGO. ¿Dos, o tres?

MARCELINA. Er primero toavía nos distrajimos argo, con el aqué de los viajes. Fué mucho trajín; no sé cómo tuvimos cuerpo; pero siquiera se movía una. ¡Qué atracón de Museos nos pegamos! ¡Josús! ¡Yo, soñando, no veía más que cuadros y estatuas!

DON DIEGO. ¿Y ahora?

MARCELINA. Ahora es una muerte. Esto es er purgatorio en vía. Aquí no se habla más que de arcos vortaicos, de puentes, de túneles, de carreteras, de caminos de hierro y de la rasante. Yo

creía que la rasante era una tiple y luego resurtó que era er suelo. ¡Le juro a usté que no pueo más con las conversaciones de esta casa! Y pa ensanchá el ánimo, er gramófono y la pianola: ¡mecánico to! Y tos los discos roncós ya de aburríos. Argunos ratos tiene una que ponerse ar barcón como si fuea un loro, pa desahogarse.

DON DIEGO. ¿Y Nena, qué tal lleva eso?

MARCELINA. ¡Pobresita mial! Si mi mayó coraje es que la veo sufrí y cayál No es dichosa, don Diego, no es dichosa.

DON DIEGO. ¿No?

MARCELINA. No, señó. Y cuidao que no se lo confiesa ni ar cura: ni a la armohá se lo dise cuando se acuesta. Pero no es dichosa, no lo es; yo la conozco mucho. ¡A eya le farta su teatrol

DON DIEGO. No diga usted majaderías, Marcelina. Aunque le faltara, que no lo sé, debe dar por bien sufrida la falta esa. Vida ingrata como ninguna aquella vida...

MARCELINA. Pero, don Diego de mis curpas, ¿de qué me va usté a convensé? ¡Si yo no sé las veses que la he cogió enserrá en su cuarto representando solal Disiendo versos, dando gritos, yorando, riéndose... ¡Representando solal! ¡Diga usté si no se parte el armal! ¡Como que pa esta niña aqueyo era el aire! Eya ha sío la primera que se ha engañao. ¿Qué cree usté?

DON DIEGO. Creo lo que siempre le repito, Marcelina: que es menos doloroso un amor im-

posible, que sentir en el corazón el hielo del desdén de quien se adora.

MARCELINA. No me convense usted. Ca una tiene su arma en su armario.

Vuelve Nena por donde se marchó, jubilosa y risueña, y saluda con gran cordialidad a don Diego.

NENA. ¡Don Diego de mi alma!

DON DIEGO. ¡Nena! ¡Nenita! *A Marcelina.* ¡La llamo como quiero!

NENA. ¡Qué cara me vende usted ya la alegría de verlo!

DON DIEGO. Salgo poco de casa, hija mía.

NENA. ¡Pero, siéntese usted!

DON DIEGO. Y siempre por los arrabales, a las horas de sol, huyendo de la gente.

NENA. Siéntese aquí conmigo.

DON DIEGO. Gracias, hija mía; muchas gracias.

NENA. Y cuénteme usted cosas; usted que anda por el mundo.

DON DIEGO. Yate dicho por dónde ando yo.

NENA. ¿Qué tal van esos ánimos?

DON DIEGO. Apagándose como una lamparilla puesta a un Cristo viejo. Me acabo, hija; me muero el día menos pensado.

NENA. ¡No!

DON DIEGO. ¡Sí! Oirás decir que me han tirado al solar de junto a mi casa, como a un perro.

NENA. ¡Por Dios!

DON DIEGO. Y más vale, Nena, más vale. Lo estoy deseando. Para vivir como vivo, más vale. Para saber que hay *eminencias* del que fué nuestro arte, que dicen *objecto, trascendental, discrección y anecdota*, prefiero que me tiren al solar; que la luna alumbre mis despojos.

NENA. *Riéndose.* ¡Siempre el mismol ¡Y dice usted que va mal de ánimos!

DON DIEGO. Las lamparillas, cuando están apagándose, es cuando más chisporrotean. Y sábelo tú, que me quieres: cuando yo cierre el ojo, nada de aparato fúnebre ni de coronitas que han servido ya para otros infelices, cambiándoles las cintas; nada de compañeritos detrás de mis restos, haciendo chistes como si fueran a enterrar la sardina... y nada de pasarme por ningún teatro, ¡porque resucito, y me van a oír!

NENA. No hay que hablar de semejante cosa, don Diego; usted todavía vivirá mucho tiempo, aunque sólo sea para mí. Charlemos de cosas agradables. ¿Qué quiere usted? ¿Qué es eso que me ha anunciado Marcelina?

DON DIEGO. Ese es un asunto para el cual necesito de toda tu sinceridad.

NENA. Cuente usted con ella.

DON DIEGO. Pues mira, hijita. Yo tengo en mi casa un diccionario pequeñín, en el que voy raspando cuantas palabras encuentro vacías de sentido en los tiempos que corren. Las quito de allí por inútiles.

NENA. Está bien eso. Y conociéndolo a usted, me figuro muchas de las que ya habrán desaparecido.

DON DIEGO. Y de seguro aciertas. He raspado gratitud, compañerismo, deber, justicia, verdad, honradez, vergüenza, sentido común—éstas son dos, pero como si fueran una...—En fin, Nena, que voy a dejar el diccionario en blanco.

MARCELINA. *Con viveza.* Raspe usted también... Güeno, yo le mandaré a usted una lista. Por lo pronto raspe usted *divertirse*, porque esa es una palabra que ya no se usa.

NENA. Y que ibas tú a callar mucho tiempo. —Bueno, don Diego, y ¿por qué me cuenta usted ahora eso del diccionario?

DON DIEGO. Porque había raspado también la palabra amigo—amigo, no amiga—, y el otro día la tuve que restituir.

NENA. ¿Pues?

DON DIEGO. Me topé en la calle con uno de tiempos lejanos, se interesó por mí, maldijo de medio mundo al oírme el cuento de mi vida...

MARCELINA. ¿De medio mundo?

DON DIEGO. Sí; porque yo me encargué del otro medio.

NENA. No interrumpas tú, Marcelina.

DON DIEGO. Y el hombre se ha empeñado en favorecerme. ¡Aún hay patria, Veremundo! Quiere organizar una función teatral en beneficio mío, para contribuir él también, en la única forma que

puede, a hacerme llevaderos estos últimos días...

NENA. ¡Muy bien! ¿Ve usted como no hay que desesperar enteramente?

DON DIEGO. A mí me repugna el beneficio.

NENA. ¿Sí?

DON DIEGO. ¡Sí! Pero el interés que mi amigo ha mostrado, bien merece que yo me aguante. La humillación que en ello pueda haber la devoro dentro de mí. Sólo he puesto una condición.

NENA. ¿Cuál?

DON DIEGO. Que tú trabajes ese día.

MARCELINA. ¡Ole! ¡ole!

DON DIEGO. Sin ¡ole! ¡Aquí no hay baile!

NENA. Don Diego...

DON DIEGO. Con tu presencia sola, será la fiesta lo que quiere mi amigo, sin andar pidiendo favores a quien ha de gruñirlos o de regatearlos; con tu presencia, Nena, la fiesta me honra tanto, que me conmueve; adquiere a mis ojos un valor moral que la purifica, limpiándola de toda escoria y de toda hez. ¿Lo entiendes?

NENA. ¿Cómo no, don Diego? Y lo agradezco en lo íntimo de mi corazón. Por mí, dispuesta estoy con la mejor voluntad del mundo; pero...

MARCELINA. Pero ¿qué?

NENA. Tú te callas. Hoy no es como antes, don Diego; mi voluntad no es mía.

DON DIEGO. Lo sé, y por eso he querido hablarte a solas primeramente.

MARCELINA. ¡Es que no cabe en cabeza humana que ese hombre se oponga a una cosa así! ¡Es que si se oponel...

NENA. ¡Ssssch! No hagas que me enfade contigo. Don Diego, yo no le oculto a usted que estoy confusa en este momento... Nunca pude esperar... Andaba tan lejos mi ánimo de una cosa así... Por sentimiento, por la extraña alegría que me ha dado—ya que me pide usted sinceridad—, mi deseo es que esa fiesta llegue a realizarse, y mi gusto trabajar en ella para usted...

MARCELINA. Por ahí, por ahí. Ese es el camino. ¡No te van a comé los lobos porque sargas al ersenario un día!

NENA. Eso nadie tiene que resolverlo más que mi marido. Yo hablaré con él.

MARCELINA. Entonses...

DON DIEGO. ¡Bastal... Lo que yo no quiero, Nena, es causar en tu vida la menor sombra de disgusto.

NENA. No tema usted.

DON DIEGO. Si he llegado a pedirte esto, ha sido porque la generosidad de ese amigo con quien no contaba me obliga mucho a ello; ha sido también porque la vejez y la pobreza me agobian ya... Tú no sabes todo lo que duele arrastrar por el fango de las calles las alas que fueron de cóndor... Es un espectáculo del que querría privar cuanto antes a muchos... ¡Villanos! ¡Ganapanes que me explotasteis, que os enrique-

cisteis a costa de mi sangre y de mi inteligencia no lograréis que os pida una limosna de lo que me debierais dar, porque es mío! ¡Si vosotros tenéis todo el dinero que yo os di, yo tengo este orgullo, que es mi tesoro; que enterrarán conmigo! ¡A ver quién puede más!

MARCELINA. Silencio.

NENA. ¿Qué?

MARCELINA. Que vienen.

DON DIEGO. ¿Quién viene?

MARCELINA. Nadie ya; porque han entrao en la sala.

NENA. Es José Manuel con un amigo. Un antiguo amigo, también. Le estará enseñando la casa.

DON DIEGO. Pues yo te dejo.

NENA. ¿Ya?

DON DIEGO. Sí, ya. Aguardo tu resolución.

NENA. Irá muy pronto.

DON DIEGO. Repito que sin la más leve contrariedad para ti.

NENA. Vaya usted tranquilo.

DON DIEGO. Adiós, Nena.

NENA. Adiós, don Diego; adiós.

En este instante salen por la puerta de la izquierda José Manuel y Terazona. Don Diego, al verlos, les hace una severa reverencia y se retira por la del pasillo, acompañado de Marcelina.

DON DIEGO. Señores...

JOSÉ MANUEL. Señor don Diego... No sabía que estuviera aquí don Diego Espinosa.

TARAZONA. Pero ¿es éste don Diego Espinosa? ¡Quien lo ve y lo vió! *Se asoma con gran curiosidad a la puerta.*

JOSÉ MANUEL. ¿A qué ha venido?

NENA. Ya trataremos luego de ello.

JOSÉ MANUEL. Bien.

TARAZONA. ¡Bendito Dios! ¡El *Tenorio* más gallardo y más arrogante que ha habido en el teatro! Así me lo decía mi padre. ¡El que más les gustaba a las mujeres!

NENA. ¡Bien tristemente acaba sus días! Apenas tiene qué comer.

TARAZONA. ¿Es posible?

NENA. Como usted lo oye.

TARAZONA. Pero ¿no hay quien remedie eso?

JOSÉ MANUEL. ¡Si es intratable el pobre señor! ¡Siempre está rabiando!

TARAZONA. Mocete, lo que le pasa no es para tocar el requinto.

NENA. ¡Clarol

TARAZONA. En fin, Nena, digo, Elena—perdona tú el chido—, no doy más música por hoy. Hasta otro día. El alegrón que he tenido con este encuentro me necesito ponderarlo. ¡En un pelo ha estado que no baile!

NENA. También para mí ha sido muy grato el encontrarme con usted, porque es un buen amigo de mi marido.

TARAZONA. ¡Todavía no se lo perdono! Pero ya se me pasará, ¡qué diantre! Una noche he de

venir a oírle a usted decir unos versicos. Y si ésto no los quiere oír, que se esconda.

JOSÉ MANUEL. ¡Dios mío, qué capataz le hején!

TARAZONA. ¡Hola! ¡Si por eso me entretengo tanto! Vaya, buenas tardes.

NENA. Adiós.

TARAZONA. Como encuentre unas rosas como aquéllas, ¡como aquéllas!... aquí las tiene usted esta noche.

NENA. Muchas gracias.

TARAZONA. Y si se enfada el ingeniero, mejor.

NENA. No se enfada.

TARAZONA. Hasta pronto.

NENA. Hasta cuando usted quiera.

TARAZONA. Buenas tardes.

Se va por la puerta de la derecha con José Manuel.

Nena queda en actitud reflexiva. Hay un silencio. Después dice:

NENA. Le ha contrariado también la presencia aquí de don Diego... Cuando se entere... ¡Y no va a querer! Será inútil todo.

Vuelve José Manuel. Libre ya de testigos, no disimula su hondo desasosiego.

JOSÉ MANUEL. ¡Lo que charla ese hombre! Me ha hecho perder la tarde. Y luego, para nada.

NENA. ¿No os habéis entendido al fin?

JOSÉ MANUEL. Pero ¿tú crees que hemos tratado del negocio?

NENA. ¡Ah, no!

JOSÉ MANUEL. ¡No ha habido forma de sacarlo del tema del teatro! ¡Qué chifladura de teatro! Yo no me acordaba...

NENA. Como se sorprendió tanto de que yo fuera tu mujer...

JOSÉ MANUEL. Sí, sí. Menos mal que parece que lo que para mí ha sido un mal rato, lo ha sido agradable para ti.

NENA. ¡Qué injusto eres! Y ¿por qué te mortifica que alguna vez yo me recree recordando pasadas glorias?

JOSÉ MANUEL. Por eso: porque ya pasaron.

NENA. Y ¿tú eres capaz de olvidar en tu vida el pasado dichoso?

JOSÉ MANUEL. ¡El pasado dichoso!... Nunca se evoca si no es por descontento del presente.

NENA. ¿Qué dices? Ven acá. No frunzas el ceño. Hazme un rato en paz compañía. Tienes peor genio que don Diego Espinosa, tanto como te burlas de él.

JOSÉ MANUEL. Malo debe de ser entonces; porque viejo más gruñón y más hosco...

NENA. ¡Es que cuando tú llegues a viejo no va haber nadie que te sufra!

JOSÉ MANUEL. ¿Nadie?

NENA. *Sonriéndole con zalamería.* ¡Nadie! ¡A mí me habrás matado a disgustos!...

JOSÉ MANUEL. Posible es que me lo digas en broma y que en el fondo haya un granito de verdad.

NENA. Un granito, no; ¡una montaña! Cuando te da esta vena, te pones muy gracioso, José Manuel. Y si te vieras la cara al espejo, te morirías de risa.

JOSÉ MANUEL. ¿Ha venido con alguna incumbencia don Diego?

NENA. ¡No lo quieras saber!

JOSÉ MANUEL. ¿Por qué razón?

NENA. Porque ya va de pasada la tormenta de Tarazona, y no he de ser yo la que forme otra nube.

JOSÉ MANUEL. ¿Trae agua esa nube?

NENA. ¿Agua nada más? ¡Sería inofensiva! ¡Trae rayos y truenos!

JOSÉ MANUEL. ¡Milagro de Dios que no me la deparara el dichoso teatro!

NENA. Eso es lo único bueno; porque los rayos en el teatro son cohetes y los truenos se hacen con un tambor...

JOSÉ MANUEL. *Sonriendo a pesar suyo.* ¡Hasta lo más grande es allí ridículo! Luego dices tú que es que yo le tengo manía.

NENA. *Aludiéndose, con coquetería cariñosa.* Hombre, del teatro, cuando menos se piensa, sale algo que no es ninguna china precisamente.

JOSÉ MANUEL. *Acariciándola.* Eso sí.

NENA. ¡Tontol! ¡Me da un coraje cuando te veo tan tontol...

JOSÉ MANUEL. Bueno: ¿qué quería don Diego?

NENA. ¡Y dale! Ya te lo diré.

JOSÉ MANUEL. ¿Cuándo?

NENA. Yo sé cuándo.

JOSÉ MANUEL. Mucho te preparas. ¿Es que te me decírmelo?

NENA. ¿Cómo he de temer nada, criatura! Mira que a lo mejor me sales por unas callejuelas...

JOSÉ MANUEL. No; pues aquí hay secreto desagradable. Me lo anuncia mi instinto.

NENA. ¡Vaya! Será peor callar; no empiece la devanadera.

JOSÉ MANUEL. Sí, sí; habla.

NENA. Verás. Ya conoces la crítica situación en que se ve el pobre don Diego.

JOSÉ MANUEL. Sí.

NENA. Apenas tiene más recursos de vida que lo que nosotros le damos.

JOSÉ MANUEL. Sí, sí.

NENA. A mí me duele, no puedo ocultártelo, más que por la desgracia misma, por tratarse de quien fué mi maestro; y dispensa que tenga que recordarte lo que tú no quieres oír.

JOSÉ MANUEL. Bien, bien; tu conciencia debe estar tranquila. Ayudas a don Diego cuanto puedes y—lo que más vale—lo tratas con toda consideración. ¿Qué más quieres? ¡Entra aquí

don Diego y parece que ha entrado un rey!

NENA. ¡Y ha entradol!

JOSÉ MANUEL. De la baraja. No me quiero poner nervioso.

NENA. Ni yo quiero que me pongas a mí.

JOSÉ MANUEL. En resumidas cuentas: ¿qué pretende ahora?

NENA. Nada. Si te colocas en esa actitud, yo no te digo lo que pretende.

JOSÉ MANUEL. ¿No?

NENA. No. Considera que también tengo derecho a cansarme de oírte constantemente menospreciar y zaherir aquello a que debo las primeras alegrías de mi vida.

JOSÉ MANUEL. *Celoso*. Y tal vez las más honradas, ¿verdad?

NENA. Eso pregúntaselo a tu corazón, que tiene los secretos del mío.

JOSÉ MAUNEL. No todos.

NENA. No me ofendas, José Manuel. Y acabemos, porque en cualquier caso ha de ser igual: lo que quiere don Diego Espinosa, ese trasto inútil del arte, para ti, ese viejo glorioso, para mí, es que en una fiesta de teatro que se organiza en beneficio suyo trabaje yo.

JOSÉ MANUEL. ¿Tú?

NENA. Sí; yo. Nena Teruel. Si no, no la acepta.

JOSÉ MANUEL. Pero ¡si tú no eres Nena Teruel; si tú eres mi esposa!

NENA. Porque no soy Nena Teruel, porque soy tu esposa, no le he contestado yo a don Diego que iría a esa fiesta con el alma y la vida.

JOSÉ MANUEL. ¿Con el alma y la vida has dicho?

NENA. Sí.

JOSÉ MANUEL. ¡Oh! ¡Cómo no me engaño! ¡Cómo no son insensatos mis celos! ¡Cómo es verdad que no eres mía!

NENA. ¡José Manuel!

JOSÉ MANUEL. ¡No eres mía, no; te me roba el aire de la farándula!

NENA. ¿Quieres callar?

JOSÉ MANUEL. Déjame que lo diga todo: ha llegado el momento. Si no, estallaría como una montaña cargada en su centro de dinamita. Tenía que ser; teníamos que hablar de esto, que es la única sombra de nuestra casa. Y va a ser hoy: ahora mismo.

NENA. Hoy; ahora mismo; bien. Tú dirás.

JOSÉ MANUEL. Elena, confesión general: enséñame tu corazón, abierto en la mano como una rosa. Nos va en ello la ventura de nuestra vida. Tú sientes la nostalgia de tus años de actriz.

NENA. ¡Es cierto!

JOSÉ MANUEL. Tú en algún momento has deseado, con temor, pero con ilusión, aquellos triunfos.

NENA. ¡Es cierto!

JOSÉ MANUEL. ¿Es cierto? ¿No eres absolutamente dichosa al lado mío?

NENA. ¡Eso sí!

JOSÉ MANUEL. ¡Heo no! ¡Si me acabas de confesar que echas de menos lo que fuiste! No se es dichosa cuando se llora a solas, y yo te he visto a ti llorar.

NENA. Y ¿quién aspira en el mundo a una dicha completa, José Manuel?

JOSÉ MANUEL. A la de tu amor aspiraba yo; por eso te hice mía.

NENA. Tuya soy.

JOSÉ MANUEL. No, cuando distraes tu pensamiento lejos de mí.

NENA. ¿Es que tú, por ventura, no lo distraes lejos de mí también? No; no me mires con ese asombro. Si noble es tu trabajo, noble lo fué el mío. Si tú procuras para los hombres progreso, bienestar material, ese arte que a ti te subleva les proporciona deleite, reposo, bienestar del espíritu.

JOSÉ MANUEL. ¿Qué dices? Pero ¿qué estoy oyendo yo?

NENA. Comprende que la vida tiene muchas horas; que yo paso sola muchas horas también. Si en ellas pienso en el teatro, nada te quito; no te hago mal ninguno.

JOSÉ MANUEL. ¿Cómo que no? Cuando te vas a ese mundo de la ficción, no estás conmigo, Elena.

NENA. ¿No estoy contigo cuando te vas tú al tuyo, José Manuel?

JOSÉ MANUEL. Sí; pero como yo a ese del teatro lo desprecio y lo odio, el monólogo que tú le

consagras, íntimo y silencioso, que no sale nunca a los labios, te va distanciando de mí; va limando en tu alma esa cadena ideal que la unió fuertemente a la mía. Y de ahí tu hastío, y de ahí tu cansancio, y de ahí tu aburrimiento... ¡Y no seremos venturosos de veras, como tenemos derecho a ser, hasta que de ese mundo de tramoya, de papel y de trapo, no quede en tu corazón ni estela, ni rastro, ni ecol

NENA. ¿Ves? ¡Eso tiene la culpa de todo!

JOSÉ MANUEL. ¿Qué?

NENA. ¡Tu intransigencia! Tu intransigencia dura y a veces cruel, que no respeta sentimientos que, aunque viven en mí dormidos, como si hubieran muerto, a veces despiertan o renacen, heridos, hostigados por ti. Sí, José Manuel; es lo único en que tu delicadeza se ofusca y se pierde. Pienses tú lo que quieras del teatro, debieras mirar siempre que tuvo un altar en mi corazón; debieras algunas veces dejarme que me asomara a él, siquiera desde lejos.

JOSÉ MANUEL. Lo que miro, Elena, lo que veo con espanto, es lo que he pensado tantas noches: que ésto no mató aquéllo.

NENA. Y ¿qué necesidad tenía ni tiene de matarlo?

JOSÉ MANUEL. ¿Eh?

NENA. ¿Por qué no he de trabajar en la fiesta de don Diego Espinosa, si con ello soy yo la primera que se enaltece?

JOSÉ MANUEL. Porque si trabajaras, si yo consintiera en ese absurdo, volvería a enloquecerte: el aplauso, volverías a soñar a todas horas con la embriaguez de los triunfos y yo te perdería para siempre. ¡No; eso no! No adornes tu gusto para engañarte o engañarme. A don Diego favorécelo cuanto quieras, pero desde tu casa. A la escena tú no vuelves más, ni por caridad ni por anhelos de lo que fué tu arte. ¡Las huellas de mis besos de esposo no las cubrirá nunca, mientras quieras ser mía, la pintura ni el colorete! ¿Oyes esto?

NENA. Oigo, sí; oigo.

JOSÉ MANUEL. ¡En los ojos en que yo me miro ansioso de ver la luz de tu alma, no se reflejarán ya más las luces de la batería de la escena! ¿lo has oído?

NENA. Sí, sí.

JOSÉ MANUEL. ¡De aquello, ni la raíz, ni una semilla, ni un germen! ¡Y si queda un germen en el aire de este recinto de mi hogar, purificaré el aire! *Viendo que Elena llora.* Piénsalo; méditalo; compréndelo... Piensa también en todo cuanto te quiero... y sea esta la última vez que te hago llorar. *La contempla, combatido por varios sentimientos, y se va al interior de la casa.*

NENA. *Entre lágrimas.* Lo pierdo, sí; lo pierdo si no le entrego mi alma entera... Así será; así tiene que ser; su amor en mí lo puede todo... ¡He de sacrificarle hasta la memoria! *Queda abstraída.*

Marcelina vuelve por la puerta del pasillo. Re-

para en Nena y la observa unos momentos antes de hablarle.

MARCELINA. *¿Solita otra vez ya?*

NENA. *Ensimismada.* ¡Hasta la memorial!

MARCELINA. *Con gesto alegre.* ¡Está representandol...

NENA. ¡Hasta la memorial *Rompe a llorar.*

MARCELINA. *Dándose cuenta de la situación y con viva pena.* ¡No; ahora no está representando!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

EPILOGO

Interior de la guardilla en que vive don Diego Espinosa. A la izquierda del actor la puerta de entrada. A la derecha otra puerta, con cortina.

Al foro una ventana que deja ver los tejados fronteros y el cielo.

El escaso ajuar de la habitación, viejo y pobre como quien mora en ella, se reduce a una cómoda con algunos cachivaches y retratos encima, una tarimilla con brasero, una butaca y un par de sillas diferentes. Colgada en la pared, una espada española. Es en una tarde de invierno.

No hay nadie en la escena. Lllaman con los nudillos más de una vez a la puerta de entrada, y luego sale por la de la cortina don Diego, que va a abrir. Usa en casa babuchas de orillo y una boina histórica. El palo no lo suelta un instante, ni la capa tampoco.

DON DIEGO. ¡Ya val! De seguro es la vieja. Siempre acierta a llegar cuando yo estoy adentro.

Abre la puerta y pasa Genara, viejecilla madrileña muy habladora, vecina de guardilla, que anda de él.

GENARA. Buenas tardes.

DON DIEGO. Venga usted con Dios.

GENARA. *Olfateando.* Aquí hay tufo.

DON DIEGO. ¡Aquí no hay tufo!

GENARA. Miste que llegando de fuera es como se nota.

DON DIEGO. ¡Pues por eso no lo noto yo!

GENARA. ¡Pero lo hay!

DON DIEGO. ¡Pero no lo hay!

GENARA. ¡Ahogándose ha de estar usted y no ha de confesar que lo hay! ¡Viejo más testarudo! Abriré un poco la ventana.

DON DIEGO. Como abra usted la ventana va por ella al tejado.

GENARA. Una rendijita na más.

DON DIEGO. ¡Siempre se ha de salir con la suyal ¡Cogeremos una pulmonía! *Se emboza.*

GENARA. ¡Anda con Dios! Pa ponderar no hay otro. Con la tarde que hace...

DON DIEGO. ¡Nadal! ¡Que se empeñó en abrirla! *Se pone a gruñir en un rincón mirando rencorosamente a la vieja. Ésta abre la ventana, y en seguida traba palique con una vecina de enfrente, a quien no se ve.*

GENARA. Todavía hay sol. ¡Felices, Epifanía! ¿Está mejor el hombre? —¿Lo ve usted? *A don Diego.* La Epifanía, que tiene al esposo con dolor de costao.

DON DIEGO. ¡Lo me importa! ¡Cierre usted ahí!

GENARA. ¡Ahora cerraré! *A la vecina.* Pos si si le repite por *un casual*, le pone usted otra Co-

res muy bien doblada.—Sí, señora; la prensa es
mano de santo pa el dolor de frío.

DON DIEGO. ¿Quiere usted callarse y cerrar?

GENARA. El Evangelio de la misa. Yo lo sé
desde mi cuñado, que le debe la vida al *A B C*.

DON DIEGO. ¡O cierra usted o cierro yo!

GENARA. ¡Ay qué hombre!—¡Que siga el ali-
vio! *Cierra la ventana*. Si yo no viniera aquí de
cuando en cuando, se ahogaba usted un día.

DON DIEGO. ¡Y usted, si estuviera cinco mi-
nutos sin comadrear, se moría de repen!

GENARA. No, que me voy a pasar la vida en
un *moniloquio*, como usted.

DON DIEGO. No disparate usted, señora. Se-
sienta a la lumbré. ¿Y la chica?

GENARA. Ahí la he dejao esperando a su Juan,
pa osequiarlo. Lo que pasa: son jóvenes, se quie-
ren, y, lo que pasa, siempre que pueden se ose-
quian el uno al otro.

DON DIEGO. Me tiene abandonado: antes me
visitaba más.

GENARA. ¡Pero si dice que la pone usted como
los trapos ca vez que vien!

DON DIEGO. Eso es mentira: yo no insulto a
ninguna mujer.

GENARA. Pos lo que es a mí, me paece...

DON DIEGO. ¡Es que usted ya ha dejado de
ser mujer!

GENARA. Como a usted se le antoje. ¿Se ha en-
terao usted de lo del portero?

DON DIEGO. ¿Lo ha cogido un tranvía?

GENARA. ¡No, señor!

DON DIEGO. ¡Pues entonces no me cuente usted nada del portero!

GENARA. ¿Y lo de la Demetria, lo sabe usted? Le ha tocao la lotería en un trece mil.

DON DIEGO. ¿Quién es la Demetria?

GENARA. ¡Quién es la Demetria! ¡Quién es la Demetria! ¿Quién va a ser la Demetria? ¡La prima de Orosio! ¡La que está... usted me entiende, con Afrodisio! *Dice esto uniendo los índices a lo largo.*

DON DIEGO. Y ¿quién es Afrodisio?

GENARA. ¡El cuñado del *Tuerto*, señor!

DON DIEGO. Y el *Tuerto* ¿quién es?

GENARA. ¡Anda! Pos el *Tuerto* es... ¡el que está con la hermana de la Demetria! ¡Se lo he contao a usted cien veces! La hermana estaba con ese a quien le dicen el *Papeles*; pero, lo que pasa: el *Papeles*, que es un hombre de bien, pero que tié mal vino, se tropezó un día con Escolástico y, lo que pasa, que anda, que ven, que vamos a tomar unas tintas. Que tú, que yo, que la Úrsula, que esto, que lo otro, lo que pasa, que se les calentó la boca, y que detrás de la primera copa vino la segunda, y, lo que pasa, que esta convidá la pago yo, que la otra tú, y que salieron los dos como toneles; que esto es lo que pasa.

DON DIEGO. Lo que pasa, señora, es que no cuenta usted una historia en que no entren doscientos personajes. ¿Qué tiene que ver toda esa

gente con que le haya tocado a no sé quién la lotería! ¡No hay paciencia!

GENARA. ¡No, señor; no la hay! ¡Jesús con el hombre! ¡Hable usted solo si le da la gana!

DON DIEGO. ¡Es lo más acertado!

GENARA. ¡Por eso! ¡Hable usted solo! ¡Qué humor!

DON DIEGO. ¡De perros; sí, señora!

GENARA. ¡De perros y de gatos juntos!

DON DIEGO. ¡Hemos quedado en que voy a hablar solo!

*Cada cual refunfuña un poco para su capote.
Llaman otra vez a la puerta.*

GENARA. Parece que han llamao.

DON DIEGO. Eso parece.

GENARA. ¡También fué golpe el de arrancar la campanilla!

DON DIEGO. ¡Más cuenta me hubiera tenido arrancársela a usted!

GENARA. Bueno, bueno.

Vuelven a llamar.

DON DIEGO. Sin duda llaman; asómese usted a ver quién es.

GENARA. *Bajando la voz.* Éste va a ser ese viejo *antiguario* que le quiere comprar a usted el *padón*.

DON DIEGO. ¿Sí, eh? ¡Pues si es ése, no estoy en casa!

GENARA. ¡Calle usted, señor!

DON DIEGO. ¡No quiero! *Gritando más y más.*
¡He salido! ¡Diga usted que he salido!

GENARA. Y ¿cómo lo he de decir si le oye?

DON DIEGO. ¡Para que me oiga grito de esta manera! ¡He salido! ¡No estoy en casa! ¡Mi espada no se la vendo a nadie! ¡Y menos a ningún usurero!

GENARA. ¡Alabado sea Dios! *Se acerca a la puerta.* Me parece que no es él. Me huele a faldas.

DON DIEGO. Será la vecina de abajo. ¡Pues también he salido! ¡Es una lechuza que viene a llevarse el aceite! ¡Sea quien sea, he salido!

GENARA. *Abriendo la mirilla.* ¿Quién es?
Nena Teruel pregunta desde dentro.

NENA. ¿Don Diego Espinosa?

DON DIEGO. ¿Esa voz?

GENARA. ¡Ha salido!

DON DIEGO. *Levantándose hecho una fiera.* ¿Quién le ha dicho a usted que he salido, condenación de bruja?

GENARA. ¿Le parece a usted? ¡No hay modo de acertar con el viejo éstel!

Abre la puerta y aparece sonriente Nena. Viene revoloteando. Su presencia alegra y conmueve a don Diego. Genara es toda ojos y oídos.

DON DIEGO. ¡Nena! ¡Nena mía! *Estrechándola efusivamente las manos.*

NENA. ¡Don Diego! ¿No me esperaba usted, verdad?

DON DIEGO. ¿Tú aquí? ¿Tú en mi casa?

NENA. Como no va usted por la mía y yo quería verlo...

DON DIEGO. Dios te lo pague. Siéntate... siéntate donde puedas.

GENARA. *Ofreciéndole una silla.* Aquí, aquí, esta es la más decente de las dos.

NENA. Cualquiera; es igual.

DON DIEGO. ¿Te habrá fatigado la escalera?

NENA. No, señor; no.

GENARA. La señorita es joven, y, lo que pasa cuando se tiene poca edad...

DON DIEGO. Cierre usted la puerta... y la boca. Y váyase ahí dentro.

GENARA. ¡Jesús! *Obedece a medias; es decir, que cierra, pero se queda allí.*

NENA. Pues, para mí no, don Diego; pero para usted esta escalera sí debe de ser muy fatigosa.

DON DIEGO. ¡Qué remedio! Ciento tres escalones.

NENA. ¡Virgen María!

DON DIEGO. Pero ya he resuelto la manera de subirlos a gusto.

NENA. ¿Es posible?

DON DIEGO. A cada escalón le he puesto el nombre de un convido; de suerte que el subir y el bajar sea para mí un recreo: ¡porque los voy visitando uno a uno! ¡Escalón hay en que echo un baile!

NENA. ¡Ja, ja, ja!

GENARA. Se ríe la señorita... Como que a lo mejor tié unas ocurrencias este hombre... Miste, ayer, lo que pasa...

DON DIEGO. Pero ¿no le he dicho a usted que se vaya ahí dentro?

GENARA. ¡Ay, señor! ¡Qué martirio! Con permiso de usted, señorita. *Se va tras la cortina.*

NENA. ¿Quién es esta mujer?

DON DIEGO. Una buena vieja que vive en la guardilla de junto, y que me cuida... y me aguant, que no es poco hacer.

GENARA. *Desde dentro.* ¡No es poco, no!

DON DIEGO. Pero ¿quiere usted callarse, Genara? ¿Ves? Ese es su vicio: darle a la lengua y entrometerse en todo.

NENA. ¡Bien, don Diego, bien! ¿Cómo va la salud? ¡Las ganas que tenía yo de charlar con usted un ratol!

DON DIEGO. Eres tan buena... Ahora no me cambio por nadie. Rabiaba y maldecía un minuto antes de venir tú, y con verte de pronto, y con tenerte aquí y con oírte, mira, hasta lágrimas de alegría me salen a los ojos. Y tal vez estas lágrimas, velándolos, son las que me hacen ver en este momento esta miseria en que yo vivo, como un alcázar. Porque has venido tú, Nena; por ello no más. *Contemplándola cariñosamente.*

*Con cada vez que te veo
nueva admiración me das,*

*y cuando te miro más,
aún más mirarte deseo.*

Riendo entre lágrimas. ¡Ja, ja! ¡Se me han venido esos versos a la imaginación!

NENA. De *La vida es sueño*...

DON DIEGO. Y en verdad que se me antoja que estoy soñando... Sí, sí; mi guardilla es un palacio ahora. *Se enjuga los ojos.*

NENA. ¿Por qué no ha vuelto usted más a casa?

DON DIEGO. No me lo preguntes: tú lo sabes.

NENA. *Con pesadumbre.* Es cierto. Después de todo, ¿qué más da, pudiendo yo venir? En mi casa, don Diego, no ha quedado ya ni aquella corona de laurel que había en la sala. La quemé yo por mi propia mano, y aventé las cenizas.

DON DIEGO. ¿Sí, verdad?

NENA. Me convencí de que debía y tenía que hacerlo, si quería paz en mi vida, y lo hice. Con la negativa que a usted le di, impidiendo, bien a mi pesar, que se realizara aquel beneficio, enterré hasta la última esperanza de volver alguna vez a la escena.

DON DIEGO. Pero tú, al casarte, ¿no renunciaste a ella para siempre?

NENA. Para siempre, sí; pero la vida es larga, inesperada, misteriosa; es pueril pensar que se ve claro nunca en el mañana... El corazón está lleno de secretos. Ni la voluntad ni el amor más grande pueden enteramente secar aquello que algún día

fué jugo del propio corazón... Y en el aislamiento de mi cuarto de esposa, muchas veces, don Diego, aletearon, turbando mi espíritu, recuerdos de la vida pasada, que querían nuevo ser... Pero ya acabó todo.

DON DIEGO. Y sea para bien, hija mía. Y si por arte del diablo vuelve a tu alma la tentación alguna vez, échale encima con heroico esfuerzo, no ya tierra sólo, sino peñas duras. ¡Que se ahogue, que se aplaste; que no pueda con tu voluntad! Mira que tu desencanto había de ser el más doloroso.

NENA. ¡Desencanto!

DON DIEGO. Desencanto, amargura. El Arte, Nena, es mucho más egoísta que el Amor: exige que se le dé toda la vida; y a quien por otro amor lo deja, lo desdeña luego brutalmente si vuelve a él. Tu vuelta a la escena no hubiera tenido para ti más que espinas crueles. Y ya no serías dichosa jamás, ni en tu casa, ni en el teatro. Vivirías como la gente marinera: en el mar, con la nostalgia de la tierra, y en la tierra, con la nostalgia de la mar. Créeme.

NENA. Es evidente, sí; es claro como la luz del sol. *Se levanta.* Vamos a hablar ya de otra cosa.

DON DIEGO. De lo que tú quieras hablaremos.

Don Diego se queda pensativo. Nena pasea, observando melancólicamente la pobreza de la habitación. Luego, con disimulo, saca de su portamonedas un billete y lo guarda en una caja que hay en

la cómoda. Genara, que ve la maniobra desde su escondite, asoma la cabeza un punto para comentarla.

GENARA. (Ya sabía yo que esta visita iba a ser buena.)

DON DIEGO. Advierto, Nenita, que nos hemos callado; que no hablamos de nada.

NENA. De lo primero que hay que hablar es de que usted no debe vivir así.

DON DIEGO. ¡Qué importa ya!

NENA. A mí me importa, y mucho. Yo no conocía de cerca este desamparo. *Cogiendo de la cómoda un retratillo.* ¿Quién es éste? ¿Usted?

DON DIEGO. ¿Cuál, hija?

NENA. Este; no se levante.

DON DIEGO. ¡Ah, sí! ¡Cualquiera lo adivina! Es un grabado de una *Ilustración* de mis tiempos. El marco se lo ha puesto Genara.

NENA. Lo que no se puede dudar es que es *el Alcalde de Zalamea.*

DON DIEGO. ¡Pedro Crespo! ¡Mi grande amigo!

NENA. La vara de la Justicia; extendido el brazo...

DON DIEGO.

*Si no creéis
que es esto, señor, verdad,
volved los ojos y vedlo.
Aqueste es el capitán.*

¡Con qué gusto mandaba yo siempre ahorcar al

Capitán! Sobre todo, cuando lo hacía un tal Diéguez, a quien no pude resistir en mi vida. *Se ríe Nena. Después, con dolor, contempla el retrato.* No lo mires tanto, Nenita; o, si lo miras, luego no me mires a mí.

NENA. ¡Qué triste encanto el de los recuerdos!

DON DIEGO. Encanto... pero triste; has dicho bien. Y, sin embargo, para los artistas vencidos ya, destruídos, olvidados, esa es la única llama que brilla en las cenizas. Se encorvan las espaldas, se apagan los ojos, se quiebra la voz... pero ¿y aquello que fué? No será ya más... pero fué... y aún alienta.

NENA. *Conmovida.* ¡No será ya más... pero fué... y aún alienta...! Por otro camino hemos vuelto al mismo sitio, don Diego.

DON DIEGO. Ya lo he visto, Nena. *Riendo.* ¡Pedro Crespo ha tenido la culpa!

NENA. Fué *El Alcalde* una de sus obras favoritas, ¿verdad?

DON DIEGO. El *Don Juan* y *El Alcalde* se disputaron siempre mi predilección. Y como empecé el teatro tan niño, y me fuí formando en él poco a poco, en las dos llegué a representar con el tiempo todos los papeles.

NENA. Es curioso.

DON DIEGO. Sólo en ellas dos. Quizás por eso las querría más que a todas las otras.

NENA. Pues yo nunca lo vi a usted sino en los dos protagonistas.

DON DIEGO. ¡Es claro! ¡Si me estoy refiriendo a los tiempos de Maricastañal Pero el *Rebolledo* lo hice mucho. Y muy de mozo el *Juan*, el cachorrillo, el hijo del *Alcalde*. *Exaltándose por momentos, animado por la llama que salta en las cenizas.*

— *¿Qué opinión tiene un villano?*
— *Aquella misma que vos,*
que no hubiera un capitán,
si no hubiera un labrador.

¡Y el *Capitán* lo hice también mil veces! ¡Y el *Don Lope de Figueroa*, que me divertía como ninguno por lo cascarrabias! ¡Y, por último, el *Pedro Crespo*, la figura inmortal, el villano en cuyo corazón late fuerte y puro el espíritu de la Justicia! *Se levanta y se yergue.*

Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

¡Aquí me tienes ya dispuesto, Nena, a formar compañía contigo! ¡Ja, ja!

NENA. ¡Ja, ja, ja! ¡Así, don Diego, así me gusta verle a usted: contento, animado!

DON DIEGO. ¡Gracias a ti! ¡Tú me has traído esta luz y este fuego!

NENA. Y ¿dice usted que en el *Don Juan* interpretó también todos los papeles?

DON DIEGO. ¿Cómo todos? ¡Desde uno de los *malditos*! Ya sabes el cuento del comparsa que se jactaba de haber trabajado en el *Tenorio*.

¡Cuál gritan esos malditos...!

Y él decía: «¡Pues uno de los *malditos* era yo!» Y yo lo fuí como él; y fuí también el *Buttarelli*, y el *Avellaneda*, y el *Escultor*, y el *Ciutti*, y el *Don Luís*... ¡Hasta que llegué al *Don Juan*, que me fascinaba! Fanfarrón y gallardo en la hostería, audaz en la calle de doña Ana de Pantoja, temerario en la celda de doña Inés, y tierno y cariñoso en la quinta, soñando y cantando la redención de su alma por el amor...

*No es, Doña Inés, Satanás
quien pone este amor en mí;
es Dios, que quiere por tí
ganarme para Él quizás.*

NENA. ¡Con qué amor hice yo siempre la *Doña Inés*!

DON DIEGO. Sí, por cierto.

NENA. ¡Qué dulce figura! Es una azucena, ¿verdad? A mí me ha parecido siempre como una paloma que se ve presa en las manos de un hombre,

que la puede ahogar o acariciarla; pero ella no sabe su suerte y tiembla *Sin voz casi:*

*No, Don Juan; en poder mio
resistirte no está ya;
yo voy a ti como va
sorbido al mar ese río.*

GENARA. *Volviendo a asomarse con los ojos llenos de curiosidad y un tanto perpleja. ¡Es ella cómica también! Quédase atisbando.*

NENA. ¡Ay, don Diego!... ¡Me ha contagiado usted!... Yo también estoy diciendo versos del *Tenorio*...

DON DIEGO. ¡Ay, Nena mía! En estas escapatorias al ideal perdido, mientras vivamos nos sorprenderemos tú y yo. Ya lo has visto. Yo, el viejo actor arruinado en una guardilla, río y loro evocando mis glorias, y te digo versos con la ilusión de los veinte años... Tú, la esposa enamorada, que sacrifica su pasado por su amor, también ríes y lloras y también dices versos y sueñas... Nos unió en un momento la flama trémula, que cuando parece que se extingue se enciende, de aquel grande amor que durará lo que nuestra vida. Madre has de ser tú, y cuando menos lo presientas, surgirá dentro de tu alma como un suave y tímido reverdecer de las flores que escondiste entre las páginas de las comedias... Lo has de ver, Nena; lo has de ver.

NENA. Viéndolo estoy, don Diego, aquí mis-

mo. Hace un instante recordaba usted a *Don Juan* y *Doña Inés* le respondía.

Silencio. Los dos, callados, como que mecén y acarician en su espíritu pensamientos análogos y sienten una emoción igual. La guardilla es ya el alcázar que a través de sus lágrimas vió don Diego. El mundo real está muy lejos de ellos, y no perciben sus rumores. Don Diego exclama de repente:

DON DIEGO. La primera vez que yo te vi representar a ti, hacías cabalmente la *Doña Inés*.

NENA. No, don Diego; usted se confunde.

DON DIEGO. ¿Cómo que me confundo?

NENA. ¡Y tanto! La *Doña Inés* me la ensayó usted mucho; pero más tarde. La primera vez que usted me vió fué en Granada. ¡Digol! ¡Pues apenas tengo yo muy presente aquello! Entró usted en mi cuarto a felicitarme y me puse yo poco hueca.

DON DIEGO. Es verdad, es verdad... Me había trascordado... En Granada fué.

NENA. Representábamos una comedia de estas imitadas del teatro antiguo: *Amor se burla de amor*.

DON DIEGO. ¡Justamente! ¡Del pobre Manolo Gonzalol! ¡Y era muy bonita aquella comedia! ¡Si yo la hice mucho también!

NENA. ¿Usted haría el *Don Félix*?

DON DIEGO. ¡Eso es! ¡El galán que se enamora de todas! ¡Y tú la *Diana*!

NENA. ¡La *Diana*! Que en el segundo acto cantaba aquello de... *Entonándolo*.

De amor me hirieron el pecho:
amor salta de la herida...

DON DIEGO. Cabal. Y había una escena en el
tercer acto...

NENA. ¡La de la tapada!

DON DIEGO. ¡La misma! ¡Que siempre se
aplaudía!

NENA. ¡Siempre!

DON DIEGO. ¿Cómo empezaba aquello?

NENA. Pues aquello empezaba...

DON DIEGO. No me lo digas, que me gusta
acordarme. ¡Si ayer mismo he estado yo pensando en esa escena!

NENA. ¡Qué casualidad!

DON DIEGO. Interesante casualidad. ¿Cómo
empezaba?

Rasgó la luz...

No, no.

La luz de una estrella...

¡Tampoco!

NENA. *Apuntándole.*

De la noche...

DON DIEGO.

De la noche el negro velo
rasgó la luz de una estrella...

NENA. Así.

DON DIEGO.

Y es tal, que con sólo ella,
la calle trocóse en cielo.

NENA.

Fulgores son mano y pie...

DON DIEGO. Déjame, que eso es de mi parte.

Fulgores son mano y pie
ante cuya luz me inclino,
por el rostro que adivino
y que aunque ciegue veré.

¿A que era esto?

NENA. ¡Eso eral

GENARA. *Sazando con toda cautela una silla y
sentándose sigilosamente ante la puerta. (¡Miste
por dónde voy yo a tener teatro de gratis!)*

NENA. Y entonces contestaba yo...

Si cegáis, ¿cómo veréis?

DON DIEGO.

Antes veré de cegar.

NENA.

Mas luego habréis de llorar
si lo que visteis no veis.

DON DIEGO.

Pues prefiero mi deseo
llorar si ciego y os vi,
a miraros junto a mí
y llorar porque no os veo.

NENA.

Galán sois.

DON DIEGO.

Y vos hermosa.

NENA.

¿Qué sabéis?

DON DIEGO.

Capullos vi
que me pintaron por sí
cómo no será la rosa:
vuestra mano y pie.

NENA.

Por Dios
que es muy gentil madrigal.
¿Sois poeta?

DON DIEGO.

Ante el rosal.

NENA.

No os entiendo.

DON DIEGO.

Junto a vos.

NENA.

Me obligáis y he de otorgaros
lo que pretendisteis.

DON DIEGO.

¡Veros!

NENA.

¿Suspiráis?

DON DIEGO.

¡Por conoceros!

NENA.

¿Para qué?

DON DIEGO.

¡Para adoraros!

Se descubre en actitud galante mirando a Nena, y así permanece mientras cae el telón. Los ojos de Genara están clavados en los dos inesperados intérpretes de «Amor se burla de amor.»

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, febrero, 1913.

TEATRO COMPLETO

TEATRO COMPLETO
DE LOS AUTORES

ORDEN DE LA PUBLICACION

TOMO I. —PRIMEROS ENSAYOS

Prólogo. — Esgrima y amor. — Belén, 12, principal. — Gilito. — La media naranja. — El tío de la flauta. — El peregrino. — Las casas de cartón. — La reja. — Apéndice.

TOMO II. —COMEDIAS Y DRAMAS

La vida íntima. — El patio. — Los Galeotes.

TOMO III. —COMEDIAS Y DRAMAS

La pena. — La azotea. — El nido. — Las flores.

TOMO IV. —SAINETES Y ZARZUELAS

La buena sombra. — Los borrachos. — El traje de luces. — El motete. — El estreno. — Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el «botijo»!

TOMO V. —COMEDIAS Y DRAMAS

La dicha ajena. — Pepita Reyes. — Mañana de sol.

TOMO VI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La zagala. — Amor a oscuras. — La casa de García. — A la luz de la luna.

TOMO VII.—PIEZAS BREVES

El ojito derecho. — El chiquillo. — Los piropos. — El flechazo. — El amor en el teatro. — Los meritorios. — La zahorí. — La contrata. — El nuevo servidor. — La aventura de los Galeotes.

TOMO VIII.—COMEDIAS Y DRAMAS

El amor que pasa. — El agua milagrosa. — La musa loca. — Herida de muerte.

TOMO IX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El genio alegre. — El niño prodigio. — La vida que vuelve.

TOMO X — SAINETES Y ZARZUELAS

El género ínfimo. — La reina mora. — Zarzatas. — El mal de amores. — El amor en solfa. — La mala sombra.

TOMO XI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La escondida senda. — El último capítulo. — Las de Caín. — Sin palabras.

TOMO XII.—COMEDIAS Y DRAMAS

Amores y amoríos. — ¿A quién me recuerda usted? — Doña Clarines. — Los ojos de luto.

TOMO XIII.—PIEZAS BREVES

La pitanza. — Los chorros del oro. — Morritos. — Nanita, nana... — La zancadilla. — La bella Lucerito. — Las buñoleras. — Cuatro palabras. — Sangre gorda. — Carta a Juan Soldado. — Solico en el mundo. — Palomilla.

Tomo XIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

El centenario.—La flor de la vida.—La rima eterna.

Tomo XV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Puebla de las Mujeres.—Lo que tú quieras.—Malvaloca.—La cuerda sensible.

Tomo XVI. —SAINETES Y ZARZUELAS

La patria chica.—Las mil maravillas.
El patinillo.—La muela del rey Farfán.

Tomo XVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Mundo, mundillo...—Fortunato.—Nena Teruel.

Tomo XVIII.—COMEDIAS Y DRAMAS

Los Leales.—La consulesa.—Dios dirá.—El corazón en la mano.

Tomo XIX. —PIEZAS BREVES

Rosa y Rosita.—El hombre que hace reír.—Sábado sin sol.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Hablando se entiende la gente.—Chiquita y bonita. Polvorilla el corneta.—El cerrojazo.—La historia de Sevilla.—Lectura y escritura.—Pesado y medido.—Secretico de confesión

Tomo XX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El Duque de Él.—El ilustre huésped. Cabrita que tira al monte...

Tomo XXI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Marianela.—Así se escribe la historia.—Pipiola.

TOMO XXII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Fea y con gracia. — Anita la risueña.
El amor bandolero. — Isidríñ o Las
cuarenta y nueve provincias. — Bec-
queriana. — Diana cazadora o Pena de
muerte al Amor.

TOMO XXIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Don Juan, buena persona. — Pedro
López. — La calumniada.

TOMO XXIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Febrerillo el loco. — El mundo es un
pañuelo. — Pasionera.

TOMO XXV. —PIEZAS BREVES

La niña de Juana o El descubrimiento
de América. — La sillita. — Castañuela,
arbitrista. — La seria. — El mal ángel.
El cuartito de hora. — Cabellos de
plata. — Acacia y Melitón. — Ganas de
reñir. — Dos pesetas. — Vámonos. —
Revoloteo.

TOMO XXVI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Ramo de locura. — La moral de Arra-
bales. — La prisa. — La flor en el libro.

TOMO XXVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Antón Caballero. — La quema. — Las
vueltas que da el mundo. — Las ben-
ditas Máscaras.

TOMO XXVIII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Rinconete y Cortadillo. — La casa de
enfrente. — Los marchosos. — La del
Dos de Mayo. — Los pápiros,

TOMO XXIX. — COMEDIAS Y DRAMAS

Cristalina.—Concha la Limpia.—Mi hermano y yo.

TOMO XXX. — COMEDIAS Y DRAMAS

Cancionera.—Pepita y Don Juan.—La boda de Quinita Flores.—El último papel.

Esta colección continuará enriqueciéndose en lo porvenir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Álvarez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguiendo el mismo método.

El orden de publicación de los tomos se alterará siempre que la última edición particular de alguna de las obras esté agotada y se considere conveniente su pronta reimpresión.

PUBLICADOS:

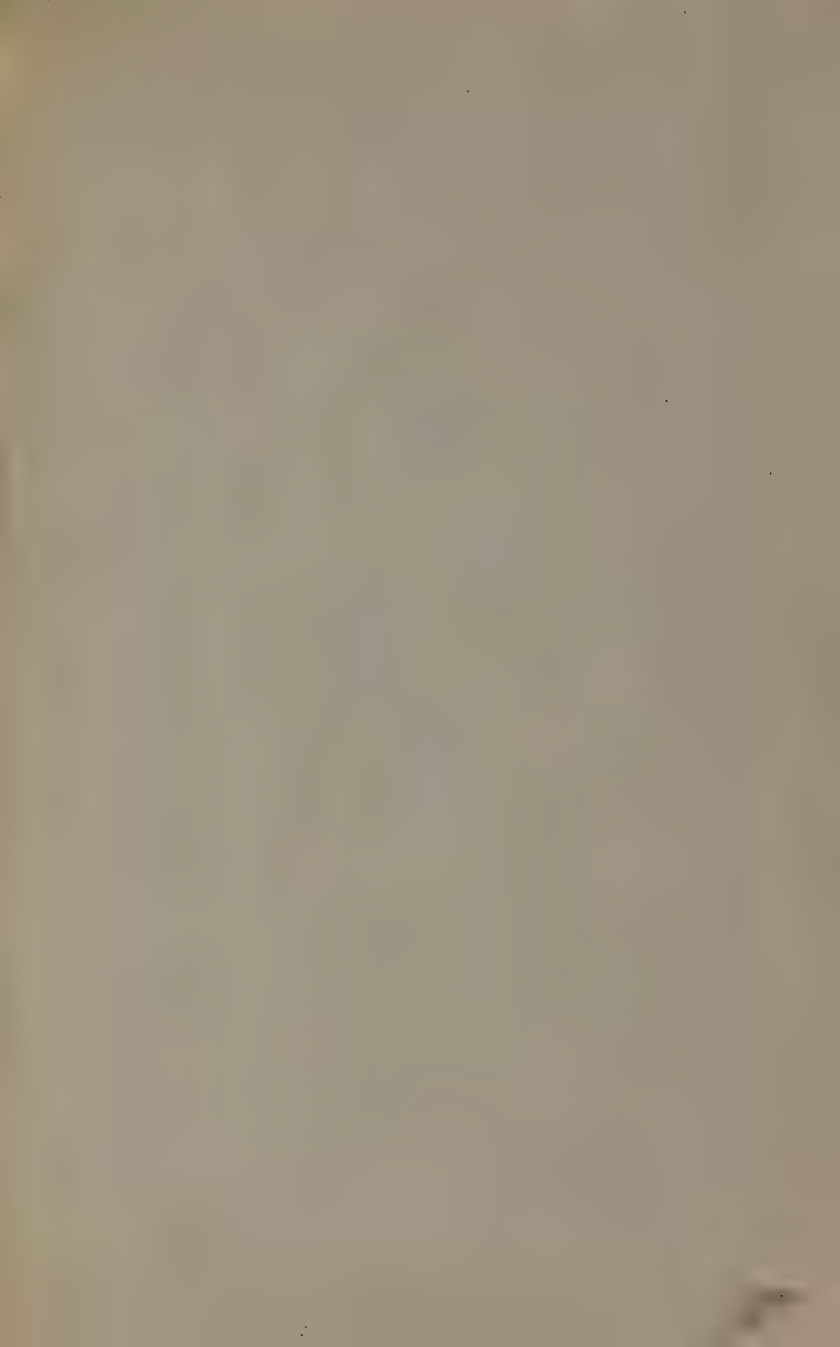
TOMOS I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII.

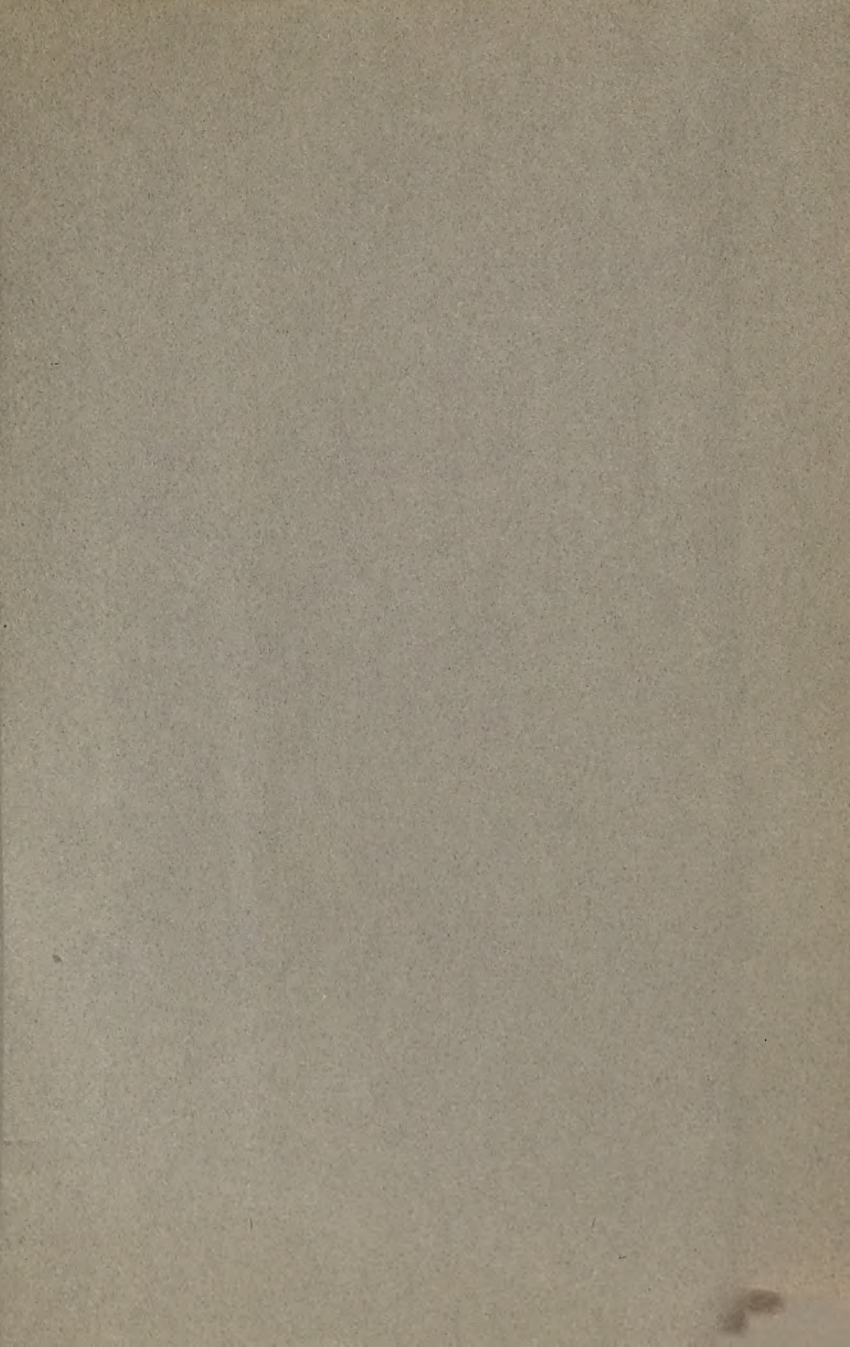
EN PRENSA:

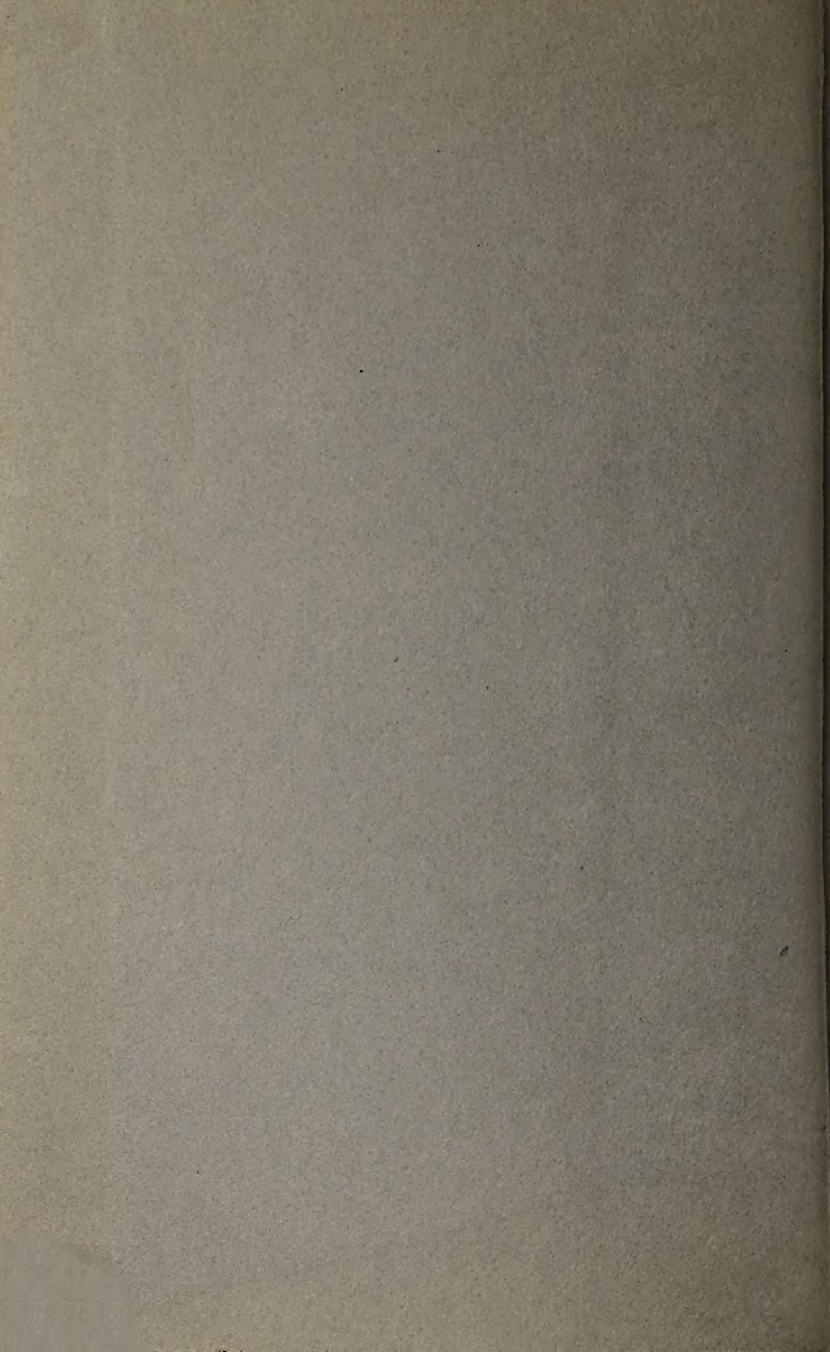
TOMO XVIII

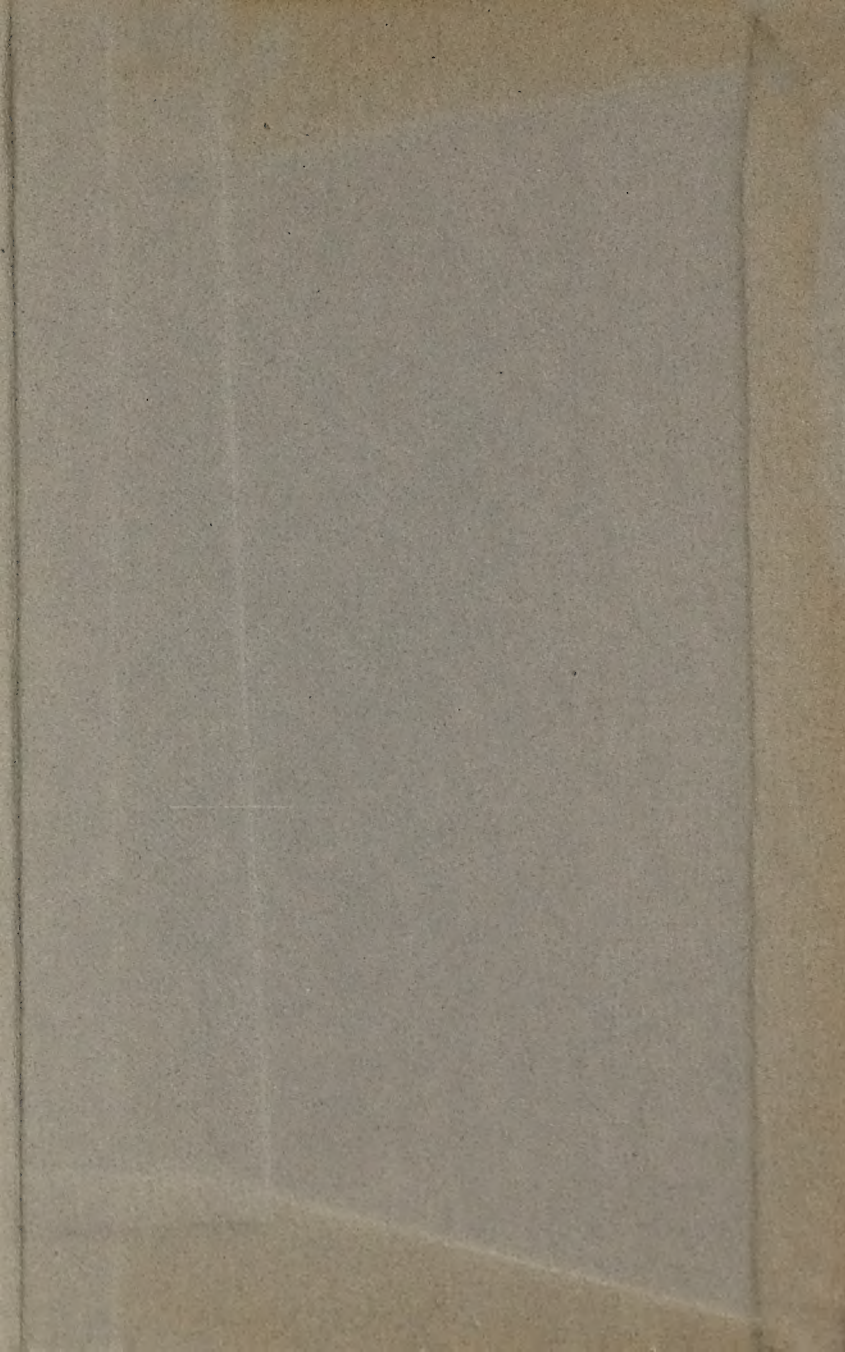
PRECIO DE CADA TOMO: 5 PESETAS

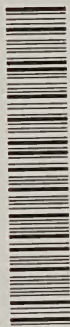
11-6421











3 0081 007 948 692